

Selección RNR

Las feas también los enamoran

Phillipa

ELIZABETH URIAN



Romance Histórico

Phillipa

Las feas también los enamoran

Elizabeth Urian



1.ª edición: octubre, 2017

© 2017, Elizabeth Urian

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-886-0

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

La familia

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

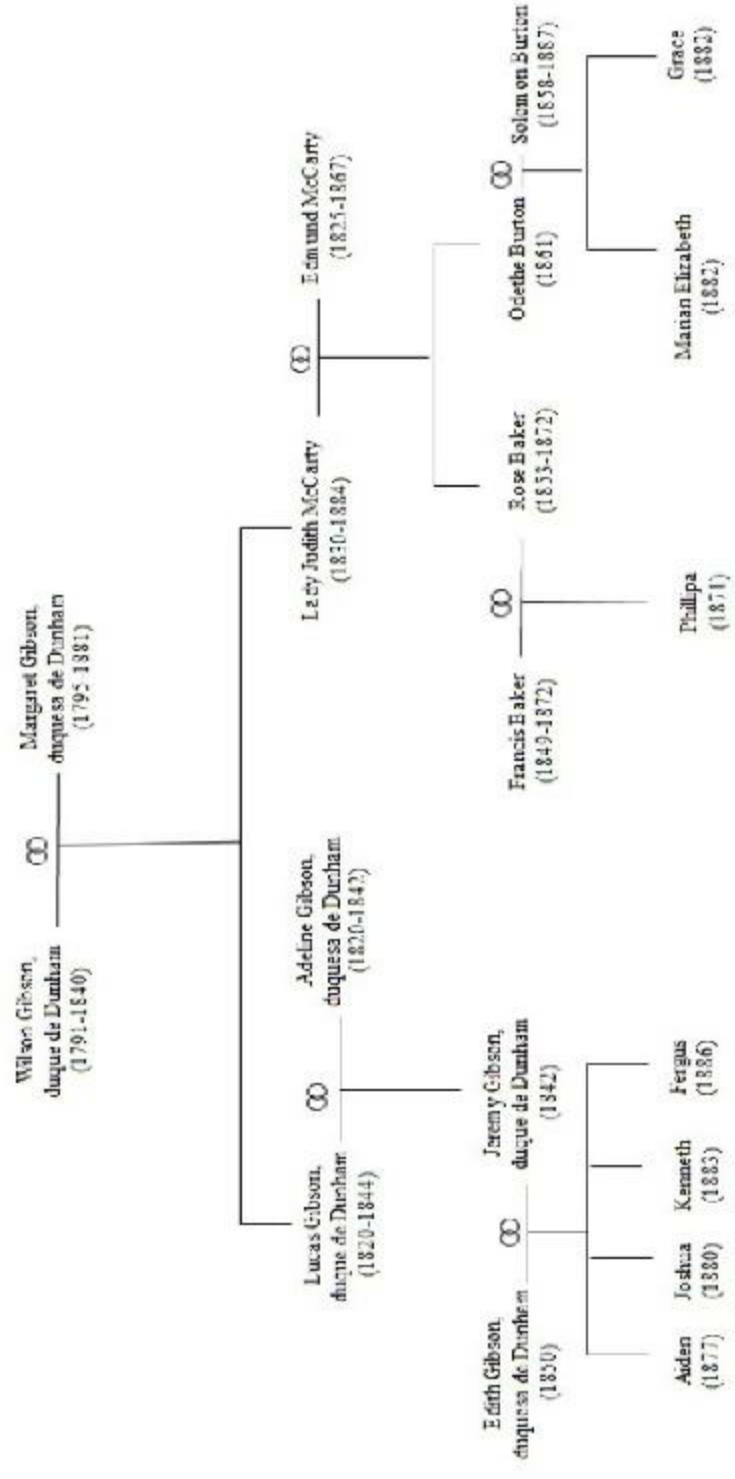
Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Agradecimientos

Promoción



Prólogo

Londres, 1888.

—Phillipa, ten la amabilidad de sentarte. Quiero hablar contigo. —Las palabras sonaron con exquisita dulzura, tal como acostumbraba a dirigirse a ella. No fue eso, en cambio, lo que llamó su atención, sino más bien la formalidad con la que la habían hecho ir al despacho.

Se le erizó la piel.

La joven miró primero a su tío Jeremy para, acto seguido, voltear el rostro hacia sus tías Edith y Odethe. Ambas mujeres descansaban en el sofá de caoba bermellón, de un tono muy similar al papel pintado que cubría las paredes del despacho. A sus espaldas, una gran estantería llena de libros de encuadernación antigua dominaba la estancia —compuesta por muebles oscuros— y una chimenea de mármol blanco con ornamentos dorados resaltaba como pieza central.

No se dejó impresionar por esa elegancia. Estaba habituada a ella.

—¿Qué ocurre?

—Nada malo —respondió su tutor—. Solo he pensado que te haría bien contar con la presencia de tus tías.

No obstante, que le tomara la mano derecha y se la estrechara con afecto no aplacó sus dudas.

—Por supuesto —barbotó, todavía desconcertada, pues desconocía el motivo por el que había sido llamada justo después del desayuno.

Phillipa se acomodó en una de las sillas tapizadas y este lo hizo tras el antiguo escritorio. Esperó a que él comenzara.

—La semana pasada tuve una conversación muy interesante con lord Northey, cuya familia procede de Dorset. Es el heredero del condado. —Phillipa asintió a modo de respuesta, no muy segura de adónde pretendía llegar. Para ella, el caballero en cuestión no era más que otro de los

aristócratas con los que coincidía en las reuniones a las que su familia la arrastraba en plena temporada social—. Al parecer, le dejaste una muy buena impresión.

Phillipa tardó en asimilar las palabras y cuando al fin lo hizo no pudo evitar sonar suspicaz.

—¿Yo? No será por mi belleza... —bromeó, ya que se consideraba una joven falta de eso mismo. Su rostro no era solo anodino, sino que carecía de cualquier rasgo que la hiciese mínimamente hermosa.

Ella se aceptaba tal cual era. Con aquella broma solo pretendía que todos rieran y distender así el ambiente, si bien su tía Edith le echó una dura mirada de reproche.

—Cada uno es como es —señaló la duquesa—. La belleza se encuentra en el alma.

—Y está en poder de cada uno apreciar ese rasgo —replicó el marido, mirándola con devoción—. Yo lo hice con tu tía y desde entonces soy el hombre más afortunado del mundo.

—Pero bien que te costó doblegarte —declaró Phillipa, que conocía su historia a la perfección. Le encantaba escuchar el modo en el que ambos habían llegado a enamorarse, pasando del odio a un sentimiento que parecía crecer día a día.

—Por suerte, reaccioné antes de cometer un error irreversible y actué en consecuencia. Jamás podré estar más agradecido porque mi querida Edith me correspondiera.

Su esposa le obsequió con una sonrisa cargada de adoración que hizo que Phillipa suspirara de envidia.

Su presentación en sociedad no había despertado demasiado revuelo entre los posibles y aceptables candidatos —un detalle que tampoco esperaba—. Además, el duque de Dunham se encargaba de mantener a raya a los lores solo interesados en su dote, por lo que sus opciones eran escasas —lo cual resultaban ser excelentes noticias, ya que no estaba preparada para casarse. No todavía—. Eso, sin embargo, no significaba que no pudiera soñar de vez

en cuando con enamorarse y vivir una vida llena de amor y felicidad.

—Jeremy, cuéntale a Phillipa sobre la visita de lord Northley —le pidió Odethe.

No fue grosera, aunque tampoco resultó gentil. La mujer solía comportarse con demasiada solemnidad y una pizca de severidad incluso estando rodeada de familia. Solo tenía veintisiete años, si bien aparentaba más debido a su expresión adusta, a su recogido demasiado tensado y a su vestido negro. Odethe Burton seguía llevando un luto riguroso incluso tras haber pasado más de un año desde el fallecimiento de su esposo.

—Por supuesto, prima. ¿Acaso crees que voy a olvidarme de la pedida de matrimonio?

Sorprendida, Phillipa sintió cómo el calor abandonaba su cuerpo. Sus piernas flaquearon, incluso sentada. Le costó articular la voz, si bien al final fue incapaz de terminar la pregunta.

—¿Estás diciendo que...?

Su tío asintió con una sonrisa pintada en los labios.

—Lord Northley dijo que no pareces una joven atolondrada. Al parecer estuvisteis hablando sobre el brote de cólera que sufrió Londres a mediados de siglo y de cómo han ido cambiando las medidas higiénicas en la ciudad.

—¡Santo Cielo! —La exclamación de tía Odethe hizo que todas las miradas recayeran en ella. La mujer parecía horrorizada—. Esa no es una conversación apropiada para una dama —la riñó.

—Aunque debo decir que no es un tema muy agradable —opinó el cabeza de familia con prudencia—, nuestra querida Phillipa tiene unas inquietudes que nada tienen que ver con los bordados.

—Porque tú se lo permites —terció su prima con cierta acritud—. La animas demasiado con sus lecturas.

—¿Preferirías que se lo prohibiera?

—No voy a casarme con él —anunció Phillipa de golpe para evitar una discusión innecesaria—. Le agradezco a lord Northley su interés, pero no lo

haré. Tío, me prometiste que tras mi presentación podría comenzar las clases en la escuela de enfermería.

—¿Cómo?! —Odethe reaccionó al acto—. Es la primera vez que escucho semejante despropósito.

«Por eso mismo te lo oculté», pensó Phillipa.

—Quiero ser enfermera —anunció con absoluta claridad, convicción y con la cabeza bien alta, lo que le valió una mirada reprobadora.

—No estoy muy seguro de querer eso para ti, Phillipa.

Ante semejante declaración de intenciones por parte del duque, Phillipa le lanzó una expresión cargada de reproche antes de levantarse y empezar a andar por la biblioteca como un animal enjaulado. En los últimos meses había soportado la vorágine de los preparativos de su presentación en sociedad porque sabía que tras ella podría hacer lo que en realidad deseaba.

La joven se detuvo a una pulgada del escritorio.

—Tío, me diste tu palabra.

—¡No puedes permitirlo! —intervino Odethe con vigor—. Phillipa pertenece a una familia decente. Su bisabuelo fue duque. Tú, primo Jeremy, eres duque. ¿Qué dirán nuestros conocidos? ¿Has pensado en su reputación?

—¿Reputación? —repitió Phillipa girándose hacia ella con los ojos abiertos de par en par. No estaba sorprendida por la beligerancia que mostraba su tía, tan apegada a las convenciones sociales como estaba, pero no podía tolerar que convenciera al único que podía dar al traste con todos sus sueños—. Ejercer de enfermera licenciada no es una deshonra, sino una profesión decente. Quiero ayudar a los más necesitados.

—Podrás hacerlo cuando estés casada. Las obras de caridad son una distracción apropiada para una dama —terció su tía Odethe.

—Eso no es lo yo deseo.

—Phillipa, tienes una pedida de matrimonio formal. Debes casarte.

—No —contestó con obstinación—. No lo haré ni aunque me arrastres por la iglesia.

Odethe lanzó un gemido.

—¡Insolente!

Phillipa no hizo caso.

—Florence Nightingale fue una joven de buena familia, y en lugar de casarse y tener hijos como se esperaba de ella, fue a la guerra de Crimea para fundar después su escuela de enfermería —replicó.

—¿Es esa mujer quien te ha metido semejante idea en la cabeza? —preguntó, indignada, mientras arrugaba el cejo.

Phillipa suspiró exasperada. ¿Acaso su tía permanecía ciega al mundo? Entonces tuvo que recordarse que en los últimos años había pasado por mucho: perdió a su madre, a su esposo, y ahora debía ocuparse ella sola de la crianza de sus dos hijas, las mellizas Marian Elizabeth y Grace.

Trató de no tener en cuenta sus protestas y se lo explicó todo con delicadeza.

—Eso no ha podido suceder porque ni siquiera la conozco en persona. Sucede que he leído mucho sobre ella y su historia me inspira. Yo quiero hacer mi propio camino, aunque el primer paso es ingresar en la escuela de enfermeras del Saint Thomas's Hospital.

Odethe no reaccionó con la misma delicadeza que mostraba Phillipa.

—¡No me importa en absoluto quién sea o lo que hizo esa Florence! —Hizo aspavientos con las manos y sacó un pañuelo con el que secarse la cara—. ¿Jeremy?

El duque miró a una y a otra para finalmente posar los ojos sobre su esposa. Ella le dio su apoyo con un sutil asentimiento de cabeza.

—Odethe, creo que puedes retirarte. Yo me encargaré.

Esta se negó en redondo a marcharse.

—Por supuesto que no. No vais a excluirme de esta decisión. Tiene diecisiete años; no puedes hacer caso de sus delirantes fantasías.

—Te recuerdo que yo soy su tutor. Me corresponde a mí dar la última palabra.

Su respuesta consiguió airarla.

—Y yo te recuerdo que es más sobrina mía que tuya —argumentó retadora, con la espalda bien tiesa y la barbilla alzada.

Jeremy, en realidad, no era su tío, sino primo de su madre —que, junto a su padre, falleció cuando ella era pequeña— y de Odethe. Sin embargo, Phillipa siempre lo había llamado así.

—Está bien, está bien —intercedió Edith con dulzura—. Odethe, entiendo que estés preocupada, pero ¿acaso no confías en el buen hacer de Jeremy?

—Lo hago. Él abrió las puertas de su casa a mis hijas y a mí tras el fallecimiento de mi querido Solomon. Solo tengo miedo de que su juicio se vea alterado por los sentimientos que tiene por Phillipa. Nunca le ha negado nada.

Aquello era terriblemente cierto. Desde la muerte de la abuela de Phillipa, él la había tratado como si fuera su propia hija, queriéndola de igual modo que a su primogénito Aiden o a los que nacieron después: Joshua, Kenneth y Fergus. Jeremy se interesaba por los estudios de la joven, manejaba su dote para aumentarla, mantenían estimulantes conversaciones mientras paseaban juntos por Stanbury Manor y se retaban al ajedrez. Se había acostumbrado tanto a ella, a sus abrazos y a sus sonrisas, que le resultaba difícil aceptar la idea de dejarla ir.

Jeremy se masajeó la nuca con cansancio, meditando bien sus opciones. En un primer momento pensó que la oferta de lord Northley era una noticia espléndida. Sin embargo, eso significaba que Phillipa se casaría y se alejaría para siempre de su protección.

Ese pensamiento consiguió que su estómago ardiera. Su sobrina no estaba preparada para ello, pero ¿ser enfermera? ¿Era ese su destino? Por supuesto que no; ella merecía algo mejor.

—Tío, ¿vas a cumplir con tu palabra o vas a hacerme desdichada? —le presionó Phillipa con un tono suplicante al que era difícil resistirse.

—Y bien, Jeremy, ¿qué será? ¿Vas a permitirle el capricho o vas a asumir tu papel de tutor como corresponde?

Jeremy Gibson, duque de Dunham, tragó saliva. Fuera cual fuera su decisión iba a terminar encontrándose en problemas.

Capítulo 1

1898

—La hermana Milton la acompañará a la sala de reposo.

Con una mirada de entendimiento y un apenas perceptible movimiento de cabeza, la enfermera tomó de la cintura a Betsy y ambas salieron de la sala de curas dejando tras de sí la puerta abierta.

Phillipa suspiró con cansancio y se negó a adivinar lo tarde que era.

—Podría haber ido peor.

La voz de Martin la sobresaltó. Lo miró e intentó esbozar una sonrisa.

Sí, podría haber ido peor. Como por ejemplo que Betsy hubiera acabado muerta en lugar de solo presentar heridas superficiales en el brazo.

—¿Doctor?

Un policía se asomó a la sala y eliminó la posibilidad de que pudiera responderle.

—Solo es una herida superficial que curará en poco tiempo —informó Martin con voz muy profesional, acercándose a él.

«Sí, de eso no tardará en reponerse», pensó Phillipa. Lo que dudaba era que Betsy olvidara jamás el rostro iracundo de uno de sus clientes mientras trataba de acabar con su vida.

—Pero la señorita ha decidido quedarse con nosotras un tiempo para que atengamos sus otras hum... dolencias.

Los tres sabían a qué se refería, pero el agente tuvo el buen tino de asentir.

—Quizá sea lo mejor.

Lo era, por supuesto. Para todos.

—Lo acompaño a la salida, entonces —se ofreció Martin. Por el momento, su trabajo había concluido, aunque no su turno.

El agente de policía lo detuvo con un gesto.

—No se moleste, doctor, conozco el camino.

—Insisto. ¿Le importa, enfermera Baker? —preguntó Martin, siempre pendiente del protocolo cuando no estaban solos.

—En absoluto, vayan. Todavía me queda trabajo que hacer. —Lanzó una significativa mirada a la camilla y la mesa llena de vendas, baldes con agua ensangrentada y utensilios de curas que había que limpiar y esterilizar.

Ambos se despidieron y desaparecieron, dejando tras de sí el silencio que ella tanto valoraba y que la rodeó como una cálida y confortable manta.

Mientras se lavaba las manos con meticulosidad debía recordarse todo lo bueno de su trabajo. Y no porque lo necesitara; Phillipa amaba ser enfermera. No solo era un trabajo, sino parte indefinible de ella misma desde hacía ya muchos años. Además, esa noche, no solo había ayudado a curar un brazo lastimado. Sus esfuerzos habían dado fruto por fin y Betsy había aceptado ingresar para que la ayudaran a tratar la sífilis que padecía, motivo por el cual el cliente de la prostituta, después de descubrirlo, había pretendido asesinarla en un ataque de ira.

Trasladó el instrumental a la sala de esterilizar, donde permaneció más de media hora hasta que lo tuvo todo limpio y devuelto a su lugar original. La ropa iba directa a un cesto que recogerían por la mañana temprano. Solo faltaba devolver algunos ungüentos y frascos de cristal con medicamento y podría dar por concluida su jornada.

Su jornada. Hacía horas que tendría que haberla terminado. En esos momentos debería estar en su casa, arropada bajo las sábanas y soñando con salvar más vidas. Sin embargo, no la esperaba nadie allí, ya no. Parte de su vida y su motivación se encontraba entre esas paredes, pasillos y salas que conformaban el hospital St. George Women's Charity. Gracias al esfuerzo de su esposo y de ella misma, el sueño de ambos se había hecho realidad.

«Aunque Charles no vivió lo suficiente para verlo con su propios ojos». Phillipa esbozó una mueca al pensarlo.

Algunas cosas habían ido tal como las imaginó para ella. Otras, no tanto. A pesar de las dificultades, era enfermera jefe por mérito propio. Gracias a la

financiación de Jeremy Gibson —duque de Dunham—, a una considerable fracción de su dote y a la incansable labor junto a su difunto marido, había creado ese hospital para mujeres, situado no demasiado lejos de la zona portuaria londinense.

Allí nadie sabía la relación que la unía a su tío, ni por qué ella pertenecía a la junta directiva. Por supuesto, estaba enterada de lo mucho que se especulaba sobre ello, pero Phillipa prefería no darle demasiada importancia.

Por eso había luchado tanto, por un lugar así, al que pertenecer y en el que poder ayudar. Y mientras recorría los silenciosos pasillos echó una mirada ligera a su vestuario.

«El hábito hace al monje», pensó.

Pues en ese caso, el suyo la identificaba sin lugar a dudas como enfermera. Su impoluta cofia blanca, la camisa de rayas azules con sus puños y cuello almidonados y la falda del mismo color protegida por un delantal blanco que a esas horas no presentaba su mejor aspecto. Con esa indumentaria, no era posible prestarse a confusión en cuanto a su trabajo. Aunque no solía usarlo para pasear por los barrios y distritos más pobres como Whitechapel, Limehouse o Poplar, así como en las zonas de los puertos y muelles.

Su misión era poner en conocimiento de las mujeres el modo de prevenir las enfermedades, sobre todo las sexuales. Quería que supieran cómo defenderse de esos métodos de higiene tan insalubres y contagiosos. Que tuvieran el discernimiento suficiente para protegerse, así como también a sus hijos y familiares. Pero había una en especial que acaparaba todos sus esfuerzos: la sífilis.

A sus víctimas iba dedicado todo su empeño. Por supuesto, no era una tarea sencilla, aunque Phillipa no esperaba que lo fuera. Sin ir más lejos, esa misma noche se había producido un pequeño milagro al conseguir que Betsy se dejara ayudar. Si con su trabajo conseguía concienciar y salvar unas pocas vidas, todo valdría la pena.

Pasó de largo la sala de juntas y, poco después, una de las salas de reposo. Se paró a escuchar.

Silencio absoluto.

Saboreó ese momento porque sabía que, en solo unas horas, la rutina y la actividad diaria harían de esa sala un bullicio constante. Solo de imaginarlo sonrió. Ella no tardaría en estar allí de nuevo. Eso si no se encontraba recorriendo la parte más empobrecida de la ciudad.

A dos pasos de su destino, y a base de costumbre, Phillipa tanteó el juego de llaves en busca de la que necesitaba para abrir la habitación donde se guardaban las medicinas, ungüentos y diferentes pociones del hospital. Sin mirarlas siquiera podía escoger con acierto la adecuada.

Aceleró el paso. Y se detuvo al instante.

Desde el lugar donde se encontraba veía la puerta apenas entreabierta, un detalle completamente inusual y extraño. Había unas reglas básicas en ese hospital que toda enfermera debía saber y cumplir. Una de ellas era la de cerrar las habitaciones con llave, sobre todo si contenían material delicado y valioso.

¿Había sido ella la que había ido a buscar los remedios?, pensó. No, no había sido así. Phillipa dispuso la sala de curas mientras Martin se preparaba.

La hermana Milton. Sí, ella habría sido. ¿Un descuido, quizá? Sí, lo más seguro, pero debía buscarla para reñirla sobre ese imperdonable fallo. No en vano era la jefa de enfermeras.

Reemprendió el paso. La carga ya le pesaba en el brazo izquierdo.

Se detuvo otra vez cuando la separaba un paso de la puerta.

Vaciló. Tintineos dentro.

El corazón se le aceleró un instante mientras calibraba las opciones. Era demasiado tarde para que alguna enfermera del turno de noche revolviera entre las vitrinas que contenían los múltiples frascos llenos de soluciones y jarabes, pero quizá...

Empujó la puerta tratando de no hacer ruido. Seguro que había una explicación perfectamente normal.

Pero no la había.

En cuestión de segundos, tanto Phillipa como el intruso se quedaron paralizados. Ella, en el marco de la puerta; él, encorvado sobre un saco donde iba metiendo frascos de aspecto delicado.

La tenue luz que iluminaba el pasillo se reflejó en un rostro conocido que la observaba con mirada frenética.

—¿Ronnie? —Él seguía sin decir nada, estático—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La pregunta resultaba del todo innecesaria, si bien fue lo único que se le ocurrió a Phillipa.

Quizá debía sentirse un poco asustada —y lo estaba—, aunque prevalecieron unos sentimientos mucho mayores que amenazaban con devorarla: traición, decepción y fracaso.

Ronnie era un proyecto personal de su esposo que ella se aseguró de enderezar. Se trataba de un joven de casi veinte años al que sacó de la calle para darle una nueva oportunidad. Un ladrón de poca monta que preparó y reformó para un trabajo digno y respetable. A pesar de su muerte, Charles lo había conseguido, o eso creía hasta entonces.

Apoyada en la fe que su esposo le tenía, Phillipa consiguió un puesto de camillero para él en ese hospital. Hasta ese mismo momento, le había parecido un joven dispuesto a trabajar duro para ganarse un sueldo de forma honrada.

—Ronnie —repitió—. ¿Qué...?

—Yo no quería —interrumpió él con cierta vacilación en la voz—, pero necesitaba...

—¿Es dinero? ¿De eso se trata? —preguntó ella—. Si es el caso, deberías haber hablado conmigo.

El temblor de manos movió el saco y su interior tintineó. Fue en ese momento cuando vio con claridad las vitrinas abiertas y casi vacías.

Trató de razonar con él.

—Lo que has hecho está mal, Ronnie. Esto que sustraes es propiedad del

hospital, para ayudar a mujeres que lo necesitan.

—Yo lo necesito.

Eso podría querer decir cualquier cosa.

—¿Estás enfermo? ¿Alguien que tú conoces? Si es así, podemos tratar de ayudarte, no es necesario que lo... —iba a decir «robes», pero prefirió cambiar un poco el término— tomes prestado.

Adelantó un paso y dejó su carga. Trataba de transmitir serenidad, quizá así pudiera razonar con él.

—Tengo que irme. Tengo que salir. —El temblor en sus manos se agudizó.

Phillipa se debatía entre el miedo y la necesidad de impedir que se llevara cientos de libras envueltas en un saco.

—Ronnie, sé sensato. No puedes llevarte esto —le advirtió, para después cambiar de táctica—. Sé que no querías y no estoy enfadada. —Se acercó un poco más, hasta casi tocarlo, alargando la mano hacia la bolsa—. Podemos dejar esto aquí y hablar con tranquilidad...

—¡No!

El grito la tomó por sorpresa, al igual que la mirada incendiaria del camillero, que soltó su botín para agarrar sus muñecas.

Phillipa no pudo esconder un gemido a caballo entre la sorpresa y el dolor. Ronnie la sujetaba con dureza. Sentía sus manos como unas garras que constreñían sus delicados miembros y evitaban la circulación de la sangre.

—Po-por favor. —No sabía qué suplicaba, pero cada vez tenía más miedo de esos ojos fijos en ella, rayando la locura.

—¡No dejaré que me impida llevarme lo que es mío!

—¡No es tuyo! —replicó sin tener en cuenta que era mejor estar callada—. La policía te detendrá por esto y puedes ir a la cárcel. ¿Acaso no lo comprendes?

—¡Nadie me encerrará! —vociferó—. Lo juro. Ni usted ni nadie.

La soltó de golpe, empujándola, lo que la hizo caer de espaldas. Phillipa

sintió el golpe duro del suelo, pero no se permitió perder el conocimiento.

—Tranquilo, Ronnie, tranquilo. —Intentó calmarlo, pero se daba cuenta de que era una empresa destinada al fracaso.

Calibró la posibilidad de levantarse y echar a correr, quizá incluso arrastrarse al exterior de la habitación.

Como si Ronnie hubiera sido capaz de descifrar sus esperanzadores pensamientos, o quizá espoleado por sus intentos de tranquilizarlo, se lanzó encima de ella, pero Phillipa, movida por un instinto, lanzó una pierna al aire mientras gritaba. El lastimero sonido masculino le indicó que había dado en el blanco. No le importaba dónde mientras le permitiera zafarse.

—¡Que alguien me ayude!

Ahora el pánico ya impregnaba cada poro de su piel y una parte de ella suplicaba en silencio que alguien hubiera oído los gritos, acaso Frank, que, con toda seguridad, mataba el tiempo sentado en el recibidor del hospital, charlando con Mildred, la enfermera de recepción.

Sin mirar atrás, trató de incorporarse, pero una mano la tomó por el tobillo y la tiró de nuevo.

—¡Nadie va a detenerme! —gruñó Ronnie de nuevo.

La arrastró unos palmos y Phillipa cometió el error de girar la cabeza para mirarlo. Los ojos de ambos se encontraron y ella supo que debía chillar más.

—¡¡¡Socorroooooo!!!

De inmediato, las manos toscas y duras del hombre alcanzaron su cuello y ella sintió, por primera vez en su vida, cómo el aire la abandonaba. Sin embargo, fue solo un instante, porque, acto seguido, se encontró libre y resollando, tratando de aspirar la más insignificante partícula de aire.

Unas manos suaves la dejaron sentada contra la pared mientras otra le acariciaba el pelo. Se atrevió a echar un vistazo y contempló a Ronnie en el suelo, rojo de ira, inmovilizado por Martin y por otro doctor.

Con un hondo suspiro, cerró los ojos, celebró que todo hubiera terminado y un solo pensamiento se instaló en su cerebro.

«Dios, espero que no se entere mi tío».

A esa misma hora, en Glasgow.

La lluvia, el frío y la humedad no hacían mella en él. No podían. Tenía una misión e iba a llevarla a cabo, pues bien sabía de la importancia del devenir de esa sociedad si no intervenía.

Se arrebujó más contra la pared en un intento de evitar que el agua lo calase por completo, aunque fuera inevitable. Justo detrás tenía el paraguas, pero era importante no utilizarlo; no quería que lo vieran. De hecho, lo prefería así. El repiquetear del agua y los ocasionales truenos hacían propicio el éxito de su cometido. No había nadie en las calles que pudiera intervenir, así que se había escondido en un portal, lo bastante alejado de una farola para evitar ser detectado si por casualidad pasaba un vehículo o alguien estaba lo bastante loco como para aventurarse en esa noche de perros.

Sus manos enguantadas se movieron en sus bolsillos, y una de ellas tocó el botecito de cristal en el fondo, reconfortándolo. El líquido que contenía estaba en los estadios finales de desarrollo y le era tanpreciado como un hijo a una madre. En él había invertido horas de trabajo, de sueño y parte de sus esperanzas. Casi dos años de planes que culminaban con esa prueba crucial. Las ratas y pequeños animales no le servían. Necesitaba una persona viva y lo más sana posible para ver, aunque fuera de lejos, los resultados. Era su gran obra, y estaba dispuesto a lo que hiciera falta para llevarla a cabo. Y por fin, esa noche, iba a dar el paso definitivo.

Pensó en escoger un lugar cualquiera, al azar, pero después se impuso la lógica. Lo único esencial era no utilizar Londres como escenario. Por eso Glasgow le pareció tan oportuno. Estaba lejos y nadie sería capaz de relacionarlo con la ciudad que lo vio nacer y crecer. Aunque no solo eso. Conocerla le permitía ciertas libertades y experiencias que en otro punto del

país sería no imposible, pero sí complicado.

Por supuesto, todo había ido a pedir de boca. Había mentido en los lugares donde trabajaba alegando la muerte de un familiar muy cercano, por lo que se había pasado el último mes instalado en la habitación de una pensión modesta. En ese tiempo había vuelto a familiarizarse con las calles, puesto que la ciudad había cambiado en esos años de ausencia.

Después de eso, el siguiente paso había sido elegir quién acogería el cáliz de la salvación. Algunos se atreverían a tratarla como a una víctima, pero se equivocarían. Ese sujeto tendría el honor de ser la primera; con quien empezaría todo. Cuando llegase a su fin y comprendieran, la gente la adoraría. Querrían saber de su sacrificio. También quién fue y como llegó hasta allí.

Tenía que ser mujer, por supuesto. Ellas daban vida y él se la quitaba. Dios podía estar satisfecho. La opción más plausible había sido una prostituta, pero al pronto la descartó. En un inicio era indispensable hacerlo bien. Ya tendrían ocasión de ser elegidas, aunque más adelante. Esas mujeres estaban llenas de dolencias que podían poner en entredicho el primer y definitivo resultado. Necesitaba una lo bastante joven para resistir el embate de la solución que le suministraría, y también lo bastante madura para que el cuerpo la traicionase.

Para ello había obviado la parte más miserable de la ciudad y se había centrado en las calles que había pisado hacía más de treinta años. En ellas habitaba gente modesta, como lo fueron sus padres, luchando día a día por sobrevivir en un mundo cruel e inhóspito, trayendo niños al mundo y sin la certeza de que estos pudieran llegar a hacerse mayores.

La casualidad había hecho que diera con ella y supo casi al momento que era la adecuada. Por lo que sabía, era una madre soltera que trabajaba sin descanso como costurera para dar de comer a su único hijo y a otra mujer — bien podía tratarse de una hermana por el parecido—. Había comprobado sus rutinas y siempre eran las mismas. Salía temprano, volvía justo cuando las campanadas daban las tres y salía de nuevo una hora y media después. No pisaba el hogar hasta exactamente las once y cuarto de la noche, lo que

apenas tardaría en suceder. La iglesia que había unas calles más al norte había repiqueteado la hora en punto hacía no tanto.

Como si la hubiera conjurado con el pensamiento, se oyeron unos pasos rápidos que se acercaban. En otras circunstancias, ni él ni otro ser humano los hubieran percibido, dada la incesante lluvia, pero había estado esperándola y aguzando el oído. Solo tenía que sorprenderla en el momento preciso. No le hacía falta ni un callejón, no ese día. El agua sería su aliada.

Cuando la sombra pasó por su lado, el hombre se abalanzó sobre la no tan desprevenida figura femenina. El paraguas se desprendió de la mano cuando esta se abrió en un acto reflejo, y la mujer corrió para tratar de recuperar lo que podía utilizar como arma. Ambos sabían que gritar era un acto inútil, pues nadie la oiría —aunque de ser así, quedaba en entredicho si recibiría auxilio—. Por ello, lucharon bajo el aguacero: él tratando de dominarla y ella resistiendo con todas sus fuerzas. Sin embargo, la mujer, menuda y agotada por la dura jornada, apenas fue rival, incluso sin dejar de luchar ni un instante por su vida.

La arrastró hacia el portal que lo había cobijado hasta entonces.

—Shhh. Shhh —susurró quedo junto al oído mientras su brazo reducía los suyos y la sostenían unos palmos por encima del suelo. Con la mano libre tapaba su boca—. No quiero hacerte daño.

Como era de esperar, ella no lo creyó y siguió insistiendo en dar patadas para tratar de liberarse, en vano. Al no tener sujeción firme bajo sus pies, todavía era más improbable lograrlo. Aun así, como se trataba de una superviviente, esta tiró de las mermadas fuerzas que le restaban y logró alcanzar el pequeño cuchillo que siempre guardaba bajo sus ropas para esos casos y que pocas veces había tenido que utilizar. Embistió a ciegas y dio de lleno.

El gemido de dolor sonó alto y claro, pero la noche no acompañaba a ese pequeño golpe de suerte. El hombre, enfadado, lanzó un puñetazo en la boca del estómago femenino, y ella se dobló en dos hasta casi perder el conocimiento. El hombre se palpó la parte superior del muslo y arrancó el

arma sin piedad. Por suerte, las capas de ropa habían mitigado la profundidad, pero solo podía saberlo con certeza cuando se examinara en la soledad de su habitación alquilada. Con el dominio de la situación recuperado, comprobó que la mujer estaba consciente, ya que no podía suministrarle el líquido de otro modo. En caso contrario, llegaría a los pulmones y se ahogaría.

—Espero que esté satisfecha —siseó—. No me creyó cuando le dije que no quería matarla y me ha herido sin necesidad. Ahora deberá pagarlo.

Con la mano libre, tanteó a la mujer, que se revolvió de asco cuando sintió las manos en sus muslos. Lejos de querer abusar de ella en ningún sentido físico, el hombre metió mano para sacar la bolsita que, estaba seguro, tenía atada a la liga. Sabía que a las costureras se les pagaba a diario por el trabajo terminado porque su madre también lo había sido. Ella también se la ataba a la liga.

—No. —La súplica llegó amortiguada.

—Eso es como recompensa por todos los quebraderos de cabeza que me ha dado.

La verdad era otra. No necesitaba el dinero de esa pobre desdichada. Era una excusa. Cuando la liberara, quería que la mujer se centrara en el dinero perdido en lugar de lo que pretendía hacer a continuación. Como no tendría sentido para ella, podría pasarlo por alto en caso de acudir a las autoridades, cosa poco probable. No obstante, no quería arriesgarse.

A tientas tocó la botellita de su bolsillo y quitó el tapón con el dedo. Acurrucado junto a su cuerpo, la obligó a abrir la boca y le hizo tragar el líquido. Ella se revolvió y tuvo arcadas, pero el hombre siguió sujetándola con firmeza y rezando para que no acabara devolviendo la medicina. Cuando estuvo seguro de que había logrado su cometido, habló:

—Ahora voy a soltarla, pero va a ser muy buena, ¿verdad? —Esperó a que asintiera—. Tengo una pequeña pistola en mi bolsillo —lo cual era una completa mentira— y, además, su cuchillo. Si cuando la suelte no se marcha corriendo y se atreve a mirar hacia aquí siquiera una vez, va a morir de

verdad. ¿Me cree?

Ella volvió a asentir, y se sintió magnánimo cuando la liberó.

La vio correr calle abajo olvidando a su paso, incluso, el paraguas que yacía abierto a un lado. Con paciencia volvió a cerrar el bote y lo guardó. Se aseguró de que no había nadie a la vista, aunque ya no lo preocupaba demasiado. Al fin y al cabo era de noche y la lluvia dificultaba cualquier tipo de reconocimiento. Abrió su propio paraguas y caminó de vuelta a su refugio con una pequeña molestia en el muslo.

Sin embargo, mientras se alejaba, sabía que no todo estaba terminado en aquella ciudad. Todavía le quedaba por hacer de vigilante unos días más y seguir la evolución de la mujer.

Cinco días después dejó Glasgow para siempre con una certeza y el corazón más ligero. La costurera había muerto.

Capítulo 2

Desde la cama, sin llegar a incorporarse, se masajeó las muñecas doloridas por el forcejeo con Ronnie sin saber qué hora era, puesto que las cortinas estaban echadas. Solo las débiles llamas del carbón de la chimenea le permitían ver los esbozos de la habitación. A pesar de sus temores iniciales, consiguió conciliar el sueño tan pronto su cabeza tocó la almohada, olvidándose de lo ocurrido durante unas horas.

En aquel momento se sentía descansada y con la mente lúcida, pero en su interior se había instalado un pequeño temor desconocido hasta entonces. A pesar de ello, había asegurado que se encontraba bien, en especial a su tío, que era el más preocupado de todos. No era tan tonta como para menospreciar el incidente de la noche anterior, ya que en un momento de pánico llegó a creer que el chico terminaría matándola, aunque solo fue durante unos segundos. Sin embargo, se dijo a sí misma que el ataque no serviría para asustarla lo suficiente para echar por tierra su labor.

Había tardado siglos en conocer las calles, las familias y las problemáticas en las que estas se veían envueltas. Sabía dónde se encontraban las tabernas repletas de estibadores y las prostitutas más populares. No obstante, su trabajo no era más fácil ahora que cuando empezó. La gente era esquiva y le costaba confiar en ella, incluso las mujeres más necesitadas de su ayuda. Por supuesto, parte del problema radicaba en la condición social de la propia Phillipa y a que no la veían como una igual. Para el East End no era más que una enfermera viuda y fea, pero no era difícil reconocer su educación por el modo de hablar y de expresarse.

Phillipa podía haberse convertido en carne de cañón para vulgares rateros o para ladrones que asaltaban a punta de navaja, mucho más agresivos. Por ello, desde un principio, su tío Jeremy se aseguró de buscarle escolta. Además, sabía que pagaba un sobresueldo a la policía para que hicieran sus

rondas por los lugares que ella frecuentaba. Jamás se lo había admitido, pero Phillipa lo conocía lo suficientemente bien como para saber que no le permitiría realizar sus salidas sin garantías.

—Es la hora de levantarse —se dijo en voz alta para darse ánimos—. Todavía hay mucho por hacer. —Tenía obligaciones que no iba ignorar, ni siquiera aquel día. Las acciones de Ronnie no podían paralizarla.

Salió de la cama, escondiéndose de inmediato en su bata de lana color rosa, una prenda que encargó cierto día en un alarde de vanidad, pues estaba confeccionada con volantes, encajes y un cinturón de seda. Phillipa era práctica en la mayor parte de su guardarropa, que adecuaba a su profesión, con formas sencillas y colores sobrios. Las blusas, las faldas o las chaquetas estaban pensadas para moverse por la ciudad y por los muelles sin miedo a ensuciarse. Un claro ejemplo de ello eran sus zapatos: feos a la par que cómodos. No obstante, a pesar de sus gustos pocos recargados, poseía algunos vestidos de la mejor calidad para no disgustar a su tía Odethe durante las reuniones familiares, puesto que ella creía que una mujer de su posición debía esmerarse en la apariencia.

Con la ayuda de su doncella estuvo preparada en poco tiempo y, aunque la hora del desayuno ya había terminado, pidió que le prepararan un té bien caliente y algo de comida que llevarse al estómago vacío. Necesitaba recuperar fuerzas para encarar las siguientes horas: el ambiente seguía siendo frío y le esperaba una buena caminata.

Se miró al espejo de cuerpo entero antes de abandonar la habitación. Sus pómulos habían perdido el color y bajo sus ojos se observaban unas arruguitas que atribuyó al susto recibido.

Comenzó a bajar las escaleras que descendían hasta la planta baja con aire decidido, si bien se detuvo cuando iba por la mitad. Vio a un desconocido apoyado en una de las paredes del estrecho recibidor que, al escucharla, levantó el rostro y se la quedó mirando. Phillipa reemprendió la bajada y le imitó, observando de arriba abajo su traje gris, que constaba de unos pantalones, una chaqueta y un chaleco más oscuro, de donde colgaba una

cadena dorada de reloj que, con total seguridad, tendría guardado en el bolsillo. La camisa blanca estaba almidonada y la corbata bien anudada.

Ella nunca juzgaba a las personas por su apariencia y menos cuando Dios se encargaba de recordarle a diario que jamás sería bella. Para ello solo debía mirarse al espejo. Tampoco lo hacía respecto a la clase social, puesto que como enfermera se debía a todos por igual, sin importar si se trataba de un mendigo o de un rey. Sin embargo, no pudo evitar pensar en la calidad de las ropas del desconocido, que no era mala, aunque tampoco la mejor.

Llegó a la conclusión de que se trataría de un policía que venía a verificar su testimonio dado la noche anterior. Entonces, ¿por qué ninguna de sus sirvientas la había avisado?

—¿Quién es usted? —«¿Y qué hace en mi casa?», quiso añadir, si bien la buena educación le hizo replanteárselo.

—Buenos días, señora Baker, mi nombre es Sebastian Field. —Acompañó sus palabras con una inclinación de cabeza—. Es un placer estar a su servicio.

Nada de sargento o inspector. La curiosidad de Phillipa aumentó y fue entonces cuando su mente pareció empezar a razonar con claridad: ¿había dicho «servicio»?

—No recuerdo haberlo contratado —aseveró rebuscando en su memoria.

—Por lo que sé, lo han hecho por usted. Frank ha sido despedido y yo he ocupado su lugar.

La voz sonó tan profunda como segura. Tanto, que Phillipa no pudo evitar fijar la vista en su boca, pareciéndole dura y firme. Sin poder evitarlo se estremeció y no precisamente de miedo, sino porque se trataba de un hombre atractivo, de rostro curtido, cabello bien peinado y mirada penetrante.

Se reprendió por pensar así. Menuda grosería e insensatez.

—Nadie tiene la potestad de actuar en mi nombre y hacer lo que se le antoje.

Si sonó brusca fue porque no deseaba perderse en sus ojos cristalinos, lo cual estaba tentada a hacer. Ella no era una muchacha tonta que se dejase

llevar por el romanticismo. Ni mucho menos una incauta a la que seducir ante una promesa de pasión. Bien al contrario, su viudedad la había alejado de los sentimientos que ocurrían entre un hombre y una mujer para concentrarse meramente en sus labores de enfermera.

Para ser sincera consigo misma, nunca había experimentado semejantes sentimientos. Su relación con Charles había consistido en el cariño y la admiración mutua. Con su esposo compartió una relación cálida y satisfactoria que nada tenía que ver con mariposas aleteándole en el estómago.

—Siento disentir, señora. El duque de Dunham cree poder hacerlo.

—¿Ha sido mi tío? —preguntó boquiabierta. Apenas habían pasado unas horas desde el incidente y ya estaba interviniendo de nuevo—. Aunque no sé por qué me sorprende tanto. No se toma mi seguridad a la ligera. —Ir siempre escoltada había sido un requisito obligatorio antes de aceptar ser parte del hospital St. George Women's Charity.

El carraspeo del desconocido la sacó de sus cavilaciones.

—Al parecer con buen criterio —terció—. ¿Tendría la amabilidad de explicarme qué sucedió anoche?

A Phillipa no le gustó su tono de superioridad; y mucho menos cuando veía que ya lo habían informado de ello.

—Fue un caso aislado, por si está interesado en saberlo. —Aunque lo dudaba. Parecía que él ya había sacado sus propias conclusiones—. Frank sabe cuáles son sus obligaciones.

—A mí no me lo parece. Se quedó dormido, señora Baker; uno de los mayores pecados que pueda cometerse en esta profesión.

Phillipa no pudo hacer otra cosa que defenderle. Frank llevaba con ella cerca de cinco años y en ese tiempo siempre la había respetado.

—Es un buen hombre.

—No lo dudo, si bien no es eso lo que me preocupa. Por lo que me han contado, no es difícil deducir que a usted le gusta llevar el control de la

situación —hizo una pausa—. Conmigo va a ser distinto.

—¿Es una amenaza?

—No, no lo es. La estoy poniendo al corriente de lo que sucederá. A partir de ahora, yo dicto las normas, no usted.

Aquella última frase tocó uno de sus puntos sensibles, consiguiendo alterarla.

—¡Me ofende!

—Siento herir su sensibilidad. Su tío me ha contratado para mantenerla con vida y juro por Dios que eso mismo voy a hacer.

—¿No cree que está exagerando? Me encuentro perfectamente. Además —añadió—, no se olvide a quién debe lealtad. Trabaja para mí. —Phillipa se acercó al señor Field con fingido aire resuelto tratando de aparentar que dominaba la conversación. No podía dejar que se le escapara de las manos. Como una partida de ajedrez había que afianzar bien la posición. Ella se había enfrentado decenas de veces a hombres poco dispuestos al diálogo solo por el mero hecho de tratar con una mujer, a sus ojos un ser de condición inferior. Médicos, cirujanos, estibadores o marineros. No importaba su clase social, ni tan siquiera su educación. En cambio, Charles siempre la trató como una igual, aceptando sus ideas como si fueran propias—. No voy a obedecerle sin más, por muy autoritario que se muestre.

Durante unos segundos, él no movió ni un músculo antes de decir:

—Aunque esté a su servicio, es el duque de Dunham quien me ha contratado y él me ha prometido que puedo actuar con total libertad. Así que si yo digo no, es no; por mucho que se empeñe o patalee.

—¡Yo no pataleo! Además, mi tío no tenía ningún derecho a hacerlo. No soy una niña y él ya hace tiempo que dejó de ser mi tutor. Cabeza de familia o no, me niego a consentir que manipule mi vida a su antojo.

—Solo desea mantenerla a salvo —terció, conciliador, antes de que las cosas fueran a mayores. Aquella presentación no había empezado con buen pie, pero todavía estaba a tiempo de mejorar. Sebastian no acostumbraba a discutir con sus clientes.

—¿Obligándome a soportar su presencia?

Si hasta entonces el rostro del señor Field se había mantenido prácticamente inmutable, el modo tan poco halagador que utilizó para referirse a él consiguió que tensara la mandíbula.

—¿Tan malo le parece?

—¡Por supuesto que sí! —Estaba ante un insolente insoportable, un patán sin modales y un altanero con el descaro suficiente para poner su vida patas arriba, lo cual no iba a permitir—. No tengo por qué hacerle caso. Es más, le exijo que salga de mi casa y le diga a mi tío que no puede continuar con el trabajo.

Contra todo pronóstico, a Sebastian Field se le escapó una sonrisa socarrona. Tanta beligerancia le irritaba y divertía a la vez.

Phillipa lo detestó aún más.

—¿Y qué motivo he de darle, exactamente? Estoy convencido que lord Dunham querrá saberlo. ¿He de alegar alguna razón indiscutible o bastará con decir que es usted demasiado terca y caprichosa como para aceptar mi presencia como su protector?

El rostro de Phillipa perdió el color.

—¡Eso no!

Estaba segura que su tío Jeremy se enfadaría si creía que era su culpa.

—¿Entonces...? —la retó él.

—Puede argumentar que sus aspiraciones son mayores o que debe proteger a alguien más importante.

La sonrisa del señor Field se ensanchó.

—Así que debo mentir por usted.

—Solo un poco —le pidió Phillipa—. Le recompensaré con unas cuantas monedas —y se apresuró a añadir—: Y si no tiene suficiente, siempre podemos negociar más.

Él se inclinó hacia adelante y clavó sus ojos en su rostro.

—Su oferta podría acarrearle serios problemas. Nunca jamás debe

prometer más dinero a un desconocido... porque podría no tener suficiente.

Ante la advertencia, Phillipa tragó saliva. Él tenía razón, pero no era eso lo que la inquietaba de verdad, sino el modo en el que la observaba. Eso conseguía agitar su interior.

—¿Aceptaré?

—Ni por todo el oro de la reina —declaró con calma, echando el cuerpo hacia atrás—. Nunca rehúyo mis obligaciones.

—Yo no soy su obligación —afirmó un tanto molesta.

—Por supuesto que lo es. Teniendo en cuenta que el duque de Dunham ha solicitado el mejor hombre y lord Hansberg ha pensado en mí, señora Baker, debería sentirse aliviada.

No lo estaba. Phillipa había comprendido que con aquel hombre autoritario siguiéndola a todas partes no tendría la misma libertad de movimientos que gozaba con Frank y eso resultaba más que un mero inconveniente.

En vez de enfrentarse directamente a él, esta vez trató de convencerle.

—Sea sensato. Usted y yo jamás nos llevaremos bien.

—Jamás es mucho tiempo —terció él con calma.

—No podemos estar siempre discutiendo por quién tiene más razón.

—Prefiero que las cosas se hagan a mi modo.

—Por supuesto que lo prefiere —expuso Phillipa, convencida—. Y yo estoy acostumbrada a seguir mi propio criterio. Así que lo más probable es que ambos terminemos odiándonos.

El señor Field se encogió de hombros.

—Eso no debe preocuparla: tal sentimiento no interferirá en mi trabajo.

—Oh, gracias —se mofó—. Me siento más tranquila sabiendo que jamás me arrojaría al Támesis.

—Entonces, asunto aclarado. —Sacudió la cabeza y sacó el reloj de bolsillo para consultar la hora—. ¿Cuáles son sus planes para hoy?

«Deshacerme de usted», fue su primera respuesta. Por suerte, consiguió

reprimirse. En vez de eso se dijo a sí misma que era una mujer cabal y práctica, por lo que no estaría mal que él mostrase su valía, por muy poco dispuesta que estuviera.

—Desayunar —contestó, acompañando sus palabras con una fugaz sonrisa. Y a continuación se dirigió al comedor sin importarle si el señor Field la seguía o se quedaba toda la mañana ahí de pie.

«Puedes darle una oportunidad», se dijo mientras hundía la cucharilla en el corazón del huevo.

«No va a ser necesario acostumbrarse a él», pensó dando un mordisquito a la tostada. Cuando su tío dejara de estar tan asustado y todos comprendieran que su vida no estaba en constante peligro, enviarían al señor Field a proteger a otros y ella pediría que Frank regresara.

«Hansberg atenderá a razones», argumentó a su conciencia antes de terminarse la taza de té cargada de azúcar. Al fin y al cabo, Frank también trabajaba para el marqués.

Phillipa se limpió los labios con la servilleta y miró el plato vacío. Parecía que discutir con el señor Field le había abierto el apetito, porque había terminado comiendo más de lo pretendido.

Fue a buscar su chaqueta larga de color verde oscuro, a juego con su falda, y la abotonó hasta arriba. Cogió el material que necesitaba para predicar y comunicó al señor Field que se marchaban.

—Necesitamos un carruaje de alquiler.

Él no se lo discutió, sino que no perdió el tiempo y en la calle procuró conseguir uno lo más rápido posible.

Durante los primeros minutos, ambos permanecieron en silencio. Phillipa se acomodó en el asiento acolchado y se entretuvo mirando por el cristal de la ventana, haciendo ver que no le alteraba en absoluto la presencia de ese hombre. Pero la realidad era bien distinta: era perfectamente consciente de su proximidad, de sus miradas atentas o de los roces fortuitos.

Demasiado perturbador para su propia tranquilidad... y para su gusto. Frank nunca había despertado en ella reacciones que pudieran considerarse

genuinamente femeninas. A su lado se sentía a gusto y protegida, nada más. En cambio, aquel hombre conseguía ponerla alerta al mismo tiempo que la hacía consciente de su atractivo.

—Sé por su tío que parte de su trabajo lo realiza en los muelles —lo escuchó decir más tarde—. Me gustaría que me explicara en qué consiste exactamente.

Sebastian la observó mientras la señora Baker volvía el rostro hacia él y lo miraba con una expresión de desconfianza.

Rio para sus adentros. Sería difícil llevarse bien con esa mujer. Normalmente, la gente que pagaba por su protección se sentía agradecida por tenerlo a su lado velando por su integridad física. Sin embargo, ella se mostraba huraña.

—Creía que iba a dedicarse a protegerme y observar.

—Solo por hoy —aclaró—. Como está más expuesta que en el propio hospital, quiero hacerme una idea de los peligros potenciales. —Phillipa permaneció callada—. ¿Y bien? —insistió él.

—No deseo aburrirle.

—No lo hará —contestó con paciencia.

—Abrumarle, entonces.

—Señora Baker, necesito un poco de su colaboración si queremos que esta relación funcione.

Phillipa arrugó la nariz, evidenciando su desacuerdo.

—Ahí está el problema: yo estoy esperando que Frank regrese.

Sebastian pensó que no solo era huraña; al parecer, testaruda también.

—No lo hará. Y no necesito explicarle de nuevo el porqué.

Su actitud no mejoró.

—Él conoce mis costumbres y la zona por la que solemos movernos. No sé de dónde lo ha sacado mi tío, pero dígame: ¿ha pisado nunca el East End?

—Es un lugar poco recomendable para usted —dijo sin llegar a contestar su pregunta.

—¿Porque soy mujer?

—Porque es de otra clase social —argumentó con parsimonia.

Phillipa apretó los labios y no dijo nada, pues no estaba de acuerdo con aquella afirmación. Pensó que no tenía caso discutirlo porque no entendería lo que significaban para ella esos distritos donde sus gentes vivían apiñadas en míseras viviendas sin la más mínima salubridad y con escasas ocasiones para progresar.

Ante su silencio, el señor Field optó por continuar:

—Como no parece muy dispuesta a explicarme sus quehaceres y todavía no me conozco las calles habituales por las que se mueve, hoy le exigiré que no se separe ni un momento de mí.

Phillipa ladeó el rostro y lo miró con fijeza.

—¿Exigir? Querrá decir: pedir.

—Esto no está abierto a negociación, señora Baker —declaró con una fría mirada—. Solo hay un camino que lleva al redil.

De los labios de Phillipa brotó una exclamación de genuina indignación. Al parecer, el tacto no era una cualidad que destacara en el carácter del señor Field.

—Que expresión tan poco afortunada. No soy una vaca —respondió con sequedad—. No sé con qué clase de personas está acostumbrado a tratar... —«con gente refinada parece que no», se dijo a sí misma.

El señor Field musitó una disculpa acompañándola con una inclinación de cabeza.

—Lo siento. Una desafortunada elección de palabras, pero el significado es el mismo: seguirá mis normas a pies juntillas.

Phillipa suspiró.

—Se conforma con poco, ¿verdad?

Él dejó pasar por alto su sarcasmo y retomó la conversación:

—No tengo tiempo de escoger mis palabras con cuidado. Esto no es un juego de naipes con el que entretenerse después de la cena, señora Baker. Es

peligroso por numerosos motivos. Así que le pido con todo el respeto posible que no me ponga a prueba. Repito: usted no se separará de mí en ningún momento. Si le digo que no hable con alguien en especial, no lo hará, y al menor gesto de insubordinación por su parte, nos marchamos. Si surge algún contratiempo, nos marchamos también.

El brillo de advertencia que desprendían sus ojos le indicó a Phillipa que no bromeaba en absoluto. Aunque también era consciente de que aquel hombre autoritario no estaba teniendo en cuenta sus opiniones ni sus deseos.

—No, escúcheme usted —dijo empezando su discurso—. No soy tan tonta como para ignorar los peligros de estas calles. Por eso accedí a ir acompañada de un hombre armado, como supongo que lo está usted. —Él no necesitó contestar; Phillipa ya sabía la respuesta. Sería una auténtica insensatez pretender protegerla sin llevar consigo por lo menos una pistola—. También sé que hay que tomar precauciones, como por ejemplo, resguardar la identidad de mi familia. Nadie en estos distritos sabe que mi tío es el duque de Dunham. Para ellos, no soy más que una molesta enfermera del St. George Women's Charity. Mi presencia no les agrada, porque les recuerda, entre otras cosas, sus pecados sexuales. —El señor Field agrandó un poco los ojos ante aquellas palabras tan impropias en una dama, si bien la dejó continuar—. Nadie debe saberlo —recalcó con énfasis—, porque de otro modo sería imposible realizar mi labor.

—Secuestrarla para pedir un cuantioso rescate sería una tentación demasiado fuerte para dejarla pasar —convino él.

Phillipa asintió con un seco movimiento de cabeza.

—En efecto. Si hoy he decidido que viniéramos en un carruaje de alquiler no es por capricho. Lo hago siempre, así evito suspicacias o que asalten a mi propio cochero mientras me espera.

Él la miró con fijeza.

—¿Y el personal del hospital?

Para Sebastian era necesario conocer cuántos estaban al corriente del parentesco, porque en algún momento la información podría resultar vital.

—Solo Harvey Crouch, el gerente, lo sabe —aclaró—. Él y yo no nos llevamos bien, pero mantendrá el secreto si desea seguir conservando esa misma posición en el hospital.

—¿Y los demás? ¿No existe ni una sospecha?

—No es ningún secreto la buena relación que mantengo con lord Dunham, pero él es nuestro principal benefactor. Un duque, ni más ni menos, así que nadie se atreverá a difundir rumores de ningún tipo. —Ni siquiera los cirujanos y los médicos, con los que solía mantener acaloradas discusiones—. Y en cuanto a mi presencia en la junta directiva, todos creen que se debe a un honor adquirido tras la muerte de mi esposo, puesto que él fue el principal impulsor del St. George Women's Charity.

Sebastian se tomó un momento para reflexionar sobre aquello. A primera luz del alba, Hansberg lo había convocado a su despacho para informarle sobre los inmediatos cambios que se iban a producir: debía dejar de prestar sus servicios a lord Lodge, en favor de otro compañero, para concentrarse en una viuda cuyo estilo de vida la ponía en constante peligro. Esas fueron sus palabras exactas. Y aunque era Hansberg quien pagaba su sueldo —y por lo tanto, quien estaba al mando—, pensó que debía de tratarse de una mujer importante para él si lo avisaba con tantas prisas.

Escuchar sobre una enfermera del East End hizo que la curiosidad aumentara, más que nada porque no era la clase de trabajos que solían encargarle. Sin embargo, en medio de aquella extraña conversación apareció el duque de Dunham, aunque las piezas tardarían en encajar.

El duque y el marqués eran amigos desde hacía años, hacían negocios juntos y ambos formaban parte de un pequeño grupo de ricos y aristócratas que componía la junta directiva de un hospital del que nunca había oído hablar. Fue sorprendente escuchar de sus propias bocas que Phillipa Baker, jefa de enfermeras de dicho hospital, era en realidad la sobrina de lord Dunham, que aquella misma noche había sufrido un intento de asesinato y que ni por todo el oro del mundo nadie lograría sacarla de ahí. Así que necesitaban de su ayuda.

Tal vez a Sebastian no le gustara la repentina decisión, si bien no tuvo más remedio que acatar la orden.

—¿Su tío está de acuerdo en mantener las apariencias?

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—No fue premeditado, sino que surgió así. Cuando comencé a salir a las calles después de enviudar, que nadie relacionara mi apellido de casada con la familia Gibson resultó ser toda una bendición.

Se produjo un silencio. Ella hablaba de su actual condición con naturalidad y no llevaba ningún tipo de luto, por lo que dedujo que el fallecimiento del marido debía haberse producido unos años antes.

¿Cómo sería el señor Baker: amable y tranquilo o más bien vanidoso y egoísta? ¿Qué tipo de relación podría existir entre ellos, con una esposa y una mujer tan beligerante? ¿Habían sido felices o se trataba de un matrimonio acordado?, se preguntó mostrando una curiosidad por su vida íntima que no debería existir.

Sebastian creía que era demasiado joven para tratarse de una viuda. Todavía tenía muchos años por delante y la soledad la haría replantearse un nuevo matrimonio. Estaba convencido de que su tío podría encontrarle un caballero de buena posición que le alegrara las noches más frías y templara los veranos más calurosos.

«Pero no es de tu incumbencia», tuvo que reprenderse con dureza. No le pagaban para hacer especulaciones, sino por protegerla.

Justo en ese momento, el carruaje se detuvo y Sebastian suspiró, agradecido de verse liberado de tales pensamientos.

—Se acabó el tiempo. Hemos llegado. —Sebastian salió del carruaje, echó una rápida ojeada a la calle, rodeó el vehículo y abrió la portezuela del lado de Phillipa para ayudarla a bajar.

Ella vaciló un instante justo antes de aceptar su mano, pero en ese momento, el señor Field lucía una sonrisa serena y Phillipa se dejó seducir por ella.

«Debería sonreír más y regañar menos», se dijo a sí misma. Eso solo hacía que mejorar su apariencia.

—Gracias —murmuró con la cabeza baja. No sabía por qué, pero el contacto entre ambos le produjo una sensación agradable y temía que sus pómulos terminaran adquiriendo un color rosado.

—No olvide nuestra conversación —le recordó entonces—. No se aleje de mí y cumpla todas mis órdenes.

Evidentemente, el encanto se esfumó en el acto.

Capítulo 3

El carruaje se había detenido unas esquinas más al este de donde se encontraba el St. George Women's Charity, una zona por la que solía predicar cuando tenía poco tiempo. Soltó la mano del señor Field y olfateó el aire, cargado de hollín y humo. Además, el olor a orina de caballo se mezclaba en sus fosas nasales, pero Phillipa no tenía tiempo para ser débil o remilgada. Sorteó el barro —entremezclado con estiércol— acumulado en los laterales de la calle y pagó al cochero.

—Vamos —instó al señor Field, olvidándose de las tonterías que poblaban su cabeza, unos pensamientos poco propios de ella—. Hay que comenzar cuanto antes.

Sebastian la vio moverse con soltura con un paquete de papel marrón entre las manos. Estaba atado con una simple cuerda. A cada paso, sus caderas se balanceaban en un vaivén preciso que atrajo su atención y que lo distraía de la vigilancia.

Debía reconocer que la señora Baker no era una mujer bella a la que admirar. Su cutis sonrosado y sus pómulos altos le conferían carácter a su rostro, si bien todo el conjunto no era favorecedor. Además, carecía de la sofisticación y pretensiones propias de las damas de su posición. Vestía con bastante sencillez, según había podido observar; sin excesos. Y en vez de dedicar su tiempo a tomar el té con las amistades de su tío el duque, su vida parecía regirse por su empeño por ayudar a las clases más desprotegidas.

Tenía alma y agallas, lo cual era mucho más hermoso. Por lo menos para él.

—Sujéteme esto.

Phillipa le entregó el paquete e inspeccionó la zona que había escogido: una plazoleta con mercado llena de paradas de verduras, carne, pescado fresco y salado, hogazas de pan, flores y utensilios diversos. El bullicio entre

comerciantes y clientes era intenso y le dificultaba su propia tarea, así que se adentró por una de las callejuelas adyacentes.

—¿Qué es? —le preguntó Sebastian antes que ella quitara el cordel y rasgara cuidadosamente el papel por una esquina.

Phillipa sonrió, mostrándole el contenido. Se trataban de unas octavillas en las que se podía leer la palabra «sífilis» bien grande, escrita en tinta negra. Iba acompañada de un dibujo de una prostituta y su cliente. La muerte y su guadaña les acechaban.

—Es una herramienta de trabajo. La mayoría de la gente es analfabeta, pero el contenido es explícito. ¡Tengan cuidado con la sífilis! —gritó de repente a viva voz, blandiendo una octavilla al aire—. ¡Tengan cuidado con la sífilis! —Algunas personas se la quedaron mirando durante unos segundos, aunque en general la ignoraban—. ¡En el hospital St. George Women’s Charity!

Primero Sebastian la miró con expresión de horror, dada su poca discreción; luego con disgusto. No le parecía apropiado que una mujer de su posición estuviera dando voces como una tabernera cualquiera. Cuando un hombre cargado con un saco escupió frente a los zapatos de Phillipa, la sangre comenzó a hervirle de indignación. Dio un paso hacia adelante dispuesto a asestarle un puñetazo y a enseñarle buenos modales, pero para su propio asombro, ella leyó sus intenciones y colocó una mano sobre su pecho para detenerle.

—No importa —le dijo en voz baja y tranquilizadora.

Sebastian contempló su pequeña mano enguantada, que se mantenía firme. Poco a poco fue subiendo la mirada hasta que sus ojos se cruzaron con los de ella.

—A mí sí. Ese hombre desprendía odio.

—¿Y cree que es el único? Estoy acostumbrada.

—No quiero que se acostumbre —rebatió él—. Son unos cerdos desagradecidos.

—Gracias.

Sebastian frunció el ceño.

—¿Por qué me las da?

La vio respirar hondo.

—Nadie ha dicho que esta sea una tarea sencilla. Es más bien ardua y causa mucha indiferencia. Le doy las gracias por salir en mi protección... y por detenerse a tiempo. No deseo empezar ningún conflicto.

Sebastian aceptó sus palabras con una inclinación de cabeza y dejó que hiciera su trabajo como ella sabía. Después de una hora recorriendo la misma calle arriba y abajo, siendo ignorada y escuchando las quejas de los comerciantes por su presencia, se dio cuenta de que seguía luciendo la misma seguridad en sí misma que había mostrado desde un principio.

«Esta mujer tiene agallas».

Alguien pasó por su lado y Phillipa corrió tras él hasta alcanzarlo, como ya había hecho con anterioridad. Sebastian fue a su zaga.

—¡Eh! ¡Eh! —Con sus gritos consiguió que se detuviera. Se trataba de un chico joven, tal vez de no más de dieciocho años, con pecas en el rostro—. Toma. —Le entregó una octavilla que él se quedó mirando sin entender—. La sífilis se contagia principalmente por contacto sexual.

El tono de Phillipa se volvió sereno y seguro, como si se tratara de una profesora impartiendo clase. No obstante, eso no evitó que el joven enrojeciera hasta la raíz del cabello.

—No lo necesito —dijo tratando de devolverle el papel.

—Debes tener cuidado con la sífilis —prosiguió ella—. No hay que tomárselo a la ligera.

—Le he dicho que no lo necesito.

Phillipa abrió la boca para añadir alguna que otra explicación, aunque ya no tuvo tiempo. El joven no deseaba que lo vieran hablando con aquella mujer extraña que gritaba cosas sobre la sífilis, así que se escabulló tan rápido como sus piernas se lo permitieron.

Sebastian silbó.

—Lo ha espantado rápido. Con él ya van cinco.

Ella le lanzó una mirada ceñuda.

—No decaigo en mi empeño.

—¿Por qué ha elegido a todos esos jóvenes?

—Porque están en la flor de la vida. Algunos no parecen más que niños y, sin embargo, ya tienen esposa e hijos. Cuanto antes sepan de los peligros a los que están expuestos, mejor para todos.

—No lo va a tener fácil.

Lo miró un momento.

—Ellos solo han huido. Cuando me acerco a los muelles la reacción de los hombres es mucho peor, por no hablar de cuando trato de aconsejar a las prostitutas frente las tabernas...

Sebastian la contempló con una expresión de estupefacción pintada en el rostro.

—¿También hace eso? —Ella asintió—. ¡¿Se ha vuelto loca?! ¿Sabe lo peligroso que es?

—¿Y sabe usted lo peligrosa que es la sífilis? —contraatacó ella, con su mismo argumento.

El protector frunció el entrecejo y se acercó un poco a Phillipa.

—Tiene mucho interés en esto.

Ella se encogió de hombros.

—Puede parecer una enfermedad silenciosa, por lo menos al principio, pero causa estragos. Además, la gente duda a la hora de buscar ayuda.

—¿Por qué?

—Porque está valorada como una enfermedad inmoral. Imagine la cadena de acontecimientos: una noche, un marinero o estibador visita la taberna más cercana y después paga unas monedas a una prostituta para que le proporcione un poco de placer. Resulta que la prostituta padece sífilis y el hombre regresa a su casa, contagiando a su esposa.

—Así que la enfermedad se relaciona con la lujuria y el libertinaje.

—Exacto —afirmó complacida porque él lo entendiera—. La infidelidad o el copular impuramente causa vergüenza en el afectado. Algunos incluso creen que es un mal que merecen por sus pecados. Cuando buscan ayuda ya poco puede hacerse.

—Comprendo.

Phillipa ordenó las octavillas y se dirigió otra vez a los transeúntes.

—¡La sífilis se contagia principalmente por contacto sexual! —gritó para ser escuchada—. ¡La sífilis se contagia principalmente por contacto sexual! —Su labor podía parecer nada agradecida, si bien sentía que era necesaria. Tal vez entre veinte personas solo una le hiciese caso, pero ella ya lo consideraría una victoria—. Otra causa que se debe tener en cuenta —dijo siguiendo con su explicación— es que una mujer embarazada y con sífilis puede transmitir la enfermedad a su hijo antes de nacer o incluso en el parto. Los riesgos son grandes: muerte prematura del bebé o puede que incluso termine desarrollando ceguera, sordera, deformidades...

Durante sus años como miembro de infantería en el Ejército británico de Su Majestad, Sebastian había escuchado hablar de la enfermedad, así como las desgracias asociadas a ese mal. Los soldados estaban tan expuestos como los marineros y los estibadores, aunque en realidad nunca había sido plenamente consciente de los riesgos.

Eso le hizo darse cuenta del valor que suponía el trabajo de la señora Baker. Era una pena que no se lo reconocieran.

—¿Qué puede hacerse para remediarlo?

Su expresión no le hizo concebir muchas esperanzas.

—Las mujeres deben ingresar en el hospital hasta su curación. En nuestra sección de enfermedades contagiosas las tratamos con sales de mercurio y yoduro de potasio. En las dos primeras fases es difícil de detectar, ya que los síntomas pueden confundirse con otras enfermedades. Y el caso de las mujeres es mucho más complicado, puesto que en su mayoría no hay signos externos visibles. Cuando buscan ayuda ya es demasiado tarde. —Sebastian tragó saliva. Ella se enfrentaba todos los días a la muerte y a pesar de ello

seguía concibiendo esperanza. Si no la tuviera, no estaría ahí—. ¿Sabe? Pensaba predicar un poco más, pero he tenido una idea mejor —soltó de improviso.

—¿Predicar?

Phillipa sonrió.

—Ha escuchado bien. No existe un término que defina mi labor en los distritos, pero una vez alguien me dijo que parecía un predicador captando adeptos para la iglesia, así que ahora yo lo llamo predicar. —Sebastian asintió y ella pensó que era el momento adecuado para dejar aquellas calles y mostrarle otra parte—. Acompáñeme. Deseo que comprenda más a fondo lo que hago —dijo a modo de explicación mientras se encaminaba a su nuevo destino.

El paisaje de casas bajas y comercios fue cambiando hasta convertirse en un largo y macizo muro de piedra que reseguía por toda la calle. El ir y venir de los carros cargados con mercancías era cada vez mayor.

—Estamos en el puerto —murmuró reconociendo el lugar.

—Estos son los muelles de Londres, un intrincado conjunto de dársenas conectadas entre sí mediante canales.

—¿Suele venir por aquí?

Phillipa asintió.

—Con bastante frecuencia. También visito los distritos de Limehouse y Poplar, donde se encuentran los muelles de las Indias Orientales.

—¿Y qué es lo que la atrae tanto de este lugar?

—Lo mismo que a los marineros: las tabernas. —Sebastian abrió los ojos de par en par y Phillipa chasqueó la lengua, divertida—. Esta zona está plagada de tabernas, donde acuden marineros y estibadores. La bebida y la diversión se dan por descontado, al igual que la presencia de prostitutas.

—Déjeme adivinar: va a las tabernas a prevenir del contagio de la sífilis.

—Lo ha comprendido —dijo orgullosa de su cometido.

Sebastian pensaba de otro modo bien distinto.

—No hay modo de decirlo con delicadeza: ha perdido la razón —dijo con sequedad, fulminándola con la mirada.

Ella se detuvo y lo contempló durante unos largos segundos con los labios fruncidos.

—No es la primera vez que lo escucho. —Y por eso no se sentía ofendida en absoluto.

Phillipa era una viuda respetable, cabal e independiente. No necesitaba de su permiso ni el de ningún otro hombre para predicar frente a las tabernas.

—¿No se da cuenta de lo peligroso que es? Esos hombres están borrachos y pueden tomarse sus gestos como una provocación. Frank no debió consentirlo.

—Agradezco su preocupación —murmuró con educación, pero sin inmutarse. Sabía que gruñir airada o lanzar una réplica mordaz solo serviría para enzarzarse en una nueva pelea.

Él no se sintió demasiado complacido con la respuesta. En realidad, la conocía poco, pero la juzgaba como una mujer inteligente. Era jefa de enfermeras en un hospital para mujeres; un trabajo pensado para alguien con dotes de mando, organizado y serio, que supiera mantener la cabeza sobre los hombros. A pesar de ello, algunos de sus actos no respaldaban esos pensamientos: se aventuraba demasiado por unas calles peligrosas y tentaba con demasiada frecuencia al destino. Y al final del día podía terminar pagando cara su osadía.

«Conmigo no sucederá», se prometió a sí mismo. Él la protegería.

—¿Y eso es todo lo que va a contestar?

—Alégrese, está ante una mujer sumisa.

Sebastian pasó por alto su tono liviano y exclamó:

—¡Y un cuerno! Es usted demasiado complicada y testaruda como para comportarse de ese modo.

Phillipa alzó una ceja.

—¿He de entender que prefiere que me rebele ante su autoridad?

—Algunas cosas son inevitables, como por ejemplo que salga el sol todas las mañanas —señaló con énfasis.

Phillipa contuvo una sonrisa. No contaba con que el señor Field tuviera una pizca de alma poética.

—¿Eso es un sí o un no? —insistió.

Sebastian dio un paso hacia ella con un semblante duro. No pretendía asustarla, sino imponer su dominio con su simple presencia, puesto que su cuerpo era más grande y fornido. No obstante, no pudo evitar sentirse fascinado por su tranquila mirada. Phillipa no se mostraba incómoda en absoluto, por mucho que el acercamiento fuera inapropiado. Al fin y al cabo, él no era más que un empleado.

—¿Me está retando?

Phillipa se llevó una mano al pecho en un exagerado gesto dramático.

—Jamás me atrevería.

Le lanzó una sonrisa sutil y prosiguió su camino, dejando tras de sí a un Sebastian farfullando incoherencias.

Para alcanzarla, tuvo que dar una docena de zancadas bien grandes mientras ella llegaba ya frente a una de las robustas puertas de madera, abiertas, que permitían el acceso al interior de los muelles. El tránsito era intenso y un par de guardias supervisaban las entradas y salidas. De improviso, Phillipa lo tomó del brazo, vigilando con cierto disimulo a los guardias, y le hizo un gesto con la mano libre para que pasaran pegados al muro.

Ir con el señor Field, un rostro desconocido en aquel lugar, facilitaba que ella pasara desapercibida.

—A veces me escabullo dentro —confesó, valiéndole una mirada reprobadora de Sebastian.

A pesar de la evidente censura, no se detuvo.

—¿Es eso lo que estamos haciendo? —Porque ella seguía conduciéndole hasta los muelles.

Sebastian alzó la cabeza y contempló el paisaje que se alzaba frente a sus ojos: una serie de largas edificaciones —construidas de ladrillo y de cuatro pisos de altura— conectados a almacenes menores mediante unos puentes.

Allí el ajetreo era mayor. Las grúas servían para descargar las mercancías pesadas de los grandes navíos. Las barcazas se movían con facilidad por el agua y los estibadores se valían de rampas y carretillas para transportar los productos mientras decenas y decenas de barriles llenos de vino y licor destilado fuerte, como brandy, ginebra y ron, se acumulaban en la explanada junto a los almacenes.

—Solo una pequeña parte de los estibadores cuenta con trabajo regular. Los demás se concentran día tras día en los muelles esperando la llegada de un barco que les permita trabajar durante unas horas.

Cuando eso sucedía, estaban expuestos a la peligrosidad: la caída de la carga causaba lesiones severas, incluso la muerte. Además, los sueldos eran bajos, lo que ocasionaba conflictos, huelgas y robos de importaciones exóticas de gran valor como piedras preciosas y marfil africano o tabaco y especies de India; todas ellas mercancías muy valoradas.

—He visto condenar a un hombre a cinco semanas de trabajos forzados por robar una sola botella de licor, siendo el juez benévolo. Imagino que por robar en los muelles las penas serán mayores.

Phillipa sacudió la cabeza, tratando de no pensar en aquello ni de relacionarlo con el juicio contra Ronnie, que se llevaría a cabo por tratar de matarla.

—Ante tantas miserias, los hombres, hastiados, terminan consolándose en la bebida y en las prostitutas, que se limitan a vender su cuerpo por unas míseras monedas. Ellas son en su mayoría las que terminan contagiando la sífilis y la gonorrea, pero no hay que estigmatizar a esas mujeres, sino ayudarlas.

—Es usted muy altruista —declaró Sebastian con una chispa de admiración en los ojos. Una dama de su posición debía tener mejores cosas que hacer que recorrer las calles tratando de salvar a quien no deseaba ser

salvado.

Phillipa sintió un leve pinchazo en su corazón que no dejó traslucir.

—Creí que pensaba que había perdido la razón —murmuró ella, recordando sus palabras.

Sebastian la obsequió con una sonrisa, mostrando una faceta mucho más amable y comprensiva.

—Altruista e imprudente a partes iguales —dijo con sorna y ella le devolvió la sonrisa, pero con cierto recato—. No se toma a la ligera el peso que descansa sobre sus hombros y que usted misma ha puesto ahí. Eso es de admirar.

—Detecto un «pero» tras esas palabras —aseveró con astucia.

La pregunta nunca tuvo respuesta, porque por el rabillo del ojo Phillipa vio acercarse a uno de los guardias del puerto y el encanto del momento se rompió, como si fuera una frágil burbuja de jabón.

—Señora Baker —le escuchó decir—, sabe que no le está permitido entrar en los muelles.

Se apartó del señor Field y dirigió toda su atención al hombre que le estaba hablando, tratando de mostrar su lado más amable, como si no estuviera desobedeciendo ninguna norma.

—Solo ha sido un momento. Lo juro.

Alzó las manos, enseñando las palmas en una señal que pretendía mostrar sinceridad.

El hombre, de más de cincuenta años, era alto y desgarbado, con una barba espesa que cubría mentón y mejillas. De todos los guardias, Phillipa había tenido suerte, porque se trataba del más comprensivo.

Sacudió la cabeza, sin terminar de convencerse.

—No quiero problemas.

—No los tendrá —le aseguró ella.

—Sabe de sobra el revuelo que se forma cuando los hombres la ven.

—No les gusta lo que tengo que decir. Ya lo sé.

El guardia entornó los ojos.

—¿Y le extraña? Usted y sus cosas... —titubeó, mientras sacaba un pañuelo de uno de los bolsillos del pantalón y se enjugaba el sudor de la frente con él, mirando en rededor—. Me cae bien, señora Baker —dijo en voz baja, como si temiera que lo escucharan—. Su intención de ayudar a las mujeres que lo necesitan es buena, pero este no es un buen lugar para hacerlo.

—Porque es territorio de hombres. —Unos a otros se protegían, considerándola a ella una entrometida.

—A nadie le gusta que le griten sus defectos frente a los demás.

—Las enfermedades venéreas no pueden considerarse un defecto —se defendió—. Causan muertes. Si no me quieren aquí es porque no soportan que exponga sus vergüenzas ni que sus mujeres se enteren de sus faltas conyugales.

El guardia rehuyó su mirada.

—Baje la voz. ¿No se acuerda de lo que sucedió la última vez?

Sebastian detectó cierto temor en la voz de hombre y eso lo puso alerta.

—¿Y qué fue eso?

—Nada —contestó Phillipa de inmediato—. Un simple malentendido.

Siendo su acompañante un hombre tan protector, se dio cuenta de que no iba a conseguir librarse de dar explicaciones.

Como así fue.

—¿Se vio envuelta en algún conflicto? —preguntó directamente al guarda. Su expresión se había vuelto dura y amenazante.

Este miró a uno y a otro, sopesando su respuesta.

—Kevin Lance había llegado a trabajar ebrio —comenzó a explicar, tenso. No sabía quién acompañaba a la señora Baker, solo que intimidaba. Así que mejor terminar cuanto antes y que se marchasen—. Encontrarse a la señora Baker predicando fue la excusa que necesitó para desahogarse.

—¿De qué?

—Su mujer lo abandonó y me culpa a mí —intervino ella con frialdad. Era

mejor contarlo con sus propias palabras—. Cree que le metí la idea en la cabeza.

—¿Y así fue?

Phillipa se indignó con su tono acusatorio, luchando contra la creciente rabia que comenzaba a brotar dentro de ella.

—¡Yo no le dije que su esposo se revolcaba con todas las chicas de High Street! Ni siquiera lo sabía. Simplemente me hice amiga de Alice. Cuando ella me pidió ayuda para encontrar un trabajo en Manchester, hice lo necesario para que se cumplieran sus deseos.

—No debiste haberte entrometido en el matrimonio —sentenció con una actitud de superioridad.

—¿Ni siquiera cuando día tras día veía los moratones de su rostro?

Phillipa había curado cortes en sus labios y mitigado el dolor de los golpes con ungüentos. Aun así, que se alejara de su esposo no fue más que una insinuación de su parte, siendo del todo consciente que Alice siempre parecía dispuesta a perdonarlo. Cuando el cambio llegó, ella solo tuvo que mover unos hilos para que la mujer se alejara de Londres con los niños.

Por lo que sabía, ahora le iba mucho mejor, así que no sentía culpa alguna.

Phillipa apreció un sutil cambio en el rostro del señor Field, un signo de comprensión, pero fue tan breve que después pensó que había sido fruto de su imaginación, ya que, de nuevo, la estaba juzgando con severidad.

¿Con qué derecho?, se dijo hecha una furia.

—¿Cómo reaccionó el marido?

—Trató de agredirla —señaló sucintamente el guardia.

—Me dio un bofetón —aclaró ella, recordando la rojez que le dejó el golpe. Sin la rápida intervención de Frank, posiblemente no se hubiera conformado solo con eso—. Su comportamiento no tiene excusa, sin embargo, es a mí a quien prohíben la entrada. —Una injusticia enorme, pensó—. Un hombre como ese no merece más que mi desprecio. Así que no trate, señor Field, de echarme la culpa.

Sebastian respiró con profundidad y la tomó del brazo, sobresaltándola. A pesar de la ropa que la protegía, las yemas de sus dedos se clavaron en la carne, sintiéndolas como unos grilletes.

—Nos vamos —ordenó—. Le gusta demasiado agitar el avispero.

—Usted no manda sobre mí —dijo sin perder la compostura, al tiempo que trataba de deshacerse de él y de sus ojos verdes que volvían a mirarla con la misma animosidad que al principio.

—Nos iremos por las buenas o por las malas.

—¿Qué clase de persona es usted? —preguntó visiblemente decepcionada.

Por un momento, pensó que el señor Field comprendía cuál era su misión, pero había terminado dándose de bruces contra el sucio suelo.

Él era como los demás.

Con una agria sensación en el estómago pensó que empezar una lucha en los mismos muelles no jugaría a su favor. El guarda estaba deseando que se marcharan y no encontraría apoyo en nadie más. Se dijo que debía ser astuta y encontrar un modo de deshacerse de él de una vez por todas.

Así que iba siendo hora de pensar en uno.

—Uno, dos, tres y cuatro. Perfecto.

Con un cuidado desmesurado, el hombre había dejado caer las gotas del ingrediente secreto en el recipiente que contenía la inocua solución mientras en el mostrador de enfrente, una docena de pequeños botes de cristal esperaban a ser llenados con el líquido resultante. En ellos, la mezcla ya no sería tan inofensiva. Ahí radicaba su genialidad. Solo cuatro gotas y había pasado de medicina a un instrumento de matar.

Sonrió por lo bajo, exultante.

Él era brillante. ¡Brillante! Uno sin parangón. Uno que se atrevía a mezclar

sustancias y a investigar mientras los demás se dedicaban a elaborar grandes libros repletos de teorías que nunca se llevaban a la práctica. ¿De qué les servían, entonces al mundo, personas como ellos, superiores en el ámbito intelectual de todas las formas posibles si ni siquiera se arriesgaban más allá de las aulas cerradas de la universidad? Todavía tenía presente las miradas furtivas, los ceños fruncidos o la franca animadversión.

Cuando les mostrara los aplastantes resultados, no podrían quedar indiferentes, ni tan siquiera aquellos que en Oxford lo habían mirado con recelo e incluso con un deje de superioridad.

¡Y se habían atrevido a despedirlo! ¡Ellos, que solo servían para enmarcar escritorios con manuscritos y diplomas llenos de polvo en lugar de servir a su país con cuestiones de las que dependía la supervivencia de la humanidad! Hervía de rabia al pensarlo.

Se había sentido tan orgulloso el día que entró a trabajar en Oxford. Al principio le habían abierto las puertas y todo eran palmadas en la espalda, pero los años no pasaron en balde. Empezaron a tildar sus oratorias de locuras de un demente. El decano le mandó llamar más de una docena de veces para que abandonara esa postura radical y lo que él llamaba «declaraciones perturbadoras» que levantaba recelo entre sus colegas. Luego empezaron a ir más allá y analizaron lo que realizaba en el departamento cuando se negó a utilizar solo cadáveres para los experimentos. De nada sirvió que esgrimiera argumentos válidos acerca de la idoneidad de probar sus ensayos en personas vivas. Poco después fue despedido alegando que practicaba experimentos poco ortodoxos, cuestionables y nada éticos. No se molestó en espetarles que eran unos moralistas ni que ya había estado utilizando a gente pobre o sin familia para realizar las pruebas. ¿Cadáveres? No se podía estar más equivocado. Estos no podían demostrar los resultados *in situ*. Se necesitaba sangre fría y una verdadera vocación para hacer lo que se tuviera que hacer.

Era un solitario que no precisaba distracciones de su trabajo y cometido final. No estaba casado ni sentía la necesidad de verse unido a una simple

mujer. Ellas solo eran capaces de llevar vestidos bonitos, tener hijos y decorar el hogar para visitas. Él, en cambio, utilizaba la casa heredada de sus padres para conservar la vida que deseaba. Aunque en su trabajo se permitía hacer pequeños ensayos y pruebas, utilizaba su casa para realizar los experimentos más arriesgados. En el sótano había instalado ese laboratorio y se sentía orgulloso de él.

Dio una vuelta sobre sí mismo para admirarlo. Lo había estado montando durante los años que pasó en Oxford, bien con sus honorarios o con parte del presupuesto destinado al departamento en el que había trabajado. Ahora gozaba de lo mejor para esas pruebas, teorías y estudios que tanto le hacían falta, sin la mirada inquisitiva y acusadora de la gente. Sus tres fieles sirvientes tenían prohibido traspasar la puerta que permanecía cerrada a cal y canto con cerraduras y candados. Allí había orquestado el gran plan y había ido perfeccionando la solución que había culminado en la primera muerte: la de la costurera.

Había sido incapaz de determinar qué efecto había tenido el líquido ingerido sobre la buena mujer, pero lo cierto era que se sentía moderadamente satisfecho.

A su regreso a Londres había aumentado la dosis a solo una gota para tratar de hacerlo más eficiente. Ahora solo faltaba embotellarla con los frasquitos que esperaban ahí delante y probarlo de nuevo. No obstante, esa próxima vez no se arriesgaría tanto y utilizaría uno de los lugares en que lo tenían empleado para lograrlo. Sería discreto e iría con pies de plomo.

Auguraba un éxito rotundo.

Capítulo 4

La sólida puerta de color verde se cerró y la señora Baker desapareció tras ella.

Sebastian suspiró y se frotó las sienes. Menudo trabajo le había encargado Hansberg. En un día había quedado confirmado: esa mujer iba a resultar peor que una piedra en un zapato, que una muela rota, que un... Vaya, peor de lo que se había encontrado en mucho tiempo.

Quiso indicar al cochero la dirección de su alojamiento en Holborn, pero lo pensó mejor y dio la de la residencia de Hansberg en Londres. Mientras se reclinaba en el asiento tratando de aclarar su mente, caviló que debía de tener una charla con él.

Cuando lo hicieron pasar a un despacho, dedujo que la familia del marqués debía de estar cenando. «Lo mismo que debería estar haciendo yo», pensó. No obstante, dada la, digamos, «dificultad» del trabajo que le había encomendado, lejos de sentir remordimientos por interrumpir su cena, sintió cierta complacencia.

Por supuesto, Hansberg debía haberlo intuido, ya que, en venganza, le hizo esperar sus buenos quince minutos. Y sí, quizá solía hacer gala de un talante templado, pero estaba a punto de ir a buscarlo en persona cuando la puerta se abrió.

—Diría que algo muy grave debe de haber sucedido para que irrumpas en mi casa y a estas horas —soltó a modo de saludo—. ¿No podía esperar hasta mañana?

Sebastian no estaba del humor necesario para apreciar el habitual tono altanero de Hansberg.

—Dado el interesante día del que he disfrutado diría que no, no podía.

—¿Te ha ocasionado problemas? —preguntó mientras se sentaba en una silla al lado del fuego y le ofrecía asiento.

—¿Problemas? A ver, deja que piense. No, no lo ha hecho si exceptúas su aplastante franqueza a la hora de darme a entender que no me quiere a su lado, su intento de sobornarme para que deje el trabajo, de llevarme por lo peor de Londres mientras grita como una verdulera sobre sífilis y mientras se mete en sitios que no debería saber que existen. No, todo ha ido como la seda.

Se reclinó en la silla al tiempo que llamaban a la puerta y entraba un sirviente con una bandeja.

—Me he tomado la libertad de pedirte un refrigerio —repuso el marqués.

Era mucho más que eso, consideró Sebastian. Sobre todo cuando contenía una fuente con una humeante carne en salsa, una tierna hogaza de pan, frutas bañadas en crema y una jarra con vino. Todo un banquete.

—Gracias. —Y empezó a comer sin disimulo mientras el sirviente se marchaba. Entre mordisco y mordisco le contó cada hora del día junto a Phillipa Baker.

—Apostaría todo el salario de un año —continuó— a que, en cuanto la he dejado en casa, ha corrido como alma que lleva el diablo a la residencia del duque de Dunham para tratar de deshacerse de mí.

—No te inquietes, no lo conseguirá.

—Créeme, no lo estoy. Como bien dijo el duque, le preocupa mucho la seguridad de la señora Baker. Y no me extraña. No me extraña en absoluto. —Apartó la bandeja, saciado—. Me va a resultar complicado protegerla en un ambiente tan hostil.

—Pero puedes hacerlo —acotó el otro, seguro.

—Por supuesto que puedo, para eso me escogiste. —No reflejaba petulancia, sino un hecho constatado.

—¿Interrumpo?

Ninguno de los dos había oído llamar a la puerta. Ambos se levantaron cuando entró la esposa de Hansberg con el sirviente a la zaga cargando una bandeja de té.

—Tú nunca interrumpes, querida.

Resultaba insólito ver una sonrisa franca en un hombre que era famoso por su estoicismo y sangre fría. Un experto en ocultar sus emociones.

Suponía que eso era un claro reflejo del amor que compartía con la marquesa.

—Lady Hansberg, me alegro de verla. Tan encantadora como siempre.

—Y usted tan galante también, señor Field. No quería molestar, pero pensé que después de la cena le apetecería una buena taza de té.

—Muy considerado por tu parte, Helen.

—También he traído para ti, no te alarmes. —Dio indicaciones al criado para que retirara la otra bandeja. Les sirvió ella misma el té—. Era con leche y azúcar, ¿verdad?

Sebastian asintió, sorprendido de que lo recordara. Aceptó la taza que le ofreció.

—Lamento haber perturbado su cena. —Fue lo único que se sintió capaz de decir mientras ella llenaba otra taza para su marido.

—Oh, cuando le han anunciado, ya habíamos terminado.

Sebastian miró con una ceja alzada a Hansberg, que no parecía en absoluto afectado por haberlo tenido esperando sin motivo alguno.

—No tardaré —le dijo este a su mujer.

—Oh, descuida, me entretendré leyendo. —Le dio un beso en la mejilla, una muestra de afecto público nada habitual entre la nobleza—. Espero que no tarde tanto tiempo en visitarnos de nuevo, señor Field.

—Por supuesto que no —confirmó.

Los dejó solos, cada uno bebiendo de su taza.

—¿Has pensado cómo lo vas a llevar? —preguntó Hansberg respecto a Phillipa Baker.

De momento era difícil planear nada, explicó. Debía conocer mejor los pasos de la enfermera antes de establecer unas pautas y planificar el día a día. Solía ser bastante organizado y sabía qué era lo que mejor funcionaba. No

obstante, era consciente de que ella le dificultaría las cosas de una forma u otra. Cuando habían vuelto al hospital le había echado al edificio un vistazo superficial, pero necesitaría mucho más que eso para mantenerla a salvo.

—Exigiré, eso sí, el plano del hospital. Quiero tener controladas las entradas y salidas. Tendrás que decirle a su excelencia que preciso también conocer a cada uno de los que trabajan allí.

—Sin sorpresas —asintió Hansberg. Sabía cómo funcionaba ante cada nuevo cliente.

—En efecto. Creo que la propia señora Baker será una caja de sorpresas por sí sola. No necesito más. —Estiró el cuello y se lo masajéo. Ahora que se había relajado, la tensión se dejaba notar. No estaba cansado, pero le faltaba actividad física y no sabía si su nueva ocupación le permitiría practicar cuanto necesitaba para estar en plenas facultades.

—Irás al campamento, supongo. Creo que lo precisas.

El campamento al que Hansberg hacía referencia era una propiedad que el marqués tenía a las afueras de Londres. La casa y el amplio terreno circundante servían a todos los que estaban a su servicio para adiestrarse en diferentes disciplinas. Allí ejercitaba la musculatura, practicaba esgrima y boxeo con algunos de sus compañeros o simplemente corría. Reconocía que Hansberg había montado un negocio lucrativo con lo de los escoltas y protectores. La nobleza y la gente de una cierta posición adinerada parecían tener muchos enemigos.

—No lo creo. Tendría que madrugar demasiado o quizá llegar tarde a mi nuevo empleo. Dudo que la señora Baker me esperara. Iré pasado mañana o cuando consiga establecer unas cuantas normas con ella.

—Me parece que necesitarás de una dosis de buena suerte.

—Me alegra que te parezca divertido, Hansberg —refunfuñó al ver asomar a sus labios una tenue sonrisa—, pero no, lo que sucederá no será debido a la buena suerte, sino al fruto de una buena planificación y organización —informó. «Aunque preveo que será difícil».

—Tú ordenas y ella obedece.

—Sí, en esencia sí, pero no creas que no percibo el sarcasmo en tus palabras. —Se levantó dispuesto a marcharse. El día había sido largo—. Solo espero que me digas que gozo de carta blanca.

—En lo que respecta a su seguridad, sí, Sebastian, la tienes.

Eso era lo que necesitaba saber, y se sintió aliviado de que así fuera. Precisaba de todo su ingenio y entereza para mantenerla a salvo. Aun así, notó cierta precisión de palabras. ¿Le estaba advirtiendo sobre algo más? Sin embargo, su cerebro no tenía más ánimo que el de llegar a casa y deslizarse bajo las sábanas. Con la luz del nuevo día analizaría con detenimiento el sentido oculto que pudieran tener y quizá, de paso, el momento irracional vivido con ella en los muelles, cuando le había encontrado cierto atractivo.

«No, no, por ahí no». Ya preveía suficientes quebraderos de cabeza como para añadir uno más. Phillipa Baker no lo atraía en absoluto y eso era todo.

—En ese caso creo que daré por finalizada mi intempestiva visita.

El marqués también se levantó.

—Siempre serás bienvenido, lo sabes. Esperaré tu informe.

—Lo tendrás. Seguro que lo tendrás.

—Buenas noches, señora Baker.

El mayordomo del duque de Dunham la dejó pasar sin que ella hubiera dicho palabra o tan siquiera comprobar si sería bien recibida.

Los privilegios de la familia nunca cambiaban.

—¿Su Gracia se encuentra?

No preguntaba por preguntar. La cortesía del sirviente permanecería aunque ningún miembro de la familia estuviera en casa.

—En su despacho. Permítame anunciar su llegada y después veré si puede recibirla. —Aunque ambos sabían que así sería, no estaba de más conservar

el protocolo, razón por la cual recogió su abrigo, sombrero, guantes y bolso —. Su Gracia la duquesa está en la biblioteca.

—Iré a saludarla antes, pues.

Lo acompañó hasta donde le había indicado y asomó la cabeza después de que el sirviente informara de su llegada.

La duquesa se levantó de un salto en cuanto oyó su nombre y la recibió con una enorme sonrisa y los brazos abiertos.

—¡Phillipa, qué sorpresa!

Se trataba de una encantadora mujer madura de energía incansable. Quizá no fuera una belleza ni su rostro un reflejo pasado de una hermosura sin par, pero Phillipa adoraba a esa delgada mujer que siempre se había desvivido por ella.

—Espero no molestar, Edith.

—¡Por supuesto que no! Tu visita siempre es bienvenida y lo sabes. —La abrazó—. ¿Cómo estás?

Phillipa entendió que estaba al corriente, como era lógico, de lo que había sucedido la madrugada pasada.

—Bien, no te preocupes. Fue un incidente aislado.

—No minimices los hechos, querida. Podría haber sucedido una desgracia. Por supuesto, no se lo hemos comentado a Odethe, pero se enterará tarde o temprano.

Sí, la reacción de su tía no sería agradable. Ella nunca había visto con buenos ojos su trabajo de enfermera y eso solo reafirmaría su intransigente postura.

—Se lo diré yo. —Aunque solo de imaginarlo le producía dolor de cabeza.

—Eso pensamos tu tío y yo. Pero ¿dónde están mis modales? Siéntate. ¿A qué debemos el honor?

De repente la avergonzó decirlo en voz alta.

—Tengo que hablar con tío Jeremy.

La miró un instante.

—Hum. No parece que sea algo bueno.

Edith era bastante perceptiva en lo que a ella respectaba. Se sintió examinada e intentó no enrojecer.

—Solo es un pequeño detalle que he de discutir con él.

—¿Pequeño, eh?

Bueno, Phillipa no lo había meditado lo suficiente, pero tenía muy claro qué deseaba y qué no. De hecho, lo había decidido justo cuando el señor Field la había dejado en la entrada de su casa. El hombre se había negado a dar por concluida su jornada hasta no verla sana y salva detrás de las puertas de su hogar, pero a los pocos minutos, y sin apenas tiempo para quitarse el vestido de enfermera, había pedido su carruaje para dirigirse hasta la casa de su tío. Y no es que él no hubiera hecho bien su trabajo, pero lo consideraba excesivo. Quería normalidad y dudaba que la presencia de su nuevo protector se la diera.

—Esto, eh...

—¿Phillipa?

«Salvada».

—Hola, tío.

Le dio un afectuoso beso en la mejilla.

—No te esperábamos. —Lo que traducido significaba: «¿Qué sucede?»

—Parece que quiere discutir contigo cierto pequeño detalle —intervino Edith, levantándose—. Será mejor que os deje solos.

—Oh, no. No es necesario que te marches. Solo es que... —«Valor, Phillipa. Haz valer tus derechos»— creo que te has extralimitado en tu afán por protegerme.

—¿Y cómo es eso? —preguntó el duque de Dunham con un alzamiento de cejas y con la autoridad propia del que cree que sus acciones son infalibles debido al rango que ostenta.

Phillipa tomó aire y se preparó para el alegato que iría improvisando.

—No veo la necesidad de cambiar a Frank por el señor Field, por muy

bueno que tú creas que sea.

—Pero es que lo es —acotó el duque.

—Pues bien, me alegro, pero lo que trato de decir es que has desproporcionado las cosas. Lo de anoche fue un error que podría haber sucedido con Frank u otro al cargo.

—No es lo que Hansberg me ha asegurado. Además, Frank necesita, por decirlo de alguna manera, un toque de atención.

Eso inquietó a Phillipa de inmediato.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has entendido. El incidente de la madrugada pasada nos ha dado una valiosa lección.

—Pero el señor Field...

—¿Quién es el señor Field? —preguntó Edith rompiendo un duelo de voluntades.

—El nuevo protector de Phillipa. Es el mejor...

—¿El mejor en qué? —interrumpió la aludida.

—En lo suyo —respondió sin especificar—. Solo tienes que saber que trabaja para Hansberg y eso es mejor que cualquier garantía.

—Frank también trabaja para él —replicó con acidez—. Además, ¿qué diantres significa que es el mejor? ¿Dando órdenes o disgustando a todo el mundo?

—Phillipa... —le advirtió su tío con acritud—. Cuida tus modales. Hansberg me ha garantizado que Field es su mejor hombre, y confío en él cuando me asegura que nada ni nadie volverá a hacerte daño.

La inquietud que mostraba por su seguridad lo loaba. Phillipa no podía más que enternecerse por ello, pero se negaba a dejarse arrastrar por esas buenas intenciones.

—Por favor —suplicó. El ruego podía servir.

Pero Jeremy Gibson negó con pesar.

—Lo siento. Tu vida es muy importante para mí. No transigiré con esto.

Se hizo un pesado silencio. Ni ella ni su tío querían dar su brazo a torcer. Ambos comprendían las razones del otro, pero también creían que su postura era la adecuada.

—¿Qué te parece quedarte a cenar?

La pregunta, como siempre, provenía de la conciliadora Edith.

Los dos la miraron como si hubiera hablado en un idioma que no entendían.

—¿Comida en familia, tranquilidad y buena conversación? —remarcó en un tono inocente que consiguió que el duque se relajara y le sonriera.

—Sí, supongo que podemos. No parece un mal plan. ¿Qué te parece, Phillipa?

—Acepto encantada la invitación, pero...

—Sí, sí, lo sabemos —intervino Edith resignada—, pero dejémoslo para después de los postres, ¿os parece bien?

Decidieron distender el ambiente cuando apareció su tía Odethe. Edith aprovechó su presencia para acercarse a la cocina, segura de que en presencia de esta no se hablaría del tema.

Phillipa lo entendía muy bien.

Minutos después se les unieron sus primas, las gemelas Grace y Marian Elizabeth, orgullo de su tía Odethe. Las jóvenes contaban dieciséis años y eran todo lo que Phillipa no fue a su misma edad. Un poco atolondradas, pero joviales y faltas de malicia, eran las bellezas de la familia. Su madre las preparaba para convertirlas en damas intachables y futuras esposas de respetables lores. Lo tenían todo a su favor y su presencia les abriría las puertas. No es que ella misma o, puestos a añadir, la propia duquesa, lo hubieran hecho mal. La historia de amor entre Jeremy y Edith era legendaria en la familia y muy romántica. Lo suyo no lo era tanto, pero había contado con Charles, que la quiso y respetó hasta su muerte.

Las abrazó y charló con ellas hasta que aparecieron Kenneth y Fergus, los hijos menores de Jeremy y Edith. En cuanto a los dos mayores, tenían fijada

su residencia en Eton. Los cuatro varones, de edades comprendidas entre los doce y veintiún años, eran la alegría de los duques, pero era inevitable que los volvieran locos, así como también al resto de la familia.

Edith los adoraba a los cuatro. También sabía que era su prima favorita; no en vano «era un poco mayor que todos ellos, además de mujer, que vivía la vida que quería», según sus propias palabras.

No había nada como ser joven e idealizar la vida de los demás.

Por supuesto, la cena fue de todo menos sosegada. Sin embargo, estaba acostumbrada y le encantaba. Buena parte de su vida había vivido entre esas paredes y rodeada de todos sus familiares, por lo que, a veces, cuando cenaba en la soledad de su hogar, echaba de menos el bullicio que formaban, una buena conversación o las risas informales. La presencia de los más jóvenes evitó temas espinosos y nadie osó hablar de trabajo, tema que Odethe aborrecía. Se limitaron a comentar anécdotas sobre el resto de la familia, amistades cercanas o chismorreos que algunos de ellos no deberían saber. También la avasallaron a preguntas que Phillipa respondía o esquivaba tan bien como sabía. Fue en medio de los postres, ya relajada, cuando cometió un error. Lo reconoció en cuanto abrió la boca, ya que, sin poder remediarlo, enlazó la conversación con la salida de ese día.

—No creo que el señor Field sepa adónde ha ido a parar. No ha cesado de repetir que los muelles no son lugar para una dama.

—Y es justo lo que yo digo siempre —intervino Odethe—, aunque parece que a nadie le importa lo que opino. ¿Quién es ese señor Field, si puede saberse, y por qué te acompañaba?

Phillipa vio cómo el matrimonio se lanzaba una mirada e instaban a sus hijos a desaparecer.

—Eh, creo que hace una noche estupenda para jugar a charadas —soltó Kenneth.

—¿Charadas? ¿Justo ahora, en medio del postre? —preguntó Grace.

—Sí, me encantan las charadas.

—¿Desde cuándo? —Marian Elizabeth lo miró suspicaz.

—Desde ya mismo.

Entre los dos jóvenes tiraron de sus primas, que no dejaron de lamentarse por no poder terminar su postre.

Una vez a solas, Phillipa suspiró. Se habría dado de bofetadas. Ahora no había más alternativas que contar la verdad.

—Es mi nuevo protector, tía.

Ella la miró sin comprender.

—Espero que no empieces una nueva moda similar a la de cambiar el guardarropa, querida. Jeremy no puede ir malgastando el dinero en gente que te proteja de tus particularidades. —Así era más o menos como Odethe definía que una dama trabajara—. Al menos este es perspicaz. ¿Qué tenía de malo el otro?

La pregunta no era capciosa ni pretendía mostrar favoritismo alguno. De hecho, Odethe no había coincidido nunca con Frank. Tan solo mostraba curiosidad.

Phillipa deseó no tener que contarle nada a su tía, pero pensó que quizá sí podía ahorrarle ciertos detalles. Todo por un bien mayor.

—Jeremy ha decidido que Frank no es apto después de lo que sucedió la noche pasada.

Su tía la miró mientras deslizaba la cuchara en el postre de canela.

—Estoy esperando a que sigas explicándote, querida sobrina.

—Pues resulta que me topé con un ladrón en el hospital y que, cuando quise impedir el robo, intentó atacarme.

Ahora sí había captado toda su atención. Y eso que solo había sido una explicación superficial.

—¿Alguien intentó atacarte? —Era una pregunta retórica—. ¿La noche pasada? ¿Hace veinticuatro horas?

—En efecto. —Phillipa empezó sudar y se preguntó por qué Jeremy no intervenía.

—¿Y por qué hasta ahora nadie ha tenido el detalle de informarme de ello?

—Lanzó una mirada acusatoria al resto de los comensales, pero solo Phillipa sintió el latigazo de la culpa.

—No queríamos preocuparte de forma innecesaria —intervino Jeremy.
Phillipa lo hubiera besado por ello.

—Oh, por supuesto, qué considerados sois. —Apartó el postre sin terminar y se limpió con suavidad la boca con una servilleta de hilo. Era evidente para todos lo furiosa que estaba.

—Odethe, por favor, no te alteres. —Edith posó su mano en la de la otra mujer—. Phillipa quería contártelo ella misma. —Lo cual era cierto—. Solo esperábamos el momento adecuado. Por eso se ha quedado a cenar.

Phillipa agradeció en silencio la pequeña mentira.

—¿Qué te hizo?

—Nada importante, tía. Como puedes ver por ti misma, estoy bien, de verdad.

—Ahora admitirás, al menos, que yo tenía razón todas y cada una de las veces en las que he dicho lo peligroso que es lo que haces en el hospital. Espero que desistas de esa absurdidad tuya y hagas lo que se espera de ti.

Tuvo que contar hasta cinco para no espetarle una grosería de la que después se arrepentiría. Con ella siempre había sido así. Sin embargo, no podía reprocharle nada. Odethe era de esas mujeres que Phillipa nunca había soportado. Muy pendiente de las habladurías, de la etiqueta y de las tradiciones. Si transigía en muchas de sus exigencias y no respondía como merecía, era porque la unía a ella un lazo de afecto que anulaba todo lo demás. Por supuesto, había veces en las que ponía a prueba su resistencia y buena voluntad, como cuando quiso ser enfermera, pero no se lo tenía en cuenta.

A veces la miraba y veía lo que su aspecto traslucía: una mujer inteligente, fuerte y llena de vida. Tenía unas facciones suaves y una sonrisa bonita cuando se decidía a mostrarla. A sus cincuenta y dos años, todavía conservaba una envidiable figura y vestía siempre con elegancia. Todo en ella invitaba a pensar que podría volver a darle una oportunidad al amor. De

hecho, consideraba que once años de viuda eran más que suficientes. Y no es que Phillipa creyera que una mujer estaba mejor con un hombre al lado. No siempre era así. No obstante, Odethe había nacido para ser esposa, madre y llevar las riendas de su propio hogar, justo lo contrario que sucedía ahora, viviendo bajo la protección de su primo, el duque.

A pesar de todo, ¿quién era ella para juzgar a los demás? ¿Acaso no había luchado con uñas y dientes para vivir la vida que deseaba? Nunca había compartido confidencias con su tía. Tal vez esa situación era la que buscaba, quizá esperando la boda de sus hijas para terminar viviendo con una de ellas.

—No niego que pudo llegar a ser peligroso —aseveró con diplomacia. Ignoró el alzamiento de cejas que sabía que luciría Jeremy—, pero es un hecho fortuito y aislado, nada más. Podría haberme pasado en cualquier otro sitio. No sé, podría estar en una librería y de repente verme envuelta en un atraco.

—Nadie sería tan mentecato como para asaltar un comercio respetable —refutó Odethe—, pero ese trabajo que consideras lo más importante en tu vida es peligroso. Tratas con gente de la calle todos los días y te expones vete tú a saber a qué peligros cuando sales por ahí sola, mezclándote con esa...

—Esa gente no vive en la miseria por placer, tía, tenlo presente —le recordó de inmediato.

—No, estoy segura de ello. Te recuerdo que soy miembro de la Liga de la Caridad y que intento ayudar al más desfavorecido siempre que se me presenta la ocasión.

Hacer una recolecta para poder darles un tazón de sopa y una manta una vez cada seis meses o echar un penique en una lata cuando paseaba por Covent Garden no era lo que Phillipa entendía por caridad, pero se abstuvo de decirlo en voz alta. Quería ofrecerle a Odethe explicaciones, no pelearse con ella o herir su sensibilidad.

—Lo que intento decirte, tía, es que cada una de nosotras trata de ayudar a los demás, solo que de un modo distinto.

—Pero ponerte en peligro día sí día también...

—Odethe —intervino Jeremy de nuevo—, ser enfermera es parte de nuestra Phillipa, nos guste más o menos.

—Sí, lo entiendo. Lo que me cuesta comprender es cómo manejáis ese hospital para que alguien pueda hacerle daño.

—Estás siendo injusta. —Quiso decir también «exagerada», pero no podía. De hecho, su tía tenía razón, aunque le costara admitirlo.

—Si es lo que prefieres pensar. —Se encogió de hombros—. Imagino un hospital vacío, salvo por vuestras «pacientes» —lo cual daba fe de lo que pensaba de ellas—, pasillos solitarios y personal bajo mínimos. Hace que me pregunte dónde estaba ese Frank.

—Nunca había pasado nada... —Intentó excusarlo, aunque se daba cuenta cada vez más de lo que había tratado de explicarle Jeremy.

—Hasta que pasa —sentenció Odethe con acritud—. Casi prefiero que no me cuentes qué hacía ese Frank mientras tú estabas en problemas, me lo imagino. —Se volvió hacia Jeremy—. En esto también te culpo a ti. Como cabeza de familia espero mucha más eficiencia de tu parte. Si ese hombre no estaba capacitado para salvaguardar la integridad física de nuestra Phillipa, debiste saberlo.

—¡Odethe! —exclamó indignada Edith.

—No, querida —alzó la mano para detener las protestas airadas que estaba a punto de lanzar en su defensa—, tiene razón. Me culpo por lo que pasó. Aunque no te preocupes, Hansberg recibió mi descontento.

—Quizá Frank hubiera debido estar más atento, pero estáis llevando las cosas al extremo. Se trata de personas. Nos está permitido fallar.

—No si es a costa de tu vida, Phillipa.

El tono duro de Jeremy le cerró la boca.

—Bien —Odethe asintió—, parece que en eso estamos de acuerdo. Ahora hablemos de ese... ¿Cómo has dicho que se llama?

—Sebastian Field —pronunció a regañadientes.

—Es un buen profesional, espero. —No le preguntaba a ella.

—El mejor. Me lo han garantizado. Será su sombra hasta que ella cierre la puerta de su casa.

Odethe pareció de pronto complacida, pero Phillipa se sentía en desventaja y protestó una vez más.

—Insisto en que es demasiado. Vosotros no os hacéis una idea de lo que es tener a alguien vigilando tus pasos todo el bendito día. Tú lo comprendes, ¿verdad, Edith? —Necesitaba tener, como mínimo, una aliada en esto.

Sin embargo, recibió una mueca de disculpa.

—Eso es lo que sucede cuando insistes en ejercer tu santa voluntad sin considerar lo peligroso que puede llegar a ser —acotó Odethe—. Incluso a instancias de los que más te quieren.

Phillipa los miró un tanto incrédula. Parecía como si, de repente, cuestionaran sus decisiones de vida, cuando siempre la habían apoyado y alentado a ello. Quizá no Odethe, pero los duques sí. Sintió que los ojos se le humedecían y que se le cerraba la garganta.

—Por favor, querida, no pienses que es una forma de controlarte o recriminar la formidable labor que desempeñas. —Edith se levantó y se acercó a la silla contigua a la suya. Le cogió las manos con cariño—. Se trata de protegerte al precio que sea.

Las palabras y el evidente afecto en su voz la calmaron. Necesitó de unos minutos en silencio para lograr controlar las emociones que amenazaban con desbordarla.

—No vais a respetar mis deseos —insistió cuando se sintió capaz de hablar. No valía la pena preguntar.

—Lo siento, pero Sebastian Field se queda —confirmó Jeremy.

Y Phillipa contempló la firmeza de tres pares de ojos. Por una vez, sus tíos estaban de acuerdo.

Bueno, podía ser tan cabezota como ellos. Al fin y al cabo, eran familia, ¿no?

Capítulo 5

—¿No irás a salir por el tejado? —preguntó Martin con humor, observando a una animada Phillipa, que parecía haber dado con la solución a sus problemas.

Ella le hizo un gesto de silencio con el dedo, sin atreverse a mirar a la otra parte de la sala de comidas para enfermeras y doctores. En un rincón, junto a una de las chimeneas, se encontraba el señor Field sentado en una silla, mientras observaba atento todas las idas y venidas.

Phillipa tomó una cucharada de caldo antes de responder.

—Sentiría una honda satisfacción si Frank regresara —dijo con absoluta sinceridad.

—No puede ser tan grave tu relación con el señor Field. Deberías conversar con él estando calmada y llegar a un acuerdo —le aconsejó.

—Imposible —terció Phillipa, mirando a su amigo.

Martin Rafferty era un gran apoyo en el hospital. Él no la veía como una amenaza ni tampoco imponía su voluntad por el simple hecho de haber nacido varón. Muy al contrario: la trataba con el debido respeto, la defendía si era preciso delante de los otros doctores y tenía en cuenta sus opiniones, tanto a nivel profesional como personal. Además, la apoyaba en sus labores informativas cuando Phillipa salía a predicar.

Respecto a eso, Phillipa sabía que contaba con él de forma incondicional. Por eso no dudaba en solicitar su presencia —incluso a horas intempestivas— si requería de sus servicios como doctor. En las calles, con aquellas personas, a veces surgían contratiempos. Cuando la opción del St. George Women's Charity no era factible, siempre terminaba recurriendo a su amigo. Martin había cosido heridas y curado lesiones cuando ella se lo había pedido sin pedir nada a cambio. Ni siquiera una explicación.

En lo referente a la intimidación, ambos habían dibujado una línea invisible

que no traspasaban, salvo que alguno de ellos tuviera un problema del que necesitara consejo, como era el caso que los ocupaba. No era que Phillipa lo necesitara en realidad —ya había tomado una decisión al respecto—; solo deseaba que alguien la apoyara.

—No estoy de acuerdo —declaró él, en cambio—. Por lo que parece, el señor Field es una persona civilizada. —Por lo menos, eso le había parecido cuando lo conoció esa misma mañana.

—Las apariencias engañan —replicó con resentimiento—. No atenderá a razones porque está convencido de que en cada esquina de cada calle hay un peligro acechándome.

—No está de más tomar precauciones —dijo en tono conciliador.

Phillipa arrugó la frente.

—¿De qué lado estás?

—Del tuyo —se apresuró a contestar, esbozando una cariñosa sonrisa que terminó contagiándola.

En cierto modo, consideraba a Martin como a un hermano. Nada tenía que ver que fuera tan feo como ella aunque en versión masculina. Lo quería de un modo fraternal. Él siempre tenía un consejo a mano aunque Phillipa no lo hubiera pedido. Y, por supuesto, no siempre estaban del todo de acuerdo.

Contemplando su rostro, lanzó un suspiro.

Pese a ser una viuda joven, ella no pensaba en volverse a casar. Su matrimonio con Charles había sido plácido, pero jamás encontraría a otro hombre con el que encontrar esa afinidad. En cambio, el solícito y afable Martin, un doctor proveniente de una buena familia, educado y con excelentes logros académicos, merecía conocer un poco de esa felicidad; que alguien lo valorara más allá de sus habilidades con los enfermos. Él necesitaba una mujer que apreciara todos sus rasgos y a la que no le importara en absoluto que no fuera un hombre apuesto, por lo menos en cuanto a la apariencia.

Phillipa se alegraría mucho por él si eso llegara a suceder.

—Sé lo que estás pensando —dijo con aire de entendida, como si conociera cada uno de los secretos que escondía la mente de Martin.

Él la miró con ojos interrogantes.

—¿De verdad?

Phillipa asintió.

—No soy una mujer de mala fe, pero consideras que esto no es más que un berrinche.

—No he dicho tal cosa —se excusó.

—No es necesario que lo hagas. —Phillipa apartó el tazón de caldo y comenzó a jugar con una manzana—. Llevo años haciendo lo que considero oportuno, luchando contra la incomprensión masculina; una que no acepta órdenes ni consejos de una mujer.

—Yo no soy así —murmuró.

Phillipa esbozó una cálida sonrisa mientras su mirada descendía a la manzana, que hacía rodar de una mano a otra.

—Lo sé. Pero debes entender que el señor Field no tendrá en cuenta mi voluntad. —Hizo una breve pausa—. Dejará que salga a predicar. Eso sí, siendo estricto en cada uno de mis movimientos. No es justo —se quejó.

—Bueno, si tan mal están las cosas, ¿por qué no hablas directamente con la agencia donde lo has contratado?

Phillipa se mordió el labio. Martin era su amigo, pero desconocía su relación con el duque de Dunham, resultándole imposible explicar que tenía las manos atadas. Aunque confiaba ciegamente en él y sabía que nunca revelaría tal secreto, había prometido no decirle nada. Eso la hacía sentir culpable por tenerle al margen en aquel aspecto. Sin embargo, se había acostumbrado a tener separadas aquellas dos partes de su vida.

Odiando tener que mentirle, Phillipa fabricó una explicación a medida.

—Son de la opinión de que Frank no cumplió con su deber.

Martin carraspeó.

—Estoy completamente de acuerdo. Estaba dormido —le recordó a

desgana, porque sabía que no era lo que Phillipa quería escuchar en ese momento.

—Si el señor Field comete algún descuido imperdonable, tendré argumentos a mi favor para solicitar la reincorporación de Frank —le explicó.

—Por eso quieres escaparte por el tejado —bromeó él.

—Oh, la medida no es tan drástica —dijo Phillipa, sonriendo.

Se había tomado un tiempo para meditar sobre ello en profundidad, llegando a la conclusión de que si conseguía librarse durante unos minutos de la constante presencia del señor Field, que merodeaba a su alrededor como un halcón, y aprovechaba para escapar y salir a predicar, sería como darle con la puerta en las narices. Haría llegar tal información a su tío, o mejor aún, a Hansberg, demostrando que él también tenía sus limitaciones en eso de la protección.

—Mmmm. ¿Qué demonios estás pensando ahora mismo? Porque tienes una expresión malévola. —Martin hizo la observación, alegre—. Compadezco al señor Field.

Phillipa abrió bien los ojos antes de estallar a carcajadas.

Su reacción hizo que Sebastian se alzara de golpe y se acercara. Cuando se dio cuenta de que solo se trataba de una carcajada y de que Phillipa no corría peligro alguno, se detuvo en mitad de la sala, lo que le valió un par de miradas curiosas de otras enfermeras, que terminaron susurrando entre ellas.

Sebastian estaba acostumbrado a los cambios bruscos e inesperados y sabía que nunca estaba de más prestarles la debida atención, por lo que no le preocupaba que lo tildaran de exagerado.

Iba a regresar a su lugar de vigilancia cuando Phillipa, que hasta entonces no se había dado cuenta de nada, se volvió hacia un lado y se lo quedó mirando con curiosidad.

—¿Desea alguna cosa, señor Field? —preguntó con un tono tan tenso como las cuerdas de un violín.

Las enfermeras, ávidas de cotilleos, no perdieron detalle.

Por un momento se hizo el silencio. Mientras, Phillipa lo contemplaba con el mentón levantado, quedando patente en el ambiente que él no era más que una maldita molestia.

Sebastian apretó los labios con disgusto. Ella podía ser todo lo obtusa que quisiera, pero por lo menos merecía un trato cortés y respeto frente al personal de aquel hospital. En cambio, desde bien entrada la mañana, se las había apañado para mostrarse desdeñosa con su presencia sin ningún tipo de disimulo.

Sebastian negó con la cabeza.

—Todo bien —dijo contenido. Ya sabía que sería una mujer difícil, así que debía armarse de paciencia.

—Entonces, ¿qué hace ahí de pie? Regrese a su lugar —murmuró despachándolo con la mano.

«Se está vengando», se dijo un serio Sebastian. «Ayer yo le ordené y hoy han cambiado las tornas». Porque replicarle en medio de todos aquellos desconocidos no lo haría quedar nada bien y ella lo sabía.

Guardó una sonrisa para sí al tiempo que hacía lo que le pedía. Al fin y al cabo, esa no sería la tónica que marcaría su relación y muy pronto la señora Baker lo comprobaría.

Observando cómo se relajaba y proseguía su conversación con aquel médico carente de cualquier interés físico, tuvo que recordarse que aquel combate no había terminado en absoluto.

—Eso no ha sido un comportamiento ejemplar —le hizo ver Martin a Phillipa unos segundos después.

Ella se sonrojó.

—No ha sido para tanto —se justificó.

—Por supuesto que sí. No es propio de ti, ni lo que has dicho ni cómo lo has hecho —señaló, haciendo referencia a su comportamiento.

—Solo le he recordado cuál es su lugar. No puedes fustigarme por ello —dijo, siendo obstinada.

El doctor se inclinó hacia adelante.

—Comprendo que seas dura con tus enfermeras cuando cometen errores o que pelees con los médicos y los cirujanos para afianzar tu situación como jefa.

—Lucho también por ellas. —Phillipa no permitía que las trataran como un simple adorno o como un objeto inútil. Todas las enfermeras tenían su título y su labor en el hospital era tan fundamental como el de los demás.

—Lo sé. Y a pesar de ello, nunca menosprecias a nadie. ¿Por qué lo acabas de hacer? Algunas de ellas están en esta sala y han sido testigo de todo.

—El señor Field se lo merecía —argumentó a su favor.

—No lo creo.

—Martin, él comenzó primero. Ayer se mostró tan impositivo...

Todavía sentía hervir la sangre cuando recordaba su comportamiento en los muelles.

—Ambos tenéis visiones distintas de cuál es su trabajo. Necesitáis llegar a un consenso. Él no puede prohibírtelo todo, por mucho que trate de evitar riesgos...

—¡Exacto!

—Pero tampoco puedes mostrarte tan obstinada. Elige con sabiduría qué batallas quieres ganar y qué tareas son importantes. Si por ejemplo el señor Field no considera oportuno que prediques frente a las tabernas y de noche, concéntrate en otros lugares que él vea con mejores ojos.

Phillipa suspiró.

—Sé que tus consejos son buenos, pero me las puedo arreglar sola.

Él levantó las manos en señal de rendición y no volvieron a hablar del tema durante los minutos siguientes en los que disfrutaron de su mutua compañía. Cuando Phillipa hubo terminado de llevarse un poco de comida al estómago, se puso de pie, sacudió su falda del vestido de enfermera y le dijo a Martin que debía proseguir con sus obligaciones.

Dejó la calidez del salón de comidas con el señor Field pegado a sus zapatos. Sabía a ciencia cierta qué hora era. Si deseaba comenzar con su plan, no podía demorarse.

Durante los años que estuvo a su servicio, Frank dejaba que Phillipa transitará por el hospital con libertad. De vez en cuando daba rondas, la buscaba para comprobar que todo marchara bien y charlaban un momento antes de regresar al banco del recibidor, donde pasaba horas sentado. Ella lo encontraba bien, porque en realidad solo lo necesitaba durante sus salidas, así que agradecía tener libertad.

Con el señor Field era distinto.

A Phillipa le parecía que la perseguía igual que un perrito que tuvo de niña, un regalo de su bisabuela Margaret. Se trataba de un adorable y gracioso animalito con el que era fácil encariñarse. En cambio, Sebastian Field era un constante quebradero de cabeza.

Desde que aquella mañana pusiera los pies en el hospital, se había negado en rotundo a quedarse sentado. Ofendido, le advirtió que no era de los que eludían sus responsabilidades. Y sin lugar a dudas, consideraba que ella lo era. Así que no la dejó sola durante la hora en la que estuvo revisando su correo, escribiendo cartas de respuesta o revisando informes de la guardia de noche. Tampoco lo hizo durante la reunión matutina con las enfermeras — aunque todas estuvieran incómodas con su presencia— y mucho menos se echó atrás cuando Phillipa, cubriendo una baja, se ocupó de la cura de pacientes con quemaduras, por desagradable que pudiera parecer a ojos no acostumbrados.

Él no dijo nada, solo se quedó de pie, como si se tratara de una columna jónica con siglos de antigüedad que pertenecía al mobiliario.

La gota que colmó su paciencia había sido al comenzar la supervisión de la limpieza en una de las salas. Las enfermeras debían lavar cuerpos antes de cambiar las sábanas y fregar los suelos, así que resultaba embarazoso, por no decir poco ético y una violación de la intimidad, que un hombre estuviera presente y observara ciertas partes de la anatomía femenina.

Terminaron discutiendo y ahora esta debía repetirse, solo que por otra causa.

¿Cómo podía decir Martin que tratara de llegar a un acuerdo? Con aquel hombre resultaba imposible.

Phillipa se detuvo en medio del pasillo y se encaró a él al tiempo que levantaba un dedo amenazante.

—Ahora me dirijo a la sala de operaciones, donde voy a asistir a uno de los cirujanos.

Sebastian asintió.

—Por supuesto, debe atender sus obligaciones. Yo no interferiré.

Phillipa lo miró con sospecha.

—¿Significa que va a dejarme en paz?

Retuvo el aliento en la garganta, a la espera.

Sebastian inclinó el rostro hacia adelante, lanzándole una mirada penetrante.

—Si lo que quiere decir por «dejar en paz» es que espere en otro lugar, mi respuesta es: por supuesto que no. Entraré con usted.

Phillipa lanzó un hondo suspiro.

—El St. George Women's Charity no es un hospital universitario, por lo que no se permite observar las operaciones. Solo tiene acceso el personal médico.

—¿Por qué? —quiso saber él.

Phillipa lo contempló con una mezcla de emociones.

—Cielo Santo, nuestra misión no es enseñar, sino sanar —le explicó—. Así que solo contamos con la presencia de cirujanos y enfermeras que les asisten. Tenerlo en la sala puede entorpecer nuestra labor. ¿Comprende? No voy a poner la vida del paciente en riesgo.

Incomprensiblemente, él no protestó.

—Está bien —dijo solamente.

Ella lo miró con recelo.

—¿Está de acuerdo conmigo?

—¿Le molesta que lo esté?

—¿Por qué me contesta con otra pregunta? —señaló Phillipa, aunque ella hizo lo mismo—. No tengo tiempo que perder en tonterías y mucho menos con una operación a la que debo acudir.

Sebastian esbozó una fugaz sonrisa e hizo una ligera reverencia.

—Voy detrás de usted. Dios no permita que llegue con retraso.

—Pero no va entrar en la sala de operaciones —recalcó con intransigencia.

Esperó paciente que el señor Field se lo confirmara, evitando toparse con su mirada. No es que fuera a adivinar sus intenciones con solo una ojeada, pero era bastante agudo. Mejor no tentar a la suerte.

—Eso ya lo ha dicho.

—Y sigue usted sin contestarme.

Para que todo saliera según lo planeado, el señor Field debía permanecer a la espera en el pasillo que conducía a las salas de operaciones mientras ella fingía ayudar a los cirujanos. Solo se trataba de una estratagema, porque una vez en ella, Phillipa saldría por la otra puerta, la que daba a las escaleras de servicio, y lograría así escapar de la opresiva vigilancia.

—Lo he hecho —afirmó él—. Juro solemnemente que me mantendré fuera de la sala de operaciones.

Su tono la molestó.

—No es necesario que se muestre tan condescendiente —le espetó, convencida cada vez más de sus posibilidades.

Todo quedó ahí. Llegaron a la sala de operaciones antes que el paciente y Phillipa se despidió del señor Field sin aparente entusiasmo. Sin embargo, en su interior comenzaba a hervir cierta expectación por la emoción que suponía dejarlo atrás y liberarse de sus cadenas.

No se entretuvo demasiado conversando con las hermanas Simpson y Levy. Primero, porque su presencia había sido motivo de sorpresa y prefirió evitar preguntas incómodas. Ella no solía acudir a las operaciones, ni siquiera

cuando eran improvisadas. Segundo, porque ambas estaban atareadas con la distribución de las bandejas de instrumental quirúrgico, esterilizado previamente con ácido carbónico.

Saludó al cirujano que debía aplicar el cloroformo con una inclinación de cabeza y se marchó lo más aprisa que pudo, sabiendo que la agilidad era su mayor aliada.

—¿Huyendo? —preguntó una voz a sus espaldas cuando dobló la esquina que conducía al pasillo donde se encontraba su despacho.

Phillipa se quedó inmóvil. No necesitaba darse la vuelta para saber de quién se trataba. En ese instante, su corazón comenzó a bombear sangre con una rapidez inusitada. No había tardado más de cinco minutos en recorrer aquel tramo por la zona de servicio. ¿Cómo podía haberla alcanzado?

Se sintió mal a causa de la decepción y tuvo que recordarse que no estaba cometiendo ningún crimen.

Se dio la vuelta para encararse al hombre que la contemplaba con poca cordialidad.

—Señor Field, ¿no esperaba frente a la sala de operaciones? —dijo en un intento de aparentar normalidad.

Él asintió.

—Durante unos segundos —respondió antes de quedarse en silencio.

Phillipa, incómoda, hizo todo lo que estuvo en su mano para que no sospechara de sus intenciones. Pero entonces recordó que había dicho «huyendo», así que en realidad él lo sabía.

—Voy a buscar material médico para la operación.

Sebastian estudió su rostro con atención, advirtiéndole con el brillo de los ojos que no podía engañarle.

—¿Para eso se necesita a la mismísima jefa de las enfermeras?

Phillipa captó el deje de ironía y a pesar de ello mantuvo la compostura.

—Si me permite... —dijo en un intento de proseguir su camino.

Por supuesto, él se lo permitió. No obstante, no tuvo posibilidad de

escapar, puesto que el señor Field solo necesitó de dos zancadas para ponerse a su altura, dispuesto a acompañarla a donde fuera necesario ir a buscar el material, aunque para ello necesitara dar la vuelta al mundo.

Phillipa pensó que, extrañamente, él no parecía enojado.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó poniendo énfasis en el «nos», aunque era evidente que su despacho estaba ahí mismo.

Guardándose el sentimiento de hostilidad que amenazaba con salir a flote, barajó sus posibilidades: ¿qué debía hacer? Porque ir a buscar un material cualquiera sin esterilizar y meterlo en la sala de operaciones, con ánimo de disimular, quedaba descartado.

Se sintió atrapada y le lanzó una mirada circunspecta.

—¿Puede esperarme en mi despacho?

—No.

Phillipa suspiró.

—Necesito unos minutos a solas. —Para así mediar sobre su plan, se dijo a sí misma. Porque se había ido al traste.

Ya no podía ir sola a predicar y mucho menos pelear por el regreso de Frank. Habría más oportunidades, oh, sí. Pero en aquel momento no deseaba pensar en ellas.

—¿Para que pueda escapar? —Sebastian levantó una ceja—. Le he dado una ventaja que no ha sabido aprovechar; sería de necios darle más.

Phillipa quiso ser cortante, aunque también deseaba terminar con las riñas.

—Le prometo que no lo haré.

Él entrecerró los ojos.

—¿Se da cuenta de que en estos momentos su palabra no vale mucho? Por lo menos en cuanto a mí se refiere —expuso con tranquilidad—. Estaba dispuesta a dejarme esperando a saber durante cuánto tiempo.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Intuición, quizá —repuso enigmático, sin dar más explicaciones.

Eso despertó la curiosidad de Phillipa.

—¿No querrá decir casualidad, más bien?

Sebastian sonrió del mismo modo que lo haría un lobo ante su presa.

—Es usted una mujer inteligente. ¿Estaría dispuesta a jugársela? — Phillipa se encogió de hombros y él lo interpretó como un gesto de inseguridad. Sonrió, sacó un florín del bolsillo de su pantalón y se lo mostró con la palma de la mano abierta—. ¿Es suficiente o le gustaría aumentar la apuesta?

Sus ojos eran retadores, por lo que Phillipa se dijo a sí misma que no era bueno tentar al diablo.

—No me gustan las apuestas —declaró con toda la dignidad de la que fue capaz.

—¿Es eso o teme... perder? —preguntó él, riendo en voz baja.

Desconocía el modo en que lo había hecho, pero no había duda de que el señor Field estaba al tanto de sus intenciones. No la había sorprendido *in fraganti* por mera casualidad, tal como había dicho ella.

—Sé cuándo debo hacerlo y cuándo retirarme.

—Entonces admite que tengo razón: pretendía huir.

A aquellas alturas no tenía sentido seguir negando tales evidencias y más cuando ella ya lo aceptaba. Sin embargo, Phillipa no pudo evitar seguir aferrándose a su historia, aunque solo un poco.

—Lo dice como si fuera una fugitiva. Mi intención era buena.

La sonora carcajada del señor Field la hizo sonrojar.

—¡Diantres, sí! —rio él—. Sabía que pasaría a buscar su abrigo. Si no fuera por ese pequeño detalle, usted ya estaría lejos del hospital.

—Libre de su presencia —gruñó ella.

Sebastian ensanchó su sonrisa, contemplando, divertido, la expresión frustrada de la señora Baker. Había dado en el clavo al recelar de sus intenciones. Una suerte.

No llegó a replicar puesto que le sobrevino una sensación extraña; en cierto modo, de timidez.

Se sorprendió.

Él era un hombre abierto y, aunque precavido, nunca había sentido que no tenía nada que decir. Y no era que en aquel momento no lo tuviera, solo que si abría la boca para explicar cómo había sospechado de ella, terminaría halagando más de lo debido la inteligencia de la señora Baker y estaría en serios problemas.

Que hubiera descubierto su juego no significaba que ella no le pareciera imaginativa y resolutiva; simplemente que Sebastian llevaba ventaja. Notaba una fuerza en ella, una valentía, que contaba con toda su admiración. Era entregada a los demás y no pedía más que la escucharan. Había constituido una vida lejos de los bailes y la ociosidad de los de su clase para volcarse en los demás.

«¿Por qué ese sentimiento tan repentino?», se preguntó. Phillipa Baker no deslumbraba con su belleza. Además, tenía un carácter arisco cuando uno la contradecía. ¿Qué tenía de especial esa mujer que en poco más de un día conseguía arrancarle halagos sinceros?

«Sus ojos». No era su tono lo que destacaba, de un suave color verde, sino la fuerza y la determinación que habitaban en ellos.

Por un momento olvidó que ambos se encontraban en mitad del pasillo y cualquiera podría verles. La atmósfera se volvió íntima y la mirada de Sebastian se posó en la dulce curva del cuello femenino. Su parte racional gritaba a voces dentro de su cabeza que no se acercara, puesto que con eso solo conseguiría complicar las cosas. Y eso lo retuvo durante unos segundos, hasta que ella ladeó el rostro, abrió bien los ojos y... simplemente esperó su movimiento.

Por su parte, Phillipa notó cómo las partes de su cuerpo adquirían cierta rigidez, permaneciendo atenta al señor Field. Le pareció que la actitud autoritaria que ejercía sobre ella había dado paso a otra más cercana e íntima. Una parte de ella, de ahí la rigidez, lo tomó como una invasión. Sin embargo, como mujer que era, expuesta al encanto masculino, observó de nuevo su boca, tal como había hecho en su casa.

Sus manos temblaron ligeramente, notando el aire pesado.

La voz de la razón le devolvió la cordura que necesitaba para poner las cosas en su debido lugar y aplastar cualquier atisbo de sentimentalismo hacia él. No podía permitirse tener pensamientos sobre su boca, por muy livianos que fueran, y mucho menos comenzar a albergar esperanzas. Ella era Phillipa Baker, una práctica, eficiente y fea viuda con pocas ilusiones, salvo ayudar a los más humildes. Así que no necesitaba que un hombre le complicara su vida. Y sin lugar a dudas, el señor Field parecía de ese tipo.

—Bien —dijo irguiéndose—. Si no va a esperar en mi despacho, no lo haga.

Phillipa se negó en redondo a mirarlo o a seguir pensando en aquello. Se encaminó definitivamente hacia la pequeña habitación donde estaba situado su despacho y decidió esconderse tras el papeleo. El inventario y la docena de cartas de enfermeras solicitando un puesto de trabajo en el hospital servirían para ese fin, ya que el trabajo conseguía distraerla.

La muerte seguía sorprendiéndolo. Por mucho que buscase o por mucho que investigase, tenía una forma muy curiosa de hacerle frente. A veces era tranquila y predecible como un amanecer. Otras se asemejaba a la niebla espesa que no deja ver lo que tienes delante y te envuelve con ella. En ocasiones cruda y violenta, pero siempre especial y única.

Adoraba la muerte. Le entusiasmaba analizarla. Le conmovía presenciarla.

Con ello no pretendía dar a entender que le gustase matar, pero sí tenerla muy presente. Al fin y al cabo, muerte y vida iban de la mano.

Se levantó desde su lugar privilegiado y se adelantó solo unos pasos. Las manos le ardían de tanta sabiduría.

La sábana había desaparecido como correspondía y pudo contemplar su obra, el efecto del conocimiento y el poder que le caracterizaban.

Recorrió despacio el brazo ya frío hasta llegar al pulso. Nada.

Miró de nuevo el cuerpo cincelado y maltratado por el tiempo y el abuso. Los pechos marchitos y amarillentos y un pubis exento de vello no le provocaban más que indiferencia. Aun así, apartó con delicadeza el flequillo que enturbiaba la imagen completa. No era hermosa, ni tan siquiera bonita, pero eso no era lo importante. Lo valioso de ese cuerpo era lo que contenían sus venas. Su sangre. Pero nadie sospechaba porque había sido cuidadoso, procediendo con cautela para avanzar en un plan magistral que ahora formaba parte de un todo.

Por fin había llegado la hora de ver de cerca los estragos de su genialidad. Esa vez le había tocado el turno a una prostituta porque ¿quién iba a echarla de menos? Si quedaba familia no tardarían en olvidarla. Ni siquiera les interesaría a las autoridades. Todo aquel que visitaba lugares como ese solo abandonaba una vida de miseria o a otras almas mugrientas y deshechas que no tardarían en verse engullidas por la misma marea voraz.

La miró de nuevo y se sintió pletórico. Había avanzado tanto... Ese era el salto definitivo que le permitiría completar su gran obra. Nadie contaba con la suficiente entereza y valor para llevar a cabo ese ambicioso proyecto que equilibraría la balanza. Y como de nada servían las leyes inglesas tenía que hacerse a su modo. Detenerse quedaba descartado por completo

Como el amanecer estaba cerca, no pretendía dilatar más el momento. El personal diurno no tardaría en hacer acto de presencia y él solo había pretendido contemplarla al tiempo que adquiría información vital. No solía llegar tan temprano, pero su empleo tenía ventajas. Podía acudir de madrugada y nadie sospecharía de él. Como mucho lo achacarían a las excentricidades propias de un hombre de su posición. Además, hacerlo contaba con un doble objetivo. En la soledad propia de las horas que precedían al día, había podido encontrar a la persona idónea para ser la receptora de tan trascendental paso. Y había acabado por ser Mary; una simple Mary de las tantas que había. Primero se había asegurado de que gozara de una salud razonable —nada que después no pudiera ser la causante

de su más que presumible corta vida. Cuando estuvo seguro, le administró la solución en forma de jarabe en una de las tantas, pero cortas, visitas a su lugar de trabajo. Hacerlo no entrañó ninguna dificultad. Solo tuvo que tener un poco de cuidado.

Había tardado menos de ocho días en regresar, aunque esta vez ya nada se podía hacer por ella. Lo único que le faltaba saber eran los síntomas pero, como siempre, en eso estaba de suerte. Por eso había acudido antes. Quería leer qué ponía en los papeles que habían dejado a sus pies antes de que se la llevaran, lo que dificultaría su tarea.

—A ver, déjame leer estas líneas. —Cogió y leyó. Nada destacable. Murió de un fallo respiratorio. Se la encontró tirada en el suelo y nada pudo hacerse por ella. Siguió con el dedo cada palabra hasta llegar a un detalle precioso y lleno de interés—. «La gente más cercana le atribuye una repentina mejoría el día antes de sus muerte» —citó.

Interesante. Muy interesante. Resultaba curioso y un detalle a tener en cuenta.

Volvió a mirarla y supo que su función ya estaba hecha.

—Ahora puedes descansar en paz.

Se alejó sin pensar más en ella y centrándose en los siguientes pasos. Ahora solo debía asegurarse de que los demás casos estuvieran alejados del foco original; o al menos los siguientes.

Los zapatos no resonaban en los relucientes y sombríos pasillos. Nadie le había visto entrar o salir. En caso de pensar en él no serían capaces de imaginar el alcance de su influencia. Mientras, él iría un paso más allá.

Su felicidad era máxima.

Capítulo 6

«Y de nuevo a la calle con él».

Miró a ambos lados de Commercial Road East y se acomodó la pelliza del cuello para resguardarse mejor del frío y de la densa humedad que, conforme se acercaban a los muelles, se incrementaba y se hacía más espesa.

Esperó en la acera al señor Field sin tratar de escabullirse por unas calles que él no dominaba pero que iba a tardar poco en conocer. Día a día se había familiarizado mejor con sus métodos y había percibido lo bien que podía llegar a realizar su trabajo. Era concienzudo, tenía buena memoria visual y un gran sentido de la orientación. Si se tratara de otro, habría afirmado con rotundidad que, cuando la dejaba en casa, se paseaba por los barrios pobres de Londres con tal de conocer cada palmo de terreno que iba a recorrer con ella. Era absurdo, si bien sentía cierto resquemor al comprobar lo bien que se adaptaba a unas calles y a unas gentes a las que ella había tardado tanto en controlar. Era fácil recordar los primeros paseos, la dificultad para dejarse escuchar o que le abrieran las puertas. Tardó casi un año en aprenderse de memoria la ruta que debía seguir en cada barrio.

Mientras su protector pagaba al cochero, Phillipa apretó el asa del maletín al tiempo que admiraba su espalda recta enfundada en un abrigo largo que lo hacía parecer más alto e impresionante.

A pesar de su negativa inicial, las reticencias habían ido dando paso a un conformismo que poco a poco se transformaba en una agradable compañía. Tampoco era cuestión de engañarse. El señor Field seguía siendo tan autoritario como al principio, pero habían llegado a una especie de tregua que ella prefería juzgar como un acuerdo común. Durante casi cuatro semanas habían establecido un patrón y seguido la misma rutina que les había servido a ambos para adaptarse el uno al otro. Ella había dejado clara su postura. No iba a alterar sus costumbres ni dejar de hacer su trabajo. A cambio se dejaría

proteger de la mejor forma que él considerase. De hecho, en esas semanas en que habían pasado juntos la mayor parte del día, sus métodos de vigilancia, la casi imperceptible preocupación por saber su paradero o su férrea protección cuando salían a las calles ya no le resultaba tan pesada. En el hospital incluso podía tener momentos a solas o en compañía de las demás enfermeras. Los primeros días no había sido así. Ahora se limitaba a permanecer vigilante al otro lado de la puerta siempre que ella estuviera a solas o con miembros destacados del hospital como médicos o enfermeras.

—Ya está. Podemos irnos.

El señor Field se acercó tanto a ella que Phillipa sintió el calor que emanaba incluso a través de todas las capas de ropa. Sin previo aviso se sonrojó.

—Deme el maletín. Ya lo llevaré yo.

Phillipa se lo tendió. Carraspeó en un intento de disimular y volvió el rostro hacia el otro lado de la calle para seguir el alejamiento del cochero y así evitar que advirtiera su turbación. La incomodaba sentirse así, tan diferente del inicio y cada vez más consciente de él en todos los aspectos. Era cierto que desde el primer momento ya le había parecido un hombre apuesto, con ese aire de autoridad que solía percibir en las personas de clase más elevada, como su tío. No obstante, el detonante que la había hecho mirarlo con más detenimiento y que había agitado la parte de mujer que llevaba dormida había sido «ese» momento en el hospital, cuando notó el aroma masculino y se sintió consciente, por primera vez en muchos años, como mujer.

La sensación de cosquillas y encogimiento de estómago había ido apareciendo con más asiduidad. En ese momento, por ejemplo, acababa de sentirla. Sin embargo, también empezaba a acompañarla una sensación como de frustración, debida, en parte, a la actitud distante que el señor Field mostraba hacia ella. ¿Estaba pendiente de cada movimiento de ella? Por supuesto, pero estaba relacionado con su trabajo, en protegerla y evitar que se metiera en situaciones comprometidas y delicadas que amenazaran su

integridad.

En cuanto al momento de intimidad en el hospital, nada de eso había vuelto a repetirse. Ningún acercamiento indebido ni excitante que la hiciera removerse por dentro ni que, todo había que decirlo, la hiciera sentir viva.

¿Cuánto hacía de todo aquello?, se preguntó mientras avanzaba un par de calles hasta el ayuntamiento de Limehouse. ¿Acaso había ocurrido alguna vez? Se le daba demasiada importancia al hecho de estar casada. Había sido consciente desde un principio de la clase de relación que iba a tener con Charles y jamás se había cuestionado si le faltaba algo más. Pero esa emoción que empezaba a sentir minutos antes de verlo cada día y la sensación de flotar a su lado era nueva y apasionante.

Si al menos no se viera sola en aquello...

Pero claro, nunca le había importado demasiado no ser una mujer a la que un hombre desearía ver por segunda vez e incluso besar.

Su marido lo había hecho, por supuesto. Era hasta comprensible haber llegado al grado máximo de intimidad entre un hombre y una mujer sin la necesidad de ese enamoramiento que solía irle asociado y que Phillipa había visto toda su vida a su alrededor.

Sin embargo, y eso la molestaba, solo ahora sentía que le faltaba algo, que había perdido demasiado tiempo concentrándose en su pasión por la enfermería como para prestarle atención a eso que también llamaban «pasión».

¿Había enloquecido? ¿Cómo podía una mujer de su edad tener esos pensamientos? Era una mujer madura y cabal; una mujer de ciencia y con los pies en el suelo que no debería dejarse llevar por ensoñaciones ni pensamientos lujuriosos.

—Está muy silenciosa esta mañana.

Estuvo a punto de tropezar con sus propios pies al oír la voz masculina mientras la sacaba de esos desconcertantes pensamientos, pero el rápido brazo no tardó en sujetarla y evitar, así, que protagonizara una escena bochornosa.

Se recolocó el sombrero tratando de encontrar un comentario intrascendente que decir. De eso modo quizá dejaría de sentirse como una gran tonta.

—Es solo el... hum... trabajo. —Le costó recordar por qué estaba allí—. Me estoy organizando.

Él la miró despacio, asintiendo con la cabeza, pero Phillipa sintió que no la creía. En un desacostumbrado ataque de locura, pensó que podía leer su mente y conocer los pensamientos absurdos que la asediaban.

Evitaron un charco de agua de la acera y siguieron adelante. Se mantenían casi pegados a las fachadas para evitar las ineludibles salpicaduras de barro que lanzaban las pesadas ruedas de los vehículos al acercarse al borde de la calle. En ese momento exacto, un carro de grandes dimensiones pasó demasiado cerca y giró —justo enfrente y a demasiada velocidad— hacia la calle que los separaba del ayuntamiento de Limehouse. Por suerte estaba libre de carga y el movimiento solo fue peligroso para los pocos transeúntes que pasaban por allí.

—Son unos insensatos —masculló el señor Field, que se apartó con rapidez de las salpicaduras oportunas al tiempo que se ponía delante de Phillipa para protegerla.

—No se lo discuto. —Phillipa ignoró el placentero cosquilleo que sentía al tenerlo tan cerca. ¿Eso que olía era su colonia?

Estaban a pocas calles de distancia del puerto. Muchos de los hombres de Limehouse trabajaban en el muelle de las Indias Occidentales y era frecuente ver carretas que iban y venían.

—Bien. Dígame, señora Baker, ¿qué planes tenemos para hoy? —preguntó el señor Field cruzando y pasando frente al ayuntamiento, donde un par de columnas dobles custodiaban la entrada.

A Phillipa le constaba que no necesitaba que se lo explicara. Cada vez que iban a salir, el señor Field le pedía un informe verbal de lo que les esperaba. Le gustaba ir preparado. A su modo de ver, volver a preguntarlo *in situ* era una forma más de interiorizar cada paso que iban a dar y no dejar nada al

libre albedrío.

—Vamos a realizar visitas rutinarias a tres mujeres afectadas con sífilis.

—Las que no quieren verla por sus hogares, imagino.

—Supone bien, señor Field —respondió con acritud ante la falta de sensibilidad mostrada.

Ambos sabían que los de ese día no eran casos aislados. La mayoría de las mujeres no aceptaban ser ayudadas. Ni ellas ni sus maridos querían que ella los buscara o les ofreciera sus servicios de enfermera; unos servicios que mejorarían su salud y su calidad de vida. Y, aunque fuera por un corto periodo de tiempo, estaba segura de que él no había podido dejar de notar la reacción desproporcionada que estos mostraban cuando se presentaba ante sus puertas ni cómo trataba de que no la afectase.

—Supongo que no le habrá molestado con mi pregunta. No era mi intención incomodarla.

Phillipa no esperaba su rápida rectificación y lo miró de reojo. Pensó en lanzarle igualmente una pulla en venganza por haberse comportado como un patán desconsiderado, pero lo dejó pasar. Había ciertos momentos en los que pensaba que la provocaba adrede. Si era el caso, prefería decepcionarlo.

Giraron a su derecha y enfilaron hacia Three Colt St. al tiempo que seguía su paso en la estrecha acera de esa parte de la calle. A la altura de la iglesia de St. Ann le tocó el brazo para llamar su atención. Por un momento, el señor Field se quedó mirando la mano enguantada y Phillipa notó un hormigueo instantáneo en los dedos al percibirlo. Retiró de inmediato la mano, como si quemara.

«¡Por Dios! ¿Qué estará pensando?»

Era un simple roce, nada del otro mundo, pero hasta ese momento no lo había tocado por iniciativa propia. ¿Le parecería mal?

—Debemos detenernos un momento. —Deseó que la voz no le saliera temblorosa—. Debo visitar a una anciana allí mismo. —Señaló la tienda de comestibles del otro lado de la calle.

Sebastian prefirió no hacer caso de la presteza con la que había apartado la mano. De hecho, estaba seguro de que ella pensaba que era un majadero por quedarse embobado por un simple contacto. Se había preguntado si las tendría heladas. Seguro que sí. Cuando llegaban al hospital, los guantes eran lo primero que se quitaba. Había aprendido el modo en que tenía de frotarlas para luego acercarlas a la boca y exhalar en el hueco que formaban.

Se sintió incómodo cuando, como salido de la nada, se preguntó qué sentiría al recibir ese ligero suspiro. ¿Estaría caliente? ¿Quizá le haría cosquillas?

—¿Alguien nuevo? —se apresuró a requerir para tratar de eliminar semejantes preguntas.

Phillipa negó.

—Unos viejos conocidos. Toda la familia se sustenta del negocio que ve allí. En ella trabajan el padre y el hijo mayor. Lo suyo es una auténtica desgracia.

—¿A qué se refiere?

—El chico trabajaba en los muelles cuando hacía falta. Era un ingreso que venía muy bien, pero hace casi dos años, si no recuerdo mal, cayó desde una altura considerable mientras descargaban un barco.

—Deduzco que se salvó.

—Sí. —Phillipa cabeceó con tristeza—. Pero estoy segura de que desearía no haberlo hecho. Su madre no me lo ha dicho con palabras, pero creo que el joven se siente una carga.

—No entiendo qué puede haber de trágico en salvar el pellejo.

Phillipa lo miró en silencio y, por primera vez, Sebastian se removió incómodo.

—Si solo hubiera quedado en eso... Al caer él, también lo hizo la carga, justo encima de su brazo. Se lo destrozó y ya nadie lo contrata ante la imposibilidad de utilizarlo.

Sebastian asintió. Entendía lo que pretendía decirle. A ojos de la sociedad

era un impedido más. En su vida como soldado había visto más de un hombre con deficiencias físicas graves. Alguno de ellos podía lograr tanto o más que uno con todos los miembros enteros. Ellos lo llamaban «cuestión de actitud».

—¿Y qué puede hacer una enfermera por él?

—Casi nada, la verdad.

A Sebastian le sorprendió su tono afligido, lo que demostraba que llevaba el ayudar a los demás no solo como oficio, sino como parte esencial de sí misma.

Echó un vistazo a la calle y la instó a cruzar deprisa. Se detuvieron justo delante del cristal del comercio.

—En sus circunstancias, lo máximo que puedo hacer por él es enseñar a su madre la mejor forma de darle masajes. En el brazo —aclaró en voz baja ante el alzamiento de la ceja masculina—. Suele dolerle bastante. La humedad no ayuda ni al hueso ni al nervio. Además, sabe lo limitada que me encuentro ante estas situaciones. Solo puedo observar desde la distancia, por decirlo de algún modo. Encontrarles una nueva crema con una fórmula mejorada que ayude a mitigar el dolor o dar indicaciones sobre cómo deben hacerse los movimientos sobre el brazo para distender los pocos nervios no afectados es lo máximo que la dignidad de esa familia puede soportar. —Lanzó un suspiro contrito—. En caso de tener otra posición social, les hubiera recomendado, aunque ya no está de moda, pasar una temporada entre las aguas termales de Bath. Quizá también que se trasladara al campo o fuera del país; a un lugar donde el clima fuera mucho más benigno.

Cortó la conversación en cuanto pusieron un pie en el interior del comercio.

—¡Buenos días, señora Baker! —El efusivo saludo provino del señor Collier, un delgaducho vendedor con poco pelo envuelto por su inseparable delantal blanco. En ese instante entregaba un paquete envuelto a una mujer entrada en años que solo les echó un vistazo y salió al exterior—. ¡Que pase buen día, señora Myers! —Centró su atención en ellos y salió del mostrador—. Me alegro de verla. Hace casi tres meses que no nos ha honrado con su

presencia. ¡Daniel!

«Bueno, he aquí alguien que celebra su visita», pensó Sebastian mientras la miraba devolver el saludo. El modo en que el tendero le hablaba, le sostenía las manos con efusividad, y la alegría pintada en su rostro denotaban un gran respeto.

De la trastienda apareció un varón que debía de rondar los veinticinco años. Sebastian fue capaz de captar un brillo de emoción en esos ojos cuando la vio y cómo desaparecía al instante cuando se percató de su presencia y dedujo que era el nuevo acompañante. Acto seguido se irguió y cuadró los hombros.

«Está enamorado de ella».

Lo cual no le parecía descabellado. La especie masculina, por muy superficial que pudieran parecer, no solo se fijaba en un físico impresionante. En ocasiones, el afecto, la atención y el respeto eran suficientes para que se cayera rendido a los pies de una mujer.

A pesar del cálido recibimiento, los dos hombres lanzaban miradas de reojo en su dirección, gesto que Phillipa no pudo dejar de notar.

—¡Oh, discúlpenme, qué maleducada soy! Permítanme presentarles al señor Field.

—¿Ha despedido a Frank? —preguntó el padre.

—¿Yo? Oh, no... —La vio titubear—. Le surgieron ciertos asuntos personales que le impedían seguir trabajando.

Sebastian prefirió desligarse de la conversación y los dejó hablar mientras paseaba la mirada por las estanterías repletas que llegaban hasta el techo y por los dos mostradores. Con disimulo, quiso echar un vistazo al brazo del hijo, pero era difícil hacerlo porque lo escondía —sospechaba que de forma consciente— casi detrás del cuerpo. Solo se apreciaba un brazo caído enfundado en una manga larga de camisa. El puño, un poco más amplio de lo habitual, parecía esconder la mano en su totalidad.

—Mi madre y mi abuela se alegrarán de que haya vuelto —oyó decir a Daniel.

—¿Vamos? —le instó la señora Baker.

Un tanto desconcertado, Sebastian siguió a Phillipa mientras los Collier se quedaban a atender a los clientes que acababan de entrar. Entraron por la trastienda, que estaba repleta de cajas abiertas, y ascendieron por una escalera semiescondida y mal iluminada.

—¿A dónde vamos?

Phillipa se volvió y esbozó lo que le pareció una sonrisa.

—¿Siente que no domina el terreno, señor Field?

—Usted sabe muy bien que así es —aseveró entre dientes—. Tenga la bondad de explicarse.

—Vamos a subir a la vivienda de la familia. Arriba están las mujeres, que es a quienes venimos a visitar.

—Dijo que venía por el hijo.

—No. Si lo piensa con detenimiento, verá que no dije tal cosa.

Y siguió subiendo sin importarle si la seguía o no.

—¿Señora Collier? ¿Honora? —llamó Phillipa tan pronto puso los pies en el rellano superior.

De una habitación salió una mujer que no parecía demasiado mayor salvo por las hebras blancas que salpicaban su cabello castaño. Cuando sonrió al reconocer a la señora Baker, las arruguitas que se le formaron bajo los ojos, lejos de envejecerla, la rejuvenecieron.

—Pensaba que se había olvidado de nosotros —le dijo, aunque quedaba claro para todos que no lo pensaba de verdad. Le echó un rápido vistazo a Sebastian, pero disimuló mejor que su marido e hijo y no preguntó nada.

A Sebastian le gustaban las mujeres discretas y esta le agradó de inmediato.

—Eso nunca —respondió con una sonrisa amable y sincera que fue correspondida—. Le presento al señor Sebastian.

Tras las debidas formalidades, la señora Collier pareció recordar los buenos modales.

—Pero siéntense, por favor. Seguro que les apetece una taza de té —les ofreció con seguridad al tiempo que se acercaba a la esquina oeste, donde el hogar permanecía encendido. De él colgaba una humeante olla negra de considerable tamaño y, a los pies, un poco alejada del fuego, había una tetera de latón que la mujer cogió con un paño.

—Me temo que hoy no podré quedarme demasiado —adujo Phillipa, rechazando la taza—. Tengo muchísimo trabajo.

Sebastian, en cambio, se permitió aceptar. Así mitigaba el posible rechazo de la señora Baker.

Se sentaron justo en el centro de la estancia, que también lo era de la vivienda. La mesa estaba en buen estado y tenía cuatro sillas alrededor. Desde allí era imposible perderse ningún tipo de detalle.

—Les he traído algunas cositas —anunció la enfermera mientras la señora Collier llenaba una taza con el mismo cuidado exquisito que podría utilizar la dama más elegante.

—Oh, usted siempre tan amable. —Puso una taza con su respectivo platito enfrente de Sebastian—. ¿Leche o azúcar?

Sebastian, acostumbrado a no disponer siempre de esos aderezos, se había habituado a beberlo solo.

—Así está perfecto. —Y dio un sorbo al té para demostrarlo. Era bueno y estaba caliente. Sonrió.

Satisfecha por su respuesta, la mujer devolvió la tetera a su lugar junto al hogar.

—¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó Phillipa, recuperando de nuevo la palabra y centrándose en su trabajo.

—Mejor. Ha pasado una buena noche y ha querido comer unas pocas gachas aguadas.

La señora Baker se levantó para alcanzar el maletín que Sebastian tenía a sus pies, por lo que, más rápido de reflejos, se lo alargó. Acto seguido la vio sacar del interior un bote oscuro y un tarro.

—Para las llagas y el dolor.

Como era habitual, la mujer se tensó, debatiéndose entre el agradecimiento y el rechazo, un sentimiento que Sebastian empezaba a reconocer y que veía en las personas que no llegaban a ser pobres del todo, pero que no podían permitirse todos los medicamentos que unos cuidados médicos requerían. En esas ocasiones —una de las pocas, tal vez—, veía a la enfermera mentir con total descaro. Les decía que el hospital terminaba desechando algunos restos o excesos que ella aprovechaba para repartir. La verdad absoluta era una muy diferente, y él había acabado por hacerla confesar. La compraba y pagaba ella misma de su bolsillo. De otro modo no lo aceptarían.

—Gracias. —La gratitud venció y la mujer esbozó una sonrisa contenida—. Si quiere verla, la alegrará mucho.

La señora Baker se levantó y avanzó unos pasos, para detenerse al instante y girarse para mirarlo, lo que le satisfizo. Eso quería decir que ya empezaba a interiorizar su *modus operandi*, ya que era un hecho habitual que él se adelantara a inspeccionar lo desconocido para «evitar males mayores».

—Esperaré aquí —respondió Sebastian con un escueto asentimiento de cabeza y con la taza en su mano derecha.

Percibió con claridad su alivio y la vio desaparecer tras una puerta. Atento, al poco se oyeron los murmullos que producían tres personas, por lo que se relajó todo lo que pudo. En este trabajo, dar las cosas por sentado era arriesgado. Debía estar preparado por si había alguien al acecho. Ese era, de hecho, uno de los pocos hogares que había pisado en compañía de la enfermera que parecía decente y que no albergaba peligro alguno.

«Aunque uno no puede estar nunca seguro al cien por cien».

Solo había que pensar en el mismo hospital. ¿No era allí, acaso, donde la vida de la enfermera había peligrado? Resultaba irónico que hubiera sucedido en aquel lugar cuando paseaba día tras día por los barrios más pobres, problemáticos y peligrosos.

La visita no duró mucho más y Sebastian lo agradeció. Cuando salieron de nuevo a la calle, lo hicieron un poco más cargados. Los Collier eran gente

orgullosa que, al no ser capaces de pagar los servicios de la señora Baker, le ofrecieron una pieza de jamón y otro paquete más del que ignoraba el contenido.

—Supongo que esto es habitual —aseveró Sebastian a pie de calle.

Phillipa asintió.

—He sido incapaz de convencerlos de que no es necesario. Es así en cada ocasión. Comprenden que no acudo a su casa para recibir nada a cambio, aunque eso no varía el resultado. Se sienten mejor si me compensan. No son los únicos.

Sebastian no lo encontraba descabellado.

—¿Y qué hace con esto?

—Lo reparto, por supuesto. Yo no lo necesito, y hay otros pacientes que visito que no tienen ni para comprar tocino.

Esa afirmación tan lógica y sencilla lo detuvo de repente. Se quedó mirándola mientras en su interior nacía un sentimiento fuerte, a caballo entre la admiración y el respeto.

—¿Qué sucede? —preguntó ella cuando se giró y advirtió su mirada.

—Nada.

—Pues ese «nada» parecía tenerlo muy fascinado.

Sebastian la advirtió hacer una mueca en cuanto acabó de hablar y fue consciente de la interpretación errónea que él podía dar a sus palabras. Quiso sonreír, mas se reprimió.

—Solo pienso en su generosidad.

—¿Mi generosidad? —Se veía confundida, pero adorable con su ceño fruncido.

—Exacto. Su capacidad de darse a los demás me asombra.

—No es nada por lo que asombrarse. Es cuestión de ser práctica. No podría comerme la cantidad de cosas que llego a recibir.

—Ahora está minimizando su valía. No lo esperaba de usted.

—No lo hago —se defendió—. Solo ocurre que no quiero que llegue a

pensar que soy una santa.

Segundos después, la carcajada masculina resonó en sus oídos. Sebastian fue incapaz de reprimirla y obtuvo como recompensa la mirada airada de varios transeúntes y la evidente irritación de la enfermera, que empezó a dar golpecitos con el pie y puso en jarra el brazo que no sostenía el maletín.

—No sé dónde le ve la gracia.

Sebastian la miró con una sonrisa en la boca y los ojos brillantes.

—Me ha cogido desprevenido, solo eso. Le puedo asegurar que, a pesar de considerarla una mujer altruista, lo de que pueda asemejarse a una santa no ha pasado por mi cabeza en ningún momento. Doy fe de que no lo es.

Consciente de que su irritación inicial había dado paso a una indignación mayor, Sebastian la vio darse la vuelta y seguir calle abajo, dejándolo plantado. No podía reprochárselo.

Suspiró resignado y la siguió.

Capítulo 7

No tardó en alcanzarla, pero Phillipa apenas le hizo caso cuando lo tuvo a su lado. Estaba inmersa, al igual que la calle, en el típico ajetreo de un día cualquiera a las doce del mediodía. Negocios abiertos y niños jugando en una esquina o apoyados en la pared mirando a la gente e imitando a los adultos. También estaban las mujeres, unas que conversaban con la presencia constante de un sirviente mientras que otras apuraban el paso con las compras a cuestas. Se sumaba al bullicio el inconfundible sonido del tren, que en esos momentos desfilaba por los altos raíles, a punto de detenerse en la estación de ferrocarril de Limehouse, unas calles más adelante, en el cruce con Bate Street. Como todas, era una calle de contrastes, donde los hogares de clase acomodada podían llegar a rozar a las que vivían en la más absoluta miseria.

Incluso si uno se molestaba en fijarse en los comercios vería las diferencias evidentes. Solo hacía falta leer los letreros. Aquí y en las calles colindantes había muchos escritos en chino —una comunidad en concreto que allí, en Limehouse, tenía un peso importante—.

Phillipa también los visitaba. Entre ellos había de todo, como en todas partes.

—¿Está enfadada?

Suponía que el señor Field no dejaría de atormentarla si no le respondía.

—No, no lo estoy.

—Miente.

Eso hizo que lo mirara.

—¿Y por qué habría de mentirle? —El encogimiento de hombros masculinos la decepcionó un tanto—. Creo que le gusta provocarme —añadió.

—Y con ello estoy tentando al demonio, lo sé. No, no frunza el ceño. Estaba bromeando.

—Está de buen humor hoy, por lo que veo.

—¿Y usted no?

—¿Tiene que responderme con otra pregunta? Me molesta que haga eso.

—Usted acaba de hacer lo mismo. Está bien, está bien —la aplacó cuando ella fue a protestar.

Phillipa se cogió a su brazo para cruzar de nuevo. A su derecha quedaba Narrow Street, a la misma altura de los puertos. A lo largo de esa calle vivían tres mujeres con sífilis. Mujeres difíciles que se negaban a solicitar ayuda o dejar que ella se la prestara. Cada paso con ellas era una lucha de voluntades que la desmoralizaba. Ni ellas, ni mucho menos sus maridos, la querían ver rondando por allí. A pesar de ello, Phillipa no se rendía.

—¿Se prevén problemas?

El señor Field había abandonado ya su talante relajado para adoptar una actitud alerta ante la calle amplia —necesario para un correcto transporte de las mercancías—, los edificios de ladrillo —oscuros, feos y que mostraban un aspecto deprimente— y el muro del lado izquierdo —que los separaba de la zona de los muelles y que abarcaba todo Narrow Street—. Se dio cuenta también de que sus músculos empezaban a tensarse en respuesta, lo cual le señaló que todavía iba cogida de su brazo. Se soltó a regañadientes.

—Espero que no.

—Señora Baker...

Por un segundo, Phillipa echó de menos a Frank. Él se limitaba a estar a su lado; sin actitudes hostiles, preguntas molestas o advertencias. Con el señor Field todo era más complicado. Todo. Mas, teniendo la oportunidad de sustituirlo por otro, no lo cambiaría. Sus irritantes formas de hacer las cosas ya no la disgustaban tanto.

—Se lo toma demasiado en serio, señor Field. —Aunque lo pareciera, no pretendía fastidiarlo.

Él detuvo su paso y Phillipa tuvo que hacer lo propio.

—¿Y ahora, qué?

—Pensaba que había dejado claras las cosas. Algunas están fuera de toda discusión.

—Lo sé y lo entiendo. Solo es que me fastidia un poco esa actitud en concreto que asume. Me hace sentir tonta.

Eso lo sorprendió, podía verlo.

—¿Tonta, señora Baker? ¿En qué sentido? Y dígalo rápido porque no quiero mantener una charla, sea del tipo que sea, justo en Narrow Street.

—Me refiero a que parece que le gusta lanzarme las mismas advertencias una y otra vez. Y, si acaso no comprendí que esto no es Hyde Park en hora punta en cada una de mis muchas idas y venidas a Limehouse sin usted, le aseguro que, con el primer sermón que me echó, tuve bastante.

Sebastian apretó los dientes y procuró no decir nada. Era obvio que ella no pretendía provocarlo, y menos en ese momento. Solo trataba de explicarle su punto de vista. Quería responderle como era debido, aunque ese no era el momento ni el lugar, así que hizo un esfuerzo por no parecer alterado y repitió la pregunta que le había hecho.

—Y con un sí o un no bastará —añadió.

Ahora mismo no le importaba si se mostraba ofendida. Ya lidiaría con su enojo en la seguridad del hospital.

—No, señor Field —matizó el «señor» con fuerza—, no se prevén problemas. Yo soy la primera que no los desea. De hecho, sé con toda seguridad que los respectivos maridos de las mujeres a las que acudimos a ver están en los muelles. ¿Satisfecho?

Le gustaba provocarlo. Era eso o poseía una impertinencia que era incapaz de controlar.

—Sí, satisfecho. Andemos —ordenó y tiró de su brazo libre.

Su destino estaba un poco más adelante, en una pequeña y estrecha calle mojada que presentaba un aspecto más sombrío que la que habían dejado atrás. Ahí, la humedad era tan espesa que parecía poder tocarse y hacía parecer imposible que fuera mediodía.

Anduvieron despacio por la acera evitando un patinazo —a ninguno de los dos les apetecía hacerse daño y tener que permanecer allí de forma obligada—. Los zapatos de ambos resonaban y conseguía una inquietante sonoridad que mataba el sofocante silencio. Parecía increíble que estuvieran a solo dos pasos de Narrow Street, donde el sonido de los muelles les había llenado los oídos.

La primera parada la realizaron junto a fachada de aspecto miserable. De hecho, la calle presentaba un aspecto idéntico: una marea de ladrillo viejo que se dividía cada pocos pasos y una puerta junto a una ventana coronada por otra más en el piso superior —alguna de ellas tapiada—. Nada más. Todo igual. Casa a casa.

Ninguno de los dos dijo nada cuando Phillipa llamó a la primera puerta.

Silencio, como en toda la calle.

Sebastian no dijo nada porque ya había estado una vez y comprobó cómo iban las cosas.

Volvieron a llamar y esperaron.

—¿Quién va? —preguntaron a través de la puerta.

A Phillipa no le extrañó que no le abrieran. De hecho, era lo normal.

—Soy la enfermera Baker. He venido a visitarla.

Silencio de nuevo. Esta vez más prolongado. Esperó.

—¡Lárguese!

El exabrupto la sobresaltó un instante, no por la vehemencia, sino porque había sido demasiado repentino.

—Anne...

—¡Ya le dije que no la quería aquí! ¡Márchese y no vuelva!

Armada de paciencia, Phillipa siguió intentándolo durante lo que pareció una eternidad, aunque quizá solo fueron unos pocos minutos. Probó todas las súplicas que se le ocurrieron —todo a través de una puerta cerrada, por supuesto—, pero sin éxito alguno.

—Vayamos a la siguiente. —Agradeció que el señor Field no hiciera

ningún tipo de comentario y se limitara a asentir.

Esta vez tampoco tuvo demasiado éxito, aunque la mujer tuvo la cortesía de abrir la puerta. Su negativa era firme. Se negó a admitir que estaba enferma y la interrumpía cada vez que trataba de pronunciar en voz alta «sífilis» para hacerla así consciente de la realidad. Cuando amenazó a Phillipa con avisar a su marido, Sebastian intervino y se la llevó a rastras. A la mujer ni siquiera le interesó, porque cerró la puerta al instante de un solo golpe.

—¡Eso es un abuso! —Trataba de desprenderse del brazo de acero de aquel hombre.

—No. Solo sentido común.

—Puedo andar sola —aseveró entre dientes. Si alguien se asomaba a una puerta o ventana, no quería que la vieran con ese aspecto tan poco profesional y siendo arrastrada por ese hombre. Necesitaba mantener la dignidad.

El señor Field la soltó de inmediato. La inercia y el peso del maletín, por muy liviano que este fuera, la hicieron trastabillar. Se apoyó deprisa a la pared mojada que no servía demasiado como firme sujeción. Por suerte logró mantenerse de pie en lugar de hacer el ridículo como se temía.

Con disimulo, se secó la mano húmeda en el abrigo y se lo alisó con dignidad bajo la atenta y exasperante mirada de su protector. Cuando estuvo lista siguió adelante sin mediar palabra. La última, y suponía, infructuosa visita, estaba situada al final de la calle, donde se estrechaba al compás de unos edificios que apenas dejaban ver el cielo y, por ende, la luz diurna.

La puerta se abrió tan pronto se identificó. Un rostro conocido para Phillipa se asomó apenas para comprobar que era ella. Sacó medio cuerpo y miró más allá, por donde habían venido. No se veía un alma.

—Pasen.

Sebastian dudó un momento sopesando si era acertado. Por un momento, casi deseó que esa mujer hubiera sido como las dos anteriores. Ni siquiera tuvo tiempo de regodearse del casi inadvertido gesto de la señora Baker, que con la mirada le lanzó una pregunta muda pidiendo permiso.

Entró junto a ella y lo que vio lo llenó de consternación. En comparación, la vivienda de los Collier rebosaba lujo. El suelo era de una mezcla indefinible que no alcanzaba a percibir debido a la escasa iluminación de una vela depositada en una mesa destartada y, suponía, invadida por la carcoma. El aroma interior era el inconfundible olor del moho y la humedad en un estado avanzado. Sebastian suponía que respirar ese ambiente no podía ser beneficioso para ninguno de los habitantes de la casa. Rezaba porque no hubiera niños, aunque lo dudaba, ya que tras una cortina se percibía un camastro de cuerpo y medio donde suponía dormía el matrimonio.

—Mi marido me ha prohibido que la reciba —les espetó como bienvenida.

Allí, de pie al lado de la puerta, Sebastian miró a la mujer delgada al extremo y con escaso pelo. Parecían mechones pegados sin ton ni son. No sabía qué respondería la enfermera.

—Pero lo ha hecho. Eso indica algo.

—Él sigue diciéndome que no tengo nada, que solo son patrañas inventadas por usted y esos medicuchos.

Obviando las ofensivas palabras, Phillipa le tocó el brazo en un gesto de comprensión.

—Pero usted ya no lo cree así —declaró.

La mujer negó con la cabeza.

—Tengo un sarpullido en la mayor parte de mi cuerpo. —Miró de reojo a Sebastian. Su rostro maltratado por la vida mostraba vergüenza—. Y ha pasado tal y como usted dijo. Ahora, a pesar de tenerlo, la fiebre, los dolores y el cansancio ya casi han desaparecido.

Phillipa asintió.

—Debe venir al hospital para tratarse.

—¡Pero no puedo! Si John lo descubre...

—Y si le dijera que he traído una cosa para usted, ¿tendría algún lugar para esconderlo y que él fuera incapaz de encontrar?

La mujer abrió los ojos y asintió con vehemencia. Sebastian comprendió la

esperanza que estaba pintada en su rostro.

Durante la media hora siguiente se limitó a contemplar las medicinas que Phillipa le entregó, así como buena parte de la comida que les habían dado los Collier como pago por los servicios prestados. La mujer estuvo atenta a todas a las indicaciones que ella le daba y apenas se avergonzó por ser incapaz de recompensar a la enfermera de algún modo. Él sabía, sin ningún género de dudas, que haber conseguido prestar ayuda era suficiente pago para ella.

Cuando salieron a la calle, casi parecía de noche.

—Se habrá nublado —vaticinó Sebastian—. Más vale que nos demos prisa.

No hablaron nada más hasta que volvieron a poner los pies en Narrow Street. Volver a ver, aunque solo fuera niebla y un cielo encapotado, les llenó de alivio. Phillipa era capaz de admitir que ese lugar la ponía nerviosa, pero había lugares mucho peores. En cuanto al señor Field, no parecía haberse inmutado por la visita. En honor a la verdad debía aceptar que su comportamiento era admirable. Frank no lo llevaba tan bien. La mayoría de las veces prefería la inestabilidad de la calle que adentrarse en el hogar de alguna de esas pobres y enfermas almas.

—Se está muriendo, supongo —comentó él como de pasada mientras emprendía el viaje de vuelta.

—No todavía —respondió mientras acomodaba el paso al de él. La cara masculina reflejaba incredulidad—. Sí, sé el aspecto que tiene, aunque la sífilis no es la única culpable. La falta de higiene y alimento también tienen mucho que ver. Es lo que trato de enseñarles a las mujeres. Muchas de ellas vivirían más y mejor en caso de seguir unas sencillas directrices. Puro sentido común.

—Por lo que veo escasea en esta zona de la ciudad. Su marido, por ejemplo. ¿Lo conoce?

—No he tenido el placer —masculló las palabras.

—Entiendo que no es una buena pieza.

—Ninguno lo es. Todos son culpables. Contagian a sus esposas y se atreven a culpar a aquellos que hacemos un esfuerzo por curarlos.

—La ignorancia, supongo.

—¿Ignorancia? —se sulfuró—. Necedad, más bien. ¿Acaso se sienten culpables? Yo se lo diré. En absoluto. Todavía tengo aquí —se señaló la cabeza— lo que le dijo para justificar sus irresponsabilidad.

—Acaba de despertar mi curiosidad, señora Baker.

—Pues tendré mucho gusto en satisfacerla. Cuando las llagas aparecieron, ese mal hombre le dijo que no era culpa suya, sino de la mujer.

—Qué original.

—Por supuesto. Los hombres nunca se equivocan. Siempre somos nosotras las culpables de cualquier pecado.

—Se está yendo por las ramas —le advirtió.

Consciente de que empezaba a moralizar, Phillipa trató de centrarse.

—Es cierto, disculpe. Las llagas que habían aparecido en el... —Al instante, y para su más completo asombro, se sonrojó al tener que ponerlo en palabras.

—¿Decía?

—Esto, eh...

—Las llagas. —La ayudó Sebastian, que por un momento fue capaz de imaginar el apuro por el que pasaba la enfermera.

—Sí, las llagas. Aparecieron en la parte exterior del órgano sexual femenino. —Por Dios, sentía arder las orejas. ¡Qué cosa más tonta!—. Como iba diciendo, su marido se atrevió a decir que eso no era debido a ningún contagio, sino un castigo divino.

—Ah, la religión. Un recurso fácil.

—Pero efectivo. No puede hacerse una idea de cuántas veces me enfrento a eso en esta profesión.

—Puedo hacerme una idea. De hecho, las personas se han escudado en ella desde el inicio de los tiempos. ¿A qué era debido el castigo? ¿Qué

pecado había cometido la pobre esposa?

Volvían a estar en Three Colt St. y Phillipa dudó sobre seguir. Se preguntaba cómo habían llegado a hablar sobre eso. Bueno, ella no era ninguna cobarde. Ya que había empezado, mejor terminar de contarlo.

—El poco interés que ponía en sus encuentros íntimos fue la excusa. Según él, ella no cumplía con sus deberes de esposa al no satisfacerlo como le correspondía.

—Típico también, me temo. —Se giró hacia ella—. Y bien, ¿ya está dispuesta a irse? —preguntó.

En ese mismo instante se limitaba a observar la calle arriba y abajo con un rostro inexpresivo y a Phillipa le supo mal tener que presionarlo un poco más.

El hombre debió notar algún indicativo en su silencio, porque dijo:

—No, ya veo que no —suspiró con cansancio—. Y dígame, ¿a dónde vamos ahora?

Cuando Phillipa le dio el nombre de la calle, su protector abrió los ojos con incredulidad y la fulminó con la mirada.

—¡No!

Consiguió no amedrentarse por su tono. Probó a razonar.

—Si me deja...

—He dicho que no, señora Baker. No ponga a prueba mi paciencia. Ese lugar no solo no es sitio para usted sino que, además, no la quieren allí de ningún modo.

—Estoy acostumbrada a ello —replicó, aunque se sintió mal por hacerlo. Él tenía toda la razón. No había motivo para ir, pero Phillipa no podía evitar preocuparse por Lily y su bebé.

Sebastian miraba la resolución en el rostro femenino y maldijo para sus adentros. ¿Qué tenía en la cabeza esa mujer? ¿Por qué le gustaba arriesgarse de ese modo?

—O sea, que no le importa la amenaza que el marido lanzó contra usted.

—Por supuesto que me importa —se indignó—. No soy una cabeza hueca

como parece creer.

Pues lo demostraba muy mal, pensó, aunque no lo dijo. Sebastian la había acompañado a finales de su primera semana. No estaba muy lejos de donde se encontraban en esos momentos. De hecho, a poco más de una calle y media.

Solo se trataba de una visita de cortesía, le dijo en esa ocasión. Llevaba un poco de comida y se pasaba a visitar al bebé que había dado a luz pocas semanas antes, así que Sebastian no vio nada malo en ello. Hasta que entraron en la calle. Las casas no parecían más viejas que otras que había visto, ni las pocas personas que encontraron vestían peor. Era el ambiente que se respiraba; no solo de miseria, sino de desesperación absoluta, lo cual, para Sebastian, se definía en una sola palabra: delincuencia. Ah, pero no de la típica, no de esa que podían encontrar en algunas partes de Londres donde un chico robaba una manzana, no. Allí se generaba lo peor de la ciudad. Lo supo por la pose de los hombres que estaban apoyados en la pared con actitud desenfadada y que no les quitaban la vista de encima, por la seriedad con que los miró una mujer asomada a la ventana mientras vaciaba el contenido de un orinal por ella, casi por encima de sus cabezas.

Sebastian se recordaba más tenso que una cuerda. Hubiera querido sacarla a rastras de allí, pero cuando se dio cuenta de dónde estaban, ella ya estaba llamando a una puerta.

No fue una visita corta. La mujer se encontraba mal y tenía fiebre. Por suerte, bastó una inspección rápida por parte de la enfermera para afirmar que el bebé estaba sano. También abrió la ventana y le preparó un caldo con lo poco que tenían y lo que ellos habían traído. Le dio dos cucharadas de uno de los medicamentos que llevaba encima y le hizo cataplasmas; una para la frente y otra para el pecho. Sebastian la vio débil y nerviosa. Solo atinaba a decir: «si mi marido...» «¿Cómo está mi niño?» El bebé fue bueno. Se pasó la visita durmiendo.

Como no podía hacer más por ella, Sebastian la convenció de que ya era hora de marcharse. No le gustó cómo, a pesar de la fiebre, la mujer fijaba la

vista en la puerta con ansiedad. Solo cuando estuvieron lejos y le preguntó el motivo, ella le confesó que, en la anterior visita coincidió con el marido y este la amenazó con darle latigazos hasta que perdiera el conocimiento la próxima vez que la encontrara en su casa.

Y ahora, de nuevo, como si no tuviera suficiente con que la calle fuera problemática, pretendía que la llevara allí con esa amenaza colgando sobre sus cabezas.

—No vamos a jugarlos el pellejo por una mujer que, a buen seguro, esté recuperada de un resfriado corriente.

Phillipa no podía creer la terquedad de aquel hombre. La hacía sentir una jovencita descerebrada con una petición absurda y carente de sentido. No le apetecía tener que imponerse en medio de la calle, pero debía hacerlo.

—¡Es mi trabajo, señor Field, mi trabajo! No intento desafiarlo y mucho menos poner en entredicho sus órdenes. También comprendo que no siempre es sencillo y que trata de protegerme. Aun así, voy a ir, con su aceptación o sin ella.

Se miraron frente a frente, como dos contendientes a punto de iniciar una batalla sin tregua. Phillipa no pensaba ceder en ese aspecto. Si era su protector, que hiciera su trabajo: protegerla.

Sebastian, por su parte, luchaba contra dos partes de sí mismo: una que entendía la postura de ella y que debía dejarla realizar su trabajo y otra que tiraba muy fuerte hacia el sentido contrario. Quería cargársela al hombro y alejarla de allí para siempre.

—Está bien. —Cedió a regañadientes, por decirlo con suavidad—. La acompañaré, aunque esto no me gusta nada y vamos a proceder del modo que yo estime mejor.

Ella asintió y a Sebastian no le pareció que se jactaba de su triunfo, sino que mostraba alivio y agradecimiento.

—Muchas gracias —le dijo.

Bueno, eso lo confirmaba y lo desarmaba a la vez, así que durante cinco minutos le dio indicaciones y órdenes a diestro y siniestro. A su vez, ella

asentía.

—Y si digo que nos vamos —soltó finalizando el alegato—, es eso mismo; sin discusiones ni rabietas. Y en caso de oírme gritar «¡corra!», lo va a hacer. Sin preguntas. ¿Lo ha entendido?

—A la perfección.

—Bien —dijo nada apaciguado—, ya lo comprobaremos. Vamos.

Recorrieron el camino en silencio, uno al lado del otro. Dejaron atrás las fachadas de casas más o menos respetables y se adentraron en la calle inmunda. Resultaba curioso que no pareciera estar alejada del mundo. Desde allí se podían oír los sonidos típicos del tren o de los comercios de calles adyacentes a esta, aunque el efecto no era nada tranquilizador, sino todo lo contrario.

Esta vez no había nadie en el exterior, solo algún chucho delgado que rebuscaba con su hocico, incansable. No obstante, Sebastian sentía que las puertas y ventanas tenían ojos y oídos, como si estuvieran esperando una señal para lanzarse sobre ellos.

Al contrario que las demás, la calzada carecía de acera. Debido a ello parecía un lodazal, mezcla de barro, orina y suciedad. Al menos, la vez anterior estaba seco, pero ahora iban a tener que meter sus zapatos en esa inmundicia. Sebastian los miró con nostalgia y concluyó que no sobrevivirían a ese trance.

—No se aleje de mí —le dijo por lo bajo.

No esperó a ver si ella asentía. Caminó con pasos cortos y seguros sin dejar de otear a derecha e izquierda. Conforme se acercaban, el ruido indefinible que percibió desde el inicio se hacía más claro y potente. No tardó en reconocerlo como el llanto de un niño, aunque no uno de normal. Cuando se detuvieron frente a la puerta era indiscutible el deje histérico y ronco del sollozo.

—Viene de aquí —constató, aunque no era necesario. La señora Baker lo había notado tan bien como él. El ceño fruncido que mostraba y la preocupación pintada en cada parte de su rostro así lo atestiguaban.

La vio llamar con firmeza. Con el repentino sonido, el llanto infantil se extinguió de golpe.

Phillipa volvió a llamar, pero el llanto se reanudó con más fuerza, si cabe. Preocupada, esperó a que le abrieran. Miró a ambos lados, pero todo se veía desierto. No había más remedio que llamar la atención.

Capítulo 8

—¡Señora Helps! —Llamó con más insistencia—. Soy la enfermera Baker. Abra, por favor.

—Déjeme a mí.

Sebastian la apartó con suavidad y su voz grave tronó por toda la calle. Nadie en su sano juicio podría ignorar su presencia. Se estremeció sin querer.

—No hay nadie en casa —afirmó constatando lo obvio—. Deberíamos irnos.

Phillipa lo miró incrédula e iba a replicarle con dureza, mas no lo hizo. Vio que no lo decía convencido. La preocupaba muchísimo que nadie abriera cuando era evidente que el niño sí estaba.

—Aquí ocurre algo grave.

—O eso o saben que ha vuelto y es una forma indirecta de decirle que no quieren recibirla.

—¡Basta de tonterías, señor Field!

—Es una posibilidad —se defendió el hombre.

Phillipa se apartó de la fachada y trató de mirar con perspectiva. Se preguntó si asomarse a la ventana iba a servir de mucho. Estaba llena de mugre y apenas si dejaba pasar la luz diurna. Se acercó para comprobarlo.

No, nada.

Empezaba a notarse frenética. El niño seguía sin dejar de llorar y no se le ocurría qué hacer salvo tirar la puerta abajo, aunque ya imaginaba lo que diría el señor Field de sugerírselo. Se dio la vuelta para proponerlo y lo vio cogiendo carrerilla en una postura atípica, semejante a la de un animal a punto de embestir.

La puerta se vino abajo con un poco de dificultad. Con el ímpetu, Sebastian había caído al suelo. Se levantó, tosió debido a la polvareda que

había levantado y se quitó el polvo de la ropa como pudo. Miró hacia fuera y vio que los goznes estaban doblados y que había destruido la puerta en su totalidad.

—¿Señora Helps? —Phillipa se asomó y pasó por encima de la madera.

—Tenga cuidado. —Se adelantó para ayudarla.

Ambos la vieron en el mismo momento. Estaba en un rincón, a medio tumbar sobre la cama en una posición poco natural y con ropa que parecía un camisón.

No tuvieron dudas de que la mujer estaba muerta. Si no lo indicaba la quietud de su cuerpo, sí lo hacían sus ojos abiertos y vacíos.

El gemido los sobresaltó y Phillipa reaccionó movida como por un resorte.

Se acercó a la cuna y la siguió.

—Oh, pobre niño —susurró con lástima en la voz.

Sebastian arrugó la nariz al percibir el olor. El niño estaba envuelto en heces. A saber cuánto llevaba así.

—Páseme la maleta, señor Field. O mejor, ábrala y páseme lo que le iré diciendo. También necesito agua; a ser posible, caliente.

Sebastian obedeció sin rechistar e ignoró el cuerpo sin vida de la esquina, tal y como hacía ella. Mientras tanto, pensaba con rapidez y calibraba las diferentes opciones. Ninguna le gustaba. La mujer estaba muerta. Por la ausencia de olor y sin signos visibles de violencia, estimaba que el fallecimiento había sucedido unas pocas horas antes por causas naturales. Lo lógico era pensar que se había producido entre el amanecer —momento en que el marido debía haberse marchado a trabajar— y mucho antes de su llegada, visto el estado del bebé. Debían avisar a las autoridades, pero eso le suponía un problema. No podían dejar al niño ni tampoco llevárselo y Sebastian no pensaba marcharse dejando a la señora Baker sola allí, con el bebé, a merced de cualquiera. Quedaba descartado.

—Tome.

En el hogar apenas quedaban brasas. Sebastian las removió y añadió más

carbón. Usó el agua que quedaba de una jarra y buscó un utensilio en donde ponerla. El susurro de la enfermera no había cesado. Hablaba a la criatura y este solo emitía pequeños y alternados gemidos.

—Apresúrese. Me conformo con agua tibia. Deben dolerle mucho las nalgas y debo limpiarlo de inmediato.

—Ya voy, ya voy.

Tan pronto le pasó un cuenco con agua se puso manos a la obra. Con una eficiencia que ya había observado, desprendió al bebé de las ropas apestadas. Con cuidado, lo limpió bien. Fueron necesarios tres cuencos para dejarlo en condiciones.

—Oh, mi pequeño angelito, cómo debe de dolerte. —La oyó decir.

Sebastian miró por encima de su hombro. Tenía razón. El culo, nalgas y parte de sus muslos estaban al rojo vivo. Tantas horas con las heces tocando su tierna carne lo habían escaldado por completo.

La enfermera lo secó con ligeros toques que igual hacían estremecer al infante y lo tapó con la sábana de nuevo.

La vio enderezarse y buscar con la mirada por todo el habitáculo.

—¿Qué busca?

—El lugar donde guarden paños limpios.

—¿Cree que es necesario? Le molestará.

—La puerta está rota y pasa corriente de aire. Por mucho que la lumbre caldeara esto, lo que menos necesita es coger frío. Vigílelo.

Se lanzó a rebuscar en una caja y Sebastian se acercó a la cuna, donde el niño gimoteaba de nuevo al verse abandonado.

—Shhhh, pequeño, shhhh.

Trató de calmarle, pero este empezó a removerse inquieto, así que le pasó, inseguro, la mano por la cabeza, un gesto que había visto hacer a algunas de las nanas que paseaban por los parques de la ciudad.

Pareció funcionar. Le pasaba su grande mano por la pequeña cabecita y deslizaba el dedo por la mejilla. Se sorprendió y dio un bote cuando sintió sus

enciás rodeándolo y chupándolo con fruición.

—Eh, señora Baker.

—¿Mmmm?

—Creo que tiene hambre.

Ella se acercó y media sonrisa enternecida apareció en su rostro.

—Oh, es normal. También tendremos que ocuparnos de eso. Sosténgalo.

Phillipa le pasó el bebé a su protector. Estaba limpio, pero no saciado. Si bien cuando se acomodó en los cálidos brazos masculinos, agotado de tanto llorar, se quedó dormido al instante. Lo comprendía a la perfección. Sin querer, también se había imaginado envuelta en ellos. Sintió que enrojecía de nuevo al recordarlo y se giró hacia la difunta señora Helps para evitar preguntas incómodas.

—Vamos allá.

Se dio valor para acercarse. La muerte no le era ajena. Trabajando en un hospital era inevitable. Aun así, se le hacía extraño presenciarlo.

Lo primero que hizo fue cerrar los ojos a la difunta. Más que nada para proporcionar cierto respeto. Con la cabeza fría observó la postura y el *rigor mortis* y se preguntó qué habría causado la muerte en la mujer. Viviendo ente esa pobreza podría ser debido a casi cualquier cosa.

Se dio cuenta por casualidad. Estaba al otro lado de la cama, entre esta y la pared. Se acercó y casi tuvo que ponerse encima de la señora Helps para alcanzarlo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó en un susurro el señor Field.

—Un momento —respondió estirando el brazo e ignorando el cuerpo bajo ella—. Ya está.

Se incorporó y elevó el pequeño frasco oscuro para examinarlo. La luz que entraba por la puerta le dejó ver que todavía contenía alguna solución líquida en su interior, aunque poca.

—¿Qué es? —le preguntó él.

Phillipa se limitó a encogerse de hombros, pero tenía una sospecha.

—Creo que es lo último que se tomó antes de morir. Ni siquiera pudo volver a levantarse tras tomárselo.

—Eso es especular demasiado, ¿no cree?

Era posible, aunque no lo admitió en voz alta. Lo destapó y lo olió. La mezcla no le resultaba conocida. Debido a una corazonada que no era capaz de explicar, Phillipa metió el frasco en su maleta y la cerró.

—¿Qué hace?

Ella no respondió y se acercó a él, decidida.

—Páseme al niño.

Confundido por un instante, él hizo lo que le ordenó. Tan pronto lo tuvo salió a la calle con él.

—¿A dónde va ahora? —Sebastian maldijo en voz baja—. Esta mujer va a matarme —masculló. Cogió el maletín de un zarpazo y la siguió. La alcanzó justo cuando llamaba a la puerta de enfrente.

Definitivamente iba a matarla; con sus propias manos.

Para sorpresa de ambos, la puerta se abrió casi de inmediato. Apareció una mujer de edad avanzada aunque indefinible. La pobreza tenía esos efectos en las personas. Podían rondar los cincuenta y aparentar veinte más si lograban sobrevivir.

—Al fin lo han hecho callar —aseveró con un inconfundible y marcado acento típico de los barrios pobres del East End.

—Buenas tardes, soy la enfermera Baker. —Phillipa nunca perdía la educación.

—Sé quién es. No deja de dar la vara llamando a puertas que no quieren recibirla.

Ignoró el comentario de forma deliberada.

—Lamento informarle que su vecina ha muerto.

—Lo imaginaba —aseveró tras unos segundos de silencio al tiempo que desviaba la vista hacia la puerta destrozada.

Phillipa aprovechó la predisposición de la mujer para hacerle unas

preguntas que esta no tuvo problemas en responder. Estimó que la señora Helps había fallecido, al menos, dos horas antes, tiempo en el que el bebé había empezado su llanto descontrolado. También supo que había estado bastante enferma, así que pudo deducir que su estado fue empeorando desde la última vez que estuvo allí. Sin embargo, el siguiente comentario de la mujer la sorprendió.

—...Había mejorado —decía—. De hecho, ayer mismo estuvimos charlando aquí mismo —señaló el centro mismo de la calle.

—¿Y dice que se encontraba bien?

—Ajá. Fue ella misma la que comentó que se había recuperado por arte de magia, aunque después me confesó que era debido a la medicina.

Eso puso los sentidos de Phillipa alerta.

—¿Qué medicina?

—No tengo ni idea —confesó encogiéndose de hombros—. Solo sé que dijo que, desde que la trajo su marido hace unos días, había empezado a sentirse mucho mejor. Ayer estaba como si nada y ahora ¡pum! —Chasqueó los dedos.

—Señora Baker, nos vamos.

Phillipa no apartó la mirada de la mujer e ignoró la voz del señor Field. Estaba a punto de llegar a algo, lo sabía. Era todo tan extraño...

—Un momento.

—Ahora —insistió.

El tono apremiante e imperativo no le pasó desapercibido y le echó una mirada de exasperación con la intención de espetarle que no hacía falta mostrarse tan autoritario. Estaba más tenso que una cuerda y le hizo daño cuando la cogió del brazo para tirar de ella.

—¡Señor Field! —ladró. Y fue entonces cuando lo vio venir calle arriba. Phillipa sintió que un miedo desconocido la recorría.

Desesperada y con la garra de Sebastian todavía aferrándola, miró a todos lados. Todavía llevaba al bebé. En un gesto instintivo trató de que la vecina

lo sujetase para así poder huir, pero como gato viejo e intuitivo que era, la mujer, al echar un vistazo y con una rapidez que ya muchos desearían para sí, retrocedió y cerró de un portazo.

No tenían escapatoria.

Sebastian estaba iracundo, aunque también muy preocupado. No necesitaba de mucha inteligencia para dilucidar la identidad del hombre que se acercaba a grandes zancadas. Lo había visto de reojo cuando giraba la esquina. Habitado a valorar las reacciones de las personas —aunque fuera de lejos—, se había percatado de pronto de cómo había detenido el paso y fijaba la vista en ellos. Valoró en un segundo el cuadro que ofrecían y no sintió buenas sensaciones. Cuando volvió a arrancar, pero con más velocidad y determinación, no le cupo duda de que se trataba del marido de la difunta señora Helps.

«El que la amenazó con darle latigazos si volvía a verla».

Calibrando las opciones vio que no tenían demasiadas, no con el niño a cuestas; uno que, además, no era suyo. Si la enfermera hubiera conseguido pasárselo a la vecina, tal vez hubieran tenido una oportunidad de echar a correr y así evitar un enfrentamiento que no auguraba nada bueno.

—¿¡Qué demonios está haciendo con mi hijo en brazos!?

El vozarrón masculino resonó por toda la calle y sintió que la señora Baker se tensaba bajo el fuerte amarre de su brazo. Apenas se había dado cuenta de que la sujetaba. La soltó y ella escudó parte de su cuerpo tras él, lo que le indicaba con suma claridad lo insegura que se sentía.

Estupendo. Sencillamente estupendo.

De hecho, había estado esperando esa escena. No esa en concreto, mas sí una de similar. Consideraba un milagro que hubiese tardado un mes en suceder.

Analizó a su contrincante, puesto que no dudaba que lo era. Era un palmo más alto que el propio Sebastian y dos veces más ancho. Aunque su corpulencia solía engañar al adversario —algo que siempre aprovechaba en su beneficio—, debía tener en cuenta los brazos del hombre, destacados bajo la chaqueta. En caso de producirse una pelea cuerpo a cuerpo, tenía muy claro que debía actuar como si estuviera en un *ring* y esquivarlos a como diera lugar.

—Señor Helps, permítame presentarme. —Tomó la delantera para centrar así la ira del hombre en él y no en la señora Baker.

—¡Y a mí qué coño me importa quién eres! Solo sé que esa mujerzuela tiene a mi hijo en brazos después de que le dejara claro que no quería ver su feo rostro revoloteando alrededor de mi casa.

Sebastian apretó los dientes tratando de conservar la calma. No beneficiaría a nadie que saltara por un insulto que ella le había asegurado estaba acostumbrada a oír. Al menos, no ahora.

—Señor Helps...

—¡Cállese! —espetó Sebastian de inmediato. Por supuesto, ella no podía quedarse al margen y dejar que él lo solucionara. No podía mantener su boca cerrada.

La sintió envararse a su espalda. Era increíble cómo podía llegar a ser consciente de cada mínimo movimiento de ella.

—Pero...

—¡Phillipa, por el amor de Dios —bramó.

Ajeno a la tensión que había entre ellos, el señor Helps avanzó un paso, amenazante. Les señaló con el dedo.

—Estoy harto de usted y de sus monsergas. Solo hace que meterle estupideces en la cabeza a mi mujer y voy a...

—¡Señor Helps, conserve la calma! —Tapó por completo el cuerpo femenino—. Sentimos habernos entrometido, pero hay una cosa que debe saber —señaló hacia la casa.

Al ver la puerta destrozada, el hombre abrió los ojos para entrecerrarlos acto seguido.

—¿¡Qué cojones han hecho a mi casa y dónde está mi mujer!? ¿Lily? —gritó—. ¡Sal ahora mismo!

—Su mujer no puede escucharlo. Lamento decirle que ha fallecido.

Por un instante, el gesto de incompreensión inundó el rostro del hombre. Sebastian supuso que debía simplificar su vocabulario.

—Ha muerto —explicó—. Ya lo estaba cuando llegamos.

—Pero ¿qué demonios?

Antes de poderlo detener ya había entrado en casa. El grito de rabia y dolor se produjeron al instante, pues aquel infeliz amaba a su esposa.

El bebé empezó a moverse entre sus brazos cuando le señor Field se dio la vuelta hacia ella.

—Póngase en un rincón —siseó— y no se mueva de allí pase lo que pase.

No tenía ganas de discutir ni contradecirle, así que hizo lo que le ordenó.

Se estremeció cuando sintió el sonido de algo que se estrellaba dentro de la casa. Luego silencio.

—¡Maldita enfermera, la voy a aplastar como a una cucaracha! —gritó el hombre al cabo de un instante.

Phillipa sintió el peso de la ira que desprendía el estibador. No era causante de la muerte de la esposa, pero imaginaba que la culparía por ello. Era lo que indicaba su expresión cuando salió de nuevo al exterior.

Su mirada se cruzó con la suya, aunque trató de que no sucediera. Eso lo incendió más y vino hacia ella, pero su protector se cruzó en su camino.

—Ella no tiene la culpa. —Lo oyó tratando de razonar, mas Phillipa sabía que no lo conseguiría.

—Mire, mequetrefe de tres al cuarto, si no te apartas ahora mismo, te haré papilla.

—Puede intentarlo. —No parecía preocupado, aunque ella percibía la tensión que subyacía en su cuerpo y en sus palabras dichas a la ligera—.

Creo, sin embargo, que debería concentrarse en su familia en lugar de en nosotros.

Pero no lo convenció. Phillipa vio cómo el estibador se quitaba la chaqueta con fiereza mientras que Sebastian suspiraba y hacía lo propio con su abrigo; él, con gran parsimonia. Iban a pelear y se sentía culpable. Había forzado demasiado la cuerda de su trabajo de enfermera para verse reducida a una vulgar y peligrosa pelea callejera.

«Señor, protégelo». Si le sucedía alguna cosa, no se lo perdonaría.

«Con Frank sentiría lo mismo», se dijo, aunque hubo una voz insidiosa que no dejaba que lo creyera del todo.

El primero en atacar fue el señor Helps, al mismo tiempo que su hijo se despertaba en sus brazos y le lanzaba a Phillipa una tentativa de lloriqueo. A partir de ahí se sucedieron golpes que casi nunca recibió su protector y, aunque temía que uno de esos brazos pudiera hacerle picadillo, él se las arreglaba bastante bien para esquivarlos. Parecía que incluso le resultaba fácil. Mantenía los pies en constante movimiento e inclinaba el cuerpo a menudo hacia delante o hacia atrás. Si no fuera por la precaria situación y porque detestaba las peleas, Phillipa hubiera disfrutado del espectáculo, aun estando aderezado de insultos dirigidos, en parte, a ella misma. Sebastian Field era un ejemplar masculino digno de admirar.

No controló el tiempo, pero el bebé estaba empezando a impacientarse tanto como ella. Su protector estaba haciendo un trabajo excelente reduciendo a ese salvaje. Ambos se había subido las mangas, pero en honor a la verdad, solo uno le resultaba fascinante con su chaleco medio arrugado, el pelo dorado despeinado al tiempo que un mechón ondeaba y la transpiración haciendo acto de presencia.

Vaya, que era un espectáculo que no olvidaría con facilidad.

La puerta de al lado volvió a abrirse y apareció la misma vecina. Miraba la pelea y sonreía con sus dientes amarillos.

—Eso sí son hombres —masculló satisfecha.

Phillipa elevó los ojos al cielo tratando de armarse de paciencia. Fue

entonces cuando percibió que la calle no estaba tan vacía como antes. Había algún hombre apoyado en la jamba de sus viviendas y mujeres asomadas en las escasas y sucias ventanas.

¡Habían salido a contemplar la demostración de fuerza!

Menuda panda de patanes desconsiderados.

La exclamación contenida de la mujer hizo que se diera la vuelta de nuevo hacia los dos hombres. El señor Helps había conseguido arrinconar contra la pared a su protector y ahora lo tumbaba en el suelo a base de puñetazos que no podía evitar.

Sin pensarlo siquiera y sin darle tiempo a reaccionar, dejó el bebé en brazos de la sorprendida vecina y cruzó la calle.

—Suéltelo, sinvergüenza —increpó.

—¡Phillipa, aléjate de una vez! —tronó Sebastian.

Ella no dio crédito a su orden. Le estaban dando una buena tunda y todavía quería que se quedara apartada como una delicada dama. Pues no, no iba a quedarse mirando.

Se lanzó a la espalda del estibador y le golpeó y arañó con todas sus fuerzas.

Estupefacto por su osadía, el hombre detuvo el vapuleo.

—Usted —aseveró enfadado—. Usted lo ha provocado todo. —Trató de librarse de ella y la apartó con una sacudida que la lanzó a la pared.

—¡Auch!! —exclamó cuando se dio con la cabeza en ella.

No cerró los ojos y lo miró furiosa, pero entonces, Sebastian ya se había incorporado y se lanzó sobre el señor Helps sin piedad tirándolo al suelo fangoso. Le vio darle unos golpes en la cara y en el estómago, tan contundentes, que Phillipa esperaba que logran su cometido.

Y así fue. Se acercó cuando no percibió movimiento por parte del hombre.

—¿Estás bien?

Permanecía encima del estibador y lo oyó gruñir en respuesta. Levantó la mirada hacia ella y Phillipa quedó extasiada durante unos segundos. ¡Por

Dios, qué hombre más apuesto!

Sonrojada de repente, no dijo nada hasta que él hablara. Se maldecía por atribularse cada vez que pensaba en él de modo apreciativo. Sebastian podía malinterpretarlo.

«¿De verdad? ¿Malinterpretarlo?».

Trató de ignorar la insidiosa y burlona voz de la razón y repitió.

—¿Estás bien?

Él asintió y se retiró de encima del hombre.

—¿Phillipa, cómo habíamos quedado?

—No voy a dar explicaciones sobre eso. —Se defendió—. Necesitabas que te ayudaran.

Se apartó un tanto y habló al señor Helps, que se mantenía en el suelo con un ojo abierto.

—Siento que no le caiga bien. Mi trabajo es ayudar a los demás y eso es lo que hago, le guste o no. Cuando llegamos, su hijo llevaba horas llorando, se lo puede confirmar la vecina, así que debería agradecernos que entráramos a la fuerza para atenderlo. Estaba en malas condiciones y lleva horas sin comer. También siento mucho lo de su esposa. Era una buena mujer y me agradaba. Le haré llegar una compensación por los destrozos.

Había decidido que tardaría una buena temporada en aparecerse por allí.

—Ahórrese el esfuerzo —escupió—. Váyase y llévese sus buenas intenciones. Por aquí no la necesitamos para nada.

—Vamos, Phillipa.

Sebastian le tocó el brazo.

—El maletín. —Se lanzó a por él y le alcanzó el abrigo, que reposaba encima del mismo. Se agarró al brazo que él le ofrecía.

La calle volvía a estar vacía, libre de la presencia de esas personas que habían estado contemplando el desenlace. Nadie quería presenciar la humillación de unos de los suyos.

Salieron de la calle tal y como habían entrado, en silencio; y así

permanecieron hasta que Sebastian encontró un carruaje de alquiler que los llevara de vuelta al hospital.

A Phillipa se le escapó un suspiro quedo y miró por la ventana. Por una vez, el traqueteo le pareció maravilloso.

—Gracias —agradeció sin mirarle.

—Es mi trabajo, Phillipa.

Eso no le gustó ni una pizca, pero decidió que no era el momento apropiado para meditarlo.

—Creo que hoy te has excedido en tus obligaciones.

Le vio esbozar una sonrisa que nada tenía de plácida.

—Reconozco que sabes cómo llevar a un hombre al límite.

Esta vez logró controlar el rubor ante el posible y poco probable doble sentido del comentario. Tampoco iba a replicar nada. Hoy habían cambiado algunas cosas.

El trayecto hasta el hospital le pareció más corto. Cuando la ayudó a bajar trató de mirarlo a los ojos, pero le pareció que la rehuía, lo que constituía una soberana estupidez. Ni ella misma sabía qué buscaba en él o si, de encontrarlo, habría sabido qué decir. Se sentía un tanto extraña.

—¿Qué vas a hacer con lo que has encontrado?

Phillipa ya no se sorprendió de que recordara el detalle.

—Voy a hacer que lo analicen; después de cambiarme estos zapatos, por supuesto.

Por primera vez desde que abandonaron la calle de la discordia, Sebastian sonrió.

—Creo que yo haré otro tanto. Mis pantalones y zapatos han quedado inservibles. —Los miró. Estaban llenos de manchas, barro seco y a saber qué más.

—Utilice mi despacho para hacerlo mientras me acerco al laboratorio —ofreció.

—¿Y usted?

—Utilizaré la sala de descanso de las enfermeras.

—¿La encontraré allí?

No había tono de desconfianza, solo una pregunta natural. O eso esperaba.

Y mientras le confirmaba que allí estaría, entró en el edificio para dirigirse al laboratorio. Llamó y poco después oyó la llave girar. Se abrió la puerta y apareció el químico del hospital.

—Enfermera Baker, pase, pase.

Phillipa se aventuró en el interior de aquella sala donde el hombre preparaba soluciones, bálsamos, tinturas, antimoniales, sales o jarabes que servían para curar o paliar las enfermedades de sus pacientes. Había tres mostradores de madera maciza llenos de cachivaches, botes de cristal y un par de balanzas. En un rincón reposaban botes del mismo color oscuro que el que ella llevaba en la mano.

—Buenas tardes, señor Shaw. Lamento molestarlo.

—En absoluto. Usted nunca molesta. —Le ofreció con la mano un asiento que ella rechazó—. Mi trabajo me recluye mucho tiempo y siempre es bienvenida la presencia de otro con quien hablar. ¿En qué puedo ayudarla?

Phillipa le enseñó el botecito.

—Me gustaría que pudiera decirme los componentes que contiene esto.

En sus ojos destelló la curiosidad.

—Y ¿a qué es debido? Si puedo preguntarlo. Es una petición un tanto... atípica.

—Lo comprendo. También sé que tiene mucho trabajo, pero me gustaría que pudiera hacerme este pequeño favor. —Se lo entregó.

—Faltaría más. Explíquese.

—Lo he encontrado en una de las casas de Limehouse, en una de las calles más pobres. La mujer acababa de fallecer. Sospecho que estuvo tomando esta solución antes de morir.

—Mmmm, curioso, muy curioso. —Se rascó el mentón y analizó el bote tal y como Phillipa lo había hecho.

—De hecho hay más. No sé de dónde lo sacaron, no tuve oportunidad de preguntárselo al marido. Lo único que sé es que no lo han comprado en una botica, ya que carecían de recursos para hacerlo y el cabeza de familia lo consideraba una pérdida de dinero.

—Oh, ¿de verdad?

Phillipa se entusiasmó por el interés que despertaba en el químico y asintió.

—Por supuesto, sé que yo no se lo suministré; ni un médico, dado el caso. Por eso le agradecería su ayuda. Tengo una corazonada sobre esto.

—Bueno, lo que comenta resulta cuanto menos curioso e interesante. —
Dejó el bote en una esquina—. Supongo que no le importará esperar un poco.

—Comprendo que tiene mucho trabajo.

—Así es, pero en cuanto tenga noticias se lo haré saber de inmediato.

Phillipa sonrió aliviada y se despidió. Necesitaba cambiarse.

Capítulo 9

La escena era de lo más cotidiana aquella mañana en el despacho de Phillipa. Sebastian estaba reclinado en mangas de camisa, dobladas hasta el codo, leyendo un libro mientras ella redactaba informes. Habían permanecido así al menos una hora, disfrutando de un cómodo silencio, del agradable calor que proporcionaba la chimenea y de la mutua compañía.

La rutina se había instalado —también en el hospital— entre ambos. Poco a poco habían establecido una dinámica que les gustaba y que les alejaba de sus papeles como protector y protegida. Este cambio les proporcionaba un solaz tan inesperado como codiciando.

Phillipa se levantaba con más brío que de costumbre, ansiando el momento en que la aldaba de la puerta resonaría en el vestíbulo y que indicaría que Sebastian estaba allí. Había dejado de sentir que la soledad le pesaba tanto. La constante presencia del hombre la reconfortaba hasta límites que se negaba a valorar más allá de su vida laboral. Se decía que era normal sentirse así, aunque con Frank desconociera esa expectación y ese anhelo. Con cada jornada que pasaba, los días le parecían más luminosos y cortos, su trabajo más liviano y su vuelta a casa más sombría de lo acostumbrado. También estaban los pequeños, pero significativos detalles, que indicaban cómo Sebastian estaba afectando a su vida. Ahora se sorprendía cuidando su aspecto cuando antes le importaba bien poco debido a su obvia naturaleza física. Acaso un peinado un poco más a la moda —aunque resultara menos práctico y le supusiera perder más tiempo delante del espejo—, unos cuantos pellizcos en las mejillas para darle color —se negaba a utilizar algún producto— o apenas unas gotas de perfume —Dios no quisiera que él pudiera notarlo y llegara a pensar lo inconcebible—. Quizá podía admitir que, en las veces que se habían visto fuera de su horario de trabajo, Phillipa había buscado en su ropero el vestido y sombrero más elegantes y apropiados.

Seguía conservando unas gotas de vanidad femenina y se negaba a que la viera siempre con su traje de enfermera o las ropas que utilizaba para «predicar».

Él, por su parte, casi no había modificado su apariencia. Tal vez se había esmerado en el afeitado y la loción que utilizaba, pero poco más. Eso sí, sentía que los días a su lado se volvían más completos. Se esforzaba por ser puntual —un detalle que había sabido cuánto valoraba Phillipa— e intentaba no volverse demasiado estricto en cuanto a su seguridad. Disfrutaba hablando con ella y escuchaba atento las explicaciones referidas a su trabajo. Aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para tocarla, ya fuera del codo para ayudarla a subir o bajar de un carruaje, para llamar su atención o, simplemente, para sentirla. En ocasiones se acercaba con el máximo disimulo para oler la agradable fragancia que ella desprendía. Resultaba curioso que no dejara de notarlo incluso cuando ya no estaba con ella. Acostado en su cama de Holborn, Sebastian no solo podía evocar el aroma de Phillipa, sino que juraría que lo llevaba pegado a él. Y su imagen... Incluso con los ojos cerrados podía describir cada detalle de su rostro. Lo evocaba una y mil veces en la soledad de su casa. Phillipa concentrada mientras realizaba una cura, con el ceño fruncido formando unas pequeñas y adorables arruguitas en la frente, sonriendo y con los ojos brillantes cuando conseguía un objetivo... Y, maldición, todo en ella le gustaba. Todo.

«La luz de la mañana le sienta bien», pensó en cierto momento que ella parecía enfrascada con sus notas.

«Sus brazos parecen tan fuertes y seguros», admiró Phillipa.

«Su dedicación es admirable».

«Me siento segura».

«Estoy cautivado».

Entre miradas furtivas y sonrisas —detalles que ya empezaban a resultar habituales—, ambos dejaron que la mañana se deslizara hasta el mediodía disfrutando de la presencia del otro.

Cuando llamaron a la puerta, ambos se sobresaltaron a la vez, pero él fue

el primero en reaccionar y el que se levantó con más presteza.

La abrió justo cuando la mujer del otro lado levantaba la mano de nuevo para volver a llamar con los nudillos.

—¡Oh! —lanzó un minúsculo gritito y lo miró con sorpresa.

Sebastian dedujo que no esperaba a un desconocido.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó con amabilidad.

La mujer pareció sobreponerse con rapidez y lo miró de arriba abajo con una sonrisa especulativa.

—Estoy buscando a la enfermera Baker —gorjeó con la mano en el pecho—. Por un momento creí que me había confundido.

—En absoluto, aquí es. Señora Baker, la buscan. —Abrió la puerta en su totalidad para que viera a Phillipa, rodeando el escritorio.

—¡Querida! —Abandonó la analítica observación que había estado haciendo sobre Sebastian para lanzarse al interior y abrazar a Phillipa.

Cerró de nuevo con suavidad y permaneció en un segundo plano.

—Cuánto me alegro de verte, Camile. No sabía que llegarías tan temprano.

—¿Temprano? Es bien cierto que el papeleo te ha absorbido por completo. El doctor Rafferty ya me lo ha advertido. Empezamos en diez minutos.

Phillipa se sobresaltó y buscó la cadena del reloj para confirmar la hora.

—¡Dios santo, las doce! ¿Ya están todos?

—Por supuesto, querida. Solo faltas tú.

—Necesitaré solo un momento. Tengo que traer algunos documentos y adecentarme un poco.

Lo que Phillipa consideraba adecentarse no era necesario, aunque Sebastian no pensaba decirlo. Quizá la cofia no estuviera tan recta como al inicio de la jornada ni el pelo tan sujeto, pero seguía estando adorable.

Como para confirmar sus pensamientos, la otra mujer desechó sus palabras con la mano. Debía superar los cincuenta años y lucía una figura curvilínea cubierta por un vestido y sombrero muy elegantes. Lo único, quizá, que

llamaba la atención, era un rostro donde la belleza brillaba por su ausencia.

—Se lo diré a los demás, pues. Ya sabes cómo se ponen estos hombres cuando les hacen esperar. —Se dirigió hacia la salida y Sebastian se apresuró a abrirle la puerta—. Caballero...

—Señora...

En unos segundos volvieron a encontrarse a solas.

—He perdido la noción del tiempo —aseveró Phillipa con rictus preocupado y lanzándose a buscar entre los papeles.

—Los dos lo hemos hecho. Es por la junta, ¿verdad?

Phillipa se lo había comentado la semana anterior, aunque sin especificar día ni hora. También había mencionado que era la reunión que se celebraba una vez al año y en la que asistía toda la junta directiva del hospital al completo.

—Exacto. No, no es necesario que me quite el traje de enfermera —murmuró a continuación para sí misma mientras se miraba con rapidez en el espejo de pie que tenía en la esquina. Después lanzó una ojeada rápida hacia donde él se encontraba—. Ni tan siquiera he sido capaz de presentaros. Soy un desastre.

¿Ella? ¿Un desastre? Resultaba absurdo tan siquiera pensarlo. No había visto a nadie tan organizado y metódico como ella en cuanto a sus quehaceres se refería.

—No te inquietes. Si tan preocupada estás por eso, siempre puedes ponerle remedio más tarde.

Phillipa pareció notar el sarcasmo de sus palabras y lo miró de reojo con esa media sonrisa a la que se estaba acostumbrando con una alarmante rapidez.

—Si crees que puedes escaparte de su inquisitivo escrutinio, vas errado por completo.

Visto el repaso al que había sido sometido en apenas unos segundos, Sebastian no podía dejar de creerlo. Se bajó las mangas y se las abrochó.

Mejor parecer profesional y ponerse la chaqueta, aunque solo tuvieran que desplazarse hasta la esquina contraria del hospital.

—¿Vamos?

Phillipa asintió, agarró un fajo de papeles que necesitaría y salió del despacho con él tras sus talones. Le gustaba seguirla y, por más increíble que pareciera, verla bambolear sus caderas mientras apretaba el paso.

Cuando se acercaron a la sala de juntas, Sebastian divisó a la tal Camile junto con otras dos damas de edad parecida.

«Bien —se dijo cuando casi las tuvo encima—, ninguna de ellas destaca por su hermosura. Ni tan siquiera poseen un rostro favorecido que haga posible un benevolente comentario sobre el paso del tiempo».

¿Sería ese el aspecto que ofrecería Phillipa en su madurez? Y ¿por qué era incapaz de sentir más que curiosidad por comprobarlo?

—¡Phillipa! —gritaron las otras dos a coro.

La enfermera las abrazó con una enorme sonrisa y con evidente afecto.

—Estáis maravillosas. —Las alabó.

—¿Nosotras? —rio la única rubia del grupo—. A nuestros años, lo único que podemos decir es que nos alegramos de seguir aguantando. —Las otras asintieron con sendas sonrisas, lo que desmentía sus palabras—. Quién tuviera de nuevo tu edad y tu vitalidad.

—Yo la noto más bonita, ¿no creéis, chicas? —aseveró la más bajita.

—Imaginaciones vuestras. —Enrojeció un tanto bajo la mirada de esas tres mujeres que la miraban con afecto.

—En absoluto. —Camile entrecerró los ojos y la miró de arriba abajo—. Te noto más serena, así como con un brillo especial en el rostro que no tenías antes.

Sebastian miró a Phillipa, que a su vez le lanzó una mirada de reojo cargada de turbación. Entendió que no estaba acostumbrada a los halagos, por lo que anotó dedicarle alguno en un futuro cercano. No creía que le hiciera mal a ninguno de los dos; a él decírselo y a ella escucharlo y creerlo.

Además, él también pensaba que estaba más bonita. Quizá fuera una apreciación parcial o demasiado subjetiva, pero había momentos en los que se sorprendía advirtiéndolo.

Le respondió con una sonrisa, hecho que no pasó desapercibido.

—Bueno, querida, espero que ahora seas capaz de hacer las debidas presentaciones.

El color de las mejillas de Phillipa aumentó de intensidad debido a la pequeña pulla de Camile.

—Tienes razón, antes me has tomado desprevenida. Señoras, este es el señor Field, mi protector. —Se volvió hacia él—. Señor Field, permita que le presente a mis tías honorarias —apelativo que pareció encantar a las mujeres—, la señora Camille Bishop, lady Deirdre McDougall, y la señora Leonor Wells.

Sebastian inclinó la cabeza y besó la mano de las tres, fuera cual fuera el rango que ostentaran.

—Así que nuevo protector, ¿eh? —preguntó la que respondía al nombre de Deirdre—. ¿A qué es debido este cambio? Si no recuerdo mal siempre te acompañaba ese Frank.

La incomodidad de Phillipa fue evidente para todos, pero Sebastian se hizo a un lado, sintiendo que no le correspondía involucrarse. Al fin y al cabo, solo era un empleado.

—Tuvo lugar un incidente que hizo que tío Jeremy tomara medidas. —Las tres permanecían expectantes, pero Phillipa se resistía a exponer, de nuevo, lo sucedido esa noche—. Ya os lo contaré luego con más calma. Ahora mismo debe estar preguntándose por qué tardamos tanto.

Como excusa valía y las mujeres la aceptaron tranquilas. Sin embargo, mientras abrían la puerta de la sala, una de ellas hizo un comentario que la sorprendió:

—Solo puedo decir que has ganado con el cambio.

Las demás asintieron con sendas expresiones de picardía, lo cual hizo que

Sebastian tuviera que contener la sonrisa y que Phillipa carraspera con incomodidad.

—Esperaré aquí. —Se limitó a decir.

—No es necesario —aseguró ella en el quicio—. Las juntas siempre son largas.

—No importa. —Al fin y al cabo, no tenía nada más que hacer. Esperar le suponía lo mismo, estuviera donde estuviera.

Phillipa asintió, le lanzó una mirada de reojo y desapareció tras la puerta, cerrándola detrás de sí. Ya en el interior, suspiró y se apoyó en ella, agradeciendo que la cosa no hubiera ido a más. La curiosidad de esas tres mujeres podría haberla llevado a una situación tan incómoda que apenas sería capaz de mirar a Sebastian a la cara en semanas.

Sentados y esperándolas en la gran mesa de madera oscura que presidía la sala estaban ya los tres hombres que formaban parte de la junta del hospital. Su tío Jeremy presidía una punta y a su derecha se encontraba el marqués de Hansberg. El hombre de su izquierda era Harvey Crouch, el gerente del hospital, y el único que no había participado aportando capital. Aunque era un hombre al que apenas soportaba —sentimiento que parecía ser mutuo—, al ser el gerente no tenía más remedio que asistir a las reuniones anuales.

—Empezábamos a preguntarnos cuándo teníais intención de honrarnos con vuestra asistencia —declaró el duque de Dunham.

—No refunfuñes tanto, Jeremy. Solo nos hemos limitado a presentarnos al nuevo protector de Phillipa —alegó Leonor de buen humor.

Todos ignoraron el gruñido que soltó y las mujeres tomaron asiento.

Menos el señor Crouch, a todos los presentes les unía un hilo que con el tiempo había ido transformándose en amistad. A Phillipa le parecía curioso, cuanto menos; un modo que tenía la vida de cruzar caminos. Por supuesto, que su tío hubiera participado en la creación del hospital era comprensible dado el parentesco que lo unía a la propia Phillipa. La presión que ejercieron ella y su difunto marido puso la primera piedra que constituiría esa junta. Él era el nexo común entre todos.

Como dedujeron en un principio, el hospital no era factible con la única participación de los dos, así que Jeremy tanteó a parte de la nobleza con la que coincidía en la cámara de los lores. Así acabó por convencer a Hansberg, uno de los pocos que se había mostrado receptivo al proyecto. En cuanto a las mujeres, el motivo de tenerlas allí era el lazo de la amistad. Sus tíos los duques tenían como mejores amigos a Leonor —allí presente— y a su marido, por lo que fue fácil convencerlos de involucrarse incluso viviendo al otro lado del Atlántico. Después de pensarlo, Jeremy pensó en Camile, una antigua conocida de la que, tiempo después, Phillipa descubrió había sido una candidata para casarse con él. Cuando aceptó, Deirdre fue una opción inevitable dada la fuerte amistad que la unía a esta última.

De ese modo se había formado esa junta tan peculiar y dispar, que acabaría siendo una de las más unidas y entregadas.

Durante más de una hora, el gerente presentó cifras de gastos y beneficios. Se hicieron preguntas sobre ello e incluso por las donaciones que el hospital recibía —lo cual sucedía bastante a menudo— y que debía quedar anotado y reflejado en las cuentas anuales. Cuando todo estuvo claro, se le felicitó por el excelente trabajo y este abandonó la sala.

—Dejando de lado los sentimientos que podamos tener por ese hombre —comentó Deirdre refiriéndose a la antipatía entre él y Phillipa y que todos conocían—, es indiscutible que fue un acierto contratarle.

—Vino muy recomendado —apuntó Hansberg, reclinado en la silla—. Me fue imposible no sugerir su contratación.

Hacía años de eso, casi desde el inicio. A Phillipa podían desagradarle muchas cosas de ese hombre, pero no el celo con el que desempeñaba su trabajo.

—Bien —carraspeó para llamar la atención sobre ella—, creo que ahora deberíamos discutir sobre otro asunto que debería retener nuestro interés. —Todos la miraron—. Se trata de un hospital en Poplar...

—Phillipa... —intervino su tío—, ya hablamos de eso.

—No, tú lo hablaste. O al menos me dejaste comentártelo y lo descartaste

por completo sin ni siquiera dejarme presentarte datos que validaran mi interés.

—Eso no es cierto. —Se reclinó en la silla aterciopelada y la miró con el ceño fruncido—. Te dije que suponía demasiado esfuerzo y que, por muy atrayente que pudiera parecer, no interesaría a nadie.

—Y yo te respondí que era muy despótico por tu parte afirmar algo así sin habérselo preguntado.

—¿De qué estáis hablando, chicos? —Deirdre los interrumpió y se hizo eco del desconcierto de los demás.

—Anda, cuéntaselo, si tanto lo necesitas —respondió el duque de Dunham con un tono sufrido.

Phillipa se levantó ligera y se apresuró a repartir parte de los documentos que había tomado del despacho y que llevaba semanas reuniendo para tal ocasión.

—Se trata de un hospital, en Poplar.

—¿Otro?

Jeremy lanzó a su sobrina su típica mirada de «te lo dije» ante la pregunta del marqués.

—Sí, «otro» —matizó con estudiada indiferencia. Por suerte, las mujeres todavía no se habían pronunciado el respecto. Volvió a sentarse—. El St. Catherine's. He descubierto que apenas puede mantenerse y que se está pensando en cerrar sus puertas.

—¿Y qué interés crees que puede tener entonces para nosotros, querida? —preguntó la siempre reflexiva Leonor.

No se lo tomó a mal porque esperaba la pregunta. Había pasado muchas horas reflexionando sobre ello.

—Principalmente porque es un hospital que atiende, no solo a mujeres, sino a niños y a hombres también. —Se imaginaba lo que pensaban. Ella, que había insistido en la necesidad de que este hospital fuera solo para mujeres, ahora quería ampliar a los demás. Se explicó—. Mi experiencia me dice que

será más beneficioso a la larga.

—¿Beneficioso para quién? —preguntó Hansberg.

—Para todos —aseveró sin asomo de dudas.

—¿Has pensado en que quizá sería mejor aceptarlos aquí que dirigir otro más?

Phillipa también había considerado la pregunta de Camile, por lo que respondió con seguridad.

—En absoluto. El St. George está pensado para mujeres. Adaptarlo sería una pérdida de tiempo y dinero. Lo mejor del St. Catherine's es que ya está construido. Lo he visitado y está en bastantes buenas condiciones. Admito que allí están desesperados por la falta de medios, dinero, personal y una lista interminable de cosas más, pero lo he pensado con la cabeza fría y me parece una oportunidad que no deberíamos desperdiciar. —Todos permanecían en silencio—. Vamos, miradlo, está todo allí.

Phillipa no se permitió ser pesimista. Aunque su principal misión eran las mujeres, había acabado por aprender que tener a los hombres de su parte ayudaba mucho. Los niños también eran el eslabón más frágil de la cadena y creía tener el deber de ayudarlos cuanto pudiera.

—Querida —dijo Leonor tras unos minutos de silencio—, sabes que no se puede ayudar a todo el mundo, ¿verdad?

Asintió.

—No es eso y lo sabéis. Tampoco me lanzaré a cada nueva oportunidad que vea ni os pediré que me sigáis. Soy más realista que eso. No obstante...

—Podría funcionar —aseveró Deirdre.

—Aunque supondría más trabajo. —Valoró Camile en voz alta.

—Estoy de acuerdo. Sé que al principio será así, pero después puede llegar a rodar solo. No estoy diciendo que yo vaya a ejercer de enfermera en ambos sitios; Dios sabe que no podría con tanto. Lo que trato de decir es que Poplar necesita otro hospital como este: bien dirigido y eficaz. Si nos involucramos y actuamos como junta directiva, podemos lograrlo.

—Está bien —claudicó el duque con un suspiro—, si todos estáis de acuerdo, puedo empezar a hacer averiguaciones.

Todos asintieron y Phillipa tuvo ganas de saltar y bailar. Aun así, contuvo la sonrisa de victoria. Sabía que, cuando su tío pusiese un pie en el St. Catherine's, le daría la razón.

Los dos hombres se levantaron. Hansberg en especial tenía prisa. En calidad de diplomático debía marcharse por unos días a Francia, donde su presencia era requerida.

Se despidieron de las damas.

Dejaron la puerta abierta y vio cómo su tío Jeremy hablaba con Sebastian. Tuvo que hacer un esfuerzo para no mirarlo y prestar atención a los que decían las mujeres.

—¿Qué decías de Brandon? —preguntó a Leonor, que parecía no cansarse nunca de explicar las anécdotas de su hijo menor.

—Cada vez me resulta más obvio lo mucho que se parece a su padre— repitió para ella—. Tiene un encanto nato. Esta mañana ha conseguido que Jonathan accediera a llevárselo con él. ¿Os imagináis? Él haciendo negocios y el pequeño a su lado.

—No es tan pequeño —aludió Phillipa.

—Sí, lo sé —suspiró—. Ocurre que es el menor de los tres y me resisto a verle convertido en un hombre.

Fueron saliendo.

Phillipa volvió a mirar y Sebastian estaba solo de nuevo. Él le guiñó un ojo y Phillipa no pudo sino sonreírle en respuesta.

Deirdre, que no había perdido punto del intercambio, habló con la voz más neutra que fue capaz de poner.

—Tengo un hambre voraz, lo que me recuerda decirte lo de la cena, Phillipa. La retrasaremos unos días debido a la ausencia de Hansberg. Leonor puede alargar su estancia y yo también. ¿Te parece bien?

Salieron al pasillo.

—¿La cena? Oh, sí, por supuesto. Siempre es más divertida si estamos todos.

—Ya sabes que siempre es en mi casa. Eso no cambiará. Solo me faltará enviar la confirmación del día. Usted también está invitado, señor Field —dijo como de pasada. No hizo caso de las expresiones de extrañeza de sus amigas. Ya se lo explicaría en cuanto tuviera oportunidad.

—Oh. —Phillipa no supo qué más decir. De hecho, a pesar de la sorpresa, sintió una repentina e imperiosa necesidad de que fuera.

—Le agradezco la invitación. —Sebastian, por su parte, se mostró comedido y no reflejó la sorpresa de saberse incluido—. Aunque no sé si será muy apropiado.

—¿Por qué?

La pregunta iba dirigida a él, pero fue Phillipa quien respondió.

—Bueno, no creo que sea necesario que me proteja estando rodeada de familia y amigos. —Con esa aseveración quiso dejar claro que ella no había propiciado la propuesta.

—¿Quién está hablando de trabajo, querida? No es una cena íntima ni nada parecido, como bien sabes. Además, no se sentirá solo; estarás tú y ya conoce a algunos de nosotros. No espero una respuesta inmediata —terció mirando al hombre —, así que tómese su tiempo.

Sin querer presionar más, se despidieron con algunos aspavientos y los dejaron solos. Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. La invitación seguía presente entre ellos.

—Creo que yo también tengo hambre —anunció Phillipa—. Deberíamos ir a tomar el almuerzo.

Sebastian asintió.

—Después de ti.

Mientras volvían a su despacho, Phillipa se sentía incómoda. Antes almorzaba en la sala de comidas de las enfermeras y doctores, pero desde un tiempo para adelante, lo hacía en la privacidad de su despacho y siempre en

compañía de Sebastian, porque había comenzado a sentir la necesidad de tenerlo más con ella sin el trabajo de por medio. Ahora se preguntaba si se establecería una incomodidad subyacente que se veía incapaz de eliminar debido a Deirdre.

—¿Serías tan amable de explicarme a qué ha venido eso? —le preguntó tan pronto cerraron la puerta y estuvieron alejados de los oídos curiosos de doctores y enfermeras.

Phillipa respiró hondo, agradeciendo y maldiciendo a la vez su falta de tapujos.

—No lo sé, la verdad. —Se sentó en la esquina de su escritorio y lo miró fijamente para que viera en ella la misma confusión que lo invadía—. Estoy tan sorprendida como tú.

No le dijo, no obstante, que deseaba que aceptase, aunque no fuera conveniente.

—¿Es una cena formal?

—Oh, por supuesto que no. En realidad, solo se trata de los miembros de la junta, con maridos y esposas.

—Entonces es como la reunión a la que acabas de asistir pero menos formal. No sé qué podría hacer yo en medio de todos vosotros.

—Estás equivocado. Verás, la celebra Deirdre cada año en su residencia de Dover Street. Aunque viven en Escocia, creo que su padre les regaló una casa para las ocasiones en las que viajaban a Londres. Es más un pretexto para reunirnos que se ha convertido en una celebración inamovible.

Sebastian sabía que no era correcto ni conveniente mezclar el trabajo con su vida personal. Saberlo, sin embargo, era muy distinto de aceptarlo. Por un pequeñísimo segundo se imaginó qué sentiría al ir a esa cena como pareja de Phillipa, aunque fuera de un modo platónico. El nudo que tenía en el estómago debería haberle dado la respuesta.

—¿Y qué piensas que debería hacer? —le preguntó, reacio a dar un sí o un no definitivo.

—¿Qué quieres hacer tú? —respondió ella a su vez.

Levantó las cejas en cuanto se dio cuenta de que le había respondido con otra pregunta, pero ella se negó a dar su brazo a torcer.

—No quisiera incomodarte ni imponerte mi presencia —argumentó tratando de saber qué debía decidir.

—¿Cómo podrías hacerlo? Siento que hemos cruzado una barrera y que hemos entablado una amistad. ¿No lo crees así?

¿Amistad? Aquel calificativo lo había tomado desprevenido.

—Uh.... Sí, amigos —respondió, presionado por su insistente mirada.

Parecía haber dicho lo correcto, porque esbozó una sonrisa satisfecha.

—En ese caso, como amigos que somos, puedes aceptar acompañarme, ¿no es cierto?

Sebastian asintió. Aun así, y mientras volvía a su rutina, calibró la definición exacta de «amistad» y si dar ese paso iba a resultar prudente.

No encontró respuesta a ello.

Capítulo 10

—No es necesario que me acompañes. No voy a salir a predicar, sino a comprar un pastel de riñones para la cena. —Sobre su traje de enfermera, que ya no permanecía impoluto, Phillipa se puso el abrigo y cogió una cesta arrinconada sobre una mesilla de su despacho—. En cuanto regrese, podremos irnos.

Sebastian se levantó con el ceño fruncido mientras bajaba la pernera del pantalón.

—¿No tienes una cocinera que lo haga?

Colocó la silla que había estado usando en su sitio.

—No como este —contestó ella con un atisbo de sonrisa en los labios—. Es tan jugoso y aromático...

El estómago de Phillipa gruñó de solo pensarlo, incluso cuando faltaban más de tres horas para la cena. Decidió entonces que compraría otro para que Sebastian lo probara, así le daría la razón.

—¿Y dónde tienes pensado ir?

—A una pequeña tienda cerca de aquí —le explicó—. No tardaré demasiado.

—¿Y no te parece apropiado que vaya contigo? —preguntó con un toque de humor—. Al fin y al cabo me pagan por ello.

Phillipa le siguió el juego, divertida. Le gustaba que Sebastian mostrara otras facetas de su personalidad que nada tenían que ver con esa formalidad que parecía lucir a todas horas. Su calidez producía un efecto beneficioso en ella.

El ambiente del hospital era serio y profesional. Phillipa, en calidad de jefa, debía procurar que sus enfermeras desempeñaran sus labores con esmero, debía intervenir en los conflictos que pudieran surgir, enseñar los métodos de higiene usados en el hospital a las principiantes y afianzar su

posición frente a los médicos más déspotas. Ella era el ejemplo de las demás —siempre bajo observación— y por ello debía comportarse con rectitud. Y una vez cerraba las puertas de su hogar, estaba sola. Salvo con los criados, no tenía con quién conversar y mucho menos con quién reír.

Ella lo había elegido así, pero de igual modo agradecía los momentos alegres que compartía con Sebastian, porque bajo su fachada inescrutable y sus honorables intenciones de protegerla, se escondía un hombre de gustos sencillos, jovial y amistoso.

¡Quién lo hubiera dicho cuando lo conoció!

Le dirigió una mirada irónica.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

Ambos intercambiaron una sonrisa.

—En ese caso, te garantizo que haré cuanto esté en mi mano para asegurarme de que la notas.

Ella fingió sentir horror.

—¿Y qué pretendes hacer, seguirme a todas partes? —preguntó, procurando mantenerse serio—. ¡Faltaría más! Nadie en su sano juicio lo permitiría.

—¿Y si te prometo pasar desapercibido?

Phillipa pensó que, con su aspecto, tal cosa resultaría altamente improbable. Lo había comprobado en sus numerosas salidas, porque siempre se cruzaban con alguna mujer que lanzaba miradas sugerentes.

Cuando eso sucedía, se decía a sí misma que a ella no le importaba en absoluto.

Sebastian tiró hacia su cuerpo el asa de la cesta que Phillipa seguía sujetando. No tenía ninguna intención, solo actuaba con desenvoltura. Sin embargo, ella, distraída, estuvo a punto de perder el equilibrio. Para no caer sobre él fijó los talones al suelo y con la mano libre se sujetó al pomo de la puerta de su despacho.

Resultó un momento incómodo para los dos eso de estar mirándose sin

saber qué decir, porque aquellos segundos de regocijo habían desaparecido y ambos lo percibían.

Phillipa abrió la puerta para dejar pasar un poco de aire y así tener una excusa para separarse, cuando se topó con una silueta que permanecía, silenciosa, en el quicio.

Movida por instinto se echó hacia atrás, chocando contra el cuerpo duro de Sebastian, que la sujetó sin esfuerzo.

—¡Santo Cielo, me ha dado un susto de muerte! —exclamó cuando recuperó el aliento y reconoció el rostro de Horace Shaw.

El hombre cabeceó unas cuantas veces antes de disculparse.

—Lo siento. Iba a llamar.

—No es su culpa, señor Shaw —le aseguró ella, observándolo con ojos inquisidores. Había estado esperando, con cierta impaciencia, sus noticias—. ¿Tiene los resultados?

Horace Shaw guardó, durante unos segundos, un profundo silencio. Después asintió de forma lenta y metódica.

—Me he dado prisa, puesto que usted me dijo que era importante.

Phillipa lanzó una escueta sonrisa, conforme con su modo de proceder.

—Se lo agradezco de verdad. No era mi intención cargarlo con más trabajo y menos cuando no está relacionado directamente con el hospital, pero pensé que usted era el hombre adecuado.

El señor Shaw pareció complacido al escuchar aquello.

—Hizo bien. Brindar un pequeño favor a nuestra jefa de enfermeras no hace mal a nadie, ¿no cree?

A Phillipa le dio la sensación de que, por dicho favor, aquel hombre buscaba algo a cambio.

—Gracias —murmuró escueta.

—No se preocupe, estoy a su servicio. Solo espero que no la decepcione.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Aguardó la respuesta, en silencio.

—He realizado todas las pruebas pertinentes, todos los métodos que conozco y que están a mi disposición. Tras un examen minucioso he llegado a la conclusión de que se trataba de un jarabe reconstituyente —aclaró.

—¿Un jarabe reconstituyente? —repitió Phillipa, en efecto, decepcionada. Por su mente habían pasado distintas hipótesis, pero ninguna como aquella—. ¿Está seguro?

Un inofensivo jarabe no podía haber terminado con la muerte de Lily.

—Efectivamente —afirmó con rotundidad—. Lo he visto con anterioridad. Se usa para restablecer la vigorosidad del cuerpo y excitar el movimiento de los humores.

De ahí que la vecina contara que en los últimos días, Lily había recobrado la salud, supuso Phillipa.

—¿Nada más?

Necesitaba estar del todo segura.

—El frasco que me dio solo contenía agua espesada con azúcar y extracto de azahar, yerbabuena, canela y claveles.

A su modo de ver, ninguno de aquellos ingredientes resultaba peligroso, pensó Phillipa.

—El misterio no está del todo resuelto. Desgraciadamente, no podemos hacer mucho más.

—¿Perdón? —dijo el señor Shaw, sin llegarla a comprender.

—El jarabe habrá enmascarado la verdadera enfermedad de la señora Lily —aclaró—. Sin embargo, ante la negativa de su esposo a estudiar el cuerpo, nunca llegaremos a saber el motivo exacto de la muerte.

—Algunas cosas están en manos de Dios —indicó Sebastian, que hasta entonces se había mantenido en silencio—. No debes torturarte por ello.

—En efecto —corroboró el señor Shaw—. Poco se puede hacer cuando una muerte llega de forma inesperada. Por mucho que la ciencia y la medicina estén avanzando, todavía existen muchas incógnitas en estos campos. —Aquella explicación era del todo cierta, puesto que a lo largo de

los años Phillipa había presenciado curaciones que parecían milagrosas y fallecimientos que no parecían regirse por ninguna lógica académica. Aquel era otro claro ejemplo—. ¿Necesitan alguna cosa más?

Phillipa alzó el rostro y se quedó mirando al señor Shaw mientras numerosos pensamientos se entremezclaban en su cabeza.

—No, ya ha hecho mucho.

—Entonces me retiro. —Hizo una especie de reverencia—. A su servicio.

Sebastian esperó a quedarse a solas con ella. Solo entonces se atrevió a masajear ligeramente el hombro de Phillipa, pretendiendo reconfortarla.

Ella no se apartó, como había cabido esperar, sino que dejó que continuara. Eso sí, no se atrevió a mirarle a los ojos.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó, aunque Phillipa sabía que, en el fondo, él conocía la respuesta. En el transcurso de las semanas había aprendido a conocerla bien y a interpretar buena parte de sus gestos y respuestas. Sebastian era un hombre observador y pasar horas junto a ella le había dado la oportunidad de analizar sus palabras, su tono, sus sonrisas e incluso sus silencios.

—Si hubiera... —contestó ella, antes de que Sebastian la interrumpiera.

—No —negó de forma suave, pero tajante—. No permitiré que te echés la culpa.

—Pero debí haberla visitado antes —protestó con abatimiento.

—No era tu obligación —le rebatió él—. ¿Sabes cuánta gente hay en esos distritos? No puedes alcanzarlo todo.

—Pude haber hecho más —afirmó con cabezonería—. Y ahora un bebé se ha quedado huérfano de madre.

Sebastian dejó de masajear su hombro. En cambio, alzó su mentón con delicadeza y se quedó contemplando el brillo de inseguridad que reflejaban sus ojos. Phillipa se removió inquieta bajo su escrutinio. Tenía la sensación de que Sebastian podría leer su alma si se lo proponía. ¿Y qué vería en ella? Por supuesto, más de lo que deseaba mostrar.

—Phillipa, Phillipa —la llamó con ternura, al tiempo que acariciaba su mejilla con el pulgar—. Tu labor es encomiable, pero solo Dios es omnipresente.

Ella entreabrió los labios y las pestañas, no de forma sugerente, sino dejándose llevar por las sensaciones que Sebastian estaba despertando en su interior: sutiles al principio, más intensas después. Sus palabras eran un bálsamo para su ánimo y su soledad.

«Oh, Dios. ¿Dónde me estoy metiendo?»

Se le contrajo el estómago. Había momentos en que deseaba más, así como dejarse llevar hasta ver dónde llegaba con todo aquello. En otros, sentía pánico solo de pensar en no ser capaz de manejar unos sentimientos que no había experimentado con Charles. Ella tenía un férreo control sobre su vida y Sebastian era tan encantador que conseguía echar por tierra los sólidos muros que había construido a su alrededor.

Se aferró al asa de la cesta con ambas manos y, poco a poco, de un modo disimulado, la situó entre los dos cuerpos, usándola de escudo.

—¿No crees que sea culpa mía? —preguntó en un susurro.

Retuvo el aliento durante unos segundos. Sebastian negó con un movimiento de cabeza.

—Definitivamente no. ¿Cómo podría?

—Es que yo... —vaciló. Phillipa no se consideraba débil de carácter, sino todo lo contrario. No obstante, tenía la desagradable sensación de no haber hecho bien las cosas con Lily.

Eso le remordía la conciencia.

—He visto con mis propios ojos cómo te interesas y luchas por unas mujeres a las que la mayoría de las personas no dudaría en pisotear si fuera necesario. Estoy hablando de esposas y madres, la mayoría de ellas tan pobres que carecen de valor para la sociedad —señaló Sebastian—. ¿Y qué me dices de las prostitutas? Consideradas poco menos que mugre de la calle. En cambio, tú las tratas como a iguales.

—Son iguales —le aseguró—. Unas nacemos con más oportunidades, otras con menos. Es mi deber hacer cuanto pueda para ayudarlas a mejorar su calidad de vida. ¡Pero hay tanto por hacer!

—¿Y crees que todo el mundo piensa como tú? Siento mencionarlo, Phillipa: a muy pocos les interesan las miserias de estas gentes.

Asintió, estando de acuerdo con él. La suya era una labor tan nimia que no alcanzaba a nada. A pesar de las personas involucradas en el hospital y sus propias salidas a predicar por las calles, los esfuerzos apenas se veían recompensados. A veces, aquel pensamiento conseguía darle el empuje necesario para proseguir con optimismo. Otras tantas, veía el mundo con un velo negro, espeso, que no le permitía distinguir la luz, dejándole en un estado de lúgubre desilusión.

—No soy tan ilusa —se apresuró en aclarar—. Las diferencias de clases son como un abismo entre dos mundos que no pueden llegar a abrazarse —explicó con cierta resignación—. Yo lo sé muy bien y por eso trato de construir puentes. Por supuesto, no todos opinan de igual modo y en mi familia eso mismo se evidenció desde el comienzo.

Sebastian levantó una ceja, intrigado.

—¿Qué quieres decir? —se interesó él.

—Cuando mi tía Odethe escuchó por primera vez que deseaba convertirme en enfermera, se indignó de tal modo que dejó de hablarme durante una semana entera.

Odethe llegó a encerrarse en su habitación durante largas horas para evidenciar su desacuerdo, hasta que se dio cuenta de que la persuasión, su intransigente postura o las amenazas, no servirían para hacerla cambiar de opinión. Con su tío fue más dura, puesto que lo había permitido. Lo consideró el máximo culpable.

—¿Hicisteis las paces? ¿Lo reconsideró?

La pregunta era del todo pertinente; la respuesta, desilusionante. Su tía era un hueso difícil de roer, tanto en aquellos tiempos como en el presente.

—No exactamente —contestó—. Estudiar para ser enfermera cambió mi

modo de ver la vida y todos comenzaron a percibirlo. No me interesaba pasar tiempo hablando de frivolidades con damas de buena familia —explicó—. Renuncié a los bailes o a conseguir un marido, según ella «decente».

—Y eso no le gustó a tu tía.

Phillipa esbozó una mueca al recordar sus reacciones.

—Más bien la horrorizó. Encontraba una locura que alguien de mi posición pasara todo su tiempo entre pobres.

Sebastian no pudo evitar sonreír, contagiando a Phillipa.

—¿Eso dijo?

—¡Eso y más! —exclamó ella con humor—. Sus largos discursos sobre la idoneidad de mi profesión nos dejaban a los demás exhaustos durante las cenas familiares.

—¿Y qué hay de tu esposo? ¿Le agradaba?

Sebastian advirtió que de repente el semblante de Phillipa se tornó más serio.

—Charles gustaba a todo el mundo y sus excelentes modales le abrían muchas puertas. Era una buena persona y mejor doctor, sereno y pausado en sus explicaciones. Tal vez no fuera su candidato preferido, mas puedo asegurarte que me casé con su beneplácito.

—Comprendo —dijo Sebastian de forma escueta. Phillipa no había alargado demasiado la explicación sobre su marido y se dio cuenta de la curiosidad que sentía por conocer esa parte de su pasado. No obstante, no hizo intento alguno por presionarla.

—Eso no significa que mi tía estuviera de acuerdo con nuestros planes de abrir un hospital para mujeres. Es más, puso el grito en el cielo. Así que la diferencia de clases de la que te he hablado volvió a hacerse muy evidente. Sin embargo, la implicación de mi tío en este proyecto es una muestra de que no todo está perdido. Sin su aportación económica, el St. George Women's Charity no sería más que una quimera.

—¿Te fue fácil convencerlo?

Phillipa suspiró. El sueño de Charles era admirable. Sonaba bonito solo de pensar en ello. Por desgracia, lograrlo resultó una ardua tarea, ya que a pesar de estar casada, a su tío Jeremy le seguía preocupando que ella pudiera verse involucrada con gente poco recomendable.

—Tuve que batallar un tiempo —explicó, acompañando sus palabras con media sonrisa—. Por suerte, mi poder de convicción terminó funcionando. Y eso es todo por ahora, Sebastian. Mi pastel de riñones espera —dijo con un tono jovial.

Esta vez, Phillipa salió a la calle con su traje de enfermera. Solo se quitó la cofia, se cambió el delantal por uno de limpio, se puso el abrigo encima y tomó tanto los guantes como la cesta. Sebastian la acompañaba ofreciéndole una liviana conversación sobre comida con la que ambos se sentían cómodos.

El primer indicio de anormalidad llegó cuando pasaron frente a una taberna que era muy popular. No ofrecía la estampa típica de bullicio. Nada del habitual griterío desde la calle, ni tampoco borrachos entrando, saliendo y armando alboroto. Ni tan siquiera prostitutas moviéndose con más sigilo de lo acostumbrado a causa de la hora del día. La taberna estaba cerrando sus puertas. No había ningún cliente.

Phillipa y Sebastian intercambiaron una mirada de incompreensión, pero no detuvieron el paso. No obstante, cuando llegaron al próximo negocio y observaron cómo el tendero protegía su pequeño escaparate con láminas de madera, fue obvio que existía algún punto de unión entre los dos hechos.

Sebastian se acercó a él y al otro hombre que lo ayudaba.

—¿Qué sucede? —preguntó a la vez que escudriñaba la calle, inexplicablemente poco transitada. Ni siquiera había carruajes.

El tendero lo miró un momento antes de coger el martillo y proseguir con su labor.

—Estamos protegiendo nuestro negocio.

—¿Por qué motivo? —quiso saber Phillipa y fue entonces cuando, a lo lejos, comenzaron a escucharse el sonido de los silbatos de policía.

—Está corriendo la voz: hay disturbios en los muelles de St. Katharine.

La expresión de Sebastian se tornó tensa.

—¿Una huelga?

El hombre se encogió de hombros, pero el temor flotaba en el aire. Si se trataba de una huelga, los disturbios podían extenderse con la misma rapidez que la pólvora, causando destrozos a su paso.

—Nadie ha avisado al hospital —murmuró Phillipa con preocupación. Y solo lo separaban de los muelles unas pocas calles.

—Hay que regresar y cerrar las puertas —declaró Sebastian con decisión—. La policía debe tener cercada la zona, pero no sabemos si podrá contener a los huelguistas.

Phillipa se mordió los labios.

—No sabemos exactamente de qué se trata.

—¿Vas a arriesgarte?

Debían actuar rápido.

Phillipa iba a dar media vuelta junto con Sebastian para tomar las medidas oportunas: proteger el edificio que albergaba el hospital y a todos los que se encontraban dentro. Una huelga podía suponer un estallido fuerte de violencia, así que tanto el personal como las pacientes estarían mejor protegidos si se confinaban dentro. Solo hasta que todo pasara.

En aquel instante, un hombre joven llegó corriendo, calle arriba, hasta superarles. Era ágil y tenía buena forma física, aunque se detuvo para secar el sudor de su frente, mientras murmuraba incoherencias. Entonces, se dio la media vuelta, como si hubiera cambiado de parecer, y miró a Phillipa de arriba abajo.

Su abrigo abierto dejaba a la vista su uniforme.

—¿Eres enfermera? —le preguntó con cierto tono impertinente, porque había detenido la mirada a la altura de sus pechos.

Ella asintió, decidiendo pasarlo por alto. Al fin y al cabo, estaban en el East End de Londres, no en un salón rodeados de aristócratas.

—Sí.

—Hay dos hombres heridos por culpa de la maldita policía. Tienen un buen tajo en la cabeza. ¡Corre, pues!

Sebastian dio un paso al frente hasta situarse delante de Phillipa con la intención de protegerla.

—¡Y un cuerno!

—Sebastian... —murmuró con voz tranquilizadora. Si había algún herido, ella quería ayudar—. Necesito ver las heridas con mis propios ojos.

—Anda, hazle caso, pues —sugirió el joven, que usaba el «pues» de forma reiterativa—. Conozco el camino.

Sus labios dibujaron una sonrisa abierta con la que pretendía ganarse su confianza, pero terminó mostrando una dentadura deteriorada que a Phillipa le pareció tan lasciva como su mirada.

Con los brazos cruzados se cerró el abrigo.

—No está en posición de exigir nada —contestó Sebastian, hosco.

El joven escupió al suelo, esta vez, retador.

—¿Quién te crees que eres, pues? Que se abra de piernas para ti no te da derecho a adueñártela. Hay hombres cayendo en los muelles.

Phillipa lanzó un gemido de exclamación.

—Sabandija —masculló Sebastian entre dientes—. ¿Que quién soy? Pues el tipo que va a tumbarte al suelo de un solo golpe si sigues hablando de forma tan irrespetuosa. ¿Quieres probar?

En otro momento, Phillipa estaría encantada de verse liberada de aquel tipo, sin embargo, lo necesitaba para llegar a los muelles. Cada minuto que pasaba podía resultar vital.

—¿Dónde están los heridos? —le preguntó con determinación—. Guíanos.

Estaba acostumbrada a dirigir a los demás en los momentos de confusión, así que no se sentía asustada para nada. Era cuando su eficiencia cobraba más valor.

—No —replicó Sebastian con rotundidad.

—Sebastian...

Se dio la vuelta para encararse a ella.

—He dicho que no.

—Pero...

—No llevas tu maletín —trató de hacerle ver—. ¿Cómo piensas curarles? Además, no te quiero envuelta en peleas.

Por mucho que entendiera sus razones, Phillipa se dijo que debía hacer lo que su conciencia le dictase.

Esquivó su mirada y se dirigió al joven.

—Ve al St. George Women's Charity y pregunta por el doctor Martin Rafferty —le ordenó—. Dile que Phillipa lo necesita y avisa también sobre la huelga. ¿Podrás hacerlo?

Él asintió.

—¿Qué debo hacer con el doctorcito, pues?

—¿Dónde están los heridos?

—En la esquina de Dock Street con Smithfield. Es donde se ha formado el barullo.

Conocía aquellas calles como la palma de su mano; no tardaría mucho en llegar.

—Tráelo allá. Os estaré esperando.

Cuando el joven se marchó corriendo al hospital tal y como Phillipa le había dicho, supo que, sin lugar a dudas, Sebastian estaría enfadado con ella. No fue su resoplido lo que la puso alerta, sino ser consciente de haber desobedecido sus órdenes, socavando abiertamente su autoridad. No obstante, no tenía tiempo de pensar en ello y mucho menos en las consecuencias.

Ambos andaban bajo un pesado silencio que se veía interrumpido continuamente por los constantes pitos de los silbatos. Phillipa abría la marcha con paso rápido. Sebastian solo la seguía. Cuando llegaron a Dock Street comprobaron que la calle entera estaba tomada por docenas de policías y que solo en el otro extremo parecía haber formado una especie de muro de contención mientras luchaban contra los huelguistas.

Phillipa nunca había sido testigo de una agitación tan grande.

—Hay que buscar otro modo de bajar a los muelles —dijo sobrecogida, sin moverse. En cambio, Sebastian parecía mantener la sangre fría.

—No seas necia. Sabes de sobra que no es seguro.

Ellos no eran los únicos que parecían fuera de lugar. Algunos estibadores se habían desentendido de la huelga y huían hacia sus casas. Otros ciudadanos trataban de no quedar en medio del fuego cruzado entre policías y los que promulgaban la revuelta. Lo que diferenciaba a Sebastian y a Phillipa del resto era el hecho de querer meterse de lleno en la boca del lobo.

—Sí, desde luego. Pero debo atenderles.

El comentario consiguió que Sebastian tensara más la mandíbula, si eso era posible.

—El hospital está muy cerca. Déjame ponerte a salvo.

Phillipa levantó el rostro y se lo quedó contemplando. El tono que había usado era tan suave y lleno de preocupación que consiguió conmoverla.

—Yo no soy así —declaró, no obstante. El deber estaba ante todo.

—Maldita sea, lo sé —se dijo para sí mismo, aceptado la derrota—. ¿Por dónde quieres ir?

Como movida por un resorte, las piernas de Phillipa fueron en dirección a los muelles, buscando un modo de acceder a ellos sin que ninguno de los dos resultara lastimado. Al mismo tiempo, trataba de no hacer caso a la insidiosa sensación de desasosiego que notaba en el estómago, dando prioridad a la obstinación.

Calle tras calle encontraron los accesos bloqueados por carros y caballos de la propia policía, de tal modo que llegó a pensar que no lo lograrían. Sebastian le daba, continuamente, la posibilidad de regresar y ella se negaba, aunque en su interior comenzaba a aceptar la imposibilidad de atender a los heridos.

Como última alternativa, y alejándose cada vez más del hospital, se dirigieron a la Torre de Londres para bajar hacia el río Támesis y los muelles

de St. Katharine por ese lado cuando la marea humana los atrapó. La barrera policial había estado conteniéndolos apenas, hasta que poco a poco se formó una brecha donde comenzaron a filtrarse estibadores armados con piedras y lo que encontraban a su paso. Se lanzaron hacia ellos con virulencia mientras los policías trataban de detenerlos con sus porras de madera.

—Es de locos —murmuró viendo la escena que se desarrollaba frente a sus ojos. El esfuerzo policial no servía de nada y los golpes y las peleas comenzaron a intensificarse por ambos lados.

—Voy a sacarte de aquí —escuchó decir a Sebastian cerca de su oreja.

La tomó de la cintura y le hizo dar la vuelta para regresar al hospital antes de verse inmersos en el caos. Y ella cedió; o casi...

Capítulo 11

La valentía quedó relegada a un rincón, dando paso al miedo. Phillipa por fin comprendió que los acontecimientos los sobrepasaban y que ella no podía hacer nada en aquel momento de máxima irracionalidad. Los ánimos debían calmarse un poco antes de poder transitar sin poner en riesgo su integridad física. Sebastian tenía razón: era el momento de la retirada.

Estaba dispuesta a hacerlo. De verdad que lo estaba. Sin embargo, de soslayo vio la figura de una jovencita de quince o dieciséis años en medio de la calle. Con solo un vistazo superficial se dio cuenta de que no pertenecía al distrito: su abrigo y su sombrero eran de excelente calidad, con colores de moda en aquella temporada.

Phillipa sentía miedo, sí, pero aquella joven estaba aterrada. Su rostro así lo reflejaba. Permanecía con los ojos abiertos como platos, mirando a su alrededor sin saber a dónde ir, hipnotizada por la avalancha de estibadores.

Fue incapaz de reaccionar hasta que fue demasiado tarde: el tumulto la engulló en solo un suspiro.

—¡No! —gritó Phillipa, revolviéndose entre los brazos de Sebastian. Su voz quedó sepultada por encima del sonido ensordecedor que cubría la calle—. ¡Sebastian! ¡Sebastian!

Él, que no la oyó y permanecía ajeno a los hechos, la empujó con suavidad hacia delante. Phillipa tuvo que tirar de su manga para atraer su atención.

—¡Vamos! —la apuró él.

Como era incapaz de hacerse entender, frenó a Sebastian poniendo sus manos sobre su pecho. Se puso de puntillas y acercó los labios a su oído, como había hecho antes él, para decirle:

—Hay una chica atrapada ahí —dijo mientras que con el dedo índice señalaba el lugar donde la había visto la última vez—. Si no la rescatamos, terminarán aplastándola.

Phillipa creyó que tendría que rogar para que la ayudara. No obstante, la reacción de Sebastian la sorprendió:

—Escúchame con atención —le pidió con el semblante sombrío—. Es lo más importante que me has escuchado decir. Iré a por ella si me prometes que correrás hacia el hospital como alma que lleva al diablo y que no te detendrás bajo ninguna circunstancia. ¿Lo harás?

Ella no tuvo que pensarlo siquiera. Asintió al momento.

—Sí.

—¡Corre!

Sebastian permaneció ahí de pie, solo hasta comprobar que Phillipa le hacía caso. Después, cruzó la calle hasta situarse con la espalda pegada a la pared de las casas y avanzó entre la gente abriéndose paso a empujones, esquivando puñetazos, palos, piedras y botellas de cristal. Por si eso no fuera suficiente, costaba ver nada entre tantos cuerpos apiñados, estibadores y los agentes de policía, que parecían haberse vuelto tan locos como los demás. Mientras intentaba mantenerse de una pieza, trataba de localizar a la joven que Phillipa había visto, todo ello lidiando con el desasosiego de su interior, producto de haberla dejado marchar sola.

Ella era su responsabilidad, se dijo. ¿Y si algo le ocurría? Sin lugar a dudas tendría que vérselas con un furibundo duque de Dunham y con un decepcionado Hansberg.

Si el momento no fuera tan condenadamente inoportuno, habría reído por su propia estupidez. No pensaba, siquiera un segundo, que su inquietud se debiera al hecho de querer conservar su puesto. Ni siquiera tenía miedo de desacreditarse ante dos hombres tan poderosos. En realidad, aquella condenada mujer —fea, si uno se ponía quisquilloso—, le importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

De repente, sintió un fuerte golpe en el costado que no vio venir. Por un momento, lo hizo tambalearse. Dejó de pensar inmediatamente en Phillipa y, a pesar del dolor que le produjo, saltó hacia un lado, como un gato. Nadie iba hacia él, solo había sido una colisión con otro cuerpo producto del choque

que se estaba produciendo. Al apartarse, tuvo mala suerte y su espalda dio de lleno contra la de otro tipo, que, al notarlo, se dio la vuelta y sin tiempo de verificar si se trataba de uno de su bando o de la policía trató de asestarle un puñetazo.

—Mala suerte, amigo —siseó al esquivarle. Pero Sebastian no andaba de puntillas por la calle y antes de que el hombre volviera a contraatacar, se agachó un poco y él mismo se ocupó de advertirle: le dio un enérgico codazo en el estómago.

No esperó a que se la devolviera. Sebastian se escurrió entre la gente sin prestar atención a su propio golpe, que le causaba algo más que molestias. Y fue entonces cuando advirtió al pequeño cuerpo femenino refugiado en un portal de entrada de carros; un viejo edificio que servía como carpintería.

Ofrecía poca protección y la muchacha, de cuclillas y encogida, se protegía la cabeza con las manos.

Consciente de que su acercamiento podía no resultar bien recibido, evitó tocarla en todo momento. Lo último que deseaba era ser confundido con un rufián con malas intenciones. Pero su proximidad la hizo levantar el rostro, mirándolo con unos ojos verdes que desprendían un brillo de horror.

Justo como temía.

—¡No se acerque! —chilló ella, mirando a su alrededor con desesperación. Sus opciones eran escasas, porque escabullirse entre hombres ebrios de brutalidad que se agredían los unos a los otros no se presentaba como lo más seguro.

Sebastian masculló en silencio y se puso de cuclillas, sujetándose el costado, justo donde había recibido el golpe. Después, levantó las manos para que no lo considerara una amenaza.

—No te haré daño. —Con aquella frase no logró convencerla de sus honorables intenciones. Tuvo que esforzarse más, puesto que parecía un cervatillo a punto de saltar—. Me llamo Sebastian Field y trabajo protegiendo a una enfermera de un hospital que hay muy cerca de aquí —le explicó con delicadeza, tratando de apaciguar sus miedos.

La joven siguió sin decir nada y Sebastian, a causa de las punzadas, empezaba a sentirse bastante incómodo. Se apartó el abrigo y palpó bajo el chaleco para comprobar que no fuera una herida con sangre. Aliviado, se dijo que solo debía tratarse de una contusión junto a las costillas que terminaría convirtiéndose en un considerable moretón.

Ante su falta de respuesta, y si deseaba ganarse su confianza, no tenía más remedio que dotarse de paciencia.

—Deja que te lleve junto a mi amiga —continuó Sebastian. Ella negó con la cabeza—. ¿Prefieres quedarte aquí? No es el lugar más seguro de Londres, ¿sabes? Parece el mismísimo infierno. Deberías estar con tus padres. — Aquella mención consiguió, por un momento, que pareciera dispuesta a marcharse con él. Pero la expresión de su rostro volvió a cambiar, tornándose desconfiada. Sebastian pensó qué debería decir—. Te habrán enseñado a no hablar con desconocidos, ¿cierto? —Ella no tuvo que decir nada para que Sebastian lo adivinara—. Te han educado bien.

Su monólogo se vio interrumpido cuando una botella se estrelló contra la pared, haciendo volar los pedazos de cristal. Ella dio un pequeño brinco y chilló a causa del sobresalto. Sebastian aprovechó la distracción para sujetarla por las axilas y levantarla.

—Lo siento —le dijo tirando hacia adelante—, pero nos vamos.
Ella no tuvo más remedio que correr.

El vestíbulo del hospital había comenzado a llenarse de policías heridos, algunos estibadores detenidos, enfermeras y doctores. El St. George Women's Charity solo atendía mujeres, pero aquel era un hecho excepcional y no podían negarse. Phillipa no había dejado de dar órdenes desde su llegada, organizando las tareas, habilitando una sala para curas y revisando la gravedad de los que iban llegando.

La actividad era delirante. Sin embargo, no dejaba de pensar y de preocuparse por Sebastian.

—Es inaudito que haya desembocado en esto —murmuró medio para sí, medio para el agente al que estaba atendiendo. Con un paño limpiaba la sangre de su cabeza para comprobar la profundidad de la herida y decidir si necesitaba puntos.

—Malditos seas los huelguistas. —El hombre renegó en voz alta para que todos lo escucharan—. Ellos han comenzado. Habría que condenarlos a todos. No son más que escoria, enfermera Baker.

Phillipa no dijo nada, sin posicionarse.

—¡Es mentira! —rebatió uno de ellos, indignado. Se encontraba esposado en el mismo banco de madera en que el policía permanecía sentado—. El mitin del Sindicato de la Unión de Estibadores era pacífico hasta que las autoridades lo han mandado disolver.

—No teníais el permiso del puerto —aseguró el policía con aire de superioridad moral. A diferencia de los demás, iba vestido con traje en lugar del característico uniforme azul con el casco—. Era ilegal.

—Solo se trataba de una charla para informarnos de nuestros derechos — se defendió el estibador—. Los asistentes solo hemos protestado cuando la policía ha comenzado a cargar contra nosotros. Estábamos en nuestro derecho de defendernos.

Trató de extender el brazo para gesticular, pero estaba atrapado y solo consiguió hacerse daño a la muñeca.

Su rostro también estaba ensangrentado.

—No se mueva —le aconsejó Phillipa—, ahora mismo estoy con usted.

—Este animal no merece nada más que golpes —lo amenazó el agente, mostrando su porra. Primero la balanceó al aire, pero al cabo de unos segundos le profirió un duro golpe en la pierna que consiguió que el hombre soltara un alarido.

Phillipa, hirviendo por dentro, lanzó el paño en el balde de agua

enrojecida.

—¡Inspector! —se quejó con dureza, con las manos en la cadera—. No permitiré semejante comportamiento en mi hospital, ni siquiera aunque su rango sea mayor. Aquí todos son pacientes. ¿Queda claro? —No le dejó responder. Llamó a la hermana Hewitt, su segunda al mando, para que lo acompañara hasta donde se encontraba el cirujano y que él le suturara la única herida visible—. Y en cuanto a usted, sea prudente, por Dios. Ya está en un lío suficientemente grande.

—Usted está de su parte —dijo con desagrado, realizando un movimiento de cabeza para señalar a los uniformados—, lo sé.

Ella lo miró con severidad.

—No estoy de parte de nadie, salvo de la calma —objetó Phillipa—. Esto era innecesario.

—¡Dígaselo a ellos!

—Señor, ¿es necesario usar violencia para conseguir hacer valer sus derechos?

Su argumento no lo convenció en absoluto. Le lanzó una mirada herida.

—Ya nos está juzgando.

Phillipa suspiró.

—Hoy he visto lo que he visto. Y no ha sido nada agradable, créame. Comprendo y apoyo su lucha, porque es necesario que en estos distritos los salarios sean más altos para poder alimentar a todas las familias. —Hizo una breve pausa antes de proseguir—. Lo que desapruedo es la barbarie —dijo arrugando los labios—. Y ahora, si me permite, debo ir a buscar agua limpia.

—Phillipa.

Estaba inclinada sobre el balde cuando escuchó su voz. Se dio la vuelta de inmediato y ahogó un sollozo de alivio al comprobar que se trataba de Sebastian. ¡Permanecía ileso!

Sintió el impulso de lanzarse a sus brazos y hundirse en ellos, buscando su calidez. Sería tan reconfortante, pensó, ser rodeada por él, cerrar los ojos y

dejarse llevar sin que el tiempo ni el lugar importaran. Sin embargo, tenía tareas pendientes y había demasiados testigos a su alrededor como para atreverse a hacerlo, así que terminó irguiéndose y adoptando una expresión profesional, dejando sus emociones al margen.

Solo entonces reparó en la joven que se encontraba a su lado, la misma que había visto en la calle. Sebastian la tenía sujeta de los hombros.

—Hola —la saludó, observándola con atención. El abrigo de lana tenía una rasgadura a la altura de la manga derecha, no había rastro de su sombrero, su cabello negro se veía desaliñado y su tez había perdido todo color. Como herida, solo presentaba un rasguño en la frente—. Soy la enfermera Baker. ¿Cómo te llamas?

—He perdido mi zapato —murmuró ella como respuesta, mirándose el pie. Solo una media lo cubría.

Su voz sonó tan endeble y sus ojos se veían tan húmedos que Phillipa pensó que se pondría a llorar de inmediato.

Debían averiguar de dónde había salido aquella jovencita y cómo había terminado en medio de los alborotadores. Su acento indicaba que no era de Inglaterra, así que de inmediato se preguntó dónde estarían sus padres o tutores.

«Muertos de preocupación. Si mi hija hubiera desaparecido, sin lugar a dudas, lo estaría».

Había que alertar a las autoridades o comunicarles su paradero. Aunque lo primero era lo primero.

—No te preocupes, preciosa. Lo solucionaremos —dijo con dulzura para tranquilizarla. El ambiente que ofrecía el vestíbulo del hospital seguía siendo caótico, por lo que era mejor sacarla de ahí. Se dirigió a Sebastian—. ¿Puedes llevarla a la sala de descanso de las enfermeras, por favor? Le resultará acogedora. Le traeré un té caliente. Le vendrá bien.

Él se limitó a contemplarla durante unos segundos, dudando sobre lo que decir.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, al darse cuenta de su titubeo.

—Phillipa... —Vaciló un momento—. ¿Tú estás bien?

Su estómago dio un salto de emoción. Santo Cielo, sentaba tan bien su muestra de afecto. Por lo menos a ella le parecía que lo era, porque Sebastian había dejado de lado la postura protectora que tenía que ver únicamente con su empleo y parecía más... personal.

Le obsequió con una sonrisa.

—¿Estabas preocupado?

—Durante todo el maldito camino de regreso al hospital —le confesó.

Tras la revelación, Phillipa pensó que sus mejillas arderían en llamas. Era un placer escucharle decir aquello. Sin embargo, también la hacía sentirse insegura. Tuvo que recordarse que era suficientemente madura como para comenzar a comportarse como una chiquilla que se impresionara con facilidad ante un galanteo masculino o un atisbo de preocupación.

Así que se tranquilizó antes de hablar.

—Puedes comprobar por ti mismo que estoy perfectamente bien —repuso.

Él la miró de arriba abajo y Phillipa trató de deshacerse del insidioso hormigueo que parecía acompañarla cuando ambos estaban juntos.

Se retocó la cofia con nerviosismo.

—Siento haberte dejado sola.

Phillipa pestañeó, confundida porque él tuviera la necesidad de echarse la culpa cuando no había por qué sentirla.

—No puedes decir eso. Yo me empeñé en ir a los muelles a pesar de advertirme de lo peligroso que era.

—Querías atender a los pacientes.

Phillipa asintió. De repente, Sebastian parecía haber adoptado una postura distinta.

—Y al final no logré dar con ellos —dijo con pesadumbre—. Así que soy yo la que debería pedirte perdón por exponerte así. A casusa de mi pasión por la enfermería, te arrastré conmigo.

Lo vio encogerse de hombros.

—Es parte de mi trabajo.

—Sí —afirmó ella, no permitiéndose sentir tristeza. Sabía muy bien cuál era su trabajo—. De camino al hospital me he encontrado con refuerzos policiales que bajaban a sofocar el tumulto. Un poco antes de tu llegada, me han asegurado que los huelguistas se están dispersando con más rapidez de lo que parecía y Martin ha salido a la calle con dos camilleros para asegurarse de que todos los hombres son atendidos por igual.

Sebastian asintió, torciendo la boca.

—Ha sido un caos significativamente virulento.

—Por lo que sé, los que asistían al mitin que lo ha originado todo, no eran más de cincuenta hombres. Pero la represiva intervención de la policía ha causado un efecto creciente, consiguiendo que más estibadores y trabajadores del puerto se unieran en su defensa. En cuanto a ella... Gracias por traerla —declaró en referencia a la muchacha.

Debido a un impulso, Sebastian fue a decir que haría cualquier cosa que Phillipa le pidiera. Gracias a Dios, se detuvo a tiempo. Era una insensatez dejar que su lengua se expresara con tanta soltura, sobre todo porque trabajaba para ella. Su relación solo consistía en eso y no podía permitirse más.

¿Qué diantres pasaba con él? Ya se había expuesto demasiado.

—No tienes por qué darlas. Ninguno de los dos podía permitir que sufriera.

La dejó trabajar y llevó a la muchacha a la sala de descanso de las enfermeras, tal como Phillipa le había pedido. Le habría gustado no tener que irse del vestíbulo para tener protegida así a Phillipa, pero se dijo que no tenía por qué sucederle nada. Al fin y al cabo, estaba rodeada de gente; entre ellos, policías.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó unos minutos después, tras ayudarla a quitarse el abrigo y acomodarla en un balancín de mimbre que movió hasta situarlo frente a la chimenea.

Ella acercó sus manos y sus pies a las llamas y el calor del fuego hizo que

se recobrara. Sus mejillas recuperaron el color y su semblante dejó de translucir miedo. Se sentía a salvo en el hospital.

Tardó unos segundos en contestar.

—Me he metido en un lío —declaró con cierta timidez, sin llegar a mirarle a los ojos.

Sebastian agarró otra silla y se sentó a su lado.

—¿Por qué dices eso?

—Mi madre se enfadará conmigo —comenzó a explicar—. Ella no quería que fuera a ver la Torre de Londres. Insistí mucho, tanto, que logré convencer a mi institutriz. —Frunció los labios con preocupación—. Oh, Dios. ¿Crees que la despedirán por mi culpa?

Sebastian no supo qué responder. Era una irresponsabilidad que la institutriz hubiera actuado a espaldas de sus patrones, pero la muchacha parecía tenerle un franco afecto.

—¿Por qué no comenzamos por el principio? ¿Cuál es tu nombre?

La joven se irguió y se arregló la falda de su vestido de color malva, que parecía no haber sufrido daño alguno.

—Claire Emmeline Lefont, aunque en realidad nadie me llama Emmeline. Solo me lo pusieron por mi abuela.

Sebastian sonrió.

—Encantado de conocerte, Claire Lefont —dijo sin mencionar su segundo nombre—. Eres de Estados Unidos, ¿verdad? —Cuanto más hablaba, más fácil era reconocer su procedencia.

Ella asintió con vigorosidad antes de declarar con orgullo:

—De Nueva York.

—¿Y qué te trae por aquí, jovencita?

—Los negocios de mi padre. Tenía algunas reuniones importantes y mamá pensó que sería bonito viajar con él y conocer Inglaterra, aunque en realidad apenas hemos visto nada del país, salvo Londres. —Sin darse cuenta, Claire fue dejando a un lado la timidez que la había acompañado desde un principio

y comenzó a relatar su historia con naturalidad—. Jennifer, mi hermana pequeña, esta mañana se encontraba un poco enferma, así que solo me permitían salir a pasear sin alejarme del hotel.

—Con tu institutriz —apuntó Sebastian.

—Ya no soy una niña —protestó ella, todavía indignada porque su madre le hubiera prohibido salir a explorar la ciudad. Llevaban en Londres una semana y todavía había muchos lugares por ver.

Sebastian pensó que tenía razón. No, no era una niña. Sin embargo, tampoco podía considerarse una mujer. Su trenza medio deshecha, con un lazo del mismo color que su vestido, le daba una apariencia a caballo entre de los dos mundos.

—Así que decidiste desobedecer. Claire, ¿cómo convenciste a tu institutriz?

—La chantajeé —declaró en un descuido. Sebastian arrugó la frente, realmente sorprendido. A pesar de provenir de una buena familia, aquella joven no parecía ser una consentida y mucho menos retorcida. De inmediato, Claire se dio cuenta de la reacción que había provocado en él y sintió un enorme bochorno. El rubor de sus mejillas se extendió, también, por el cuello—. No pretendía hacerlo, de verdad que no —trató de defenderse—. Estaba suplicándole que me dejara ir a la Torre de Londres y tras miles de negativas salió así, sin más.

Hizo un gesto de impotencia con las manos.

—Entiendo.

—Van a castigarme durante una eternidad. —Suspiró, aceptando su irremediable destino—. Aunque lo merezco.

—Lo que has hecho no está bien.

La interrupción de Phillipa los sobresaltó. Al parecer, había estado escuchando parte de la conversación desde la puerta.

Sebastian se alegraba de tenerla ahí. A él no se le daba muy bien manejar a jovencitas, y la señorita Lefont no era una excepción. Prefería a mujeres de la

talla de Phillipa, obstinadas hasta el fondo.

Tuvo que contener una sonrisa solo de pensarlo.

—Lo sé, lo sé —dijo arrepentida—. No debería haberla amenazado con...
—Se mordió el labio, indecisa sobre si contarlo.

—Puedes guardarte el secreto —la calmó Phillipa, entregándole una taza de té—. Pero me temo que deberás explicar la verdad a tus padres y hacerte responsable de tus actos.

Con la cabeza gacha, Claire sopló sobre la taza y dio un pequeño sorbo. Ella siempre se había considerado una persona juiciosa, incluso de pequeña; una niña buena que obedecía sin causar conflictos. A veces se peleaba con Jennifer en unas riñas intrascendentes, pero era un comportamiento normal entre dos hermanas. Sin embargo, aquella tarde se había rebelado ante la idea de dar otro aburrido paseo por el parque. Ella deseaba visitar la Torre de Londres seducida por las historias pasadas que ahí se habían vivido, aunque sabía que su madre no le permitiría alejarse del hotel. Así que no le contó sus planes. Al fin y al cabo, no consideraba que estuviera tan lejos.

Sarah, su institutriz, se escandalizó al escuchar el plan, por lo que no tuvo más remedio que amenazarla con contar que la había sorprendido echándose el brandy de su padre en una taza que supuestamente contenía té. Sarah enmudeció de inmediato y aceptó lo que le pedía. Y todo iba bien hasta que salieron de la Torre Blanca. Entonces Claire se distrajo, se perdió y terminó en unas calles poco recomendables.

Se merecía todo lo que vino después. Si aquel caballero no la hubiera rescatado...

Tembló solo de pensarlo.

—Está anocheciendo —continuó diciendo Phillipa—. Tus padres y tu institutriz estarán llenos de preocupación. Me ocuparé de hacerles llegar una nota. ¿Dónde te alojas?

—En el Savoy —indicó en voz baja, pensando en cómo sería recibida. La suya era la mejor madre que conocía, aunque eso no significaba que fuera a perdonarle el castigo.

Sebastian tuvo una idea que podía facilitar las cosas.

—¿Por qué no la llevamos nosotros? Al fin y al cabo debo acompañarte a tu casa.

—Podemos hacerlo, porque me temo que hoy no cenaré mi delicioso pastel de riñones. —Con todo lo que había pasado, era mejor dejarlo para otra ocasión.

Sebastian la miró, calibrando si se sentía decepcionada. Pero ella sonreía, lo que le alegró y terminó devolviéndole la sonrisa.

Era agradable compartir momentos como aquel, lejos del bullicio que suponía atender pacientes o predicar en las calles. Porque aunque la señorita Lefont estaba presente en la sala, a Sebastian le parecía que tenía a Phillipa para él solo.

Solo entonces se permitía relajarse.

—¿Nos marcharnos ya?

Su intención inicial fue quedarse un poco más para disfrutar de su compañía, si bien se dio cuenta que ella podía estar cansada y desear otra cosa, puesto que Phillipa había comenzado a trabajar prácticamente al alba y seguía estando en el hospital.

Aquella mujer era incansable y parecía estar comprometida en cuerpo y alma con su labor.

Por primera vez se preguntó si ese hecho tendría que ver con el fallecimiento de su esposo. El St. George Women's Charity fue su proyecto personal y tal vez era el lazo que seguía uniéndola a él.

Aquel pensamiento le produjo un sentimiento de irritación contra el que le fue difícil luchar.

—Todavía hay heridos que deben ser atendidos —expuso Phillipa, sacándolo de sus cavilaciones—. A pesar de ello comienzo a sentirme fatigada, así que le pediré a la hermana Hewitt que se ocupe de todo. Confío en ella y en su buen hacer.

—¿Cuánto puedes tardar?

Ella vaciló.

—No lo sé con certeza, pero prometo no entretenerme demasiado — contestó—. Claire, ¿quieres acompañarme mientras tanto?

La joven terminó su té y miraba a uno y a otro. Deseaba regresar junto a sus padres, pero aquel hospital resultaba sumamente... interesante.

—¿Puedo? —preguntó con una pizca de expectación. Admitía que había llegado asustada por lo acontecido en la calle, pues pensó que la avalancha terminaría aplastándola o algo incluso peor. No obstante, no era aprensiva y la sangre no la asustaba.

Sebastian alzó las cejas, sorprendido porque quisiera.

—¿Y su zapato? —No podía deambular por el St. George Women's Charity medio descalza.

Phillipa se acarició la mejilla, buscando la solución.

—Encontraremos alguno de su talla.

Capítulo 12

Phillipa, con su habitual eficiencia, dio las últimas instrucciones, habló con sus enfermeras y los doctores, modificó los turnos, supervisó el inventario para reabastecer el material médico y dejó las notas pertinentes para los informes que debían hacerse el día siguiente.

Claire y Sebastian iban a su zaga.

Con la seguridad de que el hospital se encontraba en buenas manos, su presencia ya no fue necesaria y por fin pudieron dar por terminada la jornada.

—Deben quedarse a cenar con nosotros —les rogó Annette Lefont una hora después en el salón de la suite del hotel Savoy. Las autoridades habían sido advertidas del retorno de la joven y los padres por fin podían dejar de atormentarse con la desaparición de su hija—. Por favor.

Phillipa miró a la hermosa mujer de rasgos serenos y, a su lado, se sintió terriblemente fea. Y no era solo por su rostro, sino por su atuendo. Mientras ella seguía llevando su viejo traje de enfermera, la mujer iba ataviada con un exquisito vestido de seda verde con encaje que la hacía parecer una rica aristócrata.

Si por lo menos fuera desagradable podría sentir un poco de antipatía hacia ella y negarse con más vehemencia. Sin embargo, las maneras de la madre de Claire eran cuidadas y se comportaba de un modo gentil. Les había agradecido una infinidad de veces la ayuda prestada a su hija, así que le costaba negarse.

—Me temo que no será posible —contestó, no obstante, buscando una excusa plausible. No pensaba compartir con nadie las inseguridades que acababa de sentir. Normalmente no le importaba su aspecto o la impresión que causara en los demás. Era como Dios la había creado y así lo aceptaba. Esa noche, no.

Si por lo menos llevara alguno de sus vestidos de fiesta, la negativa

moriría en sus mismos labios. Sin embargo, recién salida del hospital y sintiéndose sucia y cansada, no se atrevía a asistir a una cena en el restaurante del Savoy con la familia Lefont.

—Pero... —protestó la señora Lefont sin encontrar las palabras justas—. Querido, di algo.

Con la mirada, buscó el apoyo de su esposo, que permanecía sentado junto a ella en uno de los elegantes sofás con una copa de licor en la mano. Había ofrecido una a Sebastian, aunque él la había rehusado.

Después de relatarles lo sucedido con Claire con todo lujo de detalles, la joven fue enviada a su habitación a la espera de una seria conversación con sus padres, que se mostraron muy aliviados ante su aparición, pero también decepcionados por su comportamiento.

Phillipa no temía por ella. Los Lefont podrían ser duros en su castigo, si bien estaba convencida de que serían justos, puesto que como espectadora se percataba de lo mucho que amaban a su hija.

—No debemos insistir. Me temo que estás poniendo a la señora Baker en un compromiso —sentenció, como si hubiera estado leyendo sus pensamientos—. Todos hemos pasado por muchas emociones. ¿Por qué no dejamos la cena para mañana?

Annette Lefont sonrió, encantada con aquella solución, porque sabía que sería difícil objetar algún inconveniente.

—Sería perfecto, ¿no creen? —dijo sin referirse a nadie en particular. Sus ojos bailaban por todos los rostros con entusiasmo—. Así, mis hijas estarán presentes. La fiebre de Jennifer ha remitido, por lo que mañana volverá a corretear como siempre. En cuanto a Claire... tiene mucho sobre lo que reflexionar, pero tiene derecho a cenar. ¿Le vendría bien?

Phillipa titubeó mientras que Sebastian cruzó la mirada con la suya, buscando su respuesta. Al fin y al cabo, ella tenía la última palabra.

—Yo... —balbuceó.

Con astucia, la señora Lefont optó por una táctica persuasiva.

—Para nosotros sería un auténtico honor cenar con las personas que rescataron a nuestra hija, devolviéndonosla sana y salva. —Su esposo hizo una señal de asentimiento con la cabeza—. Dejen que se lo recompensemos de algún modo.

—No es necesario —replicó Phillipa, esta vez con menor determinación. La amabilidad de la mujer la estaba dejando sin argumentos—. No están en deuda con nosotros. Hicimos cuanto estuvo en nuestras manos.

La señora Lefont rechazó su comentario con un gesto.

—Insisto. Así podremos hablar con más tranquilidad sobre cómo donar una compensación al hospital. ¿Cómo ha dicho que se llamaba? —Alzó las cejas con suavidad, esperando la respuesta.

Phillipa parpadeó sorprendida, como si fuera un hecho insólito.

—St. George Women’s Charity —dijo Sebastian por ella, porque tardaba en reaccionar.

Annette Lefont le agradeció la información con una generosa sonrisa.

—Eso mismo. El St. George Women’s Charity —repitió hasta asimilar el nombre—. Todo solucionado.

No dejaron que Phillipa se negara, ni respecto a la cena ni respecto a la donación. Aunque en realidad ese último tema debían concretarlo con el gerente del hospital, Harvey Crouch.

—Sebastian, debería haberte preguntado también a ti, antes de aceptar —musitó, cuando ambos estaban lejos del Savoy—. No está bien que acepte una cena en tu nombre y que ni siquiera tenga la decencia de preguntar tu opinión al respecto.

Él le lanzó una mirada divertida.

—No estaba en tus manos. La señora Lefont puede ser muy persistente.

En realidad Sebastian no creía que su lugar estuviera en esa cena, si bien a nadie parecía importarle que solo se tratara de un simple protector. O lo ignoraban, porque ellos no habían dicho nada.

—Sí. No había un modo elegante de eludirlo.

—Estás agotada —afirmó al verla masajearse el cuello y cerrar los ojos durante unos segundos.

Ella sonrió débilmente.

—Apenas —murmuró, aunque ambos sabían que no era cierto.

Claire ya estaba a salvo en el Savoy con su familia, por lo que Phillipa debería sentir menos peso sobre sus hombros. Sin embargo, no era una mujer que se sacudiera los problemas. Al contrario, estos parecían atraerla del mismo modo que la luz a las polillas.

Sebastian descansó sobre el asiento del carruaje mientras este se movía por las calles de Londres al amparo de las luces de gas.

—Trabajas demasiado —comentó con demasiada formalidad, pero sentía la necesidad de hacerse escuchar. Phillipa pasaba demasiadas horas en el hospital, como si no existiera un mundo allá fuera.

Parecía haber olvidado de que era joven y tenía permitido vivir.

Suspiró.

—Como todos.

Sebastian negó con un movimiento de cabeza.

—No es cierto. Desde que te conozco apenas te has tomado un par de días libres y sé que tus enfermeras tienen mucho más que eso.

Ella hizo una mueca.

—¿Has estado preguntando a mis espaldas?

A pesar de sus palabras, su tono no indicó indignación. A lo mejor estaba demasiado cansada incluso para protestar con contundencia, pensó Sebastian.

—Tengo ojos, eso es todo. —Sus turnos eran más largos que los de la mayoría y si por algún milagro divino decidía terminar un poco antes, Phillipa se empeñaba en salir a predicar, aunque no estuviera planeado.

—¿Y qué iba a hacer con tantos días libres? Odio la idea de quedarme en casa a bordar. —La carcajada de Sebastian flotó en el aire y supo al instante que sus mejillas se habían teñido de color rosado—. ¿He dicho algo malo? —le preguntó desconcertada.

Él se quedó contemplándola.

—En absoluto —aseguró. Phillipa no era frívola, indolente ni melindrosa como muchas de su misma clase. Se trataba de una mujer peculiar; demasiado honesta, incluso para su bien. A veces carecía de sensatez, pero lo equilibraba con una buena dosis de razonamiento. Podía estar cansada y menos combativa que de costumbre, pero seguía conservando un rasgo característico en ella: autenticidad.

—Si fuera doctor ahora mismo, te prescribiría una buena cena y un sueño reparador. —Mientras iba hablando estiró su brazo por encima del respaldo del asiento y fue acercándose lentamente a ella—. Solo que me pregunto si serías capaz de seguir mis órdenes.

Deteniendo su avance a escasas pulgadas de su rostro, Sebastian saboreó la idea de tocar su boca con suavidad para probarla después. Era una auténtica locura, una majadería, si bien era un sentimiento que le costaba desterrar de su cuerpo y de su pensamiento.

Su intención no era ser invasivo, se dijo, sino comprobar cómo sabría y cómo reaccionaría ella. ¿Mostraría ira, indignación o, por el contrario, se dejaría llevar tal como él deseaba? La imaginaba abriendo los labios, recibéndolo con calidez y por qué no, lanzando algún que otro gemido de placer.

La tenía tan cerca y la tentación era tan poderosa que pensó que sería incapaz de evitarlo. Hasta que apareció la voz de la razón.

Maldita fuera.

«¡No debes hacerlo!», le gritó con fuerza. «¿Qué ocurrirá después si te atreves? ¿Arrepentimiento? Sé sensato. Tu carrera está en juego».

No era apropiado, si bien Sebastian no creyó que besarla afectara directamente a su carrera, tal como su mente sugería. Hansberg no tenía por qué enterarse. No obstante, la relación entre ambos estaba pasando por un momento de calma. Le había costado mucho ganarse la confianza de Phillipa. No podía arriesgarse a dar un paso atrás. O diez, mejor dicho.

Así que alejó la mano y juntó sus labios en un rictus severo.

—Estamos a punto de llegar —le informó.

Era lo máximo a lo que podía aspirar.

Phillipa, por su parte, aguardó durante unos segundos el beso que estaba segura él iba a darle. Sentía en su interior un pequeño anhelo que trataba de disfrazar. No sabía cómo llamarlo con exactitud, aunque el calor amenazaba con propagarse, temiendo quedarse sin aliento.

Cuando pasaron los segundos y fue obvio que no ocurriría, puesto que Sebastian pasó a concentrarse en el asiento vacío del carruaje, una oleada de decepción la invadió, tocando su orgullo. A partir de aquel momento, se mantuvo callada, tratando de buscar una estrategia con la que consolarse, repitiéndose una y otra vez que no lo necesitaba. Habían pasado años desde la muerte de Charles, un tiempo en el que no necesitó a ningún hombre. ¿Por qué iba a ser ahora distinto?

A pesar de todo, su humor decayó a pasos agigantados y cuando llegaron a su casa solo fue capaz de despedirse con un apenas audible «adiós». Por alguna razón, se sentía defraudada y eso le causaba irritación.

Phillipa pasó la mano suavemente por la barandilla de la escalera que conducía al piso superior, recordando el momento exacto en el que vio a Sebastian por primera vez. A pesar de su postura dominante de entonces, fue incapaz de negar ese atisbo de atracción que había ido creciendo a cada mirada y a cada sonrisa.

Lanzó un suspiro y se dirigió a su habitación. Necesitaba quitarse los zapatos y relajar los pies. Había perdido el apetito, así que tal vez se daría un largo y relajante baño.

Aquella noche no tuvo ganas de ser ordenada. Se sentó en el borde de la cama y tiró el zapato derecho a un lado y el izquierdo al otro, cayendo ambos en direcciones opuestas sobre la mullida alfombra. También se soltó el recogido y se masajeó el cuero cabelludo. Cuando se estiró sobre la confortante colcha, solo pretendía descansar un momento, aunque la realidad fue bien distinta: unos minutos después se quedó profundamente dormida.

No fue hasta la mañana siguiente que despertó a causa de los sonidos que

alguien hacía en la habitación, una especie de frufú de faldas y leves pisadas. Pensando que seguía soñando, se dio la vuelta y se cubrió más con la sábana, poco dispuesta a levantarse.

El golpe seco producto de la caída de un objeto consiguió que Phillipa diera un respingo. Abrió los ojos y se incorporó, encontrándose a su doncella agachada, con su cepillo en la mano.

—¡Tilly! —exclamó, haciendo que la muchacha se levantara.

—Buenos días, señora Baker. —Con cuidado, dejó el cepillo sobre el tocador—. Siento haberla despertado.

Phillipa entrecerró los ojos, adaptándose con lentitud a la luz de la mañana.

—No puedo creer que haya dormido tanto —murmuró con la voz pastosa, al tiempo que coordinaba las ideas—. ¿Qué hora es?

—Un poco más de las nueve.

Se horrorizó solo de pensar en lo tarde que era. ¿Cuánto había durado su sueño? Por lo menos doce horas.

—¡Dios! —Apartó las sábanas de una sola sacudida y se puso de pie. Fue entonces cuando se dio cuenta del pequeño baúl de piel abierto sobre el banco tapizado que se encontraba a los pies de la cama—. ¿Tilly?

La doncella se frotó las manos con nerviosismo, temiendo haberse metido en problemas.

—¿Sí, señora Baker?

—¿Qué está sucediendo? —Phillipa se acercó lo suficiente para ver el contenido—. ¿Por qué has sacado el baúl y por qué diantres está mi ropa en él? —Distinguía una falda oscura, una chaqueta, unas medias, una toalla doblada con sus iniciales dobladas y un peine fino. Además, encima de todo, Tilly había acomodado una cajita de metal con dibujos, que contenía un caro frasco de perfume, regalo de su tía Edith las navidades pasadas.

Arrugó la frente.

—Será mejor que te expliques —le exigió con más dureza de la que

acostumbraba, porque el intento de robo de Ronnie había conseguido que se volviera un tanto desconfiada.

—Verá... yo... —dudó—. Solo sigo órdenes del señor Field. Me ha pedido que prepare su traje de montar —se apresuró a aclarar.

Santo Cielo, pensó, ¿qué se traía entre manos ese hombre? Le había permitido el exceso de celo con tal de garantizar su seguridad, pero dar órdenes al servicio no entraba dentro de su cometido.

—Sácalo todo del baúl. Soy yo la que manda, no él —dijo de forma abrupta y con cierta impaciencia. Entonces, Phillipa se dio cuenta de que seguía estando de mal humor y que su doncella no tenía la culpa—. Lo siento, Tilly —se disculpó—. ¿Dónde está el señor Field?

—Abajo, esperando.

Phillipa no perdió tiempo en ponerse los zapatos ni de adecentarse. Con el mismo traje de enfermera del día anterior y el cabello suelto y medio revuelto, bajó a enfrentarse al hombre que insistía en ponerle las cosas difíciles.

Lo encontró, como siempre, en el vestíbulo. Solo que en vez de esperar sentado con serenidad, se movía de un lado a otro, echando furtivas miradas a la escalera.

Cuando la vio se detuvo al instante, sorprendido por el aspecto que mostraba. Phillipa siempre lucía pulcra, vestía con sobriedad y se comportaba con compostura, si bien en aquel momento parecía distinta, más joven, más natural y sobre todo, más vulnerable. Era como si su faceta más severa se la hubiera llevado la suave brisa matutina.

Sebastian tragó saliva al sentir un tirón en el estómago.

—Buenos días —saludó, tratando de que su voz sonara con normalidad, aunque se preguntaba si eso sería posible, dadas las circunstancias. Phillipa en sí le intrigaba, pero la mujer de la escalera comenzaba a fascinarle.

Sintió el impulso de cubrir los tramos que faltaban para llegar a ella, enterrar su rostro en su cabello, aspirar su aroma y terminar robándole un beso. Eso sería definitivamente el cielo.

Necesitó todo el dominio posible de sí mismo para detenerse.

Phillipa, por su parte, se sintió incómoda bajo el escrutinio. Sebastian la miraba con intensidad, eso no era fruto de su imaginación. Sin embargo, esa incomodidad no la repelía, sino todo lo contrario. Le ocasionaba un cosquilleo intenso por su cuerpo, una agitación que la empujaba hacia él.

Entreabrió los labios en un gesto instintivo a la vez que sugerente. ¿Sería posible seguir por donde lo dejaron la noche pasada?, se preguntó. ¿Lo desearía Sebastian tanto como lo deseaba ella?

Solo debían acercarse...

Estuvo tentada de hacerlo, solo que en aquel momento recordó por qué había ido a su encuentro y la indignación suplió a los demás sentimientos.

—¿Quién te has creído que eres? —le espetó con dureza, pillando a Sebastian desprevenido.

Lo vio abrir la boca, cerrarla y fruncir el ceño, mientras se esforzaba por comprender su brusco comportamiento. Parecía que Phillipa era la misma del principio, cuando todavía no lo había aceptado a su lado.

—¿Cómo dices? —le preguntó con tacto, pensando qué había podido hacer para irritarla tanto.

—Yo soy la que da órdenes en esta casa, no tú —explicó—. ¿Comprendes? No puedes decir a mis doncellas lo que deben o no hacer y mucho menos mandarlas a mi habitación para rebuscar entre mi ropa. ¡A saber con qué propósito!

A Sebastian le disgustó el tono con el que se le dirigía. Sintió que no lo merecía en absoluto. No obstante, trató de poner un poco de cordura a la situación.

—¿Puedes bajar y hablarlo con calma? Me incomoda dar voces.

Aquel comentario la indignó más. Los ojos de Phillipa centellaban producto de su arrebato.

—¡Cómo te atreves! Doy las voces que considero oportuno.

Sebastian inspiró con intensidad y se acercó a ella sin quitarle la vista de

encima ni un segundo. Ella no se movió de su posición.

Oh, no, no pensaba retroceder.

Cuando estuvieron a la misma altura, cada uno batalló en silencio en un cruce de miradas. Sebastian fue el primero en habar.

—¿Puedes calmarte un momento? —Phillipa fue a protestar, pero él cubrió sus labios con su dedo índice—. Por favor, deja explicarme. ¿Vas a permitírmelo?

Phillipa sentía todos los nervios de su cuerpo tensados por el roce, así que solo fue capaz de contestar con un débil:

—Sí.

—Está bien. Quiero comenzar con una disculpa por haberme entrometido, aunque en mi defensa diré que lo hice por tu propio bien —declaró, apartando el dedo. Aun viéndose libre, ella se mantuvo en silencio y eso lo animó a continuar—. Phillipa, cuando ayer te dejé en casa estuve pensando en lo que hablamos en el carruaje: necesitas descansar.

—Yo no... —protestó ella y Sebastian se vio en la obligación de volver a cubrir sus labios.

—Condenada mujer —masculló con aspereza, moviendo la cabeza. Phillipa abrió los ojos desmesuradamente, pero no se atrevió a interrumpirle —, deja de ser tan terca y escucha de una vez: el hospital no caerá en pedazos porque decidas ausentarte un día. No todo da vueltas a tu alrededor, ¿sabes?

El dedo de Sebastian quedó suspendido en el aire, amenazando con volver a caer sobre ella si la respuesta no le gustaba. Esta vez Phillipa hizo caso omiso de la advertencia.

—No soy una ególatra —indicó con indignación—. Por supuesto que sé que no soy imprescindible.

Al escucharla, el semblante de Sebastian cambió: sus facciones se dulcificaron y fue capaz de esbozar una sonrisa socarrona.

—¡Por fin unas palabras sabias! —exclamó—. ¡La prueba de que Dios existe!

Phillipa torció los labios.

—¿Estás burlándote de mí? Eso es una grosería.

—Santo Cielo, Phillipa, sé que no careces de sentido del humor. ¿Por qué no lo muestras un poco? Hazlo por mí. —El tono de Sebastian fue tan condenadamente seductor que consiguió que Phillipa cediese, aunque fuera brevemente.

—Está bien —concedió—. Tienes razón.

Sebastian apoyó un codo sobre la barandilla y se inclinó un poco hacia ella. Se encontraba un escalón más abajo, pero seguía sobrepasándola en altura.

—Si dejaras de fruncir el ceño podría llegar a creérmelo.

—¡Oh, qué exasperante eres! Te aseguro que estoy relajada y me lo tomo con humor. —Aunque ella lo aseguraba, no lo parecía en absoluto—. ¿Ahora vas a contarme por qué mandaste a mi doncella a hurgar entre mis cosas?

—He preparado algo especial para el día de hoy.

—¿Y qué es? —quiso saber de inmediato, adoptando una postura de sospecha.

—No puedo decirlo todavía. Estropearía la sorpresa.

Eso no la convenció.

—Necesito saber...

—Ah, ah. —Su sonrisa se volvió más ancha—. Deja de analizar todos los detalles. Solo tienes que confiar en mí y te prometo que lo que tengo planeado no te producirá urticaria.

—Dicho así no suena muy atrayente.

Sebastian alzó los ojos, exasperado. ¡Aquella mujer era imposible!

—Deja de contrariarme de una vez. Solo tienes que subir arriba para adecentarte y luego desayunar. Yo escribiré una breve nota al hospital informando que no te encuentras bien y que, por lo tanto, hoy no irás a trabajar.

Phillipa puso sus brazos en jarras, negándose en redondo.

—No puedo hacerlo. ¿Qué pensarán de mí?

¡Ella jamás tramaba mentiras como aquella!

—¿Que eres de carne y hueso? —La irónica pregunta no pretendía recibir respuesta, así que Sebastian prosiguió—. Necesitas alejarte del hospital y del East End aunque sea por un día. Nunca sabrán la verdad, así que tu respetabilidad quedará intacta, si eso es lo que te preocupa. Además —añadió—, llegaremos temprano para cenar esta noche con los Lefont.

Phillipa pensó en ello durante unos segundos, luchando contra ella misma. Por un lado tenía curiosidad por el plan que Sebastian había tramado a sus espaldas. Por el otro, estaba dubitativa.

—Bueno —dijo al fin, medio a regañadientes.

A Sebastian aquella simple palabra le supo a victoria.

—¿Eso es un sí?

Phillipa suspiró, claudicando.

—Sí.

El frasco de cristal cayó al suelo cuando el brazo masculino lo rozó sin querer.

—¡Maldición! —bramó cuando vio los pedazos.

En un arrebato impropio de un hombre como él, cogió otro y lo lanzó a la otra punta del laboratorio, donde el objeto se hizo añicos en cuanto tocó la pared.

Suspiró varias veces en un intento de aquietar el ánimo, pues no podía seguir trabajando a ese ritmo ni aunque fuera necesario.

Como nadie tenía permitido entrar en su refugio privado, supo también que debería limpiar él mismo el estropicio. Miró de reojo la hilera de frasquitos que esperaban a ser rellenados. El número de ellos había aumentado y, durante unos segundos, les lanzó una mirada de inquina.

¡No! ¡No debía sentir eso! Solo se trataba de una comprensible frustración. El devenir de los acontecimientos era lógico, así como también sus sentimientos respecto a ello. No era más que un individuo en busca de la salvación. Solo uno para demostrarle al resto de lo necesario de sus actos. Como tal, tenía limitaciones que se había visto en la obligación de subsanar.

Lo había descubierto poco después de la muerte de la prostituta. A pesar de las ventajas de sus empleos, había entrado en una espiral que no parecía tener fin. Si se extralimitaba, lo atraparían.

Por fin, no había tenido más remedio que admitir que no podía trabajar en eso solo. Se pasó días y noches pensando cómo resolverlo, pues una ayuda del exterior suponía un riesgo demasiado grande para asumirlo. No obstante, su mente privilegiada había sido capaz de dar con la solución. Ahora contaba con una colaboración impuesta por las circunstancias y la necesidad, pero sería él mismo quien se mantendría en la sombra, dejando que fuera el otro quien se expusiera. Evidentemente, no le había explicado la verdad. Había convencido al hombre de tal forma que creía estar beneficiándose a expensas suyas. Que imaginara lo que quisiera. Le convenía esa prepotencia. Quizá ahora podría avanzar de verdad.

Miró de nuevo los botes alineados, a la espera de salir al mundo como portadores de un nuevo cambio.

Sonrió. Estaba impaciente.

Capítulo 13

—¿Cómo has conseguido que nos dejen pasear por Rochester Park? —le preguntó a Sebastian mientras él tendía su mano para ayudarla a subir a la montura femenina.

El mozo de cuadra permanecía en silencio, sujetando las riendas de los dos caballos y atento a cualquier movimiento inesperado de los animales.

Desde su llegada, Phillipa había notado cómo los sirvientes se esforzaron porque se sintiera cómoda en la mansión, proporcionándole la misma atención que si se tratara de una ilustre invitada. Incluso le prepararon una bonita habitación en la que pudiera ponerse su traje de amazona. Sin embargo, no llegaba a comprender qué relacionaba a Sebastian con aquel lugar, porque durante el viaje se había empeñado en mantener un velo de misterio.

Sentía una inmensa curiosidad.

—No te gusta —musitó él, mirándola fijamente.

Phillipa, sin llegar a poner la bota en el estribo, aspiró una bocanada de aire, observando los arbustos bien cuidados que rodeaban el patio empedrado y los parterres de flores de colores. Después sonrió, visiblemente impresionada. Aquella finca no podía compararse con la majestuosidad de Stanbury Manor, si bien seguía siendo un lugar precioso y encantador por el que cabalgar aquella nublada y fría mañana.

Si la lluvia no lo estropeaba.

—No es lo que quería decir —aclaró—, sino todo lo contrario. Estoy maravillada. Solo me extraña que tú...

Phillipa dejó la frase a medias y volvió la vista hacia la dócil yegua que le habían asignado. Dio un pequeño impulso y se subió sobre ella. Iba a explicarse mejor, pero Sebastian tomó las riendas de *Sándalo* y le entregó las de la yegua a Phillipa. El mozo se retiró con discreción tras recordarles el

camino que debían seguir.

—Sé que no estoy en condiciones de comprar una propiedad de estas dimensiones y opulencia —dijo él, encabezando el paseo con su caballo de color caramelo. El ritmo era tan pausado que Phillipa terminó situándose justo a su lado.

—No pretendía ofenderte —musitó ella, a modo de disculpa.

Ni siquiera con su fortuna sería capaz de mantener Rochester Park. ¿Cómo podría hacerlo Sebastian?

—Phillipa Baker, te conozco lo suficiente como para saber cuáles son tus intenciones —declaró con tranquilidad, valiéndole una sonrisa por parte de ella—. Eres incapaz de juzgar a alguien por ser de otra condición social.

De inmediato cambió el gesto, arrugando los labios. No le gustaba que la consideraran superior por el mero hecho de pertenecer a una familia en la que sus bisabuelos habían sido duques.

—La única diferencia es el dinero —sentenció, tal vez con demasiada rotundidad, sin tomar ninguna otra consideración.

—No lo creo —la contradijo Sebastian sin dejar de mirar al frente—. También está la educación, las relaciones e influencias, el poder... El abanico es muy amplio.

Phillipa agitó la mano, dispuesta a protestar.

—Estarás de acuerdo conmigo en que todo lo que acabas de citar se consigue gracias al dinero.

Era la inmensa diferencia que marcaba estar en una posición acomodada o luchar para sobrevivir. Ella veía día tras día a la gente contraer enfermedades sin tener en cuenta su condición social. Ninguno de ellos podía permitirse mejores tratamientos, pero la muerte abarcaba a todos por igual.

—¿Qué me dices de los lores que están en la quiebra? A pesar de sus problemas financieros tienen más oportunidades que un tipo como yo.

—Porque la mayoría de las veces cuentan con un gran patrimonio —argumentó—. Es cierto que tendrán más facilidades de crédito, si bien eso no

los hace mejores personas. Has recorrido las calles del East End conmigo. ¿Te das cuenta de que muchas de esas familias apenas tienen con qué alimentar a sus hijos y a pesar de ello son generosas con lo poco que tienen? —Phillipa suspiró con abatimiento, como si hubiera mantenido la misma conversación un millar de veces—. Lo encuentro admirable. Todos deberíamos aprender de esa gente en vez de arrugar la nariz y pensar que van a robarnos.

Sebastian lanzó una carcajada, impresionado por su forma de pensar. Aunque no debería estarlo; ella era una mujer llena de ricos matices.

—¿Sabes? Eres una pequeña revolucionaria. ¿Qué diría tu tío si te escuchara hablar ahora mismo?

Apenas conocía al duque de Dunham, por lo que sus impresiones sobre él no eran más que un esbozo. Había apoyado a Phillipa en su deseo de convertirse en enfermera. Sin embargo, no sabía hasta qué punto llegaba su comprensión.

—Que puedo pensar por mí misma —declaró ella con orgullo—. Jamás osaría menospreciar la inteligencia de las mujeres.

—Y por eso mismo lo quieres tanto —apuntó Sebastian.

Phillipa asintió mientras el camino torcía a la derecha.

El amor que le profesaba a su tío era infinito. No siempre estaban de acuerdo en todo, pero él respetaba suficientemente su opinión como para escuchar todos sus argumentos.

—¿Vas a explicarme de una vez por todas cómo has conseguido que demos este paseo a caballo o pretendes mantener el secreto hasta el fin de los días?

—¡Ahhh! —exclamó Sebastian con énfasis, manteniendo una sonrisa juguetona en sus labios—. Menuda damisela curiosa has resultado ser.

Ella fingió ofenderse.

—¿Curiosidad? En absoluto —murmuró como si no tuviera importancia—. Solo estaba dejando que te vanagloriaras. Deberías verlo como un gesto

de consideración.

Lo miró durante unos instantes, le guiñó un ojo con complicidad y volteó la vista hacia el frondoso bosque al que se acercaban. El camino parecía perderse en sus entrañas.

—Rochester Park pertenece a lord Hawthorne —explicó él.

—¿Se trata de un amigo?

Sebastian estuvo pensándolo durante unos segundos.

—No tendría mucho sentido afirmar que a lord Hawthorne y a mí nos une una amistad. Somos algo así como viejos conocidos.

La curiosidad de Phillipa fue en aumento.

—Sin embargo, nos deja montar por su propiedad.

Sebastian se encogió de hombros, apartando una rama a la altura de su cabeza que entorpecía el paso y que podía resultar peligrosa. El ritmo de los caballos era pausado, así que no tuvo ninguna dificultad.

—Lord Hawthorne está en el norte y su secretario personal sabe que me debe algunos favores. Solo he necesitado pedírselo con amabilidad.

Phillipa entreabrió los labios, un tanto desconcertada.

—¿Lord Hawthorne desconoce nuestra visita? —Sebastian asintió en silencio y ella sintió remordimientos—. ¿No está mal que nos aprovechemos de su ausencia?

—No te preocupes —la tranquilizó—. No estamos en ningún aprieto. Su secretario tiene suficiente poder para actuar en su nombre y él mismo ha dado su autorización. Además, te garantizo que lord Hawthorne no hubiera puesto ningún inconveniente.

Phillipa respiró con cierto alivio y se interesó de nuevo por la relación que unía a los dos hombres.

—¿Qué es lo que hay entre ambos? —Sebastian la miró un instante, en silencio y ella volvió a intentarlo—. ¿Por qué te debe favores? —preguntó.

—Eso queda entre él y yo —dijo de forma concisa.

—Pero... —protestó ella, para tratar de conocer toda la historia.

Sebastian levantó una mano y con la palma abierta señaló el bosque, que ya empezaba a rodearles.

—Bonito paisaje, ¿no te parece?

Phillipa resopló, consciente de sus intenciones.

—Así no conseguirás que deje de hacer preguntas —le aclaró, por si tenía alguna duda.

Él sonrió.

—Permíteme reservarme algunos secretos, ¿te parece? La discreción siempre ha sido parte de mi encanto.

Visiblemente frustrada, Phillipa inspiró intensamente y abandonó el tema, pero aprovechó la oportunidad. A lomos de su yegua se sentía relajada. Y como bien había dicho Sebastian, el paisaje era hermoso, así que bien podía pasar el tiempo conociéndolo mejor.

—¿Qué hay de Hansberg? ¿Cómo y cuándo empezaste a trabajar para él?

Ante las preguntas, él detuvo su caballo durante un segundo, sin llegar a perder la sonrisa de los labios.

—¡Vaya! —exclamó—. No pierdes el tiempo.

Ella no hizo caso a la ironía.

—Durante estas semanas tú has tenido la oportunidad de conocerme bien. Sabes dónde trabajo, quién es mi familia, con quién me relaciono... ¿No crees que deberías corresponderme del mismo modo?

Ninguno de los dos pensó que conocerla era parte del trabajo de Sebastian.

—Está bien. Supongo que es lo justo —le concedió de inmediato—. Hace unos ocho años me encontraba en Bermudas con mi destacamento, The Leicestershire Regiment...

Phillipa se quedó con la boca abierta, aunque debería haberlo imaginado. Ese afán protector suyo, su desconfianza y su cautela eran rasgos que debió aprender en el ejército.

—¿Fuiste soldado? —inquirió.

Él asintió, escrutando su rostro. Buscaba alguna señal que indicara qué

pensaba sobre aquello, si bien tras recuperarse de la primera impresión su expresión se tornó neutra.

—De infantería —aclaró—. Y antes de eso granjero.

—¿Cómo? —se sorprendió ella de nuevo. Sus cejas se curvaron en un gesto que a Sebastian le pareció encantador.

De un modo u otro, ser soldado iba acorde con su personalidad, pensó Phillipa. Granjero no. Aunque por un instante se permitió fantasear con la visión de un joven y curtido Sebastian, con la piel tostada al sol, trabajando la tierra con sus propias manos...

Sintió un calor abrasador recorriendo su cuerpo. Él la estaba observando con atención, así que procuró disimular, nada dispuesta a ponerse en evidencia. Pero lo cierto era que, a pesar del agradable paseo, Phillipa deseaba que la besara.

Aquella era la pura verdad.

Algunas veces se había encontrado, al hablar, mirando sus labios en vez de sus ojos, preguntándose cómo sería que Sebastian tomara la decisión de que sus bocas se juntaran.

—¿No me imaginas labrando el campo y alimentando a los animales?

«Oh, Señor». Ahora sí podía, lo cual era todavía peor. Phillipa comenzaba a desear algo que podía resultar del todo irrealizable.

Trató de enderezar la conversación para garantizar su propio bienestar mental. Pensar en besos solo conseguiría que por las noches diera vueltas y más vueltas en la cama sin llegar a conciliar el sueño.

—¿Dónde naciste?

Aquella pregunta no causaría ningún mal, se dijo, de repente, más animada.

—En el condado de Wiltshare —contestó él—. A los diecinueve años, tras la muerte de mi madre y sin ningún pariente en el mundo, vendí la pequeña granja, abandoné las tierras que me habían visto crecer y me uní al Ejército Británico de Su majestad. ¿Nos detenemos?

Phillipa asintió. Dejó que él lo hiciera primero y después lo siguió ella.

Con los caballos pastando tranquilos decidieron seguir el camino a pie. Al principio, ambos se mantuvieron silenciosos, uno al lado del otro, sin mirarse siquiera. Phillipa sentía un hormiguelo de expectación que trataba de controlar. No obstante, cuando Sebastian le ofreció el brazo en un gesto galante, no pudo ni quiso rechazarlo.

—Como dije antes —continuó él—, coincidí con Hansberg en Bermudas. El marqués llegó a la isla en un viaje en calidad de diplomático y los altos mandos me ordenaron ser su acompañamiento durante las dos semanas que duraría su estancia.

—¿Como estás haciendo conmigo?

—Algo así —murmuró de forma evasiva, sin llegar a concretar que Hansberg había recibido por aquel entonces amenazas de muerte y que su vida corría un serio peligro. El propio Sebastian lo salvó de un intento de asesinato, valiéndole la admiración del marqués—. Antes de marcharse de Bermudas me ofreció un empleo. Como no fue muy preciso sobre ese tema, terminé rehusándolo.

Phillipa lo miró con atención.

—¿Entonces?

Sebastian le sonrió, rogándole en silencio que tuviera paciencia.

—Tres meses después recibí una carta desde Inglaterra escrita de su puño y letra, pero esta vez su propuesta fue mucho más seductora.

—Y aceptaste —terminó Phillipa por él.

—Sí —afirmó—. ¿Me consideras un mercenario por abandonar el ejército de ese modo?

Phillipa hizo un movimiento de negación con la cabeza, sin soltarle en ningún momento.

—No pienso eso de ti en absoluto —declaró—. Más bien deduzco que te sentiste orgulloso porque Hansberg insistiera en contar contigo.

—Eso fue lo que me hizo decidirme. No solo las alabanzas en sí, sino que

me considerara digno de su confianza. Y, por supuesto, el sueldo era el mejor aliciente.

—Me alegro de que lo hicieras.

Sebastian detuvo el paso y la miró directamente a los ojos, en una expresión que a Phillipa le costó descifrar.

—No puedo creerlo —dijo para sí, maravillado—. ¿Estás diciendo que...? ¿Es posible que tú...? —Movi6 la cabeza con incredulidad—. ¿Ya no est6s molesta por mi contrataci6n?

Ella tard6 un momento en responder, buscando las palabras adecuadas.

—Debes entender que Frank llevaba a mi servicio muchos a6os —comenz6 diciendo.

—Cometi6 errores —expuso 6l—. Su ausencia durante el incidente con Ronnie fue inexcusable.

Phillipa suspir6. No ten6a m6s remedio que darle la raz6n.

—Lo s6. Su deber era mantenerme a salvo y no estaba cuando lo necesitaba. Sin embargo, para m6 era importante seguir contando con 6l.

—Porque te lo permit6a todo —puntualiz6 Sebastian, sin ganas de empezar una discusi6n. No obstante, aquella hab6a sido la causa de todos los conflictos mantenidos con Phillipa: su exagerado deseo de independencia.

Ella dej6 que una sonrisa tranquila aflorara en sus labios.

—Tal vez —murmur6 sin terminar de admitirlo—. Y a causa de aquellos hechos, termin6 ligada a un hombre mand6n que se empe6aba en llevarme la contraria. —Phillipa hab6a estado luchando parte de su vida contra los patrones establecidos en la sociedad, tratando de seguir propio su criterio. Por eso se rebel6 ante la imposici6n de Sebastian—. Solo quer6a decirte que, a pesar de todo, lo hemos llevado bien.

6l hab6a terminado por comprender que su labor era necesaria.

—La mayor parte de las veces, aunque los inicios no fueron f6ciles. —Lo recordaba bien—. Yo no era tu adversario y, con todo ello, decidiste no pon6rmelo f6cil —puntualiz6.

—Estaba disgustada por el cambio —se excusó ella—. Debes entenderme. Él asintió, teniendo la imperiosa necesidad de preguntar:

—¿Y ahora?

Phillipa lo miró sin entender.

—¿Ahora? —repitió.

—¿Qué sientes ahora respecto a mí?

«Me muero porque me beses».

Phillipa inclinó el rostro hacia el otro lado e hizo ver que contemplaba el paisaje en un burdo intento de ocultar su turbación.

—Yo... pues... —vaciló—. Ya no me molestas tanto.

«Cielo Santo, Phillipa, eso es lo más tonto que has dicho en tu vida», se reprendió de inmediato.

La carcajada de Sebastian resonó entre los árboles como una rica y fresca melodía. A Phillipa le pareció profunda y varonil, incluso fascinante. Sin apenas poder remediarlo, se fijó en su boca y en sus dientes, sabiendo bien lo que quería.

¿Por qué no había experimentado semejantes sensaciones con Charles?, se preguntó entonces con preocupación. Los besos que compartieron fueron cálidos y amables, por lo que resultaba fácil sentirse a gusto con él. Tal vez consiguió hacerla sonrojar en algún momento —sobre todo al principio, cuando Phillipa era más joven e inexperta—, pero a medida que fue conociéndolo mejor y se dieron cuenta de que compartían los mismos ideales, lo suyo se transformó en un sincero respeto y admiración mutua; sentimientos alejados del ideal romántico.

Cuando se convirtió en Phillipa Baker, lo hizo orgullosa y convencida de que no había hombre mejor. Charles era paciente con todos, sabio y concienzudo en sus diagnósticos o tratamientos, tolerante y entregado a las causas perdidas. Todos aquellos aspectos de su personalidad consiguieron ganarse la admiración de Phillipa. Sin embargo, ambos parecieron olvidarse de la dulzura y la pasión. Y no se arrepentía en absoluto de aquel matrimonio,

solo de que no la había dejado preparada para los sentimientos que le despertaba Sebastian en aquellos momentos.

Cuando él dejó de reír soltó su brazo y con una mano volvió el rostro de Phillipa hacia sí.

Sus miradas se cruzaron.

Ella aguardó, esperanzada.

—Me alegro de no molestarte tanto —lo escuchó decir con una suavidad a la que estaba poco acostumbrada, pero que a la vez resultaba maravillosa. Estuvo tentada de cerrar los ojos y dejarse llevar—. Significa mucho para mí.

Su mente se esforzó por responder con un mínimo de coherencia.

—A veces todavía consigues que pierda los estribos....

—¿Como esta mañana? —replicó él divertido—. Hervías de indignación.

Phillipa asintió, recordando la escena del vestíbulo. Donde ella creía haberse comportarse con dignidad para no ser sometida a la voluntad de Sebastian, terminó admitiendo que se había precipitado en todas sus conclusiones.

—Podrías haberme advertido de tus intenciones desde un principio en vez de enviar a Tilly a revolver entre mis cosas —se defendió ella con un deje de ofensa en la voz—. Nos hubiéramos ahorrado semejante espectáculo.

—¿Qué sería de la vida sin un poco de diversión?

Phillipa hizo caso de su tono juguetón.

—Eres un masoquista —musitó—. Y estoy comenzando a creer que me provocas a propósito.

—Oh, no —negó él, acompañando sus palabras de un gesto de cabeza—. Que Dios me salve de ello. Sin embargo, desde la distancia, reconozco que discutir contigo tiene ciertos beneficios.

Phillipa entornó los ojos, con sospecha.

—¿Cómo cuáles?

—Que uno sabe lo que significa convivir con el diablo.

A pesar del tono jocosos de Sebastian, las mejillas de Phillipa se inflamaron

mientras se erguía del mismo modo que un pavo real.

—Eres un...

No pudo continuar, porque en aquel instante, vislumbró la lengua de Sebastian —asomada entre su boca entreabierta—, que se acercaba a ella hasta conseguir capturar sus labios. Y fue justo entonces cuando su cabeza dejó de funcionar y sus sentidos se colapsaron de tal modo que ya no le importaron ni el tiempo ni el lugar.

El beso pretendía ser una caricia suave, un tentador estímulo que ella recordara durante las próximas horas. Sin embargo, para ambos se convirtió en algo más. De repente, el cuerpo de Phillipa cobró vida, sintiendo su feminidad. Le rodeó el cuello con sus brazos, se pegó a él y le respondió con un frenesí que desconocía poseer.

Si bien Phillipa no llevó las riendas, tampoco se comportó como una damisela ruborizada. La mujer recta y juiciosa que todo el mundo conocía se transformó en alguien nuevo, más pasional, que reclamaba la boca de Sebastian como si fuera un premio con el que alzarse orgullosa. Y cuando el beso se intensificó y sintió mover la lengua de Sebastian dentro de ella, se aferró más a él —si todavía era posible—, para perderse en un mar de sensaciones que no había experimentado antes.

Fue Sebastian quien se separó primero, pero ambos repararon en que tenían la respiración entrecortada.

Phillipa notó cierta pereza, un instinto de posesión y un enorme vacío cuando el contacto se interrumpió, porque ella hubiera prolongado el momento eternamente. Suspiró y lo contempló con una mezcla de timidez y orgullo.

—¿Estás bien? —le preguntó él con gentileza.

A ella le costó hablar, así que terminó asintiendo, uniéndose ambos en un silencio que no resultó nada incómodo.

—¿Crees que deberíamos regresar? —preguntó Phillipa al cabo de un minuto.

—¿Quieres? —preguntó él, a su vez.

Su mirada era tan intensa que notó que el corazón se le inflamaba de emoción. Sin embargo, cuando pudo sobreponerse a aquella sensación, dudó sobre si contestar diciendo la verdad o ser sensata, ya que Phillipa deseaba permanecer en el mismo lugar y seguir compartiendo besos. ¡Por Cristo bendito, no conocía nada más placentero que aquello! No obstante, la voz de la razón y la educación recibida la llevaban por otro camino.

Miró al cielo en un intento de ordenar sus ideas.

—Podría llover —dijo con cierta apatía, porque en realidad le importaba bien poco mojarse.

—Sí —musitó él, mirando hacia su misma dirección.

Phillipa no se percató de que Sebastian tampoco deseaba marcharse.

—Estaría bien tomar un té caliente —se obligó a decir para no parecer tan evidente, si bien el té estaba bien lejos de sus prioridades. Ni estaba sedienta ni tenía frío. Y mucho menos deseaba mantener una charla decorosa e intrascendente con Sebastian.

Sus pensamientos iban mucho más allá...

Sebastian bajó la mirada y la posó sobre sus labios y Phillipa tuvo la maravillosa sensación de que él estaba recordando el momento que acababan de compartir.

Notó un reconfortante calorcito en su interior.

—Si es lo que quieres. —Su voz parecía tan poco entusiasmada como la suya propia.

—Será lo mejor —afirmó ella sin convencimiento. Toda una ironía con regusto amargo. El beso había pasado y no tenía más remedio que olvidarlo. Phillipa debía afrontar los hechos: aquello era un caso aislado y Sebastian nunca más se atrevería a extralimitarse de ese modo... aunque ella se lo permitiera.

«No pienses más ello», le aconsejó su voz interior, pero era más fácil recordárselo que conseguirlo. Estaba convencida. Atesoraría aquel momento durante mucho tiempo.

Capítulo 14

Cuando el carruaje se detuvo frente a su casa, Phillipa dejó que Sebastian tomara su mano para descender sin mirarlo directamente, cada vez más consciente de él, de su fuerte mentón, de su suave cabello, de sus hombros... Desde el beso, se había dado cuenta de que permanecía atenta a sus movimientos y que era incapaz de sosegar sus deseos.

Por un momento, quiso cerrar los ojos e imaginar que él volvía a besarla, dejándose llevar como una corriente de agua, ajena a todas las consecuencias. Sin embargo, la voz de la razón se impuso y le recordó que era el lugar menos apropiado para hacerlo. Además, ella no era una mujer dada a las ensoñaciones. Permitir que un hombre la afectara de ese modo era un suceso inaudito, así que tuvo que prometerse a sí misma que iría con cuidado.

Puso los pies en el suelo; de un modo literal, aunque también físico.

Sorprendió a ambos por igual que la señora Walton, el ama de llaves, estuviera esperándolos en el vestíbulo con signos de preocupación en el rostro. Además, removía sus manos sin cesar.

Phillipa se detuvo de inmediato y Sebastian, con el equipaje de ella en la mano, lo hizo a su lado.

—Señora Baker, la estábamos esperando —dijo tan pronto la vio. El tono de su voz hizo que Phillipa se tensara.

—¿Qué sucede? —preguntó de inmediato mientras iba palideciendo. En su cabeza ya se formaban miles de conjeturas—. ¿Mis tíos?

El ama de llaves la miró insegura para terminar moviendo la cabeza.

—No —murmuró en un hilo de voz.

—¿Qué ocurre, entonces? —quiso saber, animándola a continuar.

La vio tragar saliva, un gesto que no indicaba nada bueno.

—Se trata de Tilly —escuchó decir.

Phillipa frunció el ceño. ¿Solo un problema del servicio? Entonces, no entendía la urgencia.

—Sea lo que sea podemos hablarlo más tarde. O mañana —sugirió. Porque debía asearse y vestirse para la cena con la familia Lefont.

Phillipa había estado pensando en un vestido en concreto, cuyo corte realizaba su figura, y con el que pretendía impresionar a Sebastian.

—Me temo que este problema requiere de su atención inmediata, señora Baker. No hay modo de eludirlo.

Phillipa asintió, cediendo ante lo inevitable.

—Está bien, cuénteme.

Sin embargo, el ama de llaves no contestó. La puerta que conducía a las escaleras del servicio se abrió y el movimiento terminó llamando la atención de todos.

—¿Martin? —preguntó Phillipa con estupefacción al reconocer la figura que se acercaba a ellos con paso tranquilo—. ¿Qué diantres...?

—Buenas noches, Phillipa. Señor Field. —Observó a ambos con intensidad, como preguntándose de dónde vendrían.

¡Dios, qué vergüenza!, pensó una mortificada Phillipa. Ella había fingido estar enferma y ahora él estaba comprobando que no era más que una mentira.

—Señor Rafferty —saludó un Sebastian de lo más tranquilo, al parecer ajeno a sus inquietudes—. Buenas noches.

Phillipa también quiso mostrarse cortés. Entonces se dio cuenta de que Martin jamás había estado en su casa. ¿Cómo habría adivinado dónde vivía?

—Martin, no te esperábamos.

—Lo sé, pero la señora Walton me mandó un mensaje con uno de los criados.

El ama de llaves asintió para corroborar sus palabras.

—Tilly cayó desmayada al suelo —dijo a modo de explicación. Y no debía dar ninguna más, porque hacía años que Phillipa le había dado la

dirección personal de Martin para casos en que se requiriera su ayuda.

—Supongo que te habrá dejado revisarla. La muy testaruda estuvo enferma y no permitió que la lleváramos al hospital —dijo Phillipa con seriedad—. Esta vez me hará caso.

Iba a exigirle a Tilly que dejara de resistirse tanto, pues eso no la beneficiaba en absoluto. Además, Martin era un doctor muy bueno y atento, así que podía fiarse de sus intenciones.

—Eso no será necesario —contestó él, acercándose hacia donde se encontraba. Después la tomó del codo—. Phillipa, escúchame: Tilly ha muerto.

Le dio un suave apretón y la soltó.

El rostro de Phillipa reflejó una inmensa incredulidad y miró a Martin y a la señora Walton alternativamente.

—¿Cómo? —preguntó sin encontrarle el sentido. Aquella mañana Tilly estaba bien—. Eso no es posible.

—Me temo que sí —reafirmó él—. Cuando he llegado ya no había nada que hacer.

De forma inmediata, sintió la mano de Sebastian en su espalda, reconfortándola. Y aunque se trataba de un gesto más íntimo que el ofrecido por Martin, nadie pareció escandalizarse.

—¿Dónde está?

—Arriba —contestó el ama de llaves.

Los cuatro subieron hasta las dependencias del servicio en un sombrío silencio. Tilly no tenía una habitación propia, por lo que debieron de instalarla en una vacía. Desde su contratación había convenido con la señora Walton ser una doncella externa, puesto que Phillipa se las arreglaba sola la mayor parte del tiempo, sobre todo de noche y con sus alocados e interminables turnos de enfermera. Además, odiaba la idea de tener a alguien a su disposición siguiéndola a todas partes, como si ella fuera una mujer inútil o dependiente. Así que Tilly seguía viviendo con su madre. Llegaba

temprano a trabajar y se marchaba antes de la cena. Quizá fuera un trato extraño, pero las partes estaban conformes con ello.

Cuando Phillipa la vio, se cubrió la boca con la mano. Estaba acostumbrada a ver muertos, pero la imagen de Tilly tumbada en una cama con su vestido de doncella y unos ojos cerrados que no abriría nunca más hizo que la embargara la emoción.

¿Quién hubiera dicho, aquella mañana, que sería la última vez en verla con vida?

Se dirigió a la señora Walton.

—¿Alguien ha avisado a su pobre madre? —Una viuda parlanchina que vendía fruta en el mercado. Phillipa no la conocía, pero sabía mucho de ella debido a Tilly, que había heredado aquel rasgo de su madre.

Cerró los ojos. Ay, Dios, qué terrible noticia.

El ama de llaves negó con un tenue movimiento de cabeza. Parecía muy incómoda por encontrarse en aquella situación y evitaba mirar hacia la cama. Quién podía culparla; Tilly era demasiado joven para haber tenido aquel final.

—Esperábamos sus órdenes, señora Baker. Solo hemos subido su cuerpo y llamado al doctor para que confirmara su muerte —explicó despacio.

Miró a Martin.

—¿Está...?

No se había acercado. Podía reconocer los signos y sabía a ciencia cierta que no se trataba de un desmayo. Sin embargo, una parte de ella se aferraba a la esperanza.

—Lo está —confirmó su amigo.

Tragó saliva y trató de mantenerse serena, imponiendo la lógica por encima de la emoción.

—¿Cuál puede ser la causa? Una mujer joven no se desploma así como así.

—Pero había estado enferma, señora Baker. Faltó a trabajar los últimos

cuatro días de la semana pasada —le recordó el ama de llaves.

—Estaba ya recuperada —terció Phillipa, tratando de recordar todos los detalles sobre el estado de salud de Tilly—. Había recobrado el color de sus mejillas, el apetito y lo más importante, las fuerzas.

—¿Por qué no hablamos fuera? —sugirió un Sebastian atento. Podían mantener la conversación en un lugar más cómodo—. ¿En el salón, tal vez? A todos nos iría bien una taza de té; con un chorrito de brandy —añadió.

Phillipa lo observó durante unos segundos, sin verlo en realidad.

—No sé lo que se hace en estos casos.

En el hospital existían unas formalidades establecidas que todos cumplían. Cuando murieron sus padres o su abuela era demasiado joven como para que la dejaran intervenir y en el caso de Charles... Aquello fue distinto. Su tío Jeremy y su tía Edith estuvieron siempre a su lado, aconsejándola en los momentos más difíciles.

—Lo sé —contestó él con afecto—. No te preocupes, me tienes a tu lado.

Phillipa murmuró un escueto «gracias» y bajaron al salón, donde Martin decidió permanecer con ellos hasta que se resolvieran todos los detalles. Al fin y al cabo eran amigos.

Fue entonces cuando los cuatro se enfrascaron en una discusión sobre quién debía notificar la muerte a la madre de Tilly.

—Yo la contraté, así que es mi responsabilidad —declaró Phillipa, que creía firmemente que era lo adecuado—. Le pediré al cochero que me lleve y podemos traerla aquí antes de decidir qué hacer. Estoy segura de que querrá ver a su hija.

Ciertas personas podrían llegar a pensar que la sobrina de un duque no debía inmiscuirse en los temas del servicio, incluso con una muerte. Sin embargo, Phillipa no era así. Ella se preocupaba de la gente que la rodeaba y actuaba según su conciencia le dictaba. No era una obligación informar a la madre de Tilly, sino un deber.

—Te acompañaré —anunció Sebastian para que nadie tuviera duda alguna

—. No es seguro que vayas sola. Pero antes deberías escribir una nota disculpándote por no poder asistir a la cena con los Lefont —le recordó. Aquel compromiso debía posponerse o cancelarse definitivamente—. Me encargaré de que alguien la lleve al Savoy.

Phillipa asintió. La consolaba contar con él. Y no porque se sintiera más protegida, aunque eso también. Más bien porque tenerlo a su lado le daba fuerzas.

El ama de llaves no estuvo de acuerdo con la resolución que se había tomado respecto a la madre de Tilly.

—Si me disculpa, señora Baker, usted la contrató, pero estaba bajo mis órdenes —protestó educadamente—. Yo hablé con ella cuando solicitó el puesto y verifiqué sus recomendaciones. No eran muchas, pues era muy joven, pero lo suplió con esfuerzo. Debería ir yo.

—Es cierto lo que dice, aunque es mejor que me lo deje a mí.

Ella había dado noticias de aquel tipo decenas de veces y, aunque nunca se acostumbraría a ello, sabía cómo hacerlo.

La señora Walton siguió sin estar de acuerdo.

—He trabajado con Tilly durante unos años. Estrechamente —puntualizó—. Sé que era buena chica y sé, también, que estaba reuniendo dinero para ayudar a su madre a comprar un puesto fijo. No se preocupe, sabré consolarla.

Phillipa dudó durante un instante. Aquello tenía sentido, aunque una parte de sí se resistía.

—Tal vez deberías dejarla —opinó Sebastian.

—Estoy de acuerdo —terció Martin.

Se acercó a la chimenea para contemplar las llamas, cuyo calor la reconfortaba.

—Señora Walton, será como usted quiera —dijo sin darse la vuelta—. Puede disponer del carruaje. —Era lo adecuado, dadas las circunstancias, y nadie puso ninguna objeción. Cuando el ama de llaves se retiró, Phillipa

escribió una nota de disculpa para los Lefont y a continuación su mente se concentró en las causas del trágico suceso—. Martin, ¿sospechas qué ha podido suceder?

Se escuchó un suspiro, seguido de una silenciosa reflexión. Tardó más de lo esperado en responder, porque Phillipa sabía que no se arriesgaría a afirmar algo con lo que no estaba cómodo.

Se apartó de la chimenea y sus miradas se cruzaron. Sin hablar, ambos sabían lo que ella deseaba.

—Me temo que no —dijo al fin—. Sin un examen más detallado es imposible hacerlo. Y todavía así...

Dejó la frase sin terminar para que ella no concibiera esperanzas. Había múltiples factores y causas que podían explicar su muerte. Abrir su cuerpo podía ser un proceso inútil.

—Se lo explicaré a su madre. Si ella nos concede el permiso, ¿lo harás?

Martin deseaba ayudarla y más cuando confiaba tanto en él, pero a veces Phillipa era demasiado testaruda. Debía entender que no siempre se podía indagar en las muertes. Algunas cosas eran un misterio y lo seguirían siendo hasta el fin de los días.

Decidió ser práctico con el dolor ajeno.

—¿Es necesario? Eso solo la afligirá más.

Ella no se dio por vencida.

—¿Es que no tienes curiosidad por averiguar el motivo? Tilly era joven.

—Y había estado enferma —agregó Martin, recordando las palabras del ama de llaves.

Phillipa las desestimó en un intento por llegar al fondo de la cuestión. Había algo en aquel asunto, una sensación que no sabía definir, que le molestaba.

—Unas simples fiebres.

—Que pueden esconder una enfermedad grave —rebatía él. Se acarició el mentón con cierto cansancio y se arrellanó en el cómodo sofá—. Es un

síntoma. Tú lo sabes, Phillipa.

No estuvo de acuerdo. Y, por supuesto, no pudo evitar rebatir el argumento.

—¿Conoces algún caso en que exista una recuperación milagrosa?

Tras dos golpes en la puerta apareció la tímida Sophie cargada con una bandeja que contenía una tetera caliente, los platillos y las tazas para servir el té, cucharillas y tenedores de plata, azúcar, unas copas para el licor y un esponjoso bizcocho. Se trataba de una criada que no solía atender a los invitados, pero aquella era una ocasión fuera de lo común.

Se hizo el silencio en la habitación.

Lo dejó todo sobre una mesita de roble y tras asegurarle Phillipa que ellos mismos se servirían, hizo una rápida reverencia y fue a buscar la licorera de brandy.

—Yo no lo llamaría «recuperación milagrosa». —Martin reemprendió la conversación al cabo de un minuto, incorporándose para alcanzar su taza. Vertió el té en ella y cuatro cucharadas bien cargadas de azúcar—. A veces prevalece mucho el deseo de mejoría.

Phillipa levantó la vista.

—¿Estás diciendo que regresó a trabajar cuando todavía no estaba recuperada?

—Es una posibilidad, sí.

—Una deducción que no admito —declaró ella de forma cortante—. Fui testigo de su mejoría. ¿Acaso me crees tan tonta como para no notarlo?

Martin se quedó helado por la respuesta. Su lengua podía ser afilada, lo sabía, pero jamás con él. Tras recuperarse de la impresión trató de calmar a una ofendida Phillipa.

—No estoy diciendo eso —declaró con una suavidad propia de él.

—¿Entonces, qué? —insistió con vehemencia, esperando una respuesta que la satisficiera.

—Phillipa, deja que el doctor Rafferty se explique, por favor —intervino

Sebastian, que conocía su carácter a la perfección.

Había escogido para sentarse una butaca alejada, pero desde aquella posición vislumbraba perfectamente todo el salón.

Ella le lanzó una mirada ceñuda, aunque no replicó.

—A veces... —Martin vaciló, midiendo sus palabras—. A veces —repitió, antes de proseguir—, el paciente se convence de que está mejor, sobre todo cuando sobre él recaen muchas responsabilidades. Prevalecen más las cargas contraídas, por lo que termina engañando a su propio cuerpo. Por supuesto, solo se trata de un estado transitorio —explicó despacio, atento a las reacciones que sus palabras despertaban en Phillipa—. No obstante, si tú sospechas de otra cosa, no voy a oponerme. Haré lo que creas necesario.

—¿Incluso abrir el cuerpo?

—Sí. —Martin, por su parte, silenció sus propios recelos. No se encontraba cómodo con aquella elección, porque no creía que hubiera nada de excepcional en la muerte de aquella chica. No se había cometido ningún crimen ni nada que lo justificara, salvo la petición de su amiga. Si lo hacía sería por Phillipa, concluyó. Sin embargo, tenía una condición innegociable —: Si la familia de Tilly consiente —le advirtió.

Phillipa se relajó visiblemente y sus ojos reflejaron un brillo de satisfacción. Si la situación no fuera tan tensa y delicada hubiera aplaudido. Sin embargo, se mantuvo serena. No podía dejar pasar aquella corazonada, se dijo. Tal vez no significara nada y estuviera en un error, pero era mejor ser precavida.

Sebastian, por su parte, no hizo ningún esfuerzo por seguir la conversación. Dejó el té para los demás y prefirió una copa de brandy, sumergiéndose en unos pensamientos que lo habían perseguido durante todo el camino a casa.

En el carruaje había estado pensando si debía volver a besar a Phillipa. Más que pensar, debatía consigo mismo. Por supuesto, él lo deseaba, pero había otros factores a considerar, como que ella estaba fuera de su alcance y que, por lo tanto, no debía traspasar ciertos límites.

Después del beso que le dio bajo los árboles, ella no había presentado signos de irritación. Sin embargo, tampoco parecía eufórica, como sí lo estaba él. A pesar de ello, tuvo que mantener sus emociones bajo control hasta comprobar por sí mismo que no había estropeado la relación que los unía.

Disimulando que todo iba bien y que nada había sucedido entre ellos, Sebastian sintió el irrefrenable impulso de saber cómo estaban las cosas, de asegurarse de no haber metido la pata. Así que le dio conversación con alguna historia inocua sobre sus días en el ejército. A modo de descuido trató de tomarla de la mano para calibrar su reacción, pero para su mayor consternación, ella se echó hacia atrás y todas sus buenas intenciones se hundieron en el lodo.

No todo estaba perdido, se dijo entonces con cierta esperanza. Después de dejar los caballos en los establos, Phillipa y él habían tomado el té y unos bocados en un pequeño salón, bonito y acogedor, para después recibir una extensa visita por la residencia principal de Rochester Park, que incluía una pequeña capilla del siglo anterior con frescos en las paredes y en la cúpula. Durante aquellas pocas horas, ella permaneció atenta a las explicaciones del secretario de lord Hawthorne, conocedor de la historia familiar. Sin embargo, Sebastian no sintió rechazo alguno hacia él y Phillipa seguía manteniéndose a su lado, obsequiándolo a veces con escuetas sonrisas.

Atento a su postura, a sus gestos y miradas, Sebastian buscó un momento propicio para hablar con ella. Después de pensarlo mucho llegó a la conclusión de que lo mejor era dejarlo pasar y vivir del bonito recuerdo. Momentos después volvió a cambiar de opinión y se inclinó por besarla de nuevo.

Esa era su intención cuando la señora Walton les comunicó la noticia de la muerte de Tilly.

Con la copa en la mano izquierda y la derecha sobre su rodilla, se esforzó por detener el constante movimiento de su pierna que delataba su nerviosismo.

«¿Cómo puede ser? No soy un hombre inseguro», pensó para sus adentros. Las dudas jamás lo habían atormentado como hasta aquel entonces.

Phillipa era la culpable de todas sus vacilaciones.

«No te dejes vencer por unos sentimientos que no eres capaz de entender», se aconsejó. Lo mejor que podía hacer era manejar la situación con calma y meditar profundamente sobre los pasos a dar. Solo así sería capaz de decidir si iba a besarla de nuevo, sacar a relucir el tema o enterrar el asunto.

Sus instintos, su mente y su corazón hablarían por él.

Capítulo 15

—No es justo —escuchó decir a su lado con cierto tono lastimero—. Era demasiado joven para morir.

Sebastian volteó el rostro y la miró atentamente.

—Lo sé, aunque debemos recordar que ha sido voluntad de Dios.

Phillipa levantó el mentón mientras estrechaba fuertemente el pañuelo entre sus manos enguantadas. Durante el sepelio se había mantenido firme, si bien hubo un momento en el que tuvo que secar sus ojos. Más concretamente cuando la madre de Tilly se echó a llorar de forma desconsolada.

El cementerio parroquial, cubierto de lápidas de distintos tamaños, se encontraba casi vacío. Tanto los sirvientes de Phillipa, como los amigos y los vecinos de la señora Halbard, se habían marchado tras la liturgia religiosa y las palabras de consuelo que ofreció el sacerdote, dejando que los enterradores se encargaran de los restos de la difunta.

—¿Crees que para ella es un consuelo?

Señaló a la madre de Tilly, que observaba con atención cómo bajaban el ataúd hasta el lugar donde su hija descansaría por toda la eternidad.

—Nunca lo será. Pero no hay mucho más que podamos hacer.

—Salvo acompañarla en estos duros momentos —la escuchó murmurar, percatándose del repentino estremecimiento que sacudió su cuerpo, que coincidió con el momento en el que los enterradores comenzaron a echar tierra sobre el féretro.

Sebastian sintió una oleada de afecto por ella y por su compasión. Tras comprobar que la afligida señora Halbard no era capaz ni de sostener sus piernas, Phillipa se había responsabilizado de todo sin que nadie se lo pidiera. Para evitar que el cuerpo de la criada fuera lanzado a una fosa común, asumió todos los gastos, eligió el ataúd de madera, contrató el transporte, acordó la hora del funeral, consoló a la madre y encargó una sencilla lápida de piedra

en la que poder llorar en los días y meses venideros.

Con el nombre de Tilly grabado en ella y una hermosa cruz, se podía leer: «Para siempre».

Así de buena era la Phillipa que conocía. Y no contenta con ello, se empeñaba en esperar a la señora Halbard y llevarla hasta su casa.

Con un gesto cada vez más usual en él, Sebastian acarició su espalda de forma suave y continuada, consiguiendo que Phillipa reaccionara de un modo inesperado. Se acercó a este y enterró su rostro en el pecho masculino. Eso hizo que se sintiera lleno de satisfacción, y también de júbilo. Besarla era una sensación maravillosa, pero tenerla pegada a su cuerpo era un sentimiento que iba a la par.

—Debería haber dejado que Martin hiciera un examen —comentó al cabo de unos minutos. Unos minutos que para Sebastian resultaron celestiales—. Me hubiera quedado más tranquila si conociera la causa de su muerte.

—La señora Halbard dijo que no —objetó él, recordando su reacción. A pesar del tacto con el que Phillipa lo sugirió, para la mujer aquello era una blasfemia—. Debemos respetar sus deseos.

—Santo Cielo, es difícil. En mi interior siento que era lo correcto.

—El doctor Rafferty ya te advirtió que no había ninguna seguridad. Phillipa, no te tortures más. Déjalo ir —le aconsejó.

Se oyó una fuerte inspiración seguida de un suspiro. Sebastian sabía que estaba reflexionando sobre sus palabras.

—¿Soy demasiado terca?

La pregunta consiguió que Sebastian sonriera. Le dio un afectuoso beso en la cabeza y contestó:

—Demasiado.

—Eso no es lo que quería oír —declaró ella a modo de protesta, aunque Sebastian la notaba demasiado relajada como para que estuviera enfadada.

La tomó de los hombros, haciéndola incorporarse, y clavó la mirada en sus ojos.

—Podría decir mucho sobre ti. —La mayor parte buena, si bien eso se lo reservaba para sí—. Entiendo que tus intenciones son honorables, porque sientes una especie de deber con Tilly, pero conviene recordarte que ella ya no está entre nosotros y es su madre quien merece respeto.

La expresión de Phillipa se dulcificó.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan sensato? Tus argumentos son irrefutables.

Él arrugó el ceño.

—¿He logrado convencerte?

—Estoy notando cierto tono de perplejidad, señor Field —dijo con una mezcla de formalidad y humor—. No sé cómo sentirme al respecto.

—No pretendía ofenderte —declaró Sebastian—. Aunque admitirás que cuando se te mete una idea en la cabeza...

—Es difícil hacerme cambiar de opinión —terminó Phillipa por él—. Sí, lo sé —dijo, antes de lanzar un suspiro.

—Creo que eso se debe a que estás luchando en un mundo que no está hecho para las mujeres. Quiero decir —aclaró—, que no se os tiene en consideración. Tú tienes mucho que ofrecer y no soportas verte relegada a un papel silencioso. De ahí viene tu terquedad.

Phillipa se lo quedó mirando durante unos segundos, estudiando su rostro.

—¿Y eso está mal? —preguntó con ciertas dudas.

Sebastian negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Eres decidida y ese es un rasgo que aprecio mucho en ti.

—Que aprecias —la escuchó repetir.

Por un momento, Sebastian creyó detectar en su tono una pizca de decepción.

—Sin embargo —continuó él—, hay algunas batallas que no deberías librar o que no ganarás nunca, aunque te empeñes en ello.

—Es probable que tengas razón —contestó ella, acompañando sus

palabras con una mueca—. En mi interior siento que es lo que debo hacer, así que no dejo que nadie me detenga. Hasta que llegaste tú —se quejó—, con tus normas y limitaciones.

Sebastian frunció el ceño.

—Dada tu tendencia a correr riesgos, he sido bastante benévolo. —Sacudió la cabeza de un lado a otro—. No dejas de meterte donde no se te quiere.

La expresión de Phillipa se volvió decidida.

—¿Quién ayudará a esas mujeres si no lo hago yo?

Ella tenía razón en aquello. El problema radicaba en que él se preocupaba por su constante toma de decisiones, que la conducían a enfrentamientos con doctores que deseaban reafirmar su posición dominante en el hospital, estibadores, prostitutas o esposos de mal carácter. Así que Sebastian se encontraba en una constante lucha entre la admiración que sentía por ella y el temor a que sufriera algún daño.

Ninguno de los dos continuó con una conversación que habían mantenido en muchas ocasiones, desde el mismo instante en el que se conocieron. Además, la señora Halbard quiso regresar a casa, por lo que no tardaron en abandonar el cementerio.

Era difícil confortar a una madre que acababa de perder a su hija. Aun cargados de buenas intenciones, cualquier palabra que saliera de sus bocas no serían más que un consuelo insustancial, un gesto que no la ayudaría a levantarse por las mañanas. Así que tanto Phillipa como él decidieron que era mejor seguir callados hasta tener algo realmente importante que decir.

En medio de un doloroso silencio, acompañaron a la señora Halbard hasta el carruaje, de modo que la mujer tuviera quien sostenerla en los momentos más difíciles. Poco más podían hacer.

El vehículo que los transportaba se detuvo en Bethnal Green, un humilde vecindario de casas bajas, con cuerdas de tender la ropa que serpenteaban por las fachadas, de un lado a otro de la calle. Los niños correteaban sobre el pavimento mojado por las lluvias nocturnas y algunas mujeres conversaban,

reunidas en las puertas de sus casas.

Detuvieron su animado parloteo al verles pasar.

Sebastian había ofrecido su brazo a la señora Halbard, cuyos lamentos habían ido disminuyendo a lo largo de la mañana. Mientras avanzaban hacia su hogar, todas sus vecinas inclinaron la cabeza en señal de respeto y murmuraron plegarias por el alma de Tilly.

La señora Halbard apenas tuvo voz para agradecerse. Solo deseaba tumbarse en su cama y cerrar los ojos para mitigar el dolor.

—No podemos dejarla sola —murmuró Phillipa en voz baja, acercándose a él pero con la mirada puesta en la madre de Tilly. Sin quitarse siquiera la chaqueta, permanecía hecha un ovillo.

—Entiendo que estés preocupada, pero tú no eres responsable de lo sucedido —contestó en voz baja, también—. Has hecho todo lo que ha estado en tus manos para ayudar.

La vio vacilar.

—Déjame unos minutos. Buscaré a una vecina dispuesta a quedarse con ella. Por lo menos en el día de hoy.

Cuando ella se marchó, Sebastian contempló a su alrededor. Olía a humedad y las paredes no estaban en las mejores condiciones, aunque desde que acompañaba a Phillipa en sus visitas de enfermera había visto viviendas mucho peores. La única ventana que daba a la calle estaba cubierta por una gruesa cortina que intentaba proteger del frío y, por lo menos, la madre de Tilly contaba con una estufa en la chimenea que parecía usarse a menudo, puesto que sobre ella reposaban un par de ollas.

Se arrodilló y al cabo de unos minutos había conseguido encender el fuego.

Phillipa regresó cuando la estancia comenzaba a calentarse. Traía buenas noticias o, por lo menos, una que les daría tranquilidad.

—Su vecina Lottie, a la que he conocido en el entierro, me ha asegurado que cuidará de ella.

Al oírlo, Sebastian relajó los hombros.

—¿Esta solución te complace?

Ella lo miró.

—Por supuesto que sí. Primero enviará a su hija mientras ella termina de preparar comida para su familia. También para la señora Halbard —añadió al final.

Sebastian asintió.

—Es bueno contar con gente amiga dispuesta a apoyarte en los momentos más difíciles.

La expresión de Phillipa reflejó agrado. Cuando volteó el rostro hacia la señora Halbard, se dio cuenta de que se había dormido.

—Mejor así —murmuró, antes de comenzar a curiosear a su alrededor y a poner orden. Incluso dobló algunas ropas que se encontraban amontonadas sobre una silla y las colocó sobre una mesa rinconera tapada con un mantel de flores gastado.

—No sabes quedarte ociosa, ¿verdad? —le preguntó Sebastian con un levantamiento de cejas.

Permanecía apoyado en una de las cuatro paredes de la vivienda, controlando todos los movimientos de Phillipa. Se dio cuenta de que era tan ágil realizando aquellas tareas como lo era en el hospital.

—Así podrán sentarse —dijo ella en su defensa—. Porque no pensarás que no es un comportamiento propio de alguien de mi posición, ¿me equivoco?

Sebastian esbozó una sonrisa de depredador. Si pretendía retarle dialécticamente, iba a llevarse una buena sorpresa.

—No —la tranquilizó—. Después de todas estas semanas a tu lado me doy cuenta de que actúas como lo sientes, no según lo que se espera de ti; aunque eso signifique dejarte llevar a Rochester Park.

Sebastian se maldijo en el mismo instante en que aquellas palabras salieron de su boca. Era un imbécil, un mentecato y un hombre poco caballeroso. ¿Cómo podía mencionar en voz alta un acontecimiento que la

sociedad calificaría de inmoral? No lo era para él, que lo disfrutó tanto, por supuesto. Pero seguía sin saber cómo se sentía Phillipa al respecto.

Cuando se dio cuenta que ella abría y cerraba los labios, azorada, no pudo evitar enrojecer.

—Yo no... —comenzó a decir él, si bien no supo cómo terminar. Dijera lo que dijera ya había metido la pata.

Phillipa se acercó con las manos en las caderas y un rictus de enojo en el rostro.

—¿Qué demonios significa eso? ¿Qué quieres decir? —preguntó, si bien el significado estaba claro.

Tragó saliva. Era imposible salir indemne del lío en el que se había metido él solo, así que no tuvo más remedio que seguir con el comportamiento indebido, aunque ella lo tachara de bribón.

Se enderezó y puso sus manos en la cintura de Phillipa, notando la suavidad de su cuerpo.

—Digo que comprobé por mí mismo cuán decidida puedes llegar a ser. Y no me estoy quejando —matizó para que no hubiera dudas—. Me encantó que respondieras a mis besos del modo en que lo hiciste, demostrando que eres una mujer apasionada. Besas realmente bien.

Fue el turno de Phillipa para sonrojarse, pero no hizo ningún intento por apartarse.

—Dios Bendito, ¿cómo se te ocurre sacarlo a relucir? —preguntó en un susurro.

—No vayas a escandalizarte ahora —le pidió con voz suave.

Sebastian, que no podía apartar la vista de ella, estaba resuelto a no dejar pasar la oportunidad de disfrutar de cierta intimidad. Así que se atrevió a acariciar su mejilla.

A Phillipa se le escapó un suspiro involuntario. No obstante, reaccionó con cierta dureza: su semblante se contrajo y su voz sonó a reproche.

—Estamos en medio de una situación que requiere decoro.

Sebastian estaba convencido de que ella disfrutaba de las caricias dadas tanto como él lo hacía al proporcionárselas, si bien se percató que lanzaba miradas de soslayo a la cama. Comprendió que le preocupaba que la señora Halbard pudiera escucharles.

—Está dormida —le aseguró—. Tus secretos están a salvo.

No se fio de sus palabras.

—¿Qué pretendes?

—¿Acaso no resulta obvio? No puedo ni deseo resistirme a ti.

Sebastian estaba más preparado para recibir un bofetón tras aquella declaración que para la reacción que Phillipa le ofreció. Ella subió un brazo por la espalda masculina y acarició su nuca con total libertad, enterrando los labios en su cuello. Una vez fue suyo, comenzó a obsequiarle con unos sugerentes besos húmedos y sonoros que llegaban hasta su garganta, calentando su piel, mientras la lengua jugaba un papel destacado.

Sebastian estuvo a punto de estremecerse de placer y solo con aquello notó cómo algunas partes muy concretas de su cuerpo comenzaban a cobrar vida. En Rochester Park había comprobado que Phillipa era una mujer llena de fogosidad que no se doblegaba ante las imposiciones ni quedaba relegada a un papel de espectadora. Si entonces reaccionó a su beso fue porque así lo sintió, no porque temiera algún daño por su parte. Sin embargo, ni en sus mejores sueños Sebastian había imaginado que ella tomara la iniciativa. Y se sentía encantado. Vaya si lo estaba.

Tal vez resultara extraño, para ojos ajenos, que una mujer sin un hermoso rostro consiguiera hacerlo estremecer. Por el contrario, Sebastian lo encontraba natural, porque decir que ella le gustaba era no hacer justicia a la realidad.

Dejarse llevar por sus instintos hubiera sido un placer. Deseaba besarla, sentir el contacto de su piel y olvidarse del Londres que conocía a favor de concentrarse en ese exquisito cuerpo. Phillipa estaba bien dispuesta y en aquel momento a Sebastian no se le antojaba nada mejor. Era cierto que el lugar no era el más adecuado, así que debería conformarse con un beso. Solo

uno.

¿Qué daño podía hacerles?

Sus planes se vinieron abajo cuando ella se separó repentinamente, dejando una huella helada en su cuerpo. Sebastian la buscó, impaciente por saber el motivo de su reacción, y se dio cuenta que ella no le estaba mirando. Phillipa se había inclinado hacia un lado y observaba lo que parecía ser un estante atiborrado de objetos.

—¿Phillipa? —preguntó, porque no podía creer que ella prefiriera limpiar a disfrutar de sus besos.

—Sebastian, mira —le instó con agitación al mismo tiempo que el matiz de su tono de voz lo ponía en alerta.

Después de eso, tiró de la manga de su chaqueta, obligándolo a prestarle atención.

Entornó los ojos hacia el lugar donde ella indicaba y, en un primer instante, no comprendió lo que pretendía decirle.

Phillipa tuvo que aclarárselo.

Dos horas más tarde, Sebastian veía a Phillipa observar el frasco que había contenido el medicamento de Tilly con el ceño fruncido, que encontró cuando ambos permanecían abrazados y acariciándose —lo cual no era muy halagador para su ego—. Lo sostenía con cuidado, como si se tratara de un sagrado cáliz. Tenía los talones fuertemente clavados en la alfombra del salón y durante los últimos minutos había permanecido en silencio, solo contemplándolo.

Sebastian aprovechó la ocasión para escrutar cada una de las expresiones que cruzaban por su rostro. Pasado otro minuto sintió la necesidad de conocer sus pensamientos.

—Deberías sentarte —le aconsejó en primer lugar. Ella alzó la mirada

durante unos segundos y volvió a concentrarse en el objeto que le suscitaba tanto interés—. Por mucho que te empeñes, no va a hablarte.

Phillipa hizo caso omiso del sarcasmo y siguió manteniendo la misma postura que hasta entonces.

—Maldita sea, esto es increíble —murmuró para sí misma, haciendo girar el frasco.

—¿Qué es lo que te parece tan increíble?

—Oh, Sebastian, no puede tratarse de una mera coincidencia —dijo convencida—. Sé que hay una relación entre la muerte de Tilly y la de Lily Helps.

Sebastian se tensó.

—No puedes saberlo con certeza —replicó él con cautela.

—Lo intuía, entonces —matizó ella—. Tuve una corazonada aquella vez y sigo teniéndola ahora.

—Phillipa... —protestó Sebastian.

—¿Vas a negar que los dos frascos son exactamente iguales? —Y para que él no tuviera dudas, lo alzó frente a sus ojos.

Para Sebastian no era suficiente.

—Siento desilusionarte, pero no debes olvidar que el frasco de Lily Helps no era más que un jarabe reconstituyente. Horace Shaw lo analizó para ti. — Le lanzó una mirada cargada de sabiduría y a continuación siguió hablando—. Por si fuera poco, identificó cada uno de los ingredientes, que no resultan peligrosos ni juntos ni por separado.

—Sin embargo, los frascos... —insistió ella.

Sebastian suspiró. Phillipa tendía a sacar un montón de conclusiones. Y no todas eran correctas.

—Son de cristal oscuro —admitió él—. En eso estamos de acuerdo.

—Tienen la misma forma y tamaño. Son como dos gotas de agua —repuso con empeño—. El de Lily Helps sigue en manos del señor Shaw, aunque lo recuerdo bien. Mañana le pediré que me lo devuelva.

—Deja que agüe tus ilusiones. Estás suponiendo que lo ha guardado. ¿Por qué debería hacerlo? No es más que un jarabe. —Phillipa fue a replicar, pero Sebastian la detuvo con un gesto—. Si por algún milagro consigues recuperarlo, eso sigue sin probar nada. Estoy seguro de que hay decenas de frascos iguales y, además, el de Tilly está vacío. No puedes compararlos.

La vio fruncir los labios en lo que le pareció un delicioso mohín.

—Lily se tomó un remedio y murió. A Tilly le sucedió lo mismo. Solo hay que enlazar los puntos.

—Haz caso a la razón: estás imaginando lo que no es.

—Por supuesto que no —replicó ella, testaruda. Incluso alzó la barbilla con insolencia—. Estoy en el camino correcto.

—No sabemos a ciencia cierta qué enfermedad padecían. La gente muere continuamente; y más en esta ciudad. Eres enfermera. Por supuesto que lo sabes.

Sebastian atacó su punto más vulnerable y, aunque a Phillipa le dolió, supo sobreponerse de inmediato.

—Yo estoy hablando de otra cosa.

—No —negó él—. Se te ha metido una idea loca en la cabeza y ni siquiera eres capaz de escuchar. Déjalo de una vez.

Ella lo miró con una pizca de resentimiento. Dejó el frasco en una mesita y se sentó frente a él con los brazos sobre su regazo.

—¿Eso es lo que me aconsejas? —Sebastian asintió, despacio y dubitativo, porque por el brillo de sus ojos sabía sin lugar a dudas que Phillipa iba a presentar batalla. No se equivocó—. Hecho número uno: Lily había estado con fiebre. Se tomó un jarabe comprado por su esposo, aparentemente se recuperó y después terminó muerta. —Hizo una pausa antes de añadir—: Eres libre de interrumpirme cuando desees.

Sebastian chasqueó la lengua, divertido por su altivez, porque de nuevo creía tener razón.

—No estoy tan seguro de esa «causa-efecto» que estableces. —Los

fundamentos de las conjeturas de Phillipa eran endebles. Sin embargo, se dijo a sí mismo que era mejor dejarla continuar. Por el momento—. Adelante.

—Desconocemos dónde compró el jarabe el señor Helps. Si lo supiéramos con certeza, me sería más fácil demostrarlo.

—Puedes ir olvidándote de preguntárselo —le advirtió con rotundidad—. Tu relación con él dista mucho de ser cordial.

—No me tiene aprecio, lo sé —declaró ella con cierto grado de aflicción. Entonces tuvo una idea y su rostro volvió a recuperar la ilusión—. Podemos enviar a Martin.

Sebastian tuvo que hacer un esfuerzo por no levantar el tono y resultar grosero.

—¿Podemos?

¿Desde cuándo estaba él metido en aquel sinsentido?, se preguntó. Además, la sola idea de pedir ayuda al doctor Rafferty conseguía eliminar cualquier rastro de humor que tuviera.

Phillipa asintió con vigor y, por un segundo, Sebastian creyó vislumbrar una sonrisa socarrona en sus labios.

—Eres tú quien se empeña en fundamentar mis razonamientos.

—Porque no se tratan más que de especulaciones por tu parte —matizó él. Phillipa trató de convencerle.

—No podemos dejarlo ahora que andamos sobre la pista correcta. Martin es un buen amigo y un respetado doctor. Ya verás, nos hará avanzar en la investigación.

Sebastian se puso de pie y se acercó, inclinándose sobre ella.

—Esto no es ninguna investigación —anunció serio. Phillipa Baker era un constante quebradero de cabeza, incluso cuando ambos habían experimentado un acercamiento. Así que lo último que deseaba era tenerla olfateando como un sabueso—. Vas a abandonar esta idea tonta ahora mismo.

Ella se enfureció.

—¿O qué? —lo retó—. ¡No tienes ninguna autoridad sobre mí! Además,

yo no me acercaré al señor Helps, así que no puede hacerme ningún daño. — Tras su estallido inicial, Phillipa pareció relajarse y terminó lanzándole una mirada implorante—. ¿Es que no lo comprendes? Si lo compró al mismo vendedor que la madre de Tilly, eso demostrará que el jarabe es perjudicial.

Antes de marcharse, Phillipa había conseguido averiguar que la señora Halbard lo obtuvo en una parada del mercado donde se vendían todo tipo de remedios. El precio que pedían por él era mucho más barato que lo que demandarían en cualquier botica, por eso no se lo pensó dos veces. Y al parecer funcionó, porque Tilly se recuperó, les contó.

Sebastian apretó los dientes.

—¿Has pensado cómo se sentirá su madre si estás en lo cierto?

—Aliviada —afirmó.

—Culpable —le contradijo Sebastian—. Al fin y al cabo, fue ella quien lo compró.

Aquel argumento la hizo dudar; lo vio en su expresión. No era tan fácil decidirse cuando podía dañar a otras personas.

Permaneció callada y Sebastian aprovechó su indecisión para sentarse en el sofá, junto a ella.

—Tiene que haber algún error en la elaboración del jarabe —comentó Phillipa al cabo de unos segundos—. Si nos dejamos llevar por la desidia acabaremos siendo culpables de las muertes que están por llegar. Hay un montón de desconocidos en peligro, pero también podría ser alguien cercano a nosotros o incluso niños —que era la peor situación de todas—. Yo no puedo vivir con semejante cargo de conciencia. ¿Y tú?

Sebastian iba a responder que ella tenía razón, que se había vuelto a salir con la suya, si bien se distrajo cuando su mano derecha comenzó a cobrar vida. De forma autónoma la alzó hasta tomar la mano de Phillipa y en un impulso le dio la vuelta y acarició su palma. Primero fue con la yema del pulgar y después con los labios, mientras buscaba con lentitud la nívea piel de su muñeca.

Los besos fueron tenues y aterciopelados. A su paso iban dejando una

estela de suspiros por parte de Phillipa, que permanecía inmóvil, pero dócil y manejable.

De vez en cuando cerraba los ojos para disfrutar de cada una de las sensaciones.

Sebastian separó los labios de la piel de Phillipa y levantó la mirada.

—Si vas a detenerme, que sea lo antes posible —le pidió con la voz afectada.

Phillipa abrió y cerró los ojos, evaluando sus palabras.

—¿Lo harás si te lo pido?

—Qué remedio —masculló él por lo bajo, nada satisfecho ante la perspectiva.

A lo largo de los años, Sebastian había estado con mujeres, algunas por el mero hecho de satisfacer sus deseos. No le importó si eran cariñosas, si tenían buen corazón o se interesó siquiera por sus sueños futuros. Tanto ellas como él sabían que era un mero intercambio de placer. Con otras, en cambio, dejó a un lado la parte más física y sexual, que implicaba cuerpos sudorosos y besos hambrientos. Como militar fue invitado a distintas cenas y conoció a algunas damas que le ofrecieron una estimulante conversación. Sin embargo, nunca fue más allá.

Phillipa era una mezcla de todo. Eso y mucho más. Si sumaba lo que sintió por esas mujeres, ni siquiera se acercaba a los sentimientos que ella despertaba en él. Porque le interesaba todo: sus opiniones, su modo de comportarse, su entrega a los demás, incluso su rebeldía y testarudez. Además, era más que obvio que la deseaba. Si por él fuera la llevaría en aquel mismo instante a la cama, pues su mente no había dejado de atesorar el corto momento del que disfrutaron en casa de la madre de Tilly.

—No tienes por qué hacerlo —la escuchó murmurar, consiguiendo que la excitación de Sebastian aumentara. Sin embargo, decidió ser cauto.

Examinó su rostro.

—¿Estás segura? —preguntó, para que las dudas se disiparan.

Contuvo el aliento hasta que ella le pidió:

—Quédate un poco más.

—Phillipa, sabes que yo...

Ella acalló sus protestas poniendo un dedo sobre los labios masculinos al mismo tiempo que lo obsequiaba con una sonrisa.

—Deja de preocuparte. Antes no lo estabas —dijo, haciendo alusión a las palabras dichas en casa de la señora Halbard.

—¿Te molesté?

Phillipa amplió su sonrisa, esta vez mostrándose juguetona.

—Oh, sí. Voy a demostrarte cuánto. Anda, tonto, bésame de una vez.

—Mujer, nunca he cumplido una orden con tanto entusiasmo, ni siquiera cuando estaba en el ejército.

Ella no pudo replicar, puesto que la boca de Sebastian invadió la suya con avidez mientras sus manos se afanaban por deshacer su recogido y liberar así el cabello femenino. Deseaba enredarse en él, acariciarlo, pero se movía con cierta torpeza, impaciente como estaba.

—Yo lo haré —dijo Phillipa con diversión, al darse cuenta de su estado. Todo ello sin apenas dejar de besarse—. Tengo más experiencia.

Sebastian le hizo caso y aprovechó que ella estaba ocupada para acariciar su espalda, su cintura, su estómago... Paulatinamente sus manos fueron subiendo hasta detenerse en la curva de sus pechos, donde comenzó a masajearlos con suavidad.

¡Cómo le estorbaba la ropa!

Estaba preguntándose cómo sería tocarlos con total libertad cuando el tenue jadeo de Phillipa lo sorprendió. Su cuerpo se prendió como una mecha y la necesidad de ella creció de forma considerable. Así que la tomó de la cintura y la colocó a horcajadas sobre él, quedando ambos frente a frente. Fue entonces cuando sus besos se volvieron más feroces. Las lenguas se enredaron, Sebastian la tiró hacia atrás del cabello —sin hacerle daño— y comenzaron a devorarse.

Él ni siquiera se había dado cuenta de que estaba a punto de perder el control.

Transcurrieron unos minutos en los que en el salón no se escucharon más que respiraciones aceleradas, jadeos y el sonido de la ropa al restregarse. Mientras Phillipa mordisqueaba el jugoso labio inferior de Sebastian, la falda se había subido a causa de la posición en la que se encontraba, pero eso no pareció molestarla, pues se apretaba contra el cuerpo masculino con atrevimiento.

Quiso llevarla a su habitación. Estaba a punto de sugerírselo, convencido de que ella aceptaría, cuando una conversación entre criados en el pasillo que daba al salón la hizo saltar hacia atrás como una gacela asustada.

Phillipa se apresuró a arreglarse la ropa y con su cabello hizo una trenza, adecentándose lo mejor que pudo.

Nadie entró; ni siquiera era la intención de los criados, pero fue suficiente para que la magia del momento se rompiera. Sebastian sabía a ciencia cierta que ya no podrían retomar lo que habían dejado a medias y se sintió vacío. Se preguntó si llegaría el momento de dar suelta a todos sus deseos.

Con Phillipa nunca se sabía.

Capítulo 16

Echó un vistazo a la noche cerrada de las calles londinenses a través de la cortina de terciopelo verde que cubría el cristal. El carruaje se desplazaba ruidoso por los adoquines.

Apoyado en una esquina del vehículo, no dejaba de recordar lo sucedido en el salón de Phillipa. Con los ojos abiertos o cerrados, los recuerdos y las sensaciones eran tan vívidos que sentía como si lo estuviera notando de nuevo. El cosquilleo en sus labios mientras los femeninos, suaves y maleables, se adaptaban a los suyos; absorber el aliento ajeno; deslizar la lengua por la boca... Por un instante tensó todos sus músculos ya que, con solo evocarlo, volvía a desearla.

«Relájate, Sebastian».

Era fácil decírselo, pero no tanto conseguirlo. Él, que siempre conseguía someter a su cuerpo y su mente a un control que muchos de sus compañeros envidiaban. Si lo vieran ahora...

Por Dios, solo deseaba más y con más intensidad. Qué locura. ¡Qué bendita locura! Parecía increíble que sintiera de tal modo la emoción del contacto y que el deseo empezara a dominar cada pensamiento referido a Phillipa. Había imaginado cómo y cuándo volvería a pasar y si se mostraría tan voluntariosa.

Qué mujer. Cómo le gustaba; incluso con lo que más le fastidiaba de ella. Empezaba a sentir que, aunque lo deseaba con cada fibra de su cuerpo, llevar su relación más allá de lo estrictamente profesional no era lo más prudente. De hecho, había estado a punto de presentar una excusa para no asistir a la cena de lady Deirdre McDougall. Nadie se lo hubiera tenido en cuenta, ni tan siquiera Phillipa. Aun así, como hombre práctico que era, había terminado por claudicar. Una cosa era no querer enfrentarse a ciertos temas tabú y, otra muy distinta, no admitir que deseaba acudir a esa cena, pero solo porque lo

haría en calidad de acompañante. Por tanto, aceptó la invitación y Phillipa se comprometió a hacérselo saber a la anfitriona.

De común acuerdo, tanto ella como él decidieron que no estaría bien visto acudir al hogar de la ciudad de los McDougall en el mismo transporte. Si bien en el día a día sí lo hacían, solo se trataba en calidad de protegida-empleado. Ahora la relación estaba dando un suave giro y Sebastian sentía un cosquilleo desconocido en las palmas de las manos por ello.

Se acercaron a Dover Street y casi lo cruzaron en su totalidad. Al llegar, se asomó y vio otro carruaje que reconoció como el de Phillipa. Sonrió satisfecho. Como sabía de su puntualidad y contaba con ella, habían acordado que se encontrarían frente a la casa. Por alguna razón absurda quería entrar con ella del brazo.

Se apeó y se acercó a la puerta del otro vehículo. Esta se abrió y de ella salió Phillipa, abrigada por una capa oscura cuya capucha le cubría la cabeza y parte del rostro.

—Espero no haberme retrasado.

—No, yo también acabo de llegar.

Sebastian tendió su mano enguantada y sintió un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo cuando la mano femenina, enfundada en un guante de seda blanco, se posó sobre la de él.

¿Acaso no había hecho eso mismo decenas de veces cada día?, se preguntó. ¿Por qué esa sensación? ¿Por qué en ese instante?

Sintiendo que no era el mejor momento para ponerse a especular sin que llegara a ponerse en evidencia, Sebastian la ayudó a bajar del carruaje. Cuando Phillipa se colgó de su brazo, tuvo que hacer un gran esfuerzo para concentrarse.

—¿Estás nervioso?

—¿Acaso lo parezco? —replicó.

—No lo sé. He tenido la impresión de que... No importa. Si es eso, despreocúpate. Todos ellos son personas sencillas. Te sentirás muy a gusto.

—No sé si estar rodeado de duques, marqueses y demás personajes ilustres pueda hacer que me relaje. —Phillipa le había explicado a grandes rasgos quiénes iban a asistir—. Y mucho menos calificarlos de «sencillas».

—Pues lo son, te lo aseguro.

El mayordomo que les atendió se mostró servicial. Cuando se ofreció a retirar la capa de Phillipa, Sebastian tuvo que parpadear. ¡Dios, qué hermosa estaba!

Bajo la luz de las lámparas parecía una diosa pagana que lo hacía estremecer de pies a cabeza. Su pelo tenía una ondulación preciosa y apenas se sujetaba por detrás —o quizá era el efecto que pretendía dar—, por lo que a ambos lados resbalaba una cortina de rizos poco marcados que redondeaban su cara y conseguían un mentón menos pronunciado. En su rostro captó un leve rastro de color en los labios, y su vestido... ¡Dios, su vestido! De un intenso color vino, con escote recto y unas líneas que dejaban vislumbrar cada curva que esa mujer poseía. La caída de la falda fruncida y la leve cola del bajo la hacían parecer un cisne alto y majestuoso sin más adorno que dos rosas grandes del mismo color unidas y bordadas en el pecho. Para rematar, los hombros y el antebrazo estaban cubiertos por un pedazo de tul con filigranas plateadas en la manga.

—E-estás preciosa —aseguró y, de repente, la boca se le antojaba seca. Carraspeó.

Phillipa, que apenas podía quitar la vista de ese hombre, se sonrojó, tratando por todos los medios de no creerse el halago que parecía tan sincero, mas era difícil. Sebastian era un hombre indudablemente apuesto que, seguro, había conocido mujeres exquisitas a las que ella no podía compararse. Sin embargo, que él estuviera allí en calidad de acompañante le parecía un sueño. Y su aspecto, oh, le provocaba unas constantes palpitaciones en el bajo vientre y hacía que las palmas de sus manos se humedecieran. Todo en él era perfecto. Todo. Desde su cabello rubio, brillante y peinado hacia atrás, hasta su traje de etiqueta, negro como la oscuridad que engullía alguna de las peores calles de la ciudad. Su camisa y chaleco blancos estaban impolutos y

almidonados, mientras que el lazo —del mismo color— permanecía atado al cuello en un nudo perfecto.

Phillipa sentía el deseo que se expandía hasta dejarla temblorosa. Jesús, ¿cómo iba a poder pasar la velada con él a su lado sin ponerse en evidencia delante de todos sus familiares y amigos?

Y así los encontró la anfitriona, en medio del vestíbulo, admirándose mutuamente.

—Buenas noches, queridos. —Palmeó, pretendiendo distender el ambiente. Phillipa estaba segura de que incluso ella habría sentido el chisporroteo—. Cuánto me alegro de que hayáis venido. Sois los últimos en llegar.

Phillipa cobró consciencia de lo inapropiado de su conducta y de lo delatora que podía ser, así que trató de esbozar una sonrisa. Se acercó a Deirdre y Sebastian hizo lo propio, mas no la tocó. Ahogó con fuerza el repentino ramalazo de desilusión que sintió.

Conforme se fueron aproximando, las voces de los restantes invitados empezaron a oírse con más claridad. Lo miró en un intento de ofrecerle ánimos. Por suerte, él la vio y esbozó media sonrisa que acompañó con un movimiento de cabeza. De pronto, Phillipa pensó que, si él era capaz de enfrentarse a cualquier contingencia en su trabajo, bien podía afrontar el reto de pasar una agradable velada con ese grupo que representaba a sus más allegados.

Durante los quince minutos siguientes, Sebastian fue de aquí para allá siguiendo a Phillipa mientras esta saludaba a todos y lo presentaba a aquellos que no lo conocían. Durante el recorrido ignoró la mirada inquisitiva del Duque y las cejas alzadas de Hansberg cuando lo vieron como acompañante de Phillipa. Sabía que no tardarían en abordarlo para encarar esa cuestión que se salía de lo habitual. Bien, estaba preparado.

En total había contado que no alcanzaban la quincena de personas y eso lo tranquilizó un tanto. El grupo lo componían las tres mujeres que había conocido el día de la junta, más una cuarta: la duquesa. A ellas había que

añadirles los respectivos esposos, el hijo de uno de ellos, los marqueses, la señora Burton —la quisquillosa tía Odethe de la que le había hablado Phillipa—, las hijas de esta y ellos mismos.

Lo que más le llamó la atención por lo insólito fue el joven de catorce años que le presentaron como Brandon Wells. En su hombro, y como si tal cosa, tenía posado un pajarraco de colores amarillo y azul.

—Se llama Dolores —manifestó el chico.

Supo también que no debía mostrar mayor sorpresa por la forma en que lo miró Phillipa, como si esperara que mostrara su extrañeza, descontento o vete tú a saber. Solo esperó.

—Encantado, Dolores.

—¡CACAHUETES, PISTACHOS!

Fue una experiencia asombrosa, la verdad. Había oído hablar de esos animales, pero no había tenido el placer de verlos con sus propios ojos.

—Tiene hambre —comentó Brandon Wells a modo de explicación.

—No es el único —respondió de forma concisa.

—¡RATAS Y RATONES, MALOLIENTES ROEDORES!

—¿Siempre habla así?

—Por desgracia, sí —intervino el padre—. Es digna hija de su madre.

Le explicaron que ya habían tenido un guacamayo como mascota: Georgette. En uno de sus viajes, todos los Wells al completo se trasladaron a Centroamérica, el lugar de nacimiento del pajarraco. Allí descubrieron por fin que sí era una hembra, como su dueño siempre había creído. La aparearon y de uno de los huevos nació Dolores, un guacamayo tan especial como la madre.

—De inmediato —explicó Jonathan Wells— se produjo un amor instantáneo entre nuestro benjamín y Dolores, tal como sucedió entre Georgette y yo. El niño la bautizó así y el guacamayo solo respondía por ese nombre. También se convirtieron en inseparables hasta el día de hoy.

—Impresionante —se limitó a decir.

Al cabo de un rato, Edward Fillon lo requirió en un aparte, así que Sebastian dejó a Phillipa sosteniendo una charla muy interesante con Garrett Bishop mientras él se dirigía a una esquina de la habitación.

—¿Qué ocurre aquí, Sebastian?

Este se encogió de hombros.

—Nada en especial.

—¿De verdad? —El marqués suavizó su voz de un modo que conocía bien—. Ten la amabilidad de ilustrarme.

No omitió ningún detalle de lo sucedido, aunque no era necesario. No tenía nada que ocultar. Eso sí, sus pensamientos y emociones no le concernían a nadie, así que lo calló.

—Phillipa me dijo que estaría bien que aceptara y lo hice.

—¿Phillipa, dices? —Parecía que acababa de darse cuenta del trato cercano entre ambos.

—Exacto. Y no, no pongas esa expresión. Sé muy bien dónde está mi lugar, pero incluso tú debes concederme que el roce diario lo ha hecho posible.

—Resulta curioso que lo digas, pues nunca he visto que tutearas a tus protegidos por ninguna razón.

Ahí estaba pillado y los dos lo sabían. Sebastian había acabado por creerse sus propias excusas.

—Es el tipo de trabajo. La he sacado de situaciones difíciles. —Aunque, tan pronto lo dijo, le vinieron a la mente otras tantas muchísimo peores que abarcaban a distintos clientes a los que había protegido—. Además —se defendió, irascible—, no veo qué tiene de malo haber aceptado. Solo es una cena.

Hansberg le dirigió una larga mirada que acabó por incomodar a Sebastian.

—Tienes razón —dijo por fin, despacio—. Es tu tiempo libre y puedes hacer lo que te plazca. Lo único que te pido es que tengas cuidado.

Ante la advertencia, el corazón de Sebastian dio una pequeña sacudida. ¿A quién trataba de proteger el marqués?

—Lo tendré, aunque no hay de qué preocuparse. —Valiente mentira para decirse a sí mismo.

Su interlocutor asintió y le dio unos pequeños golpecitos en la espalda para luego alejarse. Y como si esa hubiera sido la señal que necesitaba el Duque, este aprovechó para acercarse.

—Buenas noches, señor Field.

—Excelencia.

Dadas las circunstancias, el duque de Dunham podría haberle permitido un tratamiento más cercano y ambos lo sabían. Sin embargo, a Sebastian le pareció que el rostro del hombre mostraba una suspicacia que no auguraba que eso llegara a suceder.

—Espero que todo esté yendo bien.

—No tiene de qué preocuparse. Su sobrina ha terminado por aceptar mi presencia y hemos llegado a un entendimiento.

—Eso parece.

El hombre le miró a los ojos en silencio durante unos segundos y Sebastian sintió que lo estaba juzgando.

—¿Hay algo con lo que no esté de acuerdo? —encaró.

—En absoluto. —Su tono no era frío, aunque tampoco cordial—. Sé que Phillipa puede llegar a resultar difícil de tratar.

—Si se refiere a su propensión a arriesgarse demasiado en su afán por tratar de ayudar a los demás, sí, no resulta sencillo. Sin embargo, debería estar orgulloso de ella. Eso la hace auténtica.

Tras unos segundos más de silencio, el duque aseveró:

—Siempre he estado orgulloso de ella, señor Field. Phillipa, tal y como usted ha declarado con tanta propiedad, es única. Por eso quiero lo mejor para ella; incluso si es a costa de su propia opinión. Un hombre como yo cuida de los que ama. ¿Entiende lo que trato de decirle?

—Sin el menor asomo de duda.

Solo un necio ignoraría la intencionalidad de sus palabras. O advertencia, en realidad. Sabía a ciencia cierta que no haría referencia a su presencia en la cena. El duque de Dunham ya se había formado una opinión y estaba actuando en consecuencia. Lo que le hizo preguntarse qué veían en él cuando dos hombres tan poderosos sentían la necesidad de prevenirlo.

Sin contar los besos, su comportamiento había sido intachable. Nadie podía poner en duda su profesionalidad. De hecho, ni Phillipa ni él habían vuelto a mencionarlo. Era casi como si no hubiera sucedido. Si no recordara tan bien el sabor de su lengua en la suya ni el calor del cuerpo femenino apretado al suyo, bien podría afirmarse que todo había sido un sueño fruto de una enajenación mental pasajera.

—Me alegra que nos entendamos tan bien, señor Field. Si me disculpa...

El hombre se alejó dejándole la sensación de que había sido examinado, juzgado y sentenciado. La escueta conversación había bordeado la grosería, pero sospechaba que, de estar él en su lugar, habría obrado con la misma mortífera precisión.

De hecho, se sentía como un pretendiente que acabara de pedir la mano de la mujer amada mientras era evaluado por los familiares. Lo que lo llevaba a preguntarse si no era más transparente de lo que le gustaría.

—¿Va todo bien?

Sebastian miró a Phillipa, que se había acercado sin que él lo percibiese.

Sus hombros se relajaron y sintió la imperiosa necesidad de llevársela lejos para poder darle el beso que necesitaba. Sí, no había dejado de pensarlo ni quería hacerlo. Deseaba explorar lo que esa mujer le hacía sentir, por muchas advertencias o veladas amenazas que le hicieran. Quería decírselo, y el repentino deseo de hacerlo le quemaba en la punta de la lengua, aun sin ser el lugar más indicado.

—Todo lo bien que cabría esperar. —Desde el rincón observaba a los demás invitados. Parecía que nadie les prestaba atención. No obstante, si la conversación mantenida con dos de los hombres más poderosos de la nación

indicaba algo, era que nadie dejaba nada al azar.

—¿No estarán pensando en hacerte otro encargo?

Como ni tan siquiera se le había pasado por la mente algo tan descabellado, la miró con interés. Parecía que la perspectiva la alarmaba.

—¿Te disgustaría que me sustituyeran por otro?

Parecía sorprendida y cogida en falta, pero supo reconducir la respuesta con habilidad.

—Bien, debo reconocer que eres bueno en tu trabajo. No puedo permitirme el lujo de ir cambiando de protector cada tres meses.

—Gracias, supongo.

La vio turbarse un instante, pero se rehízo con rapidez.

—¿Y eso ha sido todo? —preguntó de nuevo.

—¿Esperabas algo más?

—No. Sí. No lo sé. Me he sentido inquieta cuando los he visto arrinconarte en esta esquina.

Sebastian dedujo sobre qué tema en concreto había estado pensando Phillipa. ¿Acaso esperaba que les confesara que la había besado en distintas ocasiones?

—No tienes por qué preocuparte. Mis labios están sellados —dijo con intención. Y en efecto, la mirada de Phillipa apenas tardó un instante en dirigirse a sus labios. Señor, qué ganas tenía de besarla. ¿Se arriesgaría a decírselo?—. Phillipa.

—Hummm.

De espaldas al salón y al resto de invitados, parecía concentrada en otra cosa y Sebastian rezaba para estar en lo cierto. Probó.

—Me gustaría volver a besarte. —Su voz apenas era un murmullo. Quería acercarse a ella y susurrárselo al oído, pero era imposible y se conformó con lo que tenía. Bastante se exponía ya.

La mirada de Phillipa se enfocó de nuevo y lo miró desconcertada.

—¿Besarm...? —Se detuvo y enrojeció al instante.

¿Acaso una mujer podía ser más adorable?

—Abrir tu boca —continuó—, rozar tu lengua, absorberte toda, perderme en tu calor.

—¡Santo Cielo! —dijo al cabo de unos instantes.

Empezó a abanicarse con la mano y detuvo el delator movimiento tan pronto vio lo que hacía.

—¡Sebastian! —riñó.

Él quiso simular inocencia, pero había caído preso de su propio e infantil juego y deseaba con toda el alma apoderarse de la boca de esa mujer.

—Lo siento —se disculpó—, pero es la verdad.

—No estás ayudando.

—¿Te facilitaría las cosas que fingiera? —Sentía verdadera curiosidad.

—Sí. No. ¡Argg, no lo sé! Lo único cierto es que este no es el lugar ni el momento.

Sebastian lo sabía. Sospechaba incluso que, si no se controlaba, podía dar por terminados la velada y su empleo.

—Intentaré controlarme, te lo prometo.

Mientras tanto, en el otro lado del salón, cuatro amigas mantenían una conversación, en absoluto intrascendente, al tiempo que paseaban la mirada entre los invitados.

—Bien, estoy escuchando —anunció la duquesa de Dunham a los tres pares de ojos que tan bien conocía.

—Tu tono ha resultado pomposo —replicó Camile—. ¿Verdad que os lo ha parecido, señoras?

Las demás asintieron sin un atisbo de malicia.

—Bien, puede que me haya excedido, pero todavía espero que me

expliquéis qué está haciendo ese hombre en nuestra cena. ¿Algo que decir, Deirdre?

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Si lo piensas, resulta lógico —intervino Leonor con su tono pausado habitual—. Al fin y al cabo eres la anfitriona.

—Ah, sí, es verdad —respondió como al descuido—. En fin, que fue un acto de buena samaritana.

Edith, que no tenía un pelo de tonta, pero sí de impaciente, resopló en respuesta.

—Observa con atención —la conminó Camile.

Inquieta, la duquesa taconeó el suelo con el zapato.

—Ya lo hago.

—Fíjate bien. Mira hacia ese rincón del salón, por ejemplo.

Y siguieron hablando a la espera de que Edith lo viera por sí misma. La edad y la experiencia les habían demostrado que algunas cosas, para creerlas, era mejor descubrirlas.

Le llevó sus buenos cinco minutos, pero al fin enderezó la espalda por completo, con los ojos abiertos de par en par.

—Oh. Oooh. —Apartó la mirada y la fijó en sus tres amigas, que lucían expresiones ansiosas—. Y todas lo sabíais. —Frunció el ceño cuando asintieron—. ¿Y por qué soy la última en enterarme?

—Jeremy —aseveró Deirdre.

—Sí —reflexionó—, él puede llegar a ser un problema, pero ya me encargaré yo en caso de ser necesario. Así que lo invitaste con la intención de...

—Comprobar que no nos habíamos equivocado —concluyó Leonor—. Apenas los vimos juntos, pero nos bastó para advertir que ahí había algo.

No les quitaron el ojo de encima. Con discreción, las cuatro observaron cómo la pareja se incorporaba a diferentes grupos y se lanzaba miradas discretas. A veces no coincidían, aunque se demoraban en el otro. Cuando se

cruzaban, alguno apartaba la vista con rapidez o, si era imposible fingir, esbozaba una sonrisa que el otro correspondía.

Deirdre miró de reojo a Edith.

—¿Te opones?

—¡En absoluto! —exclamó indignada—. Solo estoy sorprendida, eso es todo. Me parece todo muy rápido.

—¿Rápido? —preguntó Leonor—. ¿A qué te refieres?

—¿Cuánto hace que se conocen? ¿Uno, dos meses? Mirad ese rubor delator, la tensión que el señor Field emana.

Camile entendió lo que pretendía decir.

—¿Crees que han traspasado la línea?

—Si no lo han hecho, no les falta demasiado.

—Son adultos —replicó Deirdre—. Ella es viuda.

—Supongo —intervino Leonor—, que piensas que es precipitado.

—¡Exacto!

—Pero no tienes en cuenta —continuó— que su contacto es diario y constante. No hay comparación.

—Y además —intervino Camile—, como sé que sabes, no todas las relaciones pueden concebirse como las nuestras, de larga duración.

—Os concedo eso. Sin embargo, me preocupa el señor Field.

—¿El señor Field, pero no Phillipa? —preguntó Camile.

—Exacto. No estoy segura de que ella quiera volver a casarse.

—Nosotras mejor que nadie sabemos lo que el amor puede conseguir; incluso arrancar las convicciones más arraigadas —apuntó Deirdre.

Todas estuvieron de acuerdo. No obstante, ya no pudieron seguir hablando de ello porque los más jóvenes de la familia comenzaron a quejarse del hambre, y la anfitriona y su marido los acompañaron al comedor.

Capítulo 17

La cena fue, como siempre, dinámica y jovial. Los invitados pudieron disfrutar de la gran oratoria de Jonathan Wells, que relataba a la perfección las anécdotas de los viajes que realizaba junto a su esposa. Solo Sebastian se sorprendió, Phillipa lo sabía, cuando el guacamayo los acompañó a la mesa y se comportó con verdadera educación.

En ese momento, Odethe, al igual que su tío Jeremy y su tía Edith, estaban despidiéndose de los anfitriones. Mientras tanto, ella permanecía en un rincón junto a Grace y Marian Elizabeth.

—Mamá no está muy contenta —comentó Grace, guiñándole un ojo.

—¿Lo dices por esas miradas acusatorias que lanza a nuestra querida prima Phillipa? —preguntó Marian Elizabeth, conteniendo la sonrisa—. Si sigue poniéndole tanta intensidad conseguirá provocar un incendio.

Phillipa contempló a ambas y también contuvo sus ansias de sonreír. Era obvio que a su tía Odethe le disgustaba la presencia de Sebastian en la cena; o mejor dicho, lo que podía llegar a significar.

—Sé muy bien lo que está pensando. Todos lo hacemos —matizó sin una pizca de aflicción en la voz—. Aunque se contiene, a vuestra madre no se le da muy bien fingir. Creo seriamente que mi comportamiento es una fuente de dolor de cabeza para ella. Parece que nunca hago lo que ella desearía.

—Ojalá nosotras también fuéramos tan independientes como tú —dijo Grace.

La muchacha lanzó un suspiro dramático y su hermana melliza asintió.

—Mi situación es bien distinta —argumentó Phillipa—. Soy mucho mayor y viuda. Vosotras todavía tenéis mucho que vivir.

—Pero ya eras así en nuestra edad —protestó Grace—. Luchaste por ser enfermera.

Phillipa frunció los labios.

—¿Es que deseáis serlo?

Ambas negaron a la vez, con un movimiento de cabeza.

—Yo quiero casarme con un hombre de buena posición y tener hijos, pero es difícil ser el dechado de virtudes que nuestra madre pretende —argumentó Marian Elizabeth con humor, pero habiendo meditado sobre ello—. «Haz esto, compórtate así, no mires a quien no debes...» —declaró en voz baja, tratando de imitar el tono de su madre.

—Yo deseaba tocar al guacamayo de Brandon. Hacía un par de años que no veía ni a él ni a Dolores. Siempre tuve demasiado miedo de acariciar su plumaje, aunque ahora estaba dispuesta.

—Ese par son fascinantes. —Marian Elizabeth compartía los mismos pensamientos que su hermana.

—Mamá no me ha dejado.

—Déjame adivinar —la interrumpió Phillipa—. ¿No es propio de una dama?

Las tres estallaron a carcajadas, atrayendo la atención de los demás durante unos instantes. La frase había sido repetida por Odethe centenares de veces.

¿Por qué su tía era tan rígida?, se preguntó para sí. No había nada malo en querer acariciar a Dolores. Se trataba de un animal bien educado y simpático, que formaban parte de la familia de los Wells. ¿Debía recordarle la amistad que existía entre Jonathan y su tío Jeremy o tal vez se trataba de un caso perdido?

Odethe siempre había sido muy apegada a los convencionalismos sociales. Ni siquiera de niña, Phillipa recordaba a una mujer dada a las frivolidades. Mantenía la compostura, la seriedad y, por qué no decirlo, severidad; rasgos que la alejaban de la gente de su alrededor. Por supuesto, ella la quería; sus tíos también. No obstante, la actitud de Odethe hacía imposible que su relación fuera más profunda o que hubiera más sinceridad entre ambas. Con los años, había aprendido a callar las cosas que su tía aborrecía. Solo las contaba cuando sabía que resultaría imposible esconderlas. En cambio,

Marian Elizabeth y Grace no habían heredado su amargo carácter. Por el contrario, ambas eran joviales y con la misma despreocupación que todas las jóvenes deberían tener a su edad.

—Oh, Phillipa. No permitas que mamá te amargue la noche. Ese acompañante tuyo bien lo merece —comentó Grace con una pizca de picardía.

Phillipa alzó los ojos.

—¿Te refieres al señor Field? Es solo mi protector —contestó de un modo espontáneo, porque decir aquello, sin tener en cuenta lo que sentía por él, se había vuelto una costumbre.

Sus primas intercambiaron una mirada risueña, sin creerla.

—Podrías atragantarte con tus propias mentiras. Es innegable que hay algo entre vosotros.

Phillipa se quedó de piedra ante su respuesta. Le sorprendía que sus primas, con solo dieciséis años, le hicieran ese tipo de insinuaciones.

—¿No pensaréis que...?

Dejó la pregunta a medias. Tal vez no hubiera sido buena idea que Sebastian fuera a la cena.

—Puedes estar tranquila. Lo que suceda entre vosotros no es de nuestra incumbencia —aclaró Marian Elizabeth—. Y ahora, Phillipa, nosotras también debemos despedirnos de los anfitriones —dijo al ver que su madre les pedía que se acercaran—. Nos hemos alegrado de verte.

Las tres se dieron unos afectuosos besos en las mejillas y Phillipa se quedó sola y pensativa, mientras diversas cuestiones asaltaban su mente.

¿Cuántos invitados habían percibido que la relación entre ella y Sebastian era más íntima de lo que debería ser?

¿Era por eso que su tío y Edward conversaron a solas con él? Sebastian no le había contado nada, pero bien podría ser.

¿Sucedía lo mismo en el hospital o en las calles? Y si lo hacía, ¿acaso tenía importancia para ella? Por un lado, temía que eso repercutiera en

rumores malintencionados. Por el otro, estaba acostumbrada a que su nombre resonara por los barrios londinenses. Se dijo que mientras no se viera comprometida su labor como enfermera, dejaría que su relación con Sebastian evolucionara de forma natural. Así que cuando él se le acercó, sus pensamientos se transformaron, dando paso a otros mucho más placenteros.

Phillipa contuvo las ganas de comprobar si el carruaje de Sebastian de verdad la seguía. Ambos sabían que no era necesario escoltarla hasta casa. De otro modo, alguno de sus parientes la habría acompañado. Era una mera excusa y lo entendía como tal.

¿Qué pretendía?

Tal vez se subiera al carruaje para poder besarla como con tanto detalle le había explicado. «¿Absorberla toda?». Igual que cuando se las dijo, el calor que las palabras evocaban la recorrió entera. Un hormigueo seguido de unos pequeños pinchazos que la volvían un manojo de nervios. Había estado a punto de ponerse en evidencia. ¿Cómo se había atrevido a decírselo así, cuando no los separaban ni diez pasos de los demás? Y ahora, incluso la capa le resultaba una molestia.

Era cierto lo que decían cuando aseguraban que la mordida del deseo era tan efectiva como audaz. Ella jamás había experimentado la sensación de hallarse desnuda y vulnerable frente a los ojos de otro ser humano aun estando tan decente como siempre. Ahora, después de ese beso y de los incidentes aislados a los que no hacían mención alguna —pero que seguía estando presente como una espada de Damocles—, necesitaba más.

Se había sentido una cualquiera al desearlo de esa forma tan poco digna, pero sentir que él padecía el mismo mal, no solo no la apaciguaba, sino que aumentaba la percepción que tenía de sí misma y lo incluía a él. ¡Si no dejaba de ruborizarse! A ese paso, nadie dudaría del deseo que la consumía. Durante

la cena había hecho un esfuerzo hercúleo para que su cuerpo no respondiera a sus miradas insinuantes y cálidas. En algunos momentos incluso había cerrado las piernas con fuerza para detener el temblor interno que notaba en sus partes más íntimas. Había yacido con Charles y este había estado en su interior, pero ni de lejos se asemejaba a ese terremoto interno que sentía. Necesitaba algo —no sabía bien qué— y empezaba a desesperarse por ello.

El pecho casi le estalló cuando la velocidad del carruaje empezó a disminuir. Se pasó una mano por el rostro en un intento de refrenar los latidos de su corazón.

—¡Santo Dios, solo han sido palabras!

Pero había sido el tono que les había conferido y cómo la miraba lo que la había encendido por completo. Lo deseaba con tanto fervor que, si no recibía un beso, creía que se volvería loca. No se podía comparar a cuando regresaron del Savoy y supuso que iba a besarla sin llegar a hacerlo. Jamás se había sentido tan abandonada a sus emociones.

Se desconocía por completo.

Supo que acabaría por ponerse en ridículo si no lograba refrenarse. Temía decir algo que terminase por avergonzarla.

¿Debía evitar, entonces, que la acorralara dentro del vehículo? La conciencia afirmaba rotunda. Aun así, solo de pensar en acostarse sin haber sentido su boca de nuevo le hacía sentir un malestar casi físico.

—Me estoy volviendo loca —musitó en el silencioso interior del carruaje—. Yo no soy así.

Pero tan pronto lo dijo supo que no era cierto. Era lo suficientemente avispada para reconocerse como una mujer apasionada. Su amor por la enfermería así lo atestiguaba.

La puerta se abrió de repente y Phillipa se sobresaltó cuando vio al cochero. Ni tan siquiera se había dado cuenta de que se habían detenido. Casi cayó en su afán por saltar a la acera. En cierto modo, encontrarse al amparo del aire nocturno londinense era mucho mejor que verse limitada y sucumbir a la tentación.

Alcanzó la puerta de su casa cuando el vehículo de Sebastian doblaba la esquina.

Durante unos segundos concibió la idea de entrar y evitar algo que le provocaba un sentimiento contradictorio. Sin embargo, esperó unos minutos. Lo vio saltar con la misma agilidad de un gato y acercarse a ella. Phillipa sintió un nuevo estremecimiento. Dio un paso al interior y dejó que él hiciera lo mismo.

No terminó de cerrar la puerta.

—Co-como ves, he llegado a casa sana y salva. —La ponía nerviosa que la mirara con tanta intensidad—. Ya es tarde y...

—¿Los sirvientes duermen?

—Uh... sí.

Y de repente se vio asaltada por la boca que había echado a perder la poca cordura que le quedaba.

No luchó. Para qué. Deseaba con todas sus fuerzas lo que estaba sucediendo. Sebastian la forzaba a abrir la boca, pero ella quería hacerlo y dárselo todo. Aunque también pedía. Imitando y siguiendo su instinto, Phillipa mordisqueó, chupó y suspiró. El sabor del hombre se le antojaba un elixir que la mareaba y que le impedía razonar con claridad.

Una euforia desconocida la recorrió de arriba abajo y se agarró con fuerza a la chaqueta de Sebastian. El beso le parecía salvaje, y sentía que no tenía suficiente. Lo quería todo y al mismo tiempo.

«Dame más. Dame más».

Y justo cuando sentía que era arrastrada como en una estampida, Sebastian aflojó el agarre y, en lugar de sentirse devorada, este empezó a darle besos más lentos.

Gimió en protesta.

Él no le hizo caso y abandonó sus labios, deslizando su boca por la barbilla y bajando por el cuello.

Sintió un repentino estremecimiento y abandonó sus hombros para agarrar

y enredar sus dedos en el pelo bien peinado.

—Pídeme que me quede —murmuró este justo en el pulso que latía descontrolado.

Phillipa se quedó quieta, incapaz de reaccionar y sintiendo que toda la sangre se acumulaba en un solo lugar. No fingió no haberlo oído. ¿Se atrevería?

Sebastian esperó sin moverse, aunque su lengua seguía lamiendo su pulso irregular. Le dejaba a ella la decisión. Sí o no. Ceder a la pasión o mostrarse sensata.

Tiró de él para que viera en sus ojos la respuesta antes de abrir la boca.

—Quédate.

Recibió un beso aplastante y demoledor que duró apenas unos segundos, pero que le dejó las piernas como si fueran de gelatina.

Trató de recomponerse en el breve lapso de tiempo en el que Sebastian se asomó a la calle y despachó al cochero. Se tocó el cabello y le sorprendió notarlo intacto. Había supuesto que la pasión arrolladora que habían mostrado tendría señales físicas evidentes.

Dejó de apoyarse en la pared y miró a Sebastian, que cerraba la puerta de la calle con suavidad, pero con firmeza.

No había duda de lo que sus ojos expresaban.

—Phillipa... —Detuvo lo que quería decir y se pasó los dedos por la frente en un gesto nervioso—. Quería ir despacio, besarte como te mereces, pero te he visto y...

Parecía impotente, un vivo reflejo del estado que no la había abandonado parte de la noche y durante la vuelta a casa.

—No te aflijas. —Se acercó y le tocó el rostro—. Yo deseaba lo mismo.

Le ofreció la mano enguantada y él aceptó el ofrecimiento mudo. Cuando sus dedos se entrelazaron, Phillipa sintió una sacudida en su vientre y supo, por la expresión que él ofrecía, que Sebastian acababa de sentir algo muy parecido.

En calidad de viuda, Phillipa no era inocente ni virginal. Como enfermera, no había nada del acto sexual que considerara un misterio. A su parecer, era una maniobra de acople que servía para dar vida y que unos tantos románticos habían conseguido moldear a su antojo hasta hacerla parecer un momento especial y mágico. Sin embargo, cuando Sebastian puso un pie en su espaciosa habitación, sintió que esta encogía.

Con cuidado, dejó la lámpara de gas en la mesita que había detrás de la puerta y notó que su mano no parecía muy estable. Cuando se dio la vuelta, Sebastian estaba agachado, reavivando las brasas de la chimenea. Puso un tronco y permaneció unos segundos así, en cuclillas, mirando el fuego, que poco a poco empezaba a avivarse al tiempo que la perezosa llama mordía la madera; primero con suavidad, después con más brío.

Se apoyó en unos de los cuatro postes que delimitaban su cama y sintió su frescura en el cuello ardiente. Con las manos todavía enguantadas, se aferró a él y las deslizó por la suave madera pulida con una sensación desconocida que reverberaba en su propio cuerpo sacudiendo su estómago.

Él la miró y se levantó despacio, sin destruir un ápice el contacto visual. Las llamas, que ya habían cobrado vida, se alzaban furiosas detrás suyo, que, con su traje oscuro y blanco, las tapaba. Cuanto más lo miraba, más dolorosamente hermoso le parecía.

Fue acercándose poco a poco. Las alfombras de lana que alejaban el frío absorbieron sus pasos y ella sintió en su propia piel el silencio de sus pisadas.

—Eres una criatura espléndida. —La alabó sin tocarla.

Y, a pesar de su fealdad, Phillipa no lo dudó ni un instante. De hecho, allí con él se sentía magnífica.

La sombra masculina se reflejó en la pared. Se elevaba enorme y majestuosa danzando sobre el papel pintado. Soltó un suspiro de placer. Nunca podría borrar de su mente esa escena. De día o de noche, Sebastian se alzaría como vencedor, dominando cada rincón de sus aposentos privados con su fuerza y su presencia.

—Date la vuelta.

Ella obedeció. Se dejó seducir por el tono tranquilo y la falta de prisas. Para ellos, el mundo no existía y tenían un tiempo ilimitado para descubrirse.

Ahora, mirando hacia la columna y aferrada a ella, notaba a Sebastian. Se había acercado tanto que sentía su aliento en la nuca y conseguía que su propio cuerpo se apretase ansioso contra la madera, esperando un alivio indefinible.

—Voy a desnudarte muy despacio —anunció contra su cuello.

Un espasmo la sacudió entera y se sintió avergonzada al instante por esa falta de control. No obstante, se dejó hacer. De espaldas a Sebastian sentía sus sentidos más agudizados. Temblaba y gemía conforme el hombre iba desabrochando, soltando y dejando caer al suelo. Cuando ya solo contaba con los guantes, las medias de seda y la camisola, este se acercó tanto que no le fue difícil notar la evidencia de su deseo, por lo que quiso darse la vuelta. Esa pasividad la estaba matando. Lo que ella necesitaba era tocarlo.

—Sebastian —protestó, frustrada, cuando se lo impidió.

—Shhh, paciencia.

Con la misma suavidad, la mano masculina se deslizó por la pierna y eligió el camino ascendente que subió y subió y subió... Hasta que la tocó justo ahí, en su mismo núcleo, que recibió a su dedo ansioso y se abrió gustoso para darle la bienvenida.

—¡Dios bendito! —lo oyó exclamar, pero Phillipa apenas le hizo caso. Solo estaba pendiente de la creciente sensación que la invadía con cada movimiento del dedo, que salía y entraba acompañado de una delatora humedad.

Cuando el ritmo creció, empezó a acompasar las caderas a él, cuando un calor tan potente como inesperado pareció reventar en su interior y unos espasmos de placer la acompañaron hasta casi desfallecer.

Le dio la vuelta y, esta vez sí, se apoyó en él, ya que apenas se sostenía. Jamás había experimentado nada parecido aun habiendo oído hablar de la pequeña muerte.

—Ha sido... —Sacudió la cabeza intentando aclarar las ideas, pero recibió

un beso lento y profundo que le hizo encoger los dedos de los pies.

De repente, el ansia volvió a aparecer. Le molestaba la ropa que Sebastian llevaba y que lo separaba de ella. Con movimientos rápidos y algo frenéticos, se sacó los guantes y tironeó de la chaqueta, lazo y camisa. Cuando por fin recorrió el pecho masculino con las manos, se sintió poderosa. La piel era suave y sentía un placer inmenso al notar la tensión de los músculos allí por donde pasaba.

—Te deseo —musitó maravillada. Se sentía viva de un modo extraño. Capaz de grandes heroicidades si se lo proponía y llena de una energía y una percepción que se salían de lo habitual. Deseaba tocarlo y satisfacerlo; darle el mismo placer que él le había proporcionado—. Quiero complacerte.

—Ya lo haces. —Permanecía quieto, con los brazos a cada lado del cuerpo, y dejando que ella lo explorara a placer.

—Pero si no he hecho nada —protestó. Sus manos buscaron la espalda y sus uñas se deslizaron con suavidad por los omóplatos.

—No tienes que hacer nada en particular. —Le brillaban los ojos—. Tu perfume, tu boca, el movimiento de las caderas cuando andas. Todo en ti me enloquece.

Phillipa se sintió especial. Las palabras de Sebastian eran un aliciente que le daba alas a su propio deseo.

—¡Bésame! —ordenó, aunque fue ella misma la que abarcó la cara con las manos y lo atrajo a su boca.

A partir de ahí, los movimientos dejaron de coordinarse.

Sebastian fue el primero en verse libre de toda la ropa y Phillipa lo miró maravillada. Aparentaba fortaleza y esos músculos daban fe de ello. Sin embargo, nada le había parecido más simétrico y proporcionado. Le cosquilleaban las puntas de los dedos en su afán por acariciar cada rincón.

Cuando él se inclinó y le quitó las medias, acompañó el movimiento con la boca y la lengua. Phillipa cerró los ojos y se aferró a las sábanas. Cuando sintió el aliento en su entrada, dio un brinco. No le importó la escueta risa que oyó, porque, una vez que notó cómo se abría y el lametón que vino después,

dejó de pertenecerse a sí misma.

Poco después, Sebastian volvió a enlentecer el ritmo y esa vez, agotada, lo agradeció. Recibía con gusto los besos suaves que él le daba por cualquier lugar que se le antojara. Eso mitigaba las fuerzas que la habían estado arrastrando. Hasta que él habló:

—Tócame, Phillipa.

La voz ronca le acarició su alma, pero cuando él tomó su mano y la guio, sintió que volaba. Qué dureza. Cuánta suavidad. Qué calor emanaba.

Con Charles nunca sintió la curiosidad y él nunca le pidió que lo tocara. Solo era un instrumento de penetración que ahora se le antojaba un capricho divino que se hinchaba y se transformaba ante sus ojos.

Lo tocó a conciencia.

A cada gemido masculino, Phillipa notaba que la tensión volvía. Le gustó verlo apretar los dientes mientras se negaba a apartar la mirada de la suya. Lo sentía vivo entre sus manos. Era ella la que provocaba esa reacción. Él la deseaba con locura, podía verlo. Y ese mismo deseo acicateaba el suyo propio.

Cuando un grave y prolongado gemido reverberó en la garganta de Sebastian, Phillipa se sintió poseída por una prisa que surgía de la necesidad imperiosa que la dominaba.

—Sebastian...

Quería exigirle, suplicarle, pero las palabras murieron en cuando él la tocó ahí. ¡AHÍ!

Se arqueó tanto que por un instante supo que podría romperse si él seguía.

—¡No!

—¿No?

—¡No! ¡Sí, Dios, sí!

La penetró entonces.

No fue lento ni cuidadoso, pero ella así lo quiso. Apretándose, los dos cuerpos fueron acoplándose. Marcaron un compás ligero que se descontroló

al instante y Phillipa se sintió libre para marcarlo; un ritmo de locos.

Solo necesitaron un empuje más y, de nuevo, el mágico toque en el sitio adecuado para desbordarse. Sebastian bebió el grito que Phillipa fue incapaz de silenciar. Era un grito de gloria, de libertad. Recibió con gusto los espasmos del propio cuerpo, así como los estremecimientos de ese hombre que mantenía en su interior.

Por un único instante, ambos se derrumbaron y las respiraciones se acompañaron en una habitación silenciosa.

Por un solo instante, Phillipa disfrutó de los cuerpos sudorosos y se negó a separarse de él cuando lo intentó.

Por un solo instante, Phillipa lo entendió todo.

Por un solo instante...

Capítulo 18

La estancia se fue iluminando mientras Sebastian tiraba el lazo encima de una butaca. Se apoyó en la pared y miró sin ver su habitación.

Seguía conmocionado. Hacer el amor con Phillipa había supuesto una experiencia grandiosa que marcaba un antes y un después, no solo en su trabajo como protector, sino en su vida.

Suspiró y se sentó en la cama para quitarse los zapatos.

Había aborrecido abandonarla. De hecho, ella no parecía demasiado contenta cuando le anunció que lo mejor para su reputación era que se marchara. No obstante, sabía que había hecho lo más conveniente. Apenas unas horas antes, tanto el duque de Dunham como Hansberg le habían advertido de forma más o menos velada que no jugara con Phillipa. No se trataba tampoco de que tuviera que hacerles caso a pies juntillas, pero lo correcto era lo correcto.

Descalzo, puso agua limpia en la jofaina y se remojó la cara. Al secársela se miró en el espejo incrustado y no notó ningún cambio sustancial, mas él sabía que lo había. Lo que había sucedido esa noche lo había cambiado todo.

La había deseado tan pronto la ayudó a bajar del carruaje y su deseo fue intensificándose durante toda la velada en el hogar de los McDougall. Sí, su intención al acompañarla hasta casa no había sido por puro altruismo. Pretendía robarle un beso que confirmara lo que sentía. Por ello, cuando comprobó en su propia piel la entusiasta respuesta de Phillipa, su embotado cerebro no supo contener la exigencia.

Ella había superado con creces cualquier fantasía que hubiera concebido. La necesidad que había percibido en ella lo había abrumado y fue incapaz de responder de otro modo. Se había dado a sí mismo.

Y ahora seguía aturdido. Mientras el amanecer se colaba entre las cortinas y la calle regresaba a la vida, Sebastian se preguntó cómo reaccionaría

Phillipa a plena luz del día. De hecho, en tres horas volvería a estar frente a su puerta dispuesto a escoltarla al St. George para permanecer con ella cada minuto que el día dispusiera.

El tiempo pasó tan veloz que el corazón casi se detuvo cuando la vio salir de su casa. La esperaba frente al carruaje y parecía una típica estampa diaria entre ellos. Phillipa vestía como siempre y Sebastian sentía que se atragantaría ante la imperiosa necesidad de besarla que volvía a sentir.

¡Demonios!

—Buenos días —saludó ella.

Le había sonreído como si no hubiera sucedido nada, pero para Sebastian, incluso tomarla de la mano enguantada para ayudarla a subir le provocaba escalofríos.

Estaba mal, muy mal.

—Buenos días.

Por suerte, no había sonado demasiado forzado. Aun así, cuando subió tras ella y cerró la puerta, tiró de Phillipa, que ya estaba sentada.

—¡Auch! —protestó la mujer cuando el tirón, sumado al inicio de la marcha, la precipitó a sus brazos con poca delicadeza.

—Buenos días —repitió Sebastian con suavidad mirándola a los ojos.

Y la besó.

A pesar de la brusquedad del trato, quiso ser dulce y darle espacio para reaccionar si ella así lo deseaba. Lamió y tanteó hasta que sintió que Phillipa enroscaba sus brazos detrás de él y que se abría por voluntad propia; sin dudas ni vacilaciones.

No aceleró el ritmo. Jugaron y se saborearon como dos amantes que dispusieran de todo el tiempo del mundo. Nunca había besado a una mujer en un carruaje y le parecía una sensación pecaminosa. Le gustaba que su primera vez fuera con ella.

—Sebastian.

Su nombre en sus labios le parecía perfecto. Ese deje ronco que le

aseguraba que no tardaría en perder el control era único e incomparable. Él no estaba mucho mejor.

Con un esfuerzo titánico, se alejó de sus labios para pasar a darle diminutos besos en la comisura de la boca, la mejilla, en los párpados... hasta llegar a la frente. Allí permaneció unos segundos quieto, tratando de restablecer los latidos de su corazón. Debía enfriarse. Ambos.

Ella fue la primera en echar el cuerpo para atrás y mirarlo.

—Menudos buenos días —soltó Phillipa con media sonrisa.

Se la devolvió.

—Era lo menos que merecías.

Se levantó del regazo del él y se situó justo enfrente, arreglando el sombrero y alisándose las posibles arrugas de la ropa. Sebastian se sintió huérfano, aunque no la detuvo.

—Una mujer podría acostumbrarse a estas cosas.

Algo le rebotó en el pecho al oírla. Cosa curiosa. No esperaba eso de ella ni que él reaccionara de ese modo anhelante en respuesta.

Supuso que su rostro reflejaba parte de las emociones que sentía, porque ella preguntó:

—¿He dicho algo malo?

¿Lo había dicho?

—En absoluto. Quizá estoy un poco sorprendido, solo eso. —No iba a verbalizar nada más hasta que él mismo no lo hubiera analizado con detenimiento.

—Esperabas una reacción diferente, supongo.

—No. O tal vez sí. No lo sé. No había imaginado nada, aunque quizá sí más reticencias por tu parte.

Ella pareció reflexionar sobre ello y Sebastian le permitió hacerlo en silencio.

—Evidentemente, no es que vaya a sentirme demasiado cómoda hablando de ello, pero me considero una mujer práctica y no voy a negarme algo que

deseo.

—¿Y me deseas a mí?

Phillipa lo miró apenas unos segundos y Sebastian sintió una repentina tensión en su vientre.

¡Santo Dios, estaba a merced de sus emociones!

—Supongo que anoche no debí de dejarlo tan claro si todavía me lo preguntas.

La frase estaba dicha con soltura, pero las incipientes marcas rojas de sus mejillas le indicaban que no se sentía tan a gusto como sugería.

—No pudiste ser más transparente, créeme. Me he pasado las últimas horas rememorando tu fervor, el sabor de tu cuerpo y tus caricias.

El sonrojo aumentó. Le gustó verlo.

—En ese caso...

—En ese caso creo que volveré a intentar que se repita.

La luminosa sonrisa de Phillipa fue respuesta suficiente. Tuvo que contenerse para no abrazarla o hacer algo que los abochornase a los dos. Miró por la ventanilla y supo que apenas les faltaban unos minutos para llegar a su destino. De momento contendría su entusiasmo, pero no dudaría en aprovechar cualquier oportunidad que se le presentase en el hospital. Ahora no era el momento tampoco de preguntarse por qué se notaba tan ilusionado como un joven imberbe ante el primer enamoramiento. No miraría más allá, sino que se limitaría a disfrutar del presente.

Con esa perspectiva optimista se enfrentó a un día cargado de trabajo. Solo una vez pudo besarla y apenas fue un minuto —aunque valió la pena—, en el despacho de Phillipa. Sabía que no tendría otra oportunidad, porque esa tarde volvían a salir. Phillipa tenía algunas visitas rutinarias a domicilios y Sebastian tuvo que endurecerse de nuevo. Le sorprendió y entendió cuando se le instruyó acerca de las casi seguras consecuencias que podía ocasionar un exceso de confianza con el cliente o, como era el caso, un grado mayor de intimidad. De repente sentía que no estaba a la altura y tuvo que esforzarse

por no preocuparse demasiado y centrarse en lo que mejor sabía hacer: proteger.

Por suerte, la salida de ese día había transcurrido sin incidentes. Apenas se habían alejado de Sutton Street y las mujeres que los habían recibido los habían tratado con deferencia y amabilidad. Parecía que Phillipa volvía de buen humor, aunque la notaba cansada.

—Estoy deseando terminar mi jornada laboral —aseguró como si se hubiera hecho eco de sus pensamientos—. En estos momentos no deseo nada más que un buen baño, una cena ligera en mi habitación y meterme en la cama.

Al instante, la palabra «cama» agitó el deseo que Sebastian había conseguido adormecer desde que salieron del hospital.

—Un día duro —afirmó, en cambio. No era el momento ni el lugar.

Phillipa asintió con tristeza.

—Lo peor ha sido la muerte de una de las pacientes. Estaba resignada.

—Sé cuánto te gustaría poder salvarlas a todas. —Había llegado a comprender la devoción con la que realizaba su trabajo, aunque no era la única. La mayor parte del personal del St. George estaba allí por un verdadero deseo de ayudar a los demás.

—Es una quimera, ¿verdad?

—¿Salvarlos a todos? Sí, es imposible. Nadie puede lograrlo, pero me parece hermoso y loable lo que personas como tú tratan de hacer.

Phillipa se cogió de su brazo y se lo apretó con una señal que él interpretó como de agradecimiento. La ayudó a cruzar la calle reparando en la satisfacción que notaba tenerla así, tan cerca de él. No se trataba de una novedad. Lo de la noche pasada no había variado lo que sentía, pero sí lo había intensificado.

—Me gusta que pienses así. De hecho... —dejó las palabras flotando en el aire y se detuvo de improviso.

El movimiento inesperado lo sorprendió y Sebastian se tensó en respuesta.

Miró a ambos lados de la calle —que en esos momentos se ensanchaba y daba paso a una parcela sin adoquinar, cubierta de tierra— y no vio nada sospechoso a excepción de un grupo de personas reunidas más adelante.

Comprobó que Phillipa ya no le prestaba atención y centraba todo su interés en dicho corrillo.

—¿Qué sucede? —preguntó contrariado. Por supuesto, la enfermera no le contestó. Sería pedir demasiado.

Phillipa se desprendió del calor de Sebastian y, en vez de continuar hacia adelante, viró hacia un lado, donde se encontraba la gente.

Ni ella misma sabía a qué venía esa curiosidad. Solo tenía la certeza de que ver a aquellos hombres y mujeres había despertado en ella una chispa en su cerebro que había tratado de atrapar. El pensamiento, sin embargo, había sido demasiado rápido y efímero para retenerlo y ahora sentía la necesidad de que regresara.

Se acercó con cautela. En el mismo centro se encontraba una carreta pequeña, de las que no se necesitaba caballo, solo la fuerza de una persona. Tras ella, un vendedor ambulante vociferaba y gesticulaba en exceso en un intento de atraer la atención de los transeúntes.

Dentro de la carreta había tres cajas de madera llenas de frascos de distintos tamaños: algunos eran tan pequeños que cabían en la mano y otros, altos y esbeltos. El cristal también variaba. Los había de color blanco, verde, azul, o incluso con letras incrustadas. Y el tapón, del mismo cristal que los frascos o de corcho.

—¡Purgantes de cebada, tónicos de hierbabuena para las lombrices, jarabes para los cólicos...! —gritaba con esmero al mismo tiempo que conseguía vender un par de frascos por un precio que no alcanzó a apreciar, aunque sabía que no era mucho.

Cuando Phillipa se dio cuenta de que dispensaban productos medicinales o remedios milagrosos de dudosa calidad, asegurándoles mejorías que nunca se daban, frunció el ceño, disgustada. Aquel tipo de hombres echaba por tierra su labor de enfermera, así como la de los doctores o la del mismo hospital, pues se aprovechaban de la desinformación y la ignorancia de esas personas para timarlas la mayoría de las veces.

Iba a lanzar una réplica mordaz para ponerlo en evidencia delante de los demás, pero se detuvo durante unos segundos a observar cómo se desenvolvía. La voz del hombre era fuerte y se dirigía a los potenciales clientes con seguridad.

Por un momento, sus miradas se cruzaron y, al captar el interés en sus ojos, le dedicó toda su atención.

—¿Conoce los beneficios de la hierbabuena? —le preguntó, alzando una ceja. Aunque miraba a Phillipa, todos los congregados frente a la carretilla estaban escuchando. Ella asintió con cautela—. Ayuda durante la digestión y estimula el apetito de los enfermos.

Phillipa se mordió la lengua y, en su lugar, esbozó una sonrisa.

—¿Puedo olerlo?

Su tono sonó inocente. No obstante, consiguió que el vendedor se moviera nervioso. Brevemente.

—¿Por qué? —replicó con demasiada estridencia. Al percatarse, trató de recuperar el tono zalamero que usaba con la gente de la calle—. Este tónico, señora, es lo mejor que encontrará en Londres. Además, puede usarse con los niños.

Ella hizo ver que se interesaba.

—¿Ah, sí?

—¡Por supuesto! ¿Tiene usted hijos?

Phillipa volvió a asentir.

«Para usted, los que hagan falta».

—Cinco chicos —declaró con total desfachatez, señalando a Sebastian,

que se encontraba justo detrás de ella, desconcertado por su comportamiento —. Todo un orgullo para su padre. —Phillipa hizo una pausa y se acercó con tranquilidad a la carretilla, mirando los frascos uno por uno. Con los dedos fue acariciándolos hasta detenerse en los que tenían una etiqueta en la que se podía leer «lombrices»—. Mi pequeño John tiene lombrices. ¿Cree usted que esto lo curará?

Phillipa procuró parecer una madre preocupada por el bienestar de su hijo.

—Le doy mi palabra —afirmó el vendedor, con el pecho henchido de orgullo—. Curación garantizada.

«¡Ja!», exclamó enfurecida su voz interior. Su palabra no valía nada. Sin embargo, siguió con su estrategia.

—Yo... Mi John tiene la salud delicada. No puedo darle cualquier remedio.

El hombre cabeceó.

—Comprendo, comprendo. —Tomó el frasco y se lo mostró para lograr convencerla—. Ya verá como esto le aliviará.

Ella frunció el ceño.

—¿Aliviará? ¿Es que no lo cura?

El vendedor soltó una risotada, contagiando a las demás personas.

—¡Por supuesto que sí, mujer! Solo quería decir que el chico se sentirá mucho mejor.

—Déjeme olerlo —se lo pidió por segunda vez y Phillipa se dio cuenta de que el hombre se resistía—. ¿Hay algún problema con ello? —preguntó elevando la voz, al mismo tiempo que ambos acaparaban todas las miradas.

Lo vio tragar saliva.

—Ninguno —dijo, sin embargo.

Phillipa aprovechó la oportunidad para tender la mano, a la espera de recibir el frasco.

De nuevo notó su reticencia.

—No puedo entregárselo —declaró serio.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Podría tratarse usted de una ratera que pretende robarme el remedio.

—¡Una ratera! —exclamó ella con indignación.

—Yo también tengo bocas que alimentar —trató de defenderse—. No la conozco en absoluto. ¿Quién dice que no me está engañando? —dijo a los demás oyentes, que asintieron dándole la razón.

Phillipa se cuadró de hombros. La ira bullía en su interior cada vez con más intensidad.

—Mi pequeño John es muy delicado. No se lo tomará si no le gusta cómo huele.

Sin llegar a fiarse del todo, el hombre descorchó el frasco y, sin soltarlo, lo acercó un poco a Phillipa. Ella se inclinó hacia delante y trató de oler la hierbabuena. Sin embargo, no percibió su aroma en absoluto.

Se tomó su tiempo para no equivocarse, si bien estaba convencida que aquel brebaje no era para nada recomendable.

—Por ser usted tan bonita —lo oyó decir, mientras tanto, para tratar de conseguir aquella venta difícil—, si compra el remedio para las lombrices, le regalaré un unguento para la irritación de la piel.

Se escucharon risas burlonas de fondo. Evidentemente, nadie creía que Phillipa fuera bonita, sino todo lo contrario. Solo era una estratagema del vendedor.

Sebastian no reaccionó como los demás. Apretó los puños y se enfrentó a todos.

—¿Algún problema?

Los hombres enmudecieron y alguna de las mujeres se retiró con discreción. El vendedor, que no deseaba ningún tipo de lío, hizo cuanto pudo por aplacarlo.

—Eh, amigo, cálmese.

Sebastian lanzó a él y a los demás una mirada furibunda.

—Nadie se ríe de ella frente a mí —les advirtió—. ¿Alguien tiene algún

problema con ello?

Desconcertada, lo contempló durante un instante sin saber qué hacer. Detestaba que se peleara por ella, y mucho más si era debido a su aspecto. Con el paso del tiempo las burlas dolían menos.

—Sebastian —murmuró con voz tranquilizadora—, el señor...

Miró al vendedor, esperando su respuesta.

—Marfleet —titubeó el hombre.

—El señor Marfleet no pretendía ofenderme.

—Por todos los diablos, le juro que no —se apresuró a contestar antes de que al esposo de la mujer se le ocurriera usar los puños.

—Es su modo de hablar —ratificó ella.

Sebastian estudió todos los rostros, que lo miraban con tensión. Cuando Phillipa tiró de él hacia atrás con suavidad, se dejó hacer, relajando los músculos de la mandíbula. Aun así, tenía un aspecto amenazador.

El vendedor se restregó las manos sobre el pantalón para deshacerse del exceso de sudor. Se debatía internamente sobre qué hacer a continuación: si era mejor recoger sus cosas y abandonar el lugar. Tras aquel incidente dudaba que muchos clientes se le acercaran. Por lo menos durante un buen rato. Sin embargo, la mujer fea que había tratado de comprar el tónico no parecía dispuesta a marcharse tras haber apaciguado a su esposo.

Al final, hizo caso de su afán mercantil.

—Señora, ¿se ha decidido ya por el remedio? Se lo dejo a mejor precio, por las molestias causadas.

Sonrió con afabilidad, mas no quitaba la vista de su esposo.

Phillipa dudó. Su primera intención había sido descubrir al vendedor y la farsa medicinal frente a los demás. No obstante, tras el estallido de Sebastian, la gente se estaba dispersando y ya nadie parecía hacerles caso.

—No sé —vaciló—. No huele a hierbabuena —dijo de un modo más tibio del que pretendía.

El señor Marfleet arrugó el entrecejo, molesto por la situación. Aquella

pareja habían espantado a los clientes. Por lo menos debía asegurarse aquella venta.

—¿Un jarabe para aclarar la garganta, entonces? ¿O prefiere uno para la fiebre? Los chiquillos siempre andan con fiebre y resulta que tengo un producto muy bueno para combatirla.

Se agachó un momento. De un saquito sacó un frasco de cristal marrón oscuro sin etiqueta.

Al reconocerlo, Phillipa se quedó sin aliento.

«¡Es el mismo!», gritó su voz interior, tratando de asimilarlo. Solo dos días antes, tras hablar con el señor Helps, Martin había confirmado que la medicina que compró para su esposa procedía de un vendedor ambulante. De hecho, eso debía significar que no estaba completamente loca y que todo el tiempo había estado en lo cierto: las muertes de Lily y Tilly tenían relación.

Con aquella idea en la mente, se enfrentó al señor Marfleet. Debía llegar de inmediato al fondo de la cuestión.

—¿De dónde diantres ha sacado esto? —le preguntó con la mirada clavada en él y un tono acusatorio—. Lo he visto antes.

Lo vio dar un respingo y retirar el brazo con brusquedad, reteniendo el frasco con su mano cerrada.

—Será mejor que se marchen. Están dándome demasiados quebraderos de cabeza.

Los ojos de Phillipa comenzaron a centellear.

—¡Caramba, no pienso hacerlo! —protestó ella con intensidad—. Usted no es un boticario, sino un charlatán que vende productos fraudulentos.

—¿Cómo se atreve?!

Durante un instante, el rostro del hombre reflejó genuina indignación, pero un gesto sutil con los labios convenció a Phillipa de que él estaba al tanto de la poca efectividad de sus remedios. Y si eso ya era grave de por sí, había que añadir el jarabe para la fiebre que provocaba efectos devastadores en las personas. Lo único que no sabía con certeza era la cantidad de personas

afectadas hasta entonces. Si en una rara coincidencia ella había dado con Lily y Tilly, eso debía de significar que no eran las únicas.

Agitó la cabeza y sacó unas pocas monedas.

—Quiero comprar un frasco.

El señor Marfleet la examinó antes de retroceder, guardar el frasco en el saquito y cerrarlo con una cuerda.

—No. ¿Primero me ofende y después quiere comprar uno?

Sus movimientos se habían vuelto un tanto erráticos, hasta que comenzó a guardar todos sus productos en las cajas, dispuesto a marcharse cuanto antes.

Phillipa se inquietó. Necesitaba hacerse con una muestra.

—¡Debería salir corriendo a denunciarlo! Ese frasco es puro veneno. —En realidad no sabía a ciencia cierta qué contenía, solo que el señor Shaw se había equivocado en sus conclusiones. Le pediría que volviera a analizarlo. Dos veces, si era necesario. Al advertir que el hombre seguía recogiendo sin inmutarse siquiera, Phillipa puso las manos en una de las cajas de madera, tratando de retenerla—. Que yo sea consciente, ese jarabe suyo ha causado dos muertes ya. Solo Dios sabe cuántas más.

Por un momento, sus palabras hicieron mella en él. La miró con la boca abierta y el rostro desencajado. Sus manos temblaron ligeramente.

—Miente —siseó.

Trató de recuperar la caja tirando con fuerza hacia él. Phillipa quiso impedirle, por lo que no la soltó.

—Puedo probarlo. Tengo testigos que confirmarían que se lo compraron a usted —lo amenazó.

En realidad, ni la madre de Tilly ni el señor Helps habían dado una descripción del vendedor. Sin embargo, estaba convencida de que lo reconocerían.

—Phillipa —la llamó Sebastian.

—¿Qué? —respondió mientras su mente trataba de conseguir una prueba real, por pequeña que fuera.

Este se acercó, la tomó del brazo y la apartó un tanto de oídos indiscretos.

—Phillipa, sería prudente que no lo provocaras demasiado. Podría resultar peligroso y tú estás demasiado alterada.

Aquel comentario la hizo fruncir el ceño.

—¿Alterada, dices? No era yo quien parecía dispuesta a pelearse por un tonto incidente.

—Para defender tu honor, no lo olvides —replicó él.

—Tus razones siempre son más importantes que las mías, ¿verdad? —preguntó con ironía—. Pues resulta que esta vez tengo razón. ¿Viste el frasco? ¿Lo viste?

Sebastian suspiró.

—Sí.

Ella pareció decepcionada con su respuesta.

—¿Es lo único que tienes que decir? Por lo menos podrías ayudarme a tratar de convencer a... —Iba a volver a encararse al vendedor, pero este había aprovechado la distracción y estaba a punto de irse. Phillipa miró la mercancía. Los sacos y las cuerdas que, con toda probabilidad, estaban destinados a asegurarla y a cubrirla, seguían a un lado. Si los demás vendedores ambulantes tenían tan poco empeño en proteger los artículos que les daba de comer como este, dudaba de lo fructífero de su negocio. Eso le daba a entender las prisas del hombre—. ¡Eh, alto! —gritó ella, cerrándole el paso y acusándole con un dedo—. Es usted responsable de lo que está sucediendo. No voy a permitir que se salga con la suya.

Se escuchó el tintineo de las botellas y frascos, pues el hombre luchaba para mantener el equilibrio de la carretilla.

—¡Aparte!

—¡Sebastian, haz algo! —le pidió Phillipa con una mirada implorante.

Pero este no tuvo tiempo de intervenir y lo que sucedió a continuación fue inevitable. El señor Marfleet, nervioso, trató de esquivarla yéndose por un lado, pero sus movimientos fueron demasiado bruscos y torpes. Además, no

tiró con la suficiente fuerza, por lo que la carretilla terminó volcándose, así como todo su contenido.

El sonido del cristal rompiéndose en mil pedazos y el líquido desparramándose por el suelo consiguió que Phillipa se quedara de piedra. En cambio, el vendedor huyó a toda prisa.

El saquito con los frascos para la fiebre había quedado atrapado y aplastado bajo una de las ruedas.

Capítulo 19

Los sentimientos de desazón y amargo disgusto fueron deslizándose con rapidez por todo su cuerpo, del mismo modo que lo hacían los líquidos vertidos accidentalmente sobre la tierra. Phillipa era incapaz de mover los músculos, solo estudiaba con detenimiento el caos, observando en silencio. A simple vista no había nada que salvar. Todos los frascos yacían rotos en el mismo suelo, al igual que sus esperanzas. Ahora, sin nada con lo que trabajar, ¿cómo averiguar lo que le había sucedido a Lily Helps y a Tilly?, se preguntó. ¿Cómo proseguir con la investigación?

Pasados unos segundos se acercó al desastre y con el pie fue removiendo entre los cristales.

—Todo ha salido mal —dijo en voz alta, aunque para sí misma.

—Phillipa, así solo conseguirás cortarte.

La voz de Sebastian, que otras veces le había ofrecido consuelo, solo consiguió aumentar su disgusto.

Dejó escapar un suspiro, tratando de relajarse, mas le resultó imposible.

—Podrías haber hecho algo —le reprochó sin mirarle siquiera—, en vez de detenerme a mí.

Notó que se acercaba y se detenía justo a su espalda.

—¿Me estás echando la culpa?

Cuando sintió el aliento masculino acariciar su cuello, su piel se erizó. Por un momento recordó lo acontecido entre ambos la noche pasada: las caricias, los besos, el movimiento de los cuerpos, el apetito saciado... Tuvo que parpadear un par de veces para poder concentrarse en el presente.

—¿Por qué no me has ayudado a detenerle?

—¿Con base a qué? —replicó él de inmediato—. ¿La similitud de los frascos? Además, de haberlo pretendido, tampoco hubiera tenido demasiado tiempo. Todo ha sido demasiado rápido. Te estás mostrando brusca conmigo

sin motivo alguno.

—Sabes que tengo razón.

—No metería la mano al fuego por eso. Tú tampoco deberías.

—Oh, Sebastian —se lamentó—. Me gustaría que por un momento dejaras a un lado la lógica.

—En mi trabajo es imposible hacerlo. La lógica me ha salvado en muchas ocasiones.

—¿Y el instinto no? —replicó, certera.

—Es posible, pero son circunstancias diferentes. Lo que yo trato, Phillipa, es que no te lances de cabeza hacia situaciones potencialmente peligrosas.

—Ese hombre no era una amenaza.

—Eso no lo sabemos. Cuando se acorrala a una persona, sus reacciones pueden resultar imprevisibles. Prefiero que te muevas sobre seguro. Además, contigo parece que nunca hago las cosas bien. No te he visto demasiado complacida cuando he tratado de defenderte —replicó él, sacudiendo la cabeza—. Eres complicada, mujer.

Phillipa se dio la vuelta y elevó los hombros.

—No estoy de acuerdo con el uso de la violencia —declaró con una mirada que proclamaba dignidad.

Sebastian entornó los ojos.

—Yo tampoco, a menos que sea necesario. —Exhaló lentamente—. Phillipa, por Dios. Por mis venas corre sangre, no barro. No puedes esperar que alguien te ofenda y que yo permanezca sereno.

En parte, se sentía halagada porque Sebastian estuviera dispuesto a defenderla al menor agravio. Era como si la parte más romántica de Phillipa saliera a flote: el caballero de brillante armadura salvando a la dama. Sin embargo, se daba cuenta de que no se ganaba nada con ello.

—A mí no me importa. He aprendido a hacer caso omiso de los comentarios.

Sebastian la miró con una expresión de incredulidad.

—Nadie puede permanecer del todo indiferente a un trato injusto —terció él.

—Por supuesto, a veces me duele —rectificó ella, pensándolo un poco mejor y siendo del todo sincera. Cruzó los brazos sobre su pecho—. ¿Acaso crees que en la calle no se han reído de mí a causa de mi aspecto? Tanto hombres como mujeres. —Cuando comenzó a predicar, Phillipa tenía bastante seguridad en sí misma, si bien cada palabra fue como un dardo envenenado—. Aprendí con rapidez a no demostrar debilidad en ese aspecto y actuaba como si no me importara. Con el tiempo dejaron de hacerlo y yo me hice más fuerte.

—Malditas sabandijas —masculló Sebastian por lo bajo.

—No se gana nada con alzar los puños.

—No sabes nada del arte de la guerra.

Phillipa se encogió de hombros.

—Tal vez, pero ahora puedo contarte esto con orgullo, pues al fin me alcé con la victoria moral. Todavía hay gente que escupe a mi paso o vocifera insultos, cierto. Pero has comprobado por ti mismo que me aceptan en muchos hogares. Antes no era así. —Esbozó una sonrisa fugaz, que contenía una pizca de lamento y lanzó un discurso que se sabía de memoria—: Yo prefiero luchar por otras causas, como el derecho de la mujer a dejarse examinar y curar sin el consentimiento de su esposo o incluso reafirmar la posición de las enfermeras dentro del hospital sin verse menospreciadas por los médicos y cirujanos. —Hizo una breve pausa y cambió de tema—. Por supuesto, también deseo averiguar qué está ocurriendo con el frasco marrón del jarabe. Sebastian, debemos redoblar nuestros esfuerzos.

Sebastian la observó con intensidad, antes de decir:

—Condenada mujer; cabezota hasta el final. —Era imposible resistirse—. Bien, voy a rendirme por hoy. Supongamos que estás en lo cierto...

—¡Por fin! —exclamó ella con súbita alegría, interrumpiéndole. Se colgó de su cuello y le dio un rápido beso en los labios, que Sebastian aceptó encantado. Cuando Phillipa se dio cuenta de que estaban en medio de la calle,

sintió cómo el rubor cubría sus mejillas. Las muestras de afecto debían darse en privado—. Disculpa.

Sebastian le alzó el mentón con ternura.

—Jamás pidas perdón por esto —dijo, al tiempo que le correspondía de igual modo. O esa fue su intención.

El beso pretendía ser ligero, como lo había sido el de ella, si bien una vez las bocas se juntaron ninguno de los dos pudo separarse. Phillipa mordisqueó con suavidad el jugoso labio inferior masculino e introdujo la lengua con cautela. Ante su atrevimiento, él reaccionó con ardor. La tomó por la cintura, la acercó a su cuerpo y jugueteó con su lengua, tocándola y enredándola.

—Sebastian... —protestó al cabo de unos minutos. Unos minutos en los que le pareció estar en el séptimo cielo.

El deseo de Phillipa no era apartarse, se sentía tan bien entre sus brazos que no existía otro lugar donde quisiera estar en ese momento, pero la conciencia le advertía que no era correcto besarse a la vista de todo el mundo. Ni siquiera a una viuda como ella le estaba permitido.

Con reticencia, la soltó, lanzando un largo y sonoro suspiro, que consiguió que Phillipa se compadeciera de él; al fin y al cabo, ambos ansiaban lo mismo.

—Estás invitado a cenar en mi casa —anunció con más formalidad de la necesaria. Por supuesto, no mencionó que esperaba que se quedara a pasar la noche.

Solo de pensarlo las mejillas se le inflamaban.

Sebastian lo pensó durante unos segundos, mientras trataba de aflojarse el nudo de la corbata.

Clavó la mirada en sus ojos.

—¿Lo crees prudente? —El significado de la pregunta era más que evidente.

Aunque no lo rehuyó, ella trató de restarle importancia.

—Solo se trata de una cena —logró decir. Cuando lo vio esbozar una

sonrisa socarrona, se dio cuenta de que no había sonado muy convincente. Dejó a un lado el orgullo y habló sin tapujos—. Si te soy sincera, y a pesar de lo sucedido con ese tipo, el vendedor, me apetece tu compañía.

Él no se fio de sus palabras.

—¿Porque quieres que entre ambos busquemos el modo de descubrir el origen de la muerte de Tilly?

—¡No seas necio! —exclamó sorprendida por su suspicacia—. Sebastian Field, a veces puedes comportarte como un auténtico mandón y, además, te encanta llevarme la contraria. Sin embargo, en los últimos meses realmente he llegado a sentirme muy a gusto contigo.

A él no pareció gustarle su elección de palabras.

—¿Muy a gusto? Hablas como si fuéramos amigas del té.

A Phillipa le resultó graciosa la comparación, si bien no pensaba decir nada más en ese aspecto.

—Confórmate con esto.

Sebastian no insistió y prosiguió con el asunto que le preocupaba.

—Sabes lo que sucederá después, si me quedo —le advirtió.

Phillipa deseaba retenerlo un poco más, aunque eso no los condujera a la cama, así que se vio obligada a decir:

—Creo que somos dos adultos sensatos. Podremos controlarnos —aunque ella no estaba tan segura. El deseo por Sebastian iba en aumento y su cuerpo y su mente ansiaban lo mismo: a él—. En el caso de dejarnos llevar... — prosiguió, por si acaso— unos besos no hacen mal a nadie.

Sebastian se pasó ambas manos por el cabello.

—Mañana tenemos el desayuno con los Lefont —le recordó. La cena a la que no habían podido asistir por causas mayores había sido pospuesta, reemplazándola por un desayuno.

Phillipa torció los labios. Unos segundos antes era él quien parecía no poder soltarla, mientras que en aquel momento hacía esfuerzos por buscar excusas ridículas.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Es mejor que estemos descansados —replicó él.

Phillipa resopló.

—¡Uff! Si tanto te preocupa el descanso podemos acostarnos temprano.

El uso de aquellas palabras, que podían tomarse con doble sentido, consiguió hacer toser a Sebastian.

—Sí, es lo que temía —dijo cuando se recuperó.

—¿Qué es lo que te asusta realmente? —preguntó Phillipa con los brazos en jarras—. Dilo claro, porque estoy acostumbrada a madrugar. No veo que un desayuno en el Savoy sea un hecho excepcional.

Sebastian vaciló durante un segundo, antes de decir la verdad.

—Solo pensaba que tal vez fuera demasiado para ti, porque has tenido un día duro. Hace un rato estabas deseando marcharte a casa —le recordó—. No obstante, para mí sería un honor cenar contigo, si es lo que deseas.

—Por supuesto que lo quiero. De otro modo no te hubiera invitado. —Phillipa dejó a un lado aquella pequeña discusión que no conducía a nada y se permitió sonreír. Tenerlo junto a ella le ponía de buen humor, así que pasar un par de horas más en su compañía, a solas, era como recibir un premio—. Respecto a los planes de mañana... Cuando nos despedamos de los Lefont iremos al hospital y, antes de empezar con mis tareas, le haré una visita al señor Shaw para relatarle los últimos descubrimientos. Debe examinar minuciosamente su análisis del jarabe y encontrar el fallo.

Visiblemente relajados, ambos emprendieron el regreso al hospital. Al día siguiente hablaría con Martin también, pues cuatro mentes pensantes eran mejor que dos. Lo sucedido con el vendedor no tenía por qué ser una decepción, sino convertirse en una oportunidad que los llevara a la resolución del misterio. Sabían su nombre y el modo en el que el jarabe se distribuía entre los enfermos.

Por lo menos habían avanzado un poco en ese sentido.

Con un agudo dolor en el estómago, se movía inquieto por el cuartucho donde vivía. El olor a pescado cocinado inundaba la estancia pero, una vez hecho, lo apartó a un lado sin probar. En cambio, descorchó una botella de licor barato y lo acercó a sus labios, dando un trago que consiguió, momentáneamente, calmar su inquietud. Cuando dejó de hacer efecto tomó otro, luego otro y otro más.

La espera se le hacía eterna.

La primera vez que coincidió con Cornelius Monroe y él le propuso un trato de negocios, Ivor no lo dudó ni un segundo. Ni siquiera se tomó la molestia de pensar por qué se llevaba la mayor parte de los beneficios, mientras que el hombre apenas nada. Solo sabía lo que el señor Monroe le contó: provenía de una familia de boticarios y, aunque ya no se dedicaba a aquello, seguía elaborando el jarabe contra la fiebre.

Ivor no preguntó más. Tenía distintos proveedores, así que no desestimó a este; menos, cuando el acuerdo era tan ventajoso. Ser vendedor ambulante nunca lo haría rico, pensó entonces, así que uno debía aprovechar las oportunidades cuando se le presentaban.

Ya no estaba tan seguro...

El día de entrega del producto siempre se producía los martes por la noche, en la casa del mismo Ivor. Eso sucedió dos días atrás, pero era urgente contactar con Monroe para contarle lo sucedido con aquella mujer. El asunto no podía esperar hasta la semana siguiente. Necesitaba explicaciones. Por su culpa estaba sin mercancía.

¡Maldita fea!

Siguió paseando arriba y abajo, hasta detenerse un momento frente a la sucia ventana.

¿Vendría?, se preguntó. No había ninguna garantía, si bien debía hablarle cuanto antes. Si conseguía hacerle responsable de lo sucedido, aunque fuera

en parte, tal vez pudiera sacarle algunas monedas con las que volver a comenzar. De lo contrario, estaba perdido.

Tras producirse el desastre en la calle, Ivor había corrido a una taberna del norte de Londres para dejar un mensaje a Cornelius Monroe. Era el único modo de contactar con él fuera de los martes, solo de forma excepcional. No obstante, nunca había necesitado usarlo, por lo que no sabía si resultaría efectivo. Solo le había dicho al tabernero que debían verse de inmediato, así que esperaba que llegara cuanto antes.

¿Y si no contactaba con él hasta dentro de unos días? Se le encogió el estómago. Mal asunto.

Una discreta llamada a la puerta le hizo soltar el aliento que tenía retenido. Aliviado, fue a abrir para encontrarse el rostro del hombre que esperaba.

—Maldición, ¿qué sucede? —le preguntó, escurriéndose con rapidez al interior del cuartucho, como si temiera que los vieran juntos.

Ivor se fijó en el tipo, que parecía enojado con él.

—Tenemos que hablar —contestó de forma escueta y un tanto molesto, porque Monroe le estaba mirando como si fuera una cucaracha que le hacía perder el tiempo.

—¿Y no podía esperar?

—Ha sucedido algo. Estoy sin mercancías.

Cornelius Monroe elevó las cejas. De repente no parecía considerarlo una escoria.

—¿Tan rápido? Eres mejor vendedor de lo que creía. Pero no he traído nada conmigo. Tal vez mañana...

—No me has entendido bien —lo interrumpió con brusquedad. Se acercó hasta la mesa, tomó la botella de licor y dio un trago más—. ¿Qué diantres contiene el jarabe que estoy vendiendo?

La expresión de Monroe se volvió cautelosa.

—¿A qué viene ahora la pregunta? Tú, lo único que debes hacer es venderla —le dijo con sequedad.

—Venderla, por supuesto —repitió para sí mismo. Después sacudió la cabeza y lo enfrentó—. Dime los ingredientes.

—Es una fórmula que pertenece a la familia. No pensarás que voy a revelártela, ¿cierto?

—Deberías, después de los quebraderos de cabeza que me ha dado hoy.

Los ojos de Monroe se tornaron más oscuros.

—¿Qué quieres decir?

—Una mujer se me ha acercado esta mañana —le explicó, recordando cómo habían sucedido los hechos—. Era fea como el pecado, pero eso no es lo importante. Un cliente es un cliente.

Monroe no hizo caso de su tono despectivo.

—Ve al grano —le ordenó con aspereza—. No tengo toda la noche.

—Está bien, está bien —murmuró Ivor, concentrándose de nuevo—. Esa mujer ha sido como tener un grano en el culo desde la primera vez que ha abierto la boca. Su hijo tenía lombrices intestinales y le he ofrecido un tónico, pero la muy desgraciada deseaba olerlo.

Solo de pensarlo ya le hervía la sangre. ¿Quién se creía para dudar de sus remedios? Ivor no era muy íntegro, si bien podía calificarse como un vendedor excelente que llevaba años en aquel negocio. Por lo tanto, lo conocía bien. Aunque siempre encontraba gente reticente, normalmente hallaba el modo de engatusarlos. Ofrecer otro producto de regalo tenía el efecto de amansar a las fieras. Sin embargo, aquella dichosa mujer había terminado fastidiándolo todo.

Se enervó todavía más.

—¿Y eso me afecta a mí porque...? —Monroe dejó la pregunta al aire.

Ivor tomó una gran bocanada de aire, antes de soltarla despacio.

—Le he enseñado el jarabe para la fiebre que elaboras.

Monroe, que parecía aburrido con esa charla sinsentido, desvió la mirada hacia la puerta para después volver a su rostro.

—¿Y?

—¡Cuando ha visto el frasco se ha vuelto loca! —exclamó, atento a la respuesta de su interlocutor—. ¡Dice que ha producido dos muertes, que puede probarlo y que va a denunciarme a las autoridades!

De repente, la expresión de Monroe se tensó.

—¿Estás seguro?

—¿Que si lo estoy? —balbuceó Ivor—. ¡Por supuesto que sí! Cuando las cosas se han puesto difíciles he tratado de marcharme, pero la muy puta ha zarandeado la carretilla hasta conseguir que la mercancía cayera al suelo. — Los hechos relatados no eran del todo ciertos, si bien Monroe no tenía por qué saberlo—. ¡Por culpa del jarabe ha arruinado todo mi negocio! ¿Comprendes? Todos los remedios se han echado a perder por el suelo —se lamentó, con las manos en la cabeza.

Monroe se acercó.

—Baja la voz —le aconsejó.

Ivor lo miró atentamente.

—¿Por qué?

—Tus vecinos no tienen por qué enterarse.

No le hizo caso.

—Alguien tiene que pagar los desperdicios. Era tu jarabe...

Monroe rio y actuó, restándole toda importancia. Incluso se inclinó y puso una mano en el hombro de Ivor para calmarle.

—No te preocupes. Si es por eso, yo asumiré los gastos.

Las pupilas del vendedor se dilataron.

—¿Sí? —Vaya, la jugada le estaba saliendo mejor de lo que tenía planeado. No obstante, todavía quedaba un asunto peliagudo que tratar—. ¿Qué hay de lo que dijo la mujer? —preguntó—. ¿Va a causarnos algún mal?

—No —contestó despacio—. No son más que bobadas. ¿Acaso no confías en mí?

Ivor estuvo a punto de revelar que no se fiaba ni de su propia madre, aunque al final se cuidó de decirlo. Era la primera vez que la presencia del

tipo le producía escalofríos. En ese momento se daba cuenta. No sabía a ciencia cierta de qué se trataba, pero la forma de entornar los ojos y el modo tan frío en el que hablaba estaban consiguiendo inquietarle. O tal vez fuera la presión que hacía en el hombro, más fuerte de lo que debería.

«Consigue que te pague y que se largue de una vez», le aconsejó su voz interior. Luego ya vería si seguía vendiendo aquel dichoso jarabe.

—Por supuesto que sí —declaró con hipocresía. Ivor esperaba que no se notara la falsedad en su voz—. He vendido centenares de frascos. ¿Qué podría salir mal? —Pero ya no estaba tan seguro.

Monroe asintió con satisfacción.

—Así me gusta. Somos socios, no podemos pelearnos, ¿verdad?

Ivor iba a contestar cuando sintió un agudo dolor en el abdomen que lo hizo tambalearse. Lo había tomado tan por sorpresa que no opuso resistencia. Ni siquiera se escuchó su grito, pues el hombre que lo había acuchillado tapó su boca con una mano mientras que con la otra clavaba de nuevo el arma en la tierna carne hasta hundirlo en sus entrañas.

Así hasta once veces.

Cuando el cuerpo sin vida cayó sobre el suelo de madera, el hombre ni siquiera se molestó en quitarle el cuchillo, que era de lo más corriente. Miró a su alrededor y buscó un trapo con el que limpiarse la sangre de las manos. La de la ropa, que le había salpicado, le importaba menos. Cuando no vio ninguno, se acercó hasta la cama y estiró la sábana de algodón de mala calidad para comenzar con la suela de sus zapatos. Se la quitaría mejor en casa, pero por lo menos no dejaría rastro.

Cuando hubo terminado, giró sobre sí mismo y contempló su crimen. Había hecho bien trayendo un cuchillo consigo. Sonrió. No estaba de buen humor; la clienta del relato de Ivor se había acercado demasiado a la verdad. Sin embargo, acababa de deshacerse del único vínculo que lo unía con el jarabe. Él no se llamaba Cornelius Monroe y con Ivor muerto nadie sabría jamás quién lo había elaborado. Había sido discreto, citándose de noche. Tampoco existían testigos que los hubieran visto juntos. Si los imbéciles de la

policía intervenían, él estaría a salvo.

Eso le daba cierta satisfacción, aunque ahora debía replantearse muchas cosas, como por ejemplo, si debía seguir con su plan.

Tenía tiempo para meditarlo, se dijo abandonando el cuartucho y saliendo del edificio con discreción.

Capítulo 20

—Disculpen la ausencia de mi esposo —les pidió Annette Lefont mientras les guiaba hacia el comedor de la suite que ocupaban en el Savoy—. Debía encargarse de unos negocios antes de partir. Por mucho que le hubiera gustado, le ha resultado imposible asistir.

Phillipa sonrió con afabilidad, mirando la mesa bien dispuesta y el aparador con bandejas y teteras para el desayuno. Una doncella esperaba en un rincón para servirles.

—¿Cuándo se marchan a Liverpool?

—A primera hora de la tarde, pues el barco que nos lleva de regreso a Nueva York zarpa mañana. El equipaje está preparado y listo para cargar.

Phillipa sacudió la cabeza.

—Debimos haber anulado el desayuno. No estamos más que estorbando. Annette la contradijo.

—¡Por supuesto que no! Sería incapaz de abandonar Inglaterra sin haber tenido ocasión de agradecerle lo que hizo por Claire. Lo que hicieron —se corrigió de inmediato, mirando a Sebastian.

—Tanto su esposo como usted han sido muy generosos con su donación. Además, se tomaron tiempo para visitar el St. George Women's Charity. Todos se lo agradecemos profundamente.

—Me gustó regresar al hospital —intervino Claire, entrando por la puerta y deteniéndose bajo el quicio.

Phillipa se dio la vuelta y sonrió a la chiquilla, que lucía un vestido blanco bordado, con el cabello oscuro recogido con una cinta rosa. Tras ella, una niña de rostro inquieto los observaba a todos. Se llamaba Jennifer y era la hija pequeña de los Lefont, a la que Phillipa había conocido tres días atrás, cuando la familia entera se había desplazado hasta el St. George para interesarse por la labor que realizaban.

Por supuesto, solo les mostraron los pabellones con las dolencias menos agudas y cómo estaban equipadas las salas de operaciones, mientras que les mantuvieron lejos de las enfermedades infecciosas. A pesar de la protestas del gerente, que encontraba su comportamiento poco ortodoxo, Phillipa también insistió en que conversaran con algunas familias humildes, cuyas esposas y madres se recuperaban gracias a la intervención de los médicos y los cuidados de las enfermeras. Ella también era parte de la junta y, si los Lefont iban a hacer una donación, deseaba que se dieran cuenta de cómo era de esencial contar con nuevos recursos.

—Buenos días —saludó a ambas. A continuación se dirigió a Claire en particular—. Aunque las tareas son innumerables y una nunca tiempo de aburrirse, esta vez no había tanto revuelo, ¿no crees?

Ella le devolvió la sonrisa, pensando en la primera que pisó el hospital, terriblemente asustada, lleno de heridos y policías. Fue una suerte salir sin haber recibido ni un rasguño de la calle.

—En efecto. Todo estaba más tranquilo, aunque disfruté de la visita de igual modo.

Desde la seguridad que le ofrecía el hotel podía pensar en aquello como una pequeña travesura que contar a sus amigas. Se morirían de envidia al saber que había sido rescatada por un hombre como el señor Field, guapo y decidido. Si no fuera mayor para ella, tal vez Claire hubiera llegado a sentir un ligero enamoramiento. La prueba de cuán interesante resultaba aquello era su hermana pequeña, Jennifer. A través del relato de Claire había sentido tal emoción que afirmó que cuando creciera lo suficiente ella viviría las suyas propias.

Annette hizo un ligero gesto con la mano a la doncella para que comenzara a servir el desayuno e instó a todos a sentarse.

Durante los siguientes veinticinco minutos compartieron una agradable conversación sobre Nueva York, la rapidez con la que crecía la ciudad, el carácter de sus habitantes y las obras de caridad en las que Annette estaba inmersa.

—Admiro a las mujeres como usted —le dijo de repente a Phillipa—, tan entregada a los demás. En el mundo en el que me muevo, las damas nos dedicamos a nuestro hogar y como mucho a organizar distintas colaboraciones con las que ayudar a los más desfavorecidos. Supongo que será para limpiar nuestras conciencias —añadió con un deje de amargura.

Phillipa parpadeó.

—Pero ha formado una hermosa familia —le hizo ver. Annette debía tener solo unos pocos años más que la propia Phillipa y representaba ya una estampa idílica: era una mujer en la que todos los caballeros reparaban, de gran belleza, educación y serenidad; su esposo parecía amarla, por lo que ella había podido observar; además, sus dos hijas eran inteligentes y estaban muy apegadas a su madre—. Simplemente yo decidí priorizar otras cosas.

Ella también tuvo un esposo, si bien su relación no podía compararse con la de los Lefont, ya que sus sentimientos no pasaron del cariño y la profunda admiración.

Annette sonrió.

—Porque es más valiente.

Claire, impulsada por las palabras de su madre, alzó la barbilla.

—Yo de mayor también voy a ser enfermera —anunció con decisión, consiguiendo que la mesa se sumiera en silencio. Phillipa, que temía haber incitado a la joven, retuvo el aliento durante unos segundos.

A pesar de las palabras de la señora Lefont sobre la admiración que sentía por su trabajo, dudaba que viera con buenos ojos que su hija siguiera sus pasos; al fin y al cabo provenía de una familia adinerada.

Esperó a que Annette evidenciara su desacuerdo. Para su asombro, no se mostró contrariada, aunque tampoco lo aceptó completamente.

—Eres demasiado joven y con la cabeza llena de pájaros para afirmarlo con rotundidad —comenzó diciendo—. La señora Baker podrá decirte que ser enfermera es un trabajo duro.

Phillipa asintió.

—Sí —afirmó con cautela. Lo último que deseaba era posicionarse entre madre e hija—. Los turnos son largos y agotadores. A veces sigo en el hospital, incluso cuando ya debería estar en casa.

Que Phillipa hubiera tomado un camino distinto al que se suponía que debía seguir una dama de su posición fue una decisión personal. Claire no tenía por qué imitarla. No obstante, si deseaba ser enfermera, debía saber tanto lo bueno como lo malo.

—Eso puedo asegurarlo —dijo Sebastian con el mismo tacto—. Siempre hay algún asunto que requiere de su atención y que no se soluciona fácilmente.

Annette dirigió la mirada hacia su hija con los ojos entrecerrados, estudiando su expresión, evaluando cuán decidida estaba.

—Debes estar muy segura.

La joven no se amilanó.

—Quiero ayudar a los demás, mamá. Y no mediante obras de caridad, sino haciendo algo útil.

Annette mostró cierta admiración.

—Eso es muy loable, hija. Aunque todavía falta mucho.

—Pero si cuando crezca quiero estudiar para ser enfermera, ¿me dejarás? —le preguntó, esperanzada.

Su madre asintió, despacio.

—Si ese es tu deseo, sí —contestó—. Solo has de saber que puedes dejarlo si compruebas que no es lo que esperabas. Nadie te juzgará.

Claire lanzó una sonrisa triunfal.

—No lo haré —proclamó a los presentes—. Señora Baker, ¿puede darme algún consejo?

La pregunta logró provocar malestar a Phillipa. La señora Lefont no parecía haber tomado la misma postura que su tía Odethe el día que explicó lo que deseaba estudiar, si bien podía estar fingiendo. Su oposición fue frontal, se escandalizó e hizo varios intentos por convencer a su tío Jeremy,

que por suerte no resultaron fructíferos.

Tragó saliva. ¿Qué decir, que contentara a ambas, si ese era el caso?

Se excusó lo mejor que pudo.

—Oh, no debo.

Se dijo a sí misma que era mejor no inmiscuirse. Los Lefont habían sido muy amables con ella y generosos con el hospital. Por supuesto, se sentía halagada por que la joven en cierto modo quisiera seguir sus pasos, si bien en aquel caso juzgaba prudente mantenerse a un lado.

Claire no lo entendió.

—¿Por qué? —Su rostro se había entristecido—. ¿No cree que sirva para ser enfermera?

Phillipa se mordió el labio, indecisa.

—Estoy convencida de que si te lo propones serás una gran enfermera, pero no es fácil para una muchacha de clase acomodada —se atrevió a decir—. Primero, porque deberás renunciar a muchos actos sociales. Una ya no tiene tiempo para eso y está demasiado cansada para asistir a un baile. Además, tu círculo de amistades no entenderá tu decisión.

—¿A usted le sucedió?

Como su habitual modo de proceder, Phillipa no les había revelado que su tío era duque o que ella provenía de una familia de gran prestigio social. No tuvo que hacerlo para que ellas supieran ver que, bajo su traje de enfermera, existía una mujer con educación.

—Sí, Claire, a mí me sucedió. Mis amigas nunca lo entendieron y a la larga terminé distanciándome de ellas. Así que solo puedo decirte mi modesta opinión: piensa bien en ello antes de lanzarte solo por pura cabezonería. Y si lo deseas lo suficiente, no te rindas, ni siquiera cuando te digan que una señorita no debe. Si es tu vocación, lucha.

Vaya, se lamentó, lo había vuelto a hacer. Phillipa no había podido reprimir un discurso que solía lanzar a las enfermeras primerizas, incluso las que procedían de familias más humildes.

Se atrevió a mirar a Annette Lefont, esperando por lo menos un poco de censura de su parte. Sin embargo, sus ojos estaban tranquilos.

—¿Ves? Ya tienes tu consejo y mucho en lo que pensar —dijo la madre.

Pasados unos segundos, cuando la conversación se dirigió hacia temas menos polémicos, Phillipa creyó que podría relajarse y disfrutar del desayuno.

¡Cuán equivocada estaba!

—Señor Field, señora Baker, ¿cuándo es la boda? —preguntó de repente la más pequeña de los Lefont, que hasta entonces había permanecido en silencio.

Phillipa, que estaba restregando mantequilla en un bollo, se quedó con el cuchillo suspendido al aire.

Alzó la vista, azorada, sin saber qué responder. Habían dejado atrás una conversación incómoda para sumergirse en otra mucho peor.

—¡Jennifer! —exclamó su madre, antes de amonestarla—. Esa no es una pregunta que debe hacer una dama. Pide perdón de inmediato.

La niña se la quedó mirando.

—¿Por qué? —preguntó con los ojos abiertos como platos, curiosos—. Tienen apellidos distintos, así que no están casados, pero siempre van juntos —argumentó con su propia lógica—. Claire me contó que la habían acompañado hasta el hotel y que los dos se quedaron a hablar contigo y con papá. Hoy también han venido juntos, así que yo creo que están prometidos. Además, el señor Field la mira como un enamorado. Están prometidos —sentenció.

Los labios de Phillipa dibujaron un «oh» silencioso, mientras sus mejillas se cubrían levemente de color escarlata. Pensó que para tener solo diez años era muy aguda, aunque la niña había confundido el amor con la pasión.

—Si lo están o no pertenece a su intimidad —le reprochó Annette Lefont, con una mirada severa.

—Mi hermana siempre está metiendo las narices donde no la llaman —

intervino Claire con aire de suficiencia. Incluso sonrió.

Jennifer hizo una mueca. Después se inclinó hacia adelante y le devolvió la sonrisa. Con su cabello rubio trenzado y sus ojos de color grisáceo parecía un angelito.

—Pero a mí no me han castigado por haber engañado a nuestros padres y haberme escapado —dijo con aire resuelto—. Tampoco he chantajeado a nuestra institutriz ni he terminado metiéndome en problemas. Cuando volvamos a Nueva York, puedes ir olvidándote de asistir a la fiesta de cumpleaños de Lucy Jacobs. Se lo he escuchado decir a mamá.

A Claire no pareció agradarle aquella noticia, así que terminó pagando su frustración con su hermana pequeña.

—Tú también, enana. Porque si yo no voy, a ti tampoco te llevarán.

—¿Enana? —repitió su madre. Su rostro seguía reflejando serenidad, pero su tono mostraba desagrado—. ¿Ese es el modo correcto de hablar?

—No —contestó Claire de inmediato, con la cabeza agachada.

—Jovencitas, estos no son los modales que os he inculcado. ¿Qué pensarán nuestros invitados?

Sebastian y Phillipa intercambiaron una mirada. Tras pensarlo, se dijo que aparte de haberse visto sorprendida, la pregunta formulada por Jennifer era del todo inocente, fruto de la curiosidad infantil.

—No se preocupe, señora Lefont —declaró ella—. No nos han ofendido en absoluto. Solo son niñas.

—Tanto mi esposo como yo las hemos educado para que piensen por sí mismas y para que expresen sus deseos y sus opiniones, no para que cotilleen o se peleen entre ellas. Deben aprender lo que está bien y lo que está mal —les explicó, haciendo una breve pausa y bebiendo un sorbo de café—. Para el futuro, espero más de ellas; que se conviertan en mujeres maduras, no en muñequitas tontas y vacías por dentro que hieren a los demás sin motivo alguno. Claire, Jennifer, pedid perdón.

—Lo siento —dijo su hija mayor, visiblemente avergonzada. Phillipa

sospechaba que lo estaba más por la regañina de su madre que por haber llamado enana a su hermana.

Annette esperó que la pequeña hiciera lo mismo.

—Señora Baker, siento haber mencionado la boda. —Su voz comenzó siendo mansa, pero a medida que hablaba se volvió más viva—. Yo no creo que haya nada de malo en que dos personas estén enamoradas, pero mamá dice que no debo hacer preguntas al respecto.

A pesar de la respuesta, la mirada de Annette se relajó.

—Como excusa, puede mejorar —indicó con benevolencia—. Quiero que entiendas, Jennifer, que no hay que mencionar un tema así a menos que la otra persona lo haga primero. Y mucho menos precipitarte en tus conclusiones.

—¿Ni siquiera con amigos y familia? —quiso saber.

—Entonces sí —respondió—. El grado de confianza es distinto.

Phillipa, ya recuperada de la pregunta, terminó de untar el bollo, lo dejó en su plato y se dirigió a la niña, esperando satisfacer su curiosidad.

—Entre el señor Field y yo no hay ningún compromiso. Si siempre estamos juntos es porque... —vaciló un instante, antes de proseguir. Buscaba el modo adecuado de decirlo—. Bueno, es su trabajo.

Las tres Lefont la miraron con extrañeza, si bien solo Jennifer se atrevió a preguntar.

—¿Le pagan porque la acompañe?

A Phillipa se le daban bien los niños. O más bien los bebés. Sabía cómo limpiarles y darles de comer, tenía buena mano consiguiendo que se durmieran y detectaba cuándo estaban enfermos. La parlanchina Jennifer era distinta. A veces parecía un ángel y, otras, una mujer adulta disfrazada de chiquilla.

—Eh... —Buscó la ayuda de Sebastian. No obstante, él no salió al rescate—. Si resumimos todas sus tareas, puedo afirmar que su trabajo consiste en protegerme.

La mirada de Jennifer se iluminó.

—¿Es usted alguien importante, o está metida en un lío? —La idea de que Phillipa estuviera envuelta en cualquier aventura fuera de lo común fascinaba a la pequeña.

—Ella siempre está metida en líos —murmuró Sebastian con sorna.

—¡Eso no es cierto! —protestó Phillipa con cierta indignación—. Ser enfermera es una profesión muy hermosa, pero a veces atiendo a pacientes en sus casas que están en barrios poco recomendables —expuso de un modo sencillo. Ninguna de las Lefont, y menos las niñas, tenían por qué saber nada de la sífilis. No era un tema muy agradable y menos para hablarlo durante el desayuno—. El señor Field se ocupa de que nadie me robe o agreda.

Jennifer pareció decepcionada con la respuesta.

—¿Solo por eso? —Entonces, su expresión volvió a cobrar fuerza—. Debe haber muchos delincuentes en esos barrios. Estoy segura de que sí, como rateros o timadores; incluso asesinos. ¿Es usted policía, señor Field? ¿Por eso la protege?

Sebastian se arrellanó en la silla, divertido con la situación. Era la primera vez que conocía a alguien tan pequeño y curioso.

—Eso no debe preocuparte ni quitarte el sueño —le recordó su madre con suavidad.

—No lo soy —contestó él, mientras esbozaba una sonrisa—. Estuve en el ejército, al servicio de Su Majestad; ahora me ocupo de mantenerla sana y salva.

—Entonces, ¿solo la protege porque es su deber? ¿No están enamorados?

—Qué sabrás tú lo que es estar enamorada —escuchó decir a su hermana mayor mientras su madre reconducía la conversación.

Sebastian dejó de escuchar y se sumió en un estado de reflexión. Para todos estaba ahí, aunque solo de cuerpo presente. Su mente trataba de resolver parte de las preguntas que Jennifer Lefont había lanzado: ¿por qué la protegía? ¿Estaba enamorado?

En un comienzo, cuidar de Phillipa había sido su trabajo, otro encargo del que ocuparse, aunque ella lo detestara. Sin embargo, muy pronto comenzó a sentir admiración por la labor que desempeñaba y que tan pocos parecían agradecer. Sus cualidades como persona eran apabullantes y fruto de la objetividad. Sincera, leal, compasiva y entregada a los demás o combativa con las injusticias, eran solo una parte de sus hermosos atributos interiores, aunque Sebastian también era capaz de comprender que había otras que iban camino de desquiciarle, como cuando se saltaba las órdenes establecidas por su propia seguridad o cuando se volvía terca como una mula.

Imaginaba que en algún punto del camino la relación había ido cambiando. Cada uno era más tolerante con el otro y sus conversaciones eran siempre estimulantes, atesorando cada momento que pasaban juntos. Hasta que llegó la pasión y todo dio un vuelco.

¿Qué sentía exactamente por Phillipa? No se trataba de una simple admiración, ni tan siquiera de una sólida amistad. Él no la veía como una amiga; la quería, que era bien distinto. Sebastian deseaba acostarse por las noches con ella y levantarse sin tener que huir a escondidas, como había vuelto a hacer aquella noche. Deseaba, también, acompañarla a cualquier reunión sin que nadie se cuestionara su presencia; que todos supieran que se pertenecían. Soñaba con hacerla reír y construir un futuro juntos...

Alzó el mentón y contempló todos los rostros de la mesa, sin verles realmente. ¿De verdad había pensado en eso, en un futuro junto a ella? Lo cierto era que sí. Phillipa no era una pieza suelta de su vida, sino algo serio y profundo que había ido naciendo y creciendo lentamente. Sus pensamientos siempre estaban con ella —y no debido a su trabajo—, ansiando hacerla feliz, porque cuando estaban juntos todo cobraba sentido. Era así de simple y complicado a la vez.

Nunca antes había estado enamorado de alguien, pero sentía que de ella sí. Su corazón se lo indicaba.

Todavía había mucho en lo que pensar y en cuáles debían ser sus próximos pasos, pensó, al tiempo que esbozaba una sonrisa de satisfacción. No

obstante, aquel no era el lugar ni el momento apropiado para hacerlo.

Por el momento, se limitaría a disfrutar del desayuno, sabiendo que Phillipa se sorprendería mucho al conocer sus sentimientos.

Capítulo 21

El trabajo la había desbordado con solo poner un pie en el St. George, así que sus planes para hablar con Martin o el señor Shaw fueron pospuestos. Era una de esas tardes en las que parecía que todas las pacientes se hubieran puesto de acuerdo en acudir al hospital.

Sebastian, pegado a ella, se mantenía en silencio y se apartaba, procurando molestar lo menos posible entre las idas y venidas de los doctores y las enfermeras.

El caos en el vestíbulo se desató pasada la una. Phillipa había esperado que no sucediera, pero en momentos como esos, la posibilidad estaba a la orden del día.

—Es el esposo de una de las pacientes —anunció una compañera que entraba apresurada con vendas—. Al parecer, ella ha venido sin su consentimiento y la ha seguido hasta aquí. Está armando un buen alboroto.

Los gritos y las voces les llegaban hasta la sala de curas.

—Señora Baker —la llamó Sebastian.

Pero Phillipa siguió prestando atención a la cura de las llagas. Sin levantar la cabeza, preguntó:

—¿Quién se hace cargo?

—El señor Crouch trataba de apaciguarlo, pero he visto a los doctores Rafferty y Gillis corriendo hacia allí.

En esas circunstancias, cuando todas las manos eran pocas, el hospital no podía permitirse que sus doctores dejaran el trabajo para apaciguar a un marido iracundo. El gerente necesitaba otro tipo de ayuda.

—Señora Baker...

—Señor Field...

Ambos hablaron a la vez.

Sebastian tomó la palabra.

—Si no le importa que vaya...

—Eso mismo iba a pedirle, gracias. Su ayuda servirá mejor allí que aquí.

Poco después, los gritos fueron reduciendo el volumen. Mientras, Phillipa empezó a vendar con la ayuda de la otra enfermera. Escuchando con atención, supo que la crisis había pasado. Terminó su tarea y afianzó las vendas.

—Venga dentro de dos semanas para otra cura —recordó a la paciente— y no olvide seguir las indicaciones. —Se dirigió a su compañera—: Voy a asegurarme de que todo ha sido resuelto. Para cualquier cosa, estaré en mi despacho.

Abandonó la sala y suspiró cuando comprobó que los pasillos habían recuperado su tranquilidad acostumbrada. Se acercó a la entrada del hospital y no vio más que algunas mujeres charlando con la enfermera que atendía el mostrador de entrada, por lo que dio media vuelta preguntándose dónde estaría Sebastian.

Solo cuando se acercaba a su despacho, el misterio que la había estado asediando volvió con más fuerza. Debía encontrar un momento para hablar con Martin, aunque parecía que este nunca llegaba por una u otra razón.

No bien lo hubo pensado, sintió que quizá no podía hacerlo en ese momento, pero sí el señor Shaw, así que se desvió de su camino original y fue su busca.

Como siempre, lo encontró en su lugar habitual, rodeado de tinturas, remedios y olores característicos propios de la confección de medicinas.

Golpeó la puerta.

—Hola, señor Shaw. ¿Le importa que pase?

—En absoluto. —Este dejó lo que tenía entre manos, se las limpió y se acercó—. ¿En qué puedo servirla?

—Quisiera comentarle algo curioso que me sucedió ayer y que podría dar una nueva dirección al asunto de los frascos.

—Oh, ¿de verdad?

—Sí. De hecho, he estado pensando que debería repetir el análisis de aquel que le di. Es posible que se equivocara. —Cuando lo vio entrecerrar los ojos y poner una expresión agria, Phillipa se apresuró a explicarse—: A lo que me refiero con eso es que hay indicios de que ese producto puede contener una sustancia que puede resultar letal, pero antes de ello entran en una fase de ilusorio bienestar, común en todos los casos. Por eso quisiera que lo examinara de nuevo. Tal vez, quizá por improbable, usted pensara que estaba todo correcto y por eso no le dio mayor importancia a algún detalle decisivo que se nos escapa.

Cuando cerró la boca a la expectativa, el señor Shaw la miraba de una forma un tanto extraña, con los ojos más brillantes de lo usual. Phillipa no pudo sacarse de encima la sensación de que estaba siendo evaluada, lo cual resultaba ridículo.

—Bien, bien, me deja usted de piedra con sus dotes detectivescas, enfermera Baker.

De nuevo, la misma sensación, pero en esa ocasión intuía una burla implícita que la hizo tensarse. Por supuesto, las mujeres no podían ser capaces de llegar a conclusiones certeras, pensó con ironía.

Sin embargo, como no quería enemistarse con el señor Shaw —al menos de momento—, lo pasó por alto.

—Es posible que crea que me precipito en mis conclusiones, pero veré, ayer hubo cierto vendedor ambulante que...

—Ah, un vendedor ambulante. —Cabeceó satisfecho y le dio la espalda, lo cual irritó un poco más a Phillipa.

—Sí, sospecho de él.

—¿Como autor de esos hechos tan fascinantes que me cuenta?

El señor Shaw se acercó a una mesa con botellas etiquetadas que, como estaban al revés, ella no podía leer.

—No, en absoluto —alegó Phillipa mientras barría la estancia con la

mirada de forma descuidada—. De hecho, he estado pensándolo con detenimiento y me inclino a pensar que todo se trata de un plan bien tramado. Ese vendedor no es la cabeza pensante de algo tan maquiavélico; quizá el brazo ejecutor, aunque tampoco case con ese papel. Parecía realmente sorprendido cuando le advertí sobre las muertes.

—Parece que hay mucho que no sabe.

Descorchó la botella, sacó un trapo de un cajón y lo empapó. Phillipa solo lo miró con curiosidad pasajera.

—Yo pienso que más bien es un poco por descubrir —respondió. Se paseó por el lado contrario observando sin demasiado interés los utensilios que había colocados de forma minuciosa—. Todo es cuestión de perspectiva.

—Por supuesto, por supuesto, perspectiva. Y ¿ha comunicado ya sus sospechas a las autoridades?

Phillipa parpadeó por lo inesperado de la pregunta. Era el paso más lógico y racional, si bien se había negado a plantearse; quizá por la emoción de la aventura.

—No, la verdad es que no —respondió contrita—. No tengo pruebas tangibles, solo...

—¿Su intuición? —preguntó sagaz.

—¡Sí, exacto! —profirió, mirándolo. Él se había aproximado con el trapo muy cerca—. Le he dado vueltas y más vueltas y la única conclusión a la que llego es que la persona detrás de esto tiene más que nociones sobre medicina y el cuerpo humano. Sus conocimientos deben abarcar mucho más. Usted no conoce, por casualidad, a nadie lo suficiente desequilibrado para orquestar esta red de muertes, ¿verdad?

La pregunta fue lanzada sin pretender conseguir una respuesta clara aunque, más bien por casualidad, Phillipa terminó acertando.

—¿Desequilibrado, dice? Si sus sospechas son ciertas, creo que estamos ante un hombre dotado de una inteligencia excepcional.

—No cabe duda —confirmó tras pensarlo unos segundos. Las yemas de

sus dedos recorrían, en ocasiones, el borde de la mesa. En otras, rozaban el frío cristal de los recipientes—. Aunque también podría tratarse de una mujer.

La risa baja del señor Shaw no le gustó. No solo notaba la condescendencia en ella, sino que esta parecía colarse por debajo de su ropa erizándole la piel. Una sensación de lo más extraña.

—Lamento desinflar su burbuja, enfermera Baker, pero en la sociedad que vivimos, solo los hombres pueden acceder a conocimientos superiores.

—Por desgracia, en la mayor parte de casos, es cierto. Pero volvamos al asesino que ha provocado estas muertes. Le preguntaba si usted conoce...

—¡No! No conozco a ningún hombre que sea capaz de ingeniar un plan que nadie ha detectado.

—Excepto yo.

Él la miró.

—Sí, excepto usted, por descontado.

—Debe de haber estudiado medicina o algo parecido —reflexionó en voz alta—. También debe de gozar de una posición social acomodada.

—¿Y qué la ha llevado a deducir eso?

—Es cuestión de lógica. Necesita disponer de recursos que, primero, no están al alcance de todos y que, segundo, tienen un coste que nadie de una clase social baja podría permitirse.

—Buena deducción. —Esta vez, Phillipa no notó burla—. Así que tenemos a un desconocido con posición, dinero y estudios. ¿Solo eso?

—No es poco, diría yo. Además, ahora que lo pienso, debe de trabajar en el mismo sector que nosotros. —Detuvo ese pensamiento unos segundos—. Sí, quizá tratar con pacientes en un hospicio o en un hosp... —Una imagen repentina, casi brillante, se coló por una esquina de su retina y Phillipa desvió la mirada hacia allí. Bajo una mesa pudo descubrir, parcialmente cubierto y relucientes como plata recién pulida, unos frascos conocidos.

En su mente se agolpaban una multitud de pensamientos variados que iban tomando forma. Phillipa miró al señor Shaw. Este se había detenido en medio

de la estancia. Apoyaba la cadera en una mesa de madera en un gesto que pretendía aparentar desenfado. A su lado, el trapo empapado.

«Cloroformo», adivinó.

De reojo, volvió a mirar los botecitos de cristal alineados y casi fuera de la vista; iguales que aquellos que estaban provocando las muertes.

«Pura coincidencia».

Lamentablemente, Phillipa no creía en ellas.

Volvió su atención al doctor Shaw, que la miraba expectante. Y de golpe, todo cuadró: el conocimiento, el ego y la oportunidad. Solo faltaba el motivo, pero eso, ahora, no le preocupaba en absoluto. Necesitaba salir de allí.

Le sonrió.

El doctor Shaw hizo otro tanto.

Y Phillipa comprendió que él ya sabía que lo había descubierto.

—Bien. —Era ella la que tenía que mover ficha—. Creo que será mejor que le deje con lo que estaba haciendo. Solo he venido a informarle. El trabajo nos espera.

La cháchara le sonó vacía y desesperada.

Él cabeceó, como si asintiera, por lo que Phillipa se permitió pensar que tenía posibilidades.

Dio dos pasos hacia la puerta.

El químico abandonó su posición indolente.

«¡Corre!».

Y no se permitió pensar más. Lo hizo.

Phillipa era más joven y ágil, por lo que, al pasar al lado del señor Shaw, esta alzó el brazo para tratar de impedir que la atrapara. No obstante, el químico tenía más fuerza y la cogió del pelo, tirando hacia atrás.

Cuando el brazo masculino la aprisionó y un trapo empapado en cloroformo le impidió respirar con normalidad, supo que estaba perdida.

Su último pensamiento lúcido fue:

«¡Sebastian!».

El despacho estaba vacío.

Sin soltar el pomo de la puerta, Sebastian se rascó la cabeza con la mano libre.

Una enfermera le había informado que estaría allí, trabajando, tal como la propia Phillipa le había asegurado.

Con el caos extinguido, el familiar orden imperante había vuelto a apoderarse del hospital, por lo que su ayuda dejó de ser necesaria. Si bien no estaba seguro, juraría que solo había estado alejado de Phillipa poco más de media hora desde que la dejó en la sala de curas.

Por supuesto, no había nada de qué preocuparse.

Sin embargo, se sentía intranquilo.

Cerró la puerta con cuidado y decidió dar una vuelta general por el edificio. Cuando no la vio por ningún sitio, la intranquilidad subió un grado. Se imaginó el incidente que le habían explicado al contratarlo y sintió que sería demasiada casualidad. Movi6 la cabeza para centrarse y actuar como sabía.

Fue en busca del doctor Rafferty.

Media hora después, permanecía inm6vil en el vestíbulo del hospital en compañía de Martin, el gerente y la enfermera que la había visto por última vez.

—¿Y está seguro de que no ha salido para hacer su habitual ronda en el exterior? —preguntó el señor Crouch.

—Por tercera vez le repito: es imposible. Sabe muy bien que no puede hacerlo sin mí.

Este puso una expresión de sabelotodo que Sebastian tuvo ganas de golpear. Estaba seguro. Phillipa no se hubiera marchado sin él.

—¿Tenía algo que hacer? ¿De verdad no le comentó nada? —preguntó el amigo de Phillipa.

Sebastian negó con la cabeza.

—Estoy seguro. —Lo estaba tanto que ya tenía el miedo instalándose en el cuerpo. «Que no le haya pasado nada»—. Ahora escúchenme. Vamos a ser meticulosos. Cada trabajador de este edificio va a tener que rendirme cuentas. Quiero tener la certeza de que cada uno está donde se supone que debe estar.

—¿Y quién se cree usted que es para hacer semejantes peticiones? — explotó el gerente—. Eso es competencia exclusiva del duque de Dunham.

—Harvey... —intervino Martin.

—No, déjelo, es cierto. Envíenle una nota con carácter urgente de inmediato. Los demás, en marcha. Y será mejor que obedezcan —matizó cuando vio la boca del señor Crouch abrirse de nuevo para protestar.

Con una rapidez que, en otras circunstancias, Sebastian hubiera sido capaz de valorar, obtuvo un informe completo. El único que no había sido localizado era el químico del hospital.

—Pero es frecuente en él verlo entrar y salir. —De nuevo, el gerente quiso meter baza.

—Pregunte quién lo vio por última vez y cuándo —pidió a la enfermera, que asintió y desapareció por el pasillo—. Acompañeme, Rafferty, por favor.

El gerente, peor que un grano en el culo, también los siguió.

Cuando entraron en la amplia habitación, Sebastian lo miró todo con atención. No parecía haber nada fuera de su lugar. Solo un trapo doblado cuidadosamente en una esquina.

—¿Qué buscamos? —preguntó Martin.

—No lo sé —declaró. Y era una confesión que le dolía admitir—. Hay algo que no está bien.

Entró la enfermera con una evidente falta de aire.

—Acabo de saber, por boca de un camillero y una lavandera que, esto... estaban tomándose un descanso que no les correspondía, que han visto al señor Shaw abandonando el hospital en carruaje.

—¿Y? —Intuía que había algo más.

—Lo ha reconocido el camillero. Dicen que se han fijado más que nada por lo curioso. Ha salido por la puerta de atrás y sus actos parecían furtivos. Llevaba del brazo a una mujer, vestida de enfermera, que parecía no sostenerse de pie. También han comentado que la ha metido en el vehículo y que se han marchado juntos.

—Phillipa —musitó Martin, de pronto visiblemente nervioso.

La funesta sensación que pendía sobre la cabeza de Sebastian se hizo visible y compacta. Sin embargo, se negó a exteriorizar el pánico.

Se puso a revolver cada rincón de la habitación mientras calibraba el sentido de todo ello. Cuando dejó al descubierto los frasquitos, el pánico se extendió y la certeza lo inundó. Empezó a atar cabos y sintió vergüenza por no haberla escuchado como se merecía. Por no haber creído en su intuición.

—Señor Field —lo llamó Martin. Se acercó a él y frunció el ceño cuando este le tendió el trapo que había visto antes—. Huela. —Y al hacerlo sus peores miedos se hicieron realidad.

La puerta se abrió de nuevo y el mismísimo duque de Dunham, con rostro grave, entró por ella.

—Espero que sean buenas noticias. Lamentaría tener que matar a alguien. Sebastian supo que sus horas como protector habían tocado a su fin.

Phillipa fue recuperando la conciencia con lentitud. Sentía el estómago revuelto y una pesadez que, pese a permanecer todavía en ella, iba desapareciendo.

Los temblores aparecieron cuando empezó a ser consciente del frío que traspasaba su uniforme. Tardó un poco en percatarse de que estaba atada —aunque no amordazada— y tirada en el suelo helado de, a juzgar por el olor a cerrado y moho, un sótano o un lugar similar. El hospital, por lo tanto, quedaba descartado. Ya no estaba allí.

En una actitud infantil, se empeñó en no abrir los ojos. Quizá así podría negar durante un ratito más los hechos: había sido secuestrada por un químico de su propio hospital; asesino, para más señas. Lo más inquietante, sin embargo, era la seguridad de que nadie sabía su destino.

Tratando de que el pánico no la dominase —algo muy difícil, dadas las circunstancias—, procuró hacerse la inconsciente mientras evaluaba sus opciones.

—No sea tímida y abra los ojos, señora Baker. Sé que está despierta. La respiración la delata.

«Maldición».

Enfrentada a lo inevitable, Phillipa obedeció.

La luz era tan tenue que no le molestó. En unos segundos, paseó su mirada frenética por todos los rincones, pero se le escapaba la ubicación de una salida. Un poco más alejado, pero en su línea de visión, el señor Shaw trajinaba en un cuenco.

—Lamento la incomodidad —volvió a hablar el químico—, si bien era necesaria, me temo. Me apena haber llegado a este punto, aunque eso es lo que les ocurre a las mujeres cuando tratan de elevarse en un plano superior a los hombres y meten sus narices donde no las llaman.

—¿Dó-dónde estoy?

—En mi humilde morada —respondió, mientras tiraba unas gotas en el cuenco—. En concreto, en el sótano. Le corresponde el honor de ser la primera persona en pisarlo aparte de mí.

—Vaya honor —masculló por lo bajo. Pasó a utilizar la primera táctica—. Vendrán a buscarme.

Él dejó de remover lo que estuviera haciendo, la miró y sonrió.

A Phillipa no le gustó el espectáculo. Parecía un loco muy cuerdo, si es que existía algo parecido.

—Oh, querida, no lo harán, lo sabe tan bien como yo.

—Se equivoca. Mi familia, mi protector y otro médico saben lo mismo

que yo.

—Conjeturas. Simples conjeturas. Mientras no puedan demostrar que yo me la llevé y no la encuentren, no hay pruebas sólidas que me condenen. Usted misma lo dijo.

Phillipa sintió miedo; miedo de verdad. Estaba sola y cada palabra era cierta. ¿Y qué había querido decir con «no la encuentren»?

—No se aflija —añadió como si intuyera su preocupación—, no sentirá dolor. Solo tendrá que ingerir este preparado que, por cierto, no es sencillo de elaborar.

—No se saldrá con la suya —espetó con voz temblorosa.

—Vaya —chasqueó la lengua—, qué comentario tan predecible. Me decepciona. Por supuesto que me saldré con la mía. De hecho, lo estaba haciendo muy bien. Quizá tenga que esfumarme por un tiempo. Ya sabe, por precaución, pero a usted la olvidarán pronto. Cuando no encuentren su cuerpo, solo quedará su recuerdo: el de una triste y fea enfermera, si me permite decirlo.

Que se burlara de su fealdad en un momento como ese hizo que Phillipa se enfadara y soltara la lengua. Al fin y al cabo, poco tenía que perder.

—No una simple enfermera, señor Shaw. De hecho, soy la dueña del hospital donde trabaja.

Eso detuvo todo el trabajo del químico.

—¿Usted? No sé qué trata de ganar, pero sé a ciencia cierta que es el duque de Dunham, y no una simple mujer trabajadora, el amo y señor.

—Oh, no digo que él no lo sea, sino que yo también. De hecho, aunque enfermera, provengo de una familia mucho más noble que la suya. El Duque es mi tío. Y cuando ponga sus manos sobre usted, lamentará haberse cruzado en nuestro camino.

Durante unos segundos reinó tanto silencio que Phillipa pensó que lo había conseguido.

—Bueno, no importa. Eso no cambia su destino.

Phillipa maldijo y miró a ambos lados con desesperación.

«Gana tiempo. Hazlo hablar».

—¿Por qué hace esto?

—Porque he de hacerlo.

—Es asesinato.

—Sé que usted lo ve así, señora Baker. No obstante, mis motivos están por encima de su capacidad de entendimiento.

—Pruebe —lo retó.

Él la miró y suspiró.

—La charla insustancial no servirá de nada, pero sentiré un gran placer en no defraudarla. Al fin y al cabo, soy un hombre que ha sabido ver y valerse del conocimiento para dar forma a un plan ambicioso, metódico, brillante.

—¿Cuál es ese plan?

—Encontrar una fórmula química que suministrar a la población más prescindible y así empezar una eliminación sistemática que equilibre la balanza.

«Está loco». Temía preguntar incluso qué plan era ese.

—¿Y quién decide quién es prescindible?

—Malthus, querida enfermera, el gran Malthus. Él me dio la idea de esta batalla silenciosa que estoy librando. Y pronto, muy pronto, todos conocerán mi nombre y sabrán de lo que soy capaz. Me envidiarán. Porque sé, como Malthus, cómo de preocupantes son las cosas.

«Ah, el ego: uno de los males de la humanidad».

—¿Y qué dice ese Malthus?

—Decía, señora Baker, decía. Murió hace años, pero sus enseñanzas y conocimientos siguen vigentes. Solo un círculo reducido es capaz de apreciar la descompensación entre el aumento de la población y los alimentos. Como ese gran genio supo ver, la capacidad de crecimiento de la población es, conforme pasa el tiempo, mayor que la facultad de la tierra para producir alimentos para el hombre, al que le basta con poseer las más elementales

nociones de números para poder valorar la inmensa diferencia a favor de la primera de estas dos fuerzas.

»He acudido a multitud de charlas que trataban de las enseñanzas de Thomas Malthus y estoy de acuerdo en que la evolución de la ciencia en manos de hombres buenos no ayudará a superar el gran problema de la humanidad: la pobreza y la miseria. Entiendo también que ese sector de la población, incluso en condiciones de miseria, se deja arrastrar por una falta de restricción moral e irresponsabilidad que los lleva a ser presos de un instinto de reproducción insana que descompensa a la sociedad. Y, como Malthus, estoy seguro de que llegará el día en que no habrá comida para toda la población porque, justo cuando tendría que ponerse remedio, no sucede.

»Pero ya ve, eso está cambiando. Yo mismo lo voy a cambiar. Y todo gracias a mis conocimientos químicos.

—¿Y si la gente no opina como usted? —preguntó sobrecogida. Toda esa perorata le parecía una locura tan hilada que debía hacer un esfuerzo por ser consciente de la realidad.

—Lo tengo en cuenta. ¿Acaso cree que cuando alcance el éxito los ignorantes celebrarán mi triunfo? Sé bien que no. Ya he comprobado en mi propia piel que entre ellos no necesitan una voz discordante que les haga ver la verdad de esta sociedad corrupta y desequilibrada. Pero oh, lo verán. Vaya si lo verán. Yo los obligaré a ello.

—¿Y cómo...?

—¡Basta de cháchara! Ya he hablado bastante. El preparado ya está a punto. No sirve de nada alargar la agonía. Ríndase a lo inevitable.

«¡Jamás!».

—¿Seguro que estarán aquí? —Martin susurró en el vestíbulo de la casa, a los pies de una escalera.

—Es lo lógico. Es su casa, su refugio. Además, no sabe que lo hemos identificado.

Sebastian movió la mano en completo silencio y una docena de hombres que esperaban su señal se abrieron en abanico.

Al principio, el tiempo había corrido en su contra, pero una vez que supo poner cada pieza en su lugar, hizo gala de la sangre fría y la serenidad que lo caracterizaban en el campo de batalla y obró de la mejor forma que sabía. Hansberg respondió de inmediato trayendo a uno de los suyos: un antiguo artificiero. El resto eran diestros en la lucha cuerpo a cuerpo y en el manejo de las armas más variopintas.

La casa del químico fue su primera y única opción. Con eso ya tuvo el primer desacuerdo con el tío de Phillipa. Por suerte, Hansberg supo convencerlo. Los había seguido Martin, alegando ser incapaz de permanecer esperando sin hacer nada y haciendo efectiva la mejor de sus armas: era médico. Quizá se le iba a necesitar.

Sebastian esperaba que no.

La casa parecía vacía —lo cual resultaba extraño—, aunque no deshabitada. La ausencia anormal de sirvientes le indicaba que el dueño quería soledad. Esperaba no equivocarse, o el duque en persona enarbolaría una lanza que le atravesara el corazón si fallaba.

En ese caso, él se ofrecería gustoso.

—¿A dónde? —preguntó Hansberg sin hablar.

Había dos posibilidades: sótano o desván. Que fuera químico lo inclinaba por la primera opción.

Indicó a tres de los hombres que subieran las escaleras. Los otros examinaron la planta baja con rapidez.

—Field —lo llamó en susurros uno de ellos, acercándose—, en la parte trasera hay una puerta camuflada, justo al lado de un despacho. Por su estado, parece usarse a menudo, pero está cerrada por dentro. Lo hemos comprobado.

Sebastian reflexionó apenas unos segundos.

—Es ahí, vamos.

En unos minutos descubrieron que era, con toda probabilidad, el acceso al sótano. No podía accederse a él por ningún otro rincón de la casa, ya fuera por dentro o por fuera.

—Tenderemos que volarlo —anunció. El tiempo pasaba demasiado deprisa.

—Pero entonces sabrá que estamos aquí —replicó el duque—. Puede hacerle daño antes de que consigamos llegar.

Ese era también el temor de Sebastian, pero no había otra opción.

—Quiero rapidez. Ni un fallo.

Los profesionales asintieron. El Duque, el Marqués y el doctor se apartaron hacia el lado más alejado del pasillo mientras el artificiero lo disponía. Los demás estaban cerca.

Se prepararon para el caos.

Cuando a la primera explosión le sucedió una segunda, Sebastian y los demás se tiraron sobre los escombros. A ciegas debido al humo, bajaron por unas escaleras que los llevaron hasta el supuesto acceso al laboratorio.

—¡Socorro!

—¡Phillipa! —gritó él a través de la puerta.

Trató de echarla abajo, angustiado por los sonidos de lucha del interior.

Se le unieron dos más. Tres. Juntos lograron tirarla.

La imagen lo sobrecogió: Phillipa atada, sujeta por el químico del hospital, mientras hacía esfuerzos por evitar ingerir algo de un cuenco.

No pensó, reaccionó. Sacó la pistola cargada y, aun a riesgo de darle a Phillipa, disparó.

No falló.

Capítulo 22

Phillipa se despertó entre el cálido abrigo de los brazos de Sebastian. Fue consciente de ello incluso sin estar despejada todavía y sin ni siquiera abrir los ojos. Durante la noche, debido a todas las emociones vividas, los protectores brazos masculinos apenas la habían soltado y se encontraba acurrucada entre ellos.

Un escalofrío la recorrió al evocar lo sucedido, pero se recordó que ya había pasado todo. Estaba a salvo.

Por ello, una sonrisa involuntaria se prendió de sus labios. Si lo pensaba, podía afirmar que pocas veces se había sentido tan a gusto. Y aunque hacer el amor con él era una experiencia excitante y maravillosa, nada podía compararse a esa intimidad. Tenía mucho que ver con lo que había presenciado gran parte de su vida entre sus seres queridos y amigos, pero a ella jamás le había sucedido antes y ni siquiera se había planteado que pudiera sucederle con alguien.

Si pudiera elegir seguiría así para el resto de sus vidas: Sebastian junto a ella mientras trabajaba y acompañándola en el día a día, mientras que, por las noches, se mostraría encantada de rendirse al deseo y a la pasión con él. Insuperable. En esos momentos, disfrutaba de una vida tan perfecta que no cambiaría ni una sola coma; ni un solo punto.

Estiró la pierna poco a poco para no despertarlo y para poder seguir así por tiempo indefinido, queriendo sentir la respiración masculina en la nuca y cerca de la oreja, lo cual resultaba tranquilizador. Sin embargo, en su afán por sentirlo, entrelazó los dedos con los de Sebastian y, a los pocos segundos, este empezó a moverse y a desperezarse.

—Mmmmm —murmuró él mientras la estrechaba más.

Phillipa notó cómo él se despejaba y, también, la respuesta de ese cuerpo que, sin ser inmediata, no podía resultar más obvia.

Sin soltar las manos unidas, estas subieron hasta el pecho de Phillipa y ella volvió a sonreír por la treta. Notó un suave beso en la nuca que le hizo aletear el corazón.

—Me gusta esto. —La voz todavía ronca y espesa por el sueño no le impedía tomarse libertades.

—Voy a decir que a mí también. —Con dificultad, se dio la vuelta para encararlo. No entraba suficiente luz a través de las cortinas cerradas, si bien se distinguía un contorno.

—Me alegra que estemos de acuerdo.

La besó y ella respondió con fervor.

Los minutos pasaron mientras las bocas se unían y se alejaban. Sus cuerpos cobraron vida y ambos sintieron que debían satisfacer ese deseo.

Phillipa notó una presión en el bajo vientre, pero la ignoró. Mientras las caricias se hacían más osadas y los murmullos de placer llenaban la habitación, la ahora molesta sensación hizo apaciguar el creciente deseo.

«Justo ahora no», protestó su yo interior cuando identificó el malestar.

Sabiendo que era inútil ignorarlo porque le impediría continuar más pronto que tarde, le dio un sonoro beso y se desprendió de esos confortables brazos.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas? —preguntó él cuando la vio salir desnuda de la cama.

Phillipa recogió con soltura el camisón que yacía tirado a los pies de la cama, justo sobre la alfombra, y se lo puso con rapidez, sin dejar de moverse. Buscó la bata con la mirada.

—Phillipa, ¿qué haces? —repitió Sebastian medio incorporado—. Vuelve.

—Ahora no. Enseguida estaré de regreso. —Se calzó las zapatillas y abrió de un manotazo una de las pesadas cortinas.

La repentina luz los hizo bizquear.

—¡Por Dios! —se quejó él—. ¡Phillipa!

—Lo siento. —La presión se había hecho insoportable y se puso los brazos de la bata con frenesí al tiempo que se abalanzaba sobre la puerta

interior.

—¿Pero qué...?

—La vejiga no puede esperar —espetó con el pomo en las manos.

Mientras aliviaba sus necesidades más básicas y apremiantes, oyó la risa masculina con claridad.

De nuevo, sonrió. Ah, pero qué bien se sentía.

Cuando volvió a la habitación, lo encontró sentado en la cama con la espalda apoyada en el cabezal de madera.

Phillipa se notaba un poco avergonzada por haber antepuesto sus funciones vitales en detrimento del instante mágico.

En una demostración propia de la lectura de mentes, Sebastian dijo:

—Parecía como si los momentos entre un hombre y una mujer no pudieran verse interrumpidos por problemas tan básicos.

—Oh, no te burles —soltó entre gruñido y risa. Fue a abrir la totalidad de las cortinas.

—No me atrevería a hacerlo. Acabo de comprobar en mi propia piel tus prioridades.

—Bellaco. —Se quitó la bata y se la tiró en venganza.

Sebastian la esquivó sin problemas. La risa bailaba en sus ojos brillantes y Phillipa pensó durante unos instantes que era imposible que conociera un hombre más apuesto que él. El pinchacito que sintió en ese momento en el vientre no era debido a nada tan prosaico como hacer las necesidades.

—Anda, vuelve a la cama conmigo. Creo que deberé casarme contigo si no quiero que te descarríes.

A Phillipa por poco se le paró el corazón. Incluso detuvo el paso que iba a llevarla a la cama.

«¿Casarse?!».

Estuvo a punto de soltar un grito histérico, pero la sorpresa que vio reflejada en el rostro de Sebastian le indicó que se había tratado de un comentario sin premeditación. No tenía por qué querer decir nada.

Prefirió tomarlo con la ligereza propia de una broma.

—Por suerte, no has traído un anillo contigo.

No le gustó la repentina seriedad que compuso el rostro de Sebastian y prefirió no acercarse.

—No, no lo he traído. Ha sido un impulso —confesó—. Sin embargo, que no lo haya preparado no implica que no haya pasado antes por mi cabeza ni que me arrepienta de haberlo dicho.

Phillipa parpadeó tratando de aclarar sus ideas. ¿Estaba insinuando lo que creía?

—No lo dices de verdad. —Y al instante supo, por su expresión, que no le agradó el comentario.

—Es posible que lo creas así, Phillipa, pero te aseguro que no suelo soltar afirmaciones de tanta transcendencia si no son ciertas.

—Pe-pero...

—¿Pero qué?

Tratando de ordenar sus ideas, Phillipa fue consciente de lo delicado de la situación. En cierto modo se sintió traicionada. ¿Por qué le salía ahora con aquello? Lo que tenían era perfecto y él acababa de estropearlo todo.

—Estamos tan bien...

—Sí, lo estamos.

—¿Entonces?

Él suspiró y se levantó de la cama.

Sintió que su cuerpo traidor respondía a la llamada del cuerpo masculino desnudo. Cuando lo vio alcanzar y ponerse la ropa, Phillipa suspiró, agradecida, en silencio.

Sebastian se acercó.

—Quizá no ha sido la mejor declaración, y te pido disculpas por ello, pero el fin es el mismo: quiero casarme contigo.

Phillipa se echó atrás, asimilándolo.

—¿Por qué?

Fue incapaz de callárselo. Ni siquiera el ramalazo de dolor que vislumbró en los ojos de Sebastian la habría convencido para no formular la pregunta.

—Si eso es una burla, permite que te diga que no le encuentro la gracia.

—Yo no...

—Es lo natural, Phillipa —espetó—. Hemos hecho el amor; no una, ni dos, sino más veces. Nos hemos besado, hemos visto nuestros cuerpos desnudos y nos hemos lanzado a descubrirlos con un sano entusiasmo. ¿Acaso no significa nada para ti?

—Por supuesto —protestó ofendida—. No se trata de eso.

—¿Y de qué se trata, si tienes la amabilidad de explicármelo?

Phillipa fue incapaz de responderle a eso. Las cosas se precipitaban hacia una dirección que ni tan siquiera había concebido y sentía que se ahogaba. En ese momento hubiera dado lo que fuera por estar vestida y en otro lugar. En ropa de cama y en su propia habitación, no se sentía tan fuerte como para poder hacer frente a un Sebastian desconocido para ella.

—Mira, Sebastian, quizá las cosas se nos han ido de las manos. Si nos tranquilizamos y bajamos a desayunar, tal vez las veamos desde otra perspectiva.

«Y así yo dispondré de más tiempo para pensar».

—Desayunar. Así, tal cual. Yo te pido en matrimonio y tú propones que bajemos a desayunar. —Parecía perplejo, cuanto menos—. Vamos. Phillipa, sabes hacerlo mejor que eso. Entre nosotros hay sentimientos. ¿O vas a negar eso?

—Sabes que no. Te he hablado del afecto que siento hacia ti. Contigo me siento segura.

Al oírla, Sebastian se acercó a la ventana y miró al exterior.

—Se trata de algo más que afecto —aseveró sin mirarla—. A pesar del tiempo que pasamos juntos, seguimos buscándonos, incluso en nuestros momentos libres. ¿Qué es lo que te indica?

—¿Que estamos bien el uno con el otro?

—¡Maldita sea, Phillipa! ¡No, no quiere decir eso! ¡Quiere decir que te amo!

Y si tras la declaración su corazón casi se había detenido, esa confesión se lo había arrancado del pecho. Jamás pensó que le dirían esas palabras. Que ella despertaría el suficiente amor para que un hombre acabara confesándosele.

Abrumada por tantas emociones, Phillipa soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—Eso son palabras mayores. —Y de nuevo, otro error. Había menospreciado su proposición, pero desdeñar sus sentimientos era una canallada. Sin embargo, se sentía incapaz de hacer lo que Sebastian deseaba de ella.

—Sinceramente, no esperaba esto de ti. —Parecía decepcionado—. Que lo niegues no lo hará menos probable.

—Lo siento, Sebastian. No dudo que puedas llegar a creer...

—Oh, y hasta pretendes arrebatarme también lo que siento para que puedas estar en paz contigo misma, ¿verdad? Pues no voy a dejarte. Sí, te quiero. ¿Me oyes? —Se acercó tanto a ella y con tanta rabia que se tensó—. ¡Te amo! ¡Te amo!

Phillipa dejó pasar un minuto en silencio y quiso hacerle entender.

—Sebastian...

Como si no pudiera soportar la compasión que contenía el nombre en sus labios, este retrocedió.

—Nunca había pensado en mi futuro, y mucho menos en una mujer con la que asentarme —confesó—. Cuando empecé a reflexionar, supe aceptar lo que estaba por venir. ¿Por qué tú no?

Phillipa no tenía respuesta para ello. El pensamiento y las palabras de Sebastian eran hermosos y románticos. De hecho, siendo jovencita había soñado con que alguien se las dijera. Mas su existencia no había seguido los cánones establecidos ni su forma de ver la vida se había limitado a ser solo

esposa y madre. Ella deseaba más. Necesitaba mucho más.

Y de repente, una idea empezó a germinar y supo por qué no podía aceptar.

—Creo que estás equivocado, Sebastian. Oh, no dudo que quieras casarte conmigo —añadió al ver la airada y tormentosa expresión en el rostro masculino—, aunque sea por razones equivocadas. Lo que tú quieres es protegerme.

—Por supuesto que quiero protegerte. Te amo.

—No, no me refiero a tan algo abstracto, sino a detalles concretos. Protegerme de situaciones como la de ayer.

—¿Perdón?

—Sí, sí. —Conforme avanzaba, más segura se sentía—. Entiendo que es un instinto natural en ti. Piensas que, si me caso contigo, podrás evitar las salidas por el East End y que me vea envuelta en situaciones peligrosas.

Sebastian la miró como si delirara y Phillipa sintió cierta incomodidad.

—Si piensas semejantes sandeces, es que eres más insensata de lo que imaginaba. Si te he propuesto matrimonio, a ti y solo a ti, es por todas y cada una de las razones que he nombrado antes. Y ni una más.

—No lo entiendes. Lo he visto antes. La mujer se casa y se convierte en una posesión más del marido. Este pasa a tener el control sobre su vida, sometiéndola. Puede exigirle cómo debe vivir esa vida al tiempo que le corta las alas en aras del buen comportamiento o de la absurdez que crea más conveniente.

—¿Y crees acaso que yo quiero eso? ¿Cuándo he dicho semejante majadería?

—No, es cierto, no lo has dicho y quizá creas que no vas a hacerlo, pero no vas a poder evitarlo; está en tu naturaleza.

Furibundo, Phillipa lo veía pasearse arriba y abajo como si intentara no acercarse.

—¿En mi naturaleza? ¿Coartar la libertad de las personas? Vaya, no sabía

que me habías conocido tan en profundidad. Resulta que ves en mí modos de comportamiento que no sabía ni que tenía. ¿De verdad crees que yo sería capaz de semejante bajeza?

—No, no. No quería decir eso. —Se apresuró a responder. En su afán por hacerle entender su postura, se había equivocado en la elección de palabras y lo había insultado.

—¿Y qué pretendías, entonces? Me estás diciendo que quiero casarme contigo para controlarte.

El que parecía hacer un supremo esfuerzo por dominarse era Sebastian. La rigidez de su cuerpo estaba marcada en los músculos de sus brazos desnudos. Las líneas del cuello estaban tirantes y los hombros, echados hacia atrás. De tanto en tanto tensaba y abría los puños, lo que le indicaba su falta de control. Pero sus ojos, oh, sus ojos. En ellos se reflejaba el dolor que le estaba causando sin pretenderlo.

¿Acaso podría retroceder en el tiempo y cambiar las palabras dichas? ¿Serviría de algo? No lo sabía. Lo cierto era que le estaba pidiendo algo que no se creía capaz de dar.

—Oh, no lo sé. —Se sentía cansada e impotente—. Por favor, Sebastian...

—No, Phillipa. Sin excusas y sin lamentos. Todavía no has sido capaz de darme un sí o un no —presionó. Sin embargo, ambos sabían que la respuesta no era necesaria—. Explícame, ¿qué sientes por mí?

Phillipa abrió la boca para responder y la volvió a cerrar. Se quedó en blanco.

—Es más —continuó él ante su mutismo—, ¿qué ha significado todo esto para ti salvo un juego? La evolución natural y el lógico final de lo que hemos tenido es el matrimonio. Si no pretendías casarte, ¿a dónde deseabas llegar con todo esto? —Los señaló a ambos y después abarcó la habitación con los brazos.

—A ningún sitio. —Y esa era la pura verdad—. Me limitaba a disfrutar del momento, de tu compañía —dudó—, de tus besos y caricias.

—Y nada más —se mofó él—. Según tu explicación seguiríamos así por el

resto de nuestras vidas, pero no tienes en cuenta que todo evoluciona y que es imposible estancarse. Este es un episodio más, como todo. —Se sentó en la punta de la cama con las piernas abiertas. Bajó la cabeza y Phillipa sintió una honda tristeza al verlo así—. ¿Tú me amas? ¿Es de verdad tu miedo a que te priven de libertad el único motivo para temer el matrimonio?

—Ojalá me entendieses —repuso Phillipa. Se sentó en una silla porque dentro de poco las piernas no la sostendrían—. Quiero estar contigo, aunque también deseo ser enfermera y la libertad que eso conlleva.

—¿Y qué te impide tenerlo?

—¿Acaso no escuchas? El matrimonio te lo quita todo. Todo.

—No veo qué te quitó a ti el tuyo. ¿O acaso hay algo que me escondes?

—No —replicó frustrada. Quería hacerse entender del modo que fuera—. El matrimonio con Charles fue bien porque era un acuerdo entre colegas y amigos. Ambos sabíamos qué esperar del otro.

—Me gustaría que te escucharas hablar, Phillipa. Estás tan equivocada. Tu matrimonio hubiera podido ser lo que tú describes con tanto horror. Con que solo Charles hubiera querido imponer su voluntad, tu destino habría quedado sentenciado, tal y como temes.

—No, Charles no lo hubiera hecho.

—Ah, pero yo sí. Supongo que eso es lo que tratas de decir con tanta dificultad.

Incapaz de seguir soportando el tormento que veía en él y el suyo propio, Phillipa se acercó y se sentó a su lado.

Le tomó las manos y él se dejó hacer.

—No pienses eso, por favor.

—¿Y qué quieres que haga? Estás obsesionada con la dominación del hombre sobre la mujer. El control que los estibadores ejercen en las propias esposas, el mando de los doctores sobre las enfermeras. Y es cierto, no digo que no. Pero te aferras a eso sin ser consciente de lo que también has vivido. Abre los ojos y mira a tu alrededor. Piensa en tu tío, en esas mujeres que

componen la junta directiva y en las historias que me has contado sobre ellas. ¿Ellos no sirven de ejemplo? ¿Acaso esos matrimonios son como dices?

Phillipa se negó a pensarlo. Eran casos especiales.

—Nuestra situación sería diferente. Tu instinto de protección está muy desarrollado y has vivido conmigo lo difíciles que pueden llegar a ponerse las cosas. Quizá al principio no sucedería. Solo sé que te preocuparías cada vez que saliera de casa. Tu intención sería armarme con un ejército que me protegiera de cualquier rasguño. Yo aceptaría para complacerte, mas no sería suficiente. Llegaría un día en que o bien me asfixiaría ante tanto control o sucedería un incidente que lo cambiaría todo. Primero me exigirías que abandonara las calles y después, el hospital. Al final esperarías lo mismo que los demás. Yo quiero la felicidad que teníamos hasta ahora. ¿No podemos seguir así?

De un manotazo, Sebastian se soltó y se alejó en un claro signo de rechazo que le dolió. Lo vio ponerse la camisa con gestos furiosos y se sintió miserable.

—Sebastian...

—¡¡¡Detente!!! No digas una palabra más o puede que acabe soltando algo que más tarde lamentaré. Me resulta imposible seguir escuchando tus necesidades por más tiempo. Tenía una opinión equivocada sobre ti, Phillipa, y parece que tú de mí. Ninguno de los dos parece conocer al otro puesto que nunca he pretendido nada de lo que me acusas.

—¡No estoy ofuscada! —protestó— Trato de explicarte...

—¡Sé lo que tratas de hacer! Quieres exponerme «tu verdad». Estás atascada en ella y no ves nada más.

—Ahora me ofendes.

Mientras Sebastian se ponía las botas y terminaba de vestirse, Phillipa se sintió desnuda en más de un sentido.

—¿De verdad, Phillipa? ¿Y qué has estado haciendo tú sino agraviarme con tus injurias y suposiciones? —Escupió las palabras—. Yo solo me remito a los hechos. Toma nuestro acuerdo como ejemplo. Quizá al principio sí fui

autoritario, pero demostré que podía comprender tu trabajo y, por ende, a ti. Eso no quita que no me preocupe por tu seguridad, pero confío en tu buen juicio y creo que no te he «asfixiado» más de lo debido imponiéndote unas normas razonables. La vida no es un camino de rosas, lo sabes tan bien como yo. Siempre encontraremos dificultades. Sin embargo, debemos ser lo suficientemente maduros para llegar a acuerdos, tal y como hemos hecho hasta ahora. Niégalo si te atreves.

Phillipa no podía, pero se impelió a seguir insistiendo, a seguir manteniendo su posición.

—¿Y si eso no sucede? ¿Qué pasará entonces con mi trabajo, con mi vida, con lo que me identifica como mujer? Estaré atrapada.

Sebastian le lanzó una larga mirada y ella se la sostuvo. Cada uno en puntos distintos de la habitación, como un simbolismo de las posturas que los separaban.

—Es un riesgo que debemos correr —declaró con una inesperada calma—. La cuestión es si crees lo suficiente en mí y si estás dispuesta a intentarlo.

Por un momento, se sintió dividida. Sebastian la empujaba a decidir y no estaba preparada para ello.

—Quiero estar contigo —empezó. La repentina luz que vio en su mirada la llevó a apresurar el resto—, aunque también quiero ser enfermera y tener mi libertad.

El brillo desapareció.

—Lo entiendo. Espero que comprendas también que no tienes por qué escoger. Puedes tenerlo todo. No sería fácil y necesitaríamos hacer concesiones, pero yo estaría dispuesto a intentarlo. ¿Nunca te has planteado ser esposa y madre a la par que seguir ejerciendo de enfermera?

No, nunca había sucedido.

—No lo sé. Lo que hago exige gran parte de mi tiempo.

—Aun así, si lo piensas con detenimiento, Phillipa, con nosotros lo has encontrado. Nos has dado nuestro espacio y momento. ¿Por qué no con todo

lo demás?

Agotada de tantos requerimientos, se pasó las manos por el rostro y se apretó levemente los ojos.

—Me exiges demasiado. Soy incapaz de imaginarme en otro escenario que no sea el que he creado para mí.

—¿Lo ves? —preguntó, acercándose y alzándole el mentón con una delicadeza que le rompió el corazón—. Con eso solo demuestras que te has aislado haciendo de tu profesión el único aliciente de tu vida.

—¿Y qué importa? Lo he decidido yo —espetó apartándose airada al sentirse atacada de nuevo.

Sin amilanarse, Sebastian volvió a acercarse. Le sujetó el rostro con las manos y la miró a los ojos.

Phillipa se estremeció.

—Pero ahora estás en otro momento —explicó con suavidad—. Arriésgate por mí. Hazlo por nosotros, por favor. Entre los dos podemos crear algo maravilloso.

Ella era incapaz de permanecer indiferente a la súplica y su interior era un caos de sentimientos, si bien no podía darle lo que pedía.

Tras su silencio, Sebastian debió intuir que no había nada que hacer y se apartó poco a poco, como si alejarse le resultara doloroso.

Phillipa se obligó a no parpadear. Si lo hacía, inundaría su habitación con las lágrimas.

—¿Te vas? —le preguntó a su pesar cuando lo vio alcanzar la puerta. Se odió por la ronqueza delatora.

Él asintió.

—Necesito pensar.

—Nos veremos mañana temprano, entonces —se atrevió a decir. Quería quitarse de encima una funesta sensación que no alcanzaba a definir.

Sebastian permaneció quieto unos instantes y respondió sin mirarla.

—Sí, mañana.

Capítulo 23

Rozaba el mediodía cuando Sebastian saltó del caballo.

Durante el trayecto de Londres al Campamento, había lamentado su impulso a cada segundo. En lugar de optar por la comodidad del carruaje como hacía siempre, había alquilado un caballo, primando su necesidad de aire libre y velocidad. No había soportado la idea de verse recluido dentro del vehículo a solas con sus pensamientos, pero no había tenido en cuenta que su método de transporte opcional no eliminaba la posibilidad; quizá la reducía, sí, pero no desaparecía. Además, el tiempo había tenido la osadía de no ir acorde a su estado de ánimo, teniendo que lidiar con el desquiciante sol, que ese preciso día había decidido alzarse radiante y poderoso casi por encima de su cabeza, logrando provocarle un lacerante dolor de cabeza.

Sin apenas una palabra de agradecimiento al mozo que Hansberg había contratado, se dirigió hacia la casa a grandes zancadas y con pisadas fuertes sobre la gravilla que la rodeaba. En esa ocasión no encontró placer ni consuelo en la abundante masa vegetal que florecía alrededor y que se extendía varias decenas de hectáreas, componiendo el Campamento.

Miró con frío desapasionamiento la fachada que otrora le pareció majestuosa. Ahora se le antojaba vieja y sin vida; una mole perfectamente rectangular y gris que no lograba despertar nada en él.

Evitó la puerta principal y rodeó el edificio con una idea específica rondando su mente. Los tres pisos de altura le cortaron de golpe la luz solar y sintió que la sombra —apenas una franja de dos pies de largo debido a la perpendicularidad del sol— iba más en consonancia con su talante. El cri-cri de la gravilla bajo sus pies le crispó lo nervios y deseó haber atravesado la casa por dentro, pero sabía que se cruzaría con varios de los habitantes y que lo retendrían con una cháchara que se veía incapaz de soportar.

La parte posterior estaba llena de enormes y bajas ventanas con marcos

blancos que pretendían dotar de la máxima luz natural al interior. En el mismo centro estaba situada una puerta francesa que solía cerrarse solo por la noche. Había sido idea suya derribar las paredes de tres estancias insustanciales que pasaron a convertirse en un espacioso recinto dedicado a un único y provechoso fin. Hansberg lo había considerado inteligente y no había dudado en realizar la remodelación. Ahora era su objetivo: la sala de boxeo.

¿Por qué?

La pregunta resonó en su cerebro y Sebastian apretó los dientes cuando el recuerdo amenazó con inundarlo, al tiempo que traspasaba el umbral y pasaba al interior.

No quería pensar. Tampoco recordar. Necesitaba acción que lo ayudase a mitigar la sensación de estar viviendo una pesadilla. Si golpeaba lo suficiente o recibía una considerable paliza, quizá se anesthesiase el dolor que sentía en cada poro de su piel.

El *ring* no estaba libre, pero no le preocupaba. Ocupaba el mismo centro y lo rodeaban ocho postes de madera unidos entre ellos por dos líneas paralelas de cuerdas de buena calidad —flexibles, pero tensas— que soportaban el impacto de un cuerpo humano si era necesario. Se acercó y las tocó. Servirían.

«Y si no, dudo que importe».

Con el resto de la sala vacía, Sebastian se dirigió a una esquina y empezó a desvestirse. Su intención no era entrenar, sino disputar un combate de boxeo en toda regla. No era lo habitual en el Campamento, pero sucedía.

—¡Eh, Sebastian!

Un joven se dirigía hacia él. Por su aspecto sudado dedujo que venía de correr. La enorme extensión de la que disponían se utilizaba para mantenerse en forma, una cualidad necesaria en su trabajo.

—Alan.

—Me sorprende verte por aquí a estas horas. Pensaba... —Pareció darse cuenta en ese instante de que estaba desvistiéndose—. ¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? —preguntó a su vez con algo de sarcasmo y sin interrumpir su tarea—. ¿Está Dashwood por aquí?

Sebastian notó que Alan lo calibraba con la mirada; lo que no decía y lo que hacía. Asintió despacio.

—Puedo encontrarlo por ti —se ofreció—. No debe de andar muy lejos.

—Te lo agradecería. —Desnudo de cintura para arriba lo miró sin agregar nada más. Supuso que sus ojos le indicaron lo que necesitaba saber. No le importaba lo más mínimo.

Poco más de una hora después, la situación no era muy distinta de como la había imaginado antes de salir de la ciudad, aunque sí opuesta al escenario que había encontrado al llegar.

Tumbado de un contundente gancho de izquierda abrió los ojos y vio a la mayoría de los habitantes de la casa congregados en torno al *ring*. Asombrado por que hubieran asistido tantos en un corto periodo de tiempo, los veía vociferar y animar a partes iguales. Sin embargo, Sebastian solo veía a Phillipa. Ella estaba en todos lados. Su rostro era el de todos ellos, incluso el de Dashwood. Cuando este lo golpeaba sin piedad, no eran sus puños los que sentía rebotar en su carne y huesos, sino las palabras que le había dicho o los silencios que tanto le habían dolido y que se habían extendido por su alma como una enfermedad incurable.

Se levantó despacio y su contrincante tuvo la delicadeza de esperar a que estuviera de pie. Eso le dio alas a la rabia que llevaba dentro. No quería piedad ni misericordia. La había visto en la mirada de la mujer a la que amaba y había sentido como si le arrancara la piel a tiras.

—¿A qué esperas, Dashwood? ¿No tendrás miedo? —lo provocó.

El alzamiento de cejas del contrincante se elevó tanto que estuvo a punto de tocar su cabello, pero no se movió ni una pulgada. Es más, cruzó los brazos y lo miró impassible mientras lo veía levantarse con lentitud.

«¡Maldita sea, no voy a consentirlo!».

No iba a ser un guiñapo, una segunda versión desmejorada de lo que solía ser. Era uno de los mejores, el más rápido, el más letal.

Con el cuerpo encogido corrió y arremetió contra el otro, que se vio pillado desprevenido ante el ataque.

Sebastian también se hizo daño y volvió a caer, aunque esta vez se levantó el primero y con más rapidez. De soslayo se miró los cardenales que ya empezaban a aparecer en brazos y torso, pero pensó que si podía aguantar la frialdad de Phillipa, su cuerpo podía con todo lo demás. Estaba tocado, pero solo se percibía lo exterior. Sin embargo, empezaba a dudar si los demás — incluido Dashwood— no veían un poco más allá.

«¿Y a quién le importa?».

A él, a él le importaba.

Se acercó a la cuerda y se apoyó en ella. Los tendones y los músculos estaban tensos y doloridos y empezaba a sospechar que su impulsiva decisión no estaba funcionando como debiera. No podía quitarse de encima esa pesadumbre que se había instalado en él después de abandonar la habitación de Phillipa. En su apartamento de Holborn había parecido una buena idea. Mejor eso que verse encerrado entre cuatro paredes para recordar la negativa de Phillipa y mascar en soledad el miedo que percibía en ella. Miedo a cambiar, a darse una oportunidad, a ser feliz.

«No lo dices en serio».

¿Cómo, en nombre del Señor, podía no decirlo de verdad, si le había ofrecido su corazón? ¿Qué hombre se atrevía a dar un paso tan importante si no era por amor? Si, dado el caso, la dificultad hubiera radicado en la desconfianza de que ella tenía una posición y fortuna de las que él carecía, le habría parecido hasta lógico. Por supuesto, después habría mitigado sus temores y habría consentido en firmar cualquier documento que a Phillipa o a su familia se les ocurriese para que eso quedara fuera de toda duda. Pero no era el caso. No, no lo era.

No sabía cómo luchar contra un dragón así. No se consideraba un mequetrefe tampoco, aunque no era un caballero de brillante armadura que pudiera hacerle frente a todo. Sí, era capaz de defenderla y protegerla, pero de cosas reales y tangibles, no de miedos (y menos si ella no permitía ayuda

alguna).

Dashwood se incorporó y Sebastian se puso alerta. Se acercaron al centro con precaución.

—¿Hasta dónde quieres llegar? —le preguntó.

No había duda sobre la intencionalidad, aunque se permitió meditarlo. Al fin y al cabo empezaba a comprender que solo era un combate y que no solucionaría nada. Aun así, le sensación de dolor físico ahogaba el resto de padecimientos, por lo que no tardó en tenerlo claro.

—Hasta el final —anunció.

El clamor de los espectadores y gritos de satisfacción los inundaron, así como también el sudor que impregnaba el ambiente, que en otras ocasiones era un olor más al que estaba acostumbrado, pero que ahora lo mareaba. Afianzó los pies en el suelo de madera pulida para evitar una vergonzosa caída provocada por la falta de aire limpio y, de nuevo, le resultó extraña al tacto. Sabía que era imposible que una astilla pudiera clavársele, pues le constaba que Hansberg hacía pulir el suelo con regularidad para evitarlo. No obstante, lo sintió áspero e incómodo. Flexionó el pie y lo adaptó al suelo y la sensación siguió sin desvanecerse. Por una vez deseó que la lucha de boxeo se hubiera desarrollado bajo las premisas habituales de la gente bien. El marqués había tratado de enseñarles a luchar como personas civilizadas y cada uno de los presentes sabía cómo hacerlo, mas la satisfacción de hacerlo con los puños desnudos era incomparable. Y no solo eso. Las peleas en el Campamento, fueran similares a aquella o una forma de adiestramiento, pretendían resultar cómodas, por lo que se desprendían de los zapatos, las medias de seda y los pantalones. La parte superior también desaparecía, así que se podía decir que peleaban en calzones. Era de ese modo cuando conseguían la libertad de movimientos que una pelea de esas características requería.

Lanzó un gancho y al instante se protegió el rostro para evitar males mayores debido a la réplica. Acto seguido pensó en la inutilidad del acto. ¿A quién le importaría si llevaba los ojos morados o el labio partido?

«A Phillipa no, por supuesto».

Quizá sugiriera que bajaran a desayunar. Sí, al parecer, era su forma de solucionar las cosas. O ignorarlas. Tal vez hiciera eso mismo: fingir que su cuerpo seguía intacto.

La rabia espoleó sus movimientos, volviéndolos más rápidos y eficaces. Era inútil tratar de visualizar a su oponente. Solo podía ver el pálido rostro de Phillipa, de pie, callada e incapaz de responder a sus expectativas.

Sentía afecto por él y se encontraba segura, pero había sido incapaz de hablar de amor o responder al suyo. No se había mostrado fría, aunque su incapacidad para reaccionar había hecho mucho más que exasperarlo. Le había hecho daño.

¿Y si lo hubiera planeado? ¿Qué habría hecho en caso de ofrecerle un anillo también?

La escena habría sido la misma, estaba seguro.

«Estamos bien el uno con el otro», esas fueron sus palabras.

Pues no, él no lo estaba. De hecho, se sentía destrozado.

Por Dios, si cuando le confesó que la amaba solo fue capaz de decir que eran palabras mayores. Incluso después de explicarle con todo lujo de detalle por qué la amaba, ella se había limitado a mirarlo con compasión.

Y no contenta con eso, como la guinda de un pastel imaginario que se le antojaba amargo, ella quiso minimizar su declaración al exponer que la historia del químico era lo único que lo motivaba.

Quería protegerla. Por supuesto que quería. Pero esa no era la razón y Phillipa debía saberlo. Además, lo acusó de querer controlarla, de quitarle la libertad. Y cuando le expuso que sería incapaz de arrebatársela, afirmó que el bueno de Charles no hubiera sido capaz, tal como demostró, pero que él sí lo haría.

Había sido tan cruel al decirle eso que sintió que lo decía adrede para dañarlo. ¿Era esa la Phillipa que lo había enamorado?

«¿Y por qué no me quiere?», se preguntó por enésima vez.

Dio un puñetazo certero; dos, tres.

Percibió el momento exacto en que la sangre se agolpaba en su cerebro y de reojo percibió el intercambio de una apuesta; libras esterlinas que caían al suelo y giraban y giraban haciendo que su mundo lo hiciera con ellas.

Recibió un puñetazo que lo dobló en dos, pero solo pensaba en Phillipa, en que no había sido capaz de arriesgarse por él, ni tan siquiera por lo que tenían, que no era poco. Mientras caía al suelo sintió rabia porque ella no fuera capaz de apreciarlo. Hubiera debido ser la mujer valiente que sabía que podía ser, no solo esa persona egoísta que afirmaba que prefería disfrutar de sus besos y compañía sin esperar algo más fuerte e intrínseco. Y por encima de todo se sentía dolido y despreciado porque había salido de su habitación y, aun en contra de todo, no había tenido valor para detenerlo.

Tumbado boca arriba sintió que no podía con ello. Ignoró a Dashwood cuando se acercó para comprobar su estado. Prefirió dejar que la cacofonía de voces se fuera reduciendo y centrar su atención en algo tan banal como el friso del techo y las pinturas campestres representadas en vivos colores que parecían burlarse de él. La pastora alejando a los lobos, un grupo de jóvenes disfrutando de un picnic en un día soleado, una pareja amándose.

No, él no iba a disfrutar de nada de eso. Phillipa se había encargado de arrebatárselo, así que cerró los ojos en un intento de alejarse del mundo y maldiciendo a Hansberg por su particular sentido del humor al restaurar el friso en una estancia como esa.

—¿Estás bien, Sebastian?

Reconoció la voz de Alan, pero su inconfundible olor a puro le produjo arcadas que se negó a dejar ver.

—Dejadme solo —soltó con aspereza—, por favor —acabó por añadir. Nadie se merecía sus desaires por haberse permitido ilusionarse.

—Como quieras.

Y cuando por fin se todo quedó desierto, cuando hubo desaparecido hasta la última alma de la sala, Sebastian sintió la presión de verse solo de verdad. Y era una sensación abrumadora en el peor sentido de la palabra. Ahora solo

debía decidir cómo seguir viviendo.

Lo intentó, de verdad que lo intentó.

Quiso que todo fuera como siempre, así que como Phillipa tenía turno de noche, pasó a buscarla a la hora del té.

Ya desde un principio la cosa no fue bien. Ninguno de los dos pudo comportarse con naturalidad, pero si ella hubiera hecho un esfuerzo, Sebastian habría procurado corresponderlo.

El escueto «buenas tardes» que ella musitó con rapidez le escoció en una herida que seguía abierta. La trémula sonrisa le indicó que ella no había entendido nada salvo que él podía estar enfadado o lastimado, así que el viaje hasta el hospital lo hicieron bajo un incómodo silencio que Sebastian sintió como una cuerda alrededor del cuello, ahogándolo, y que tensó más el fino hilo que lo separaba de ella.

Sin embargo, la llegada al hospital cambió las cosas. Y eso lo desconcertó, aunque no le gustó.

Cuando empezó a hacer la ronda, se acercó a él y lo introdujo en las conversaciones, cuando por regla general se contentaba con tenerlo al lado y saber que estaba pendiente. No lo hacía a propósito, pero la mayor parte del tiempo le salían monosílabos o solo asentía o negaba. Hubo momentos en que lo tocó como fruto de la casualidad y él se tensó, no solo por lo inesperado, sino porque le sabía a caricia. Cuando la miró para confirmarlo y ella le sonrió con ojos brillantes, Sebastian tuvo que morderse la parte interna de la boca para no gritar de frustración.

—Basta, Phillipa —masculló en voz baja cuando sintió que no podía soportarlo más.

No quería eso. No deseaba que hiciera como si no hubiera pasado nada entre ellos. Que se arriesgara a que alguien lo viera solo por un pensamiento

erróneo de que así lo mantendría contento.

Como si fuera un perro.

Al parecer, su negativa no hizo mella en ella o Phillipa se negaba a dejarse afectar.

La culminación de la ronda se produjo en cuanto entraron en el despacho y ella le rodeó los brazos en el cuello con una naturalidad que le partía el corazón.

La apartó cuando trató de besarlo en la boca. Fue uno de los gestos más dolorosos que había tenido que hacer en la vida.

—¿Qué ocurre?

Parecía desconcertada por completo y Sebastian tuvo que refrenarse para no decir algo inapropiado.

—Nada —se limitó a decir.

Ella se dirigió a su escritorio y se preparó para rellenar informes. Sebastian sintió que no resistiría tantas horas a su lado, pero se hizo el fuerte.

—No esperaba que la ronda fuera tan bien —anunció ella—. Los tratamientos funcionan y me complace ver que eso refuerza la fe que las pacientes han puesto en nosotros.

—Es lógico —respondió, aunque una parte de él no tenía ningún tipo de interés por mantener ese tipo de conversación.

—No sé si te lo he contado, pero mi tío visitó el otro hospital. —Cuando vio su mirada perpleja trató de explicarse—. Aquel que convencí para que administráramos. Dice que tiene mucho trabajo, pero que puede resultar viable. Dios —sonrió y solo verla así consiguió estremecerlo por completo—, estoy muy ilusionada. Sé que supondrá mucho trabaj...

—Estoy leyendo —la interrumpió, incapaz de soportar una cháchara que se le antojaba insustancial y vacía.

Ella le miró un solo instante, pero Sebastian se mantuvo firme y le sostuvo la mirada sin pestañear.

«¿Desde cuándo parece haberse vuelto mi enemiga?».

—Oh, sí, por supuesto. Disculpa —respondió Phillipa al fin. Y se enfrascó en los informes.

No sabía si fingía o no. Él sí lo hizo; y muy bien, por cierto. Pasó las páginas con calculada diligencia haciendo ver que leía. El tiempo se le antojó eterno.

Una dolorosa, larga y desesperante hora después, un alma misericordiosa vino a romper la enervante y falsa calma que parecía haberse convertido en un personaje más de la habitación de lo tangible que se había vuelto. Casi podía masticarse.

Una enfermera se asomó cuando Phillipa dio permiso.

—Señora Baker, el doctor Rafferty la necesita con urgencia.

Esbozó una mueca cuando vio el entusiasmo con el que se levantó del escritorio. Cualquiera diría que estar sentada le había parecido un suplicio. Que incluso él mismo se tomara la interrupción como maná caído del cielo, no indicaba nada bueno.

La acompañó con decisión hasta la sala de curas, donde el doctor Rafferty y otras dos enfermeras atendían a una mujer.

—Necesito que me ayudes a suturar, Phillipa —soltó Martin tan pronto la vio—. Ha perdido mucha sangre y le hicieron un torniquete no demasiado eficaz. Se ha de hacer rápido y las tuyas son las mejores.

Ambos se acercaron y Sebastian contempló la palidez excesiva de la paciente y su evidente estado soñoliento. El doctor estaba cosiendo el corte en una de las muñecas. Las otras enfermeras presionaban y limpiaban al mismo tiempo un corte en la otra. Parecía que la mujer había hecho un buen trabajo en su intento por quitarse la vida.

Para tratar de molestar lo menos posible, Sebastian esperó fuera mientras se debatía entre su propia miseria y la comparaba con la de, por ejemplo, la mujer que había dentro. Se estuvo repitiendo que, al contrario que la suicida, él no iba a morir debido al desamor.

Cuando, tiempo después, dos enfermeras salieron y dejaron la puerta abierta, se asomó dentro. La mujer dormía relajada y con las muñecas

vendadas.

—Ya hemos terminado —le indicó Phillipa al verle—. Le hemos salvado la vida.

—Aunque no sé si nos lo agradecerá lo suficiente como para no volver a intentarlo —acotó Martin—. Les damos lo mejor de nosotros mismos y son incapaces de valorarlo.

—No puedo estar más de acuerdo —le confirmó—. Algunas pueden llegar a ser unas ingratas, sí.

Con toda seguridad, el doctor Rafferty hablaba de una cosa muy concreta, pero el comentario podía interpretarse con doble sentido y Sebastian así lo hizo. Por supuesto, Phillipa se sintió aludida.

—Eso solo ocurre cuando les ofrecen cosas que no han pedido.

Martin, sorprendido por su ácida respuesta, alzó la cabeza y la observó.

—Me sorprende lo que dices. Yo creo que es más bien una combinación de terquedad e ignorancia.

—Y pánico —señaló Sebastian—. Un miedo terrible a que puedan derribar sus defensas y que les demuestren que están equivocadas.

—O quizá un claro signo de prepotencia.

—¿¡Prepotencia!?! —exclamaron ambos hombres a la vez.

—¿Desde cuándo te parece prepotente lo que hacemos? —preguntó acto seguido el doctor, asombrado.

—Oh, no estoy hablando de nosotros ni de lo que hacemos.

—Por supuesto que no, doctor Rafferty. Ella nunca haría eso. No es capaz de verse en otro papel que no sea el de enfermera ni de salvadora de los desamparados.

—¡Eso no es cierto! Solo trato de ayudar. Que no seas capaz de aceptar una negativa no te da derecho a mancillar mi labor ni la de los que trabajamos aquí.

Sebastian apretó los dientes ante el comentario. ¿Que no era capaz de aceptar una negativa?

—Mira... —empezó.

—A ver, a ver, dejadme que me aclare —les interrumpió Martin mirando a uno y a otro—. ¿De qué se está hablando con exactitud? Porque tengo la sensación de que el único que sobra en esta habitación soy yo.

Sebastian se retrajo.

—Lo siento. No era mi intención incomodarlo.

—Oh, a él, no, pero, al parecer, a mí sí —le espetó, más dolida que furiosa.

—Bien, basta; los dos. Este no es lugar para tratar los asuntos privados que os traéis entre manos. —Miró a Phillipa—. Aquí venimos a trabajar, no a airear trapos sucios ni disconformidades. Si tenéis algo que solucionar, hacedlo, pero no aquí.

Sebastian la vio enrojecer de vergüenza y sintió una pizca de culpabilidad. Solo una poca; hasta que recordó el desencanto y la pasividad mostrada tras decirle que la amaba y quería casarse con ella.

La siguió de vuelta a su despacho de peor humor del que había salido. Cuando cerró la puerta tras él, Phillipa lo encaró.

—¿Va a ser siempre así?

—¿Así, cómo? —preguntó haciéndose el desentendido.

—Como hoy. Y si quieres que concrete, puedo ser más específica. En el carruaje, durante la ronda, aquí en el despacho. Lo de la sala de curas ha sido, ha sido... —Levantó las manos, impotente.

—¿Qué ha sido?

—Ridículo —sentenció—. Los dos lo somos por comportarnos así.

Solo le faltaba eso, que lo tildara de ridículo. Contó hasta diez y apretó los puños para evitar decir alguna barbaridad.

—Tú piensa lo que quieras, pero no lo soy. Estoy en mi derecho a sentirme como me dé la gana. Y si es despecho lo que siento, no pienso ocultarlo para que tú te sientas mejor.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que he visto lo que has pretendido. Quieres hacer ver que la noche pasada no existió y me niego a ello.

—No hago eso. —Pero ambos sabían que lo decía con la boca pequeña.

Sebastian comenzaba a asentir que le venía grande. Le dio la espalda y se acercó a la ventana en un intento de apaciguar las emociones que empezaban a dominarlo. No iba a comportarse como un necio de nuevo.

—Esto no conduce a ninguna parte, Phillipa.

—Por favor, Sebastian —se acercó a él y se detuvo a su espalda—, no seas tan terco. Yo, yo...

Le puso las manos en la espalda y Sebastian se tensó, mas no hizo nada para apartarla. Cuando sintió que apoyaba la cabeza también, apretó los dientes para evitar lo que su cuerpo y mente gritaban con desesperación: que se diera la vuelta para abrazarla y besarla sin importar nada más.

Pero importaba. Sí importaba.

—¿Tú qué, Phillipa? —la presionó.

—Te quiero.

Era un paso enorme y lo sabía, pero a Sebastian le sonó forzado y ya no le parecía suficiente.

—¿Qué tratas de decirme?

—Que cedas —dijo tras un silencio—. Estás resultando demasiado conservador y tradicional. Lo que tenemos es maravilloso. No lo estropeemos exigiendo más.

Por fin se dio la vuelta, aunque la apartó.

—Lo que tú no estás dispuesta a dar, dirás. —Suspiró, frustrado—. Phillipa, no tiene sentido darle más vueltas. Tienes miedo y lo entiendo. No podemos retroceder ni tampoco estancarnos. Solo avanzar. Por lo tanto, nuestras posturas están enfrentadas. Así que lo único que obtendrás de mí es protección.

Ella lo miró, desolada, y estuvo a punto de flaquear. ¿Habría de ser siempre así? No podría resistirlo.

—¿Nada más? —preguntó Phillipa con un hilo de voz.
Sebastian tomó aire y respondió resuelto:
—Nada más.

Capítulo 24

Sebastian siguió al adormilado sirviente mientras recorría el pasillo suavemente iluminado. De nuevo, volvía a la casa de Hansberg a una hora inadecuada, pero el fin justificaba los medios. Posponerlo hasta una hora decente no era una opción. Por supuesto, no se trataba de una visita social ni podía compararse a la primera. Si esa constituyó un principio, esta marcaba un final que le dolía llevar a término, si bien era necesario.

En lugar de dejarle solo, el criado se acercó a la chimenea para encenderla mientras esperaba. Faltaba poco para que amaneciera pero, por desgracia para el marqués, Sebastian necesitaba hablar con él de inmediato.

—Gracias.

El hombre inclinó la cabeza después de entregarle un vaso de licor y lo dejó solo.

Se quedó de pie frente a la chimenea que cobraba vida y que alejaba las sombras hacia los rincones oscuros del despacho.

No quería quedarse solo demasiado tiempo. Eso significaba momentos de sobra para pensar. Si lo hacía en exceso, podía llegar a arrepentirse de su decisión. La más difícil de su vida.

El inesperado bailoteo de las llamas le indicó que la silenciosa puerta se abría a su espalda. Supo, sin tener que darse la vuelta, que Hansberg estaba dentro.

—No tengo más remedio que preguntarte si esta nueva afición tuya por presentarte en mi casa a horas intempestivas va a durar mucho. —Iba en bata y lucía el pelo despeinado.

—Me temo que no —respondió al saludo.

Edward Fillon, marqués de Hansberg, lo miró de esa forma tan suya que parecía estar viendo dentro del alma del sujeto que tuviera delante.

—Bien. Deja que también me sirva algo fuerte. Sospecho que lo

necesitaré. —Se alejó de la mesita donde descansaba el licor que le habían servido y lo vio dirigirse hacia un mueble adyacente al escritorio. Con la palma tocó el lado derecho y el panel de madera se abrió. Del hueco sacó un vaso junto con un recipiente de cristal con un líquido casi tan oscuro como el vino. Se lo sirvió—. Como veo que estas servido...

—Con este tengo más que suficiente. —Alzó su vaso y lo movió—. Gracias de todos modos.

El marqués se sentó en la butaca y le instó a hacer lo mismo.

—Por cierto, Helen te manda saludos.

Sebastian sintió ciertos remordimientos por haberlos despertado.

—Devuélveselos y discúlpame ante ella.

—Oh, tranquilo. Es muy comprensiva —aseguró con una media sonrisa que no fue capaz de interpretar—. Adelante, te escucho.

—Dejo el trabajo —soltó de golpe y sin añadir nada más. El silencio fue ensordecedor durante unos instantes. Hansberg no pareció reaccionar a su anuncio y se limitaba a mirarle—. He dicho que...

—Sí, sí, ya te he oído. No necesito que me repitan las cosas dos veces, por muy adormecido que esté. Estoy digiriendo la noticia, a todas luces inesperada e insólita. Esperaba un cambio de dirección, no un alejamiento completo.

Ahora fue el Sebastian sorprendido.

—No te entiendo. ¿Un cambio de dirección?

—Sí, eso mismo. —Dio cuenta de su bebida y prosiguió—. Es lo que suele suceder cuando uno se establece y piensa en formar una familia.

Por un instante, Sebastian se quedó sin respiración y los ojos se le nublaron. Hansberg había sumado dos más dos y el resultado había sido un esperable cuatro. Lástima que en su mundo las matemáticas no fueran exactas.

—Te refieres a Phillipa.

—Vaya, ahora has vuelto a sorprenderme. ¿Hay alguna otra?

—No, solo ella. Pero estás equivocado. No hay nada que formalizar.

—Achacaré mi desconcierto a la hora temprana y a que parece hablar en código. ¿Me harías el inmenso favor de hablar sin tapujos? —preguntó—. ¿Por qué quieres abandonar una profesión que tan bien se te da si no hay un anuncio que hacer con la señora Baker?

—¿Abandonar? ¿Quién ha hablado de abandonar? Me refería a mi actual trabajo asignado, no a la profesión con la que me gano la vida.

—Bien, es un alivio saberlo. También plantea más interrogantes. Hubiera jurado...

Sebastian sabía los derroteros que habían tomado las elucubraciones del marqués. Pensar en ellas le provocaba un dolor lacerante.

—Necesito poner distancia, Hansberg.

—¿Y con eso te refieres a algo temporal o definitivo?

—Definitivo —sentenció con rapidez. Ojalá pudiera ser de otro modo.

—Y supongo que no vas a decirme el motivo.

—Supones bien. Es algo que solo nos concierne a nosotros dos. Lo único que debes saber es que me es imposible protegerla de forma eficaz.

Hansberg suspiró y Sebastian se sintió mal por colocarle en esa tesitura.

—Me pones entre la espada y la pared, Sebastian. Me pides algo sin ofrecerme un motivo. Déjame hacerte una pregunta: si el duque de Dunham pregunta, ¿qué debo decirle? Porque ten por seguro que las razones que no dices solo le parecerán excusas. Puede que hasta me pida tu cabeza en una bandeja de plata.

—Pues dásela. Quizá sea más fácil así.

—Oh, estupendo. Ahora te haces el mártir. Magnífico, sencillamente magnífico. —Se levantó y paseó por la habitación sumido en sus pensamientos. Sebastian le dejó hacerlo—. ¿Seguro que no hay nada que pueda hacer para lograr que reconsideres tu postura? —preguntó tras unos minutos.

—No, Hansberg. No es algo que haya decidido alegremente.

—¿Y qué pretendes que haga con la señora Baker?

—Lo que has hecho hasta ahora: protegerla.

—Es muy fácil para ti decirlo, pero si acepto esa decisión tendré que dar respuesta a preguntas incómodas. Mi reputación quedará en entredicho. Le aseguré al Duque que tú eras la mejor opción para salvaguardar la integridad física de la señora Baker. ¿Qué crees que va a decirme si le explico esto?

Sebastian también se levantó, frustrado. Ya había tenido en cuenta todas las posibilidades. Su corazón ya estaba roto. No podía quedarse. El riesgo era morir en vida.

—Sé que no le va a gustar, pero es lo mejor para todos, incluida Phillipa.

—Si quieres que te diga la verdad, Field, todo esto me resulta muy frío. No es propio de ti.

Y Sebastian lo sabía. Nadie era más consciente de eso que él. Era algo que había estado fraguándose todo el día. No se trataba de despecho. Ese día había sido una pequeña muestra de lo que se avecinaba. Sería incapaz de saber que estaba ahí y que no podía tocarla ni dejarse acariciar. Que de hacerlo ella lo interpretaría de forma errónea y vuelta empezar. También estaba seguro de que habría peleas, pullas, indirectas que menguarían el mutuo respeto que por ahora todavía se tenían. No, mejor arrancarlo de raíz.

—No puedo hacer nada por evitarlo.

—¿Y tú? ¿Crees que estarás más tranquilo si no eres quien está a su lado velando por su seguridad?

Le salió una sonrisa amarga y dolorida. Solo de pensarlo se le agrietaba el estómago. La imaginaba recorriendo los puertos y esas calles miserables llenas de personas que no la querían y a la que no les importaría que desapareciese. O tal vez gente —en apariencia, cercana— que no se detendría ante nada para hacerle daño.

—No, será imposible estarlo. No obstante, no hay otro remedio.

—Siempre lo hay —replicó Hansberg al instante.

—Tal vez sí, aunque soy incapaz de verlo.

El marqués lo observó con detenimiento y una pizca de lástima, podía verlo, aunque no le importó.

—Me gustaría no tener que darte la razón, pero sé por experiencia que el amor y el dolor combinados nos ciegan. También sé que no siempre es mejor lo que nosotros creemos que lo es.

—Si pretendes convencerme...

—Oh, no, ni se me ocurriría. Solo pongo mis dotes diplomáticas al servicio de aquellos que me lo piden. O pagan por ello —añadió—. Y como no quiero alargar esto más de lo debido, supongo que tendrás pensado tu reemplazo.

—Supones bien. —Lo había estado meditando con detenimiento. No quería a otro Frank protegiéndola.

—Y puesto que tú eres el mejor en estas lides, o al menos, todo lo experto que se puede ser en un tú a tú al descubierto, dime en quién has pensado.

—Deduzco que Wallart no es posible —tanteó Sebastian.

—Es mi segundo mejor hombre y el primero en su campo. Imposible. Tiene una misión.

—Ya hace un año.

—Es una misión larga y compleja. Elige a otro.

Sebastian lo suponía, pero tenía que probar suerte.

—Tendrán que ser Eggles y Baton.

Combinados, ambos serían lo que Phillipa necesitaba.

—Por qué será que no me extraña. Esta pequeña reunión me está produciendo dolor de cabeza a pasos agigantados y sospecho que el día que se avecina será muy largo. —Se acercó a la mesilla donde había dejado el vaso de licor a medias y se bebió el resto de un trago—. ¿Cuándo piensas dimitir?

Ambos se miraron y el marqués se pasó la mano por la cabeza en señal de hastío.

—Sí, por supuesto. ¿Por qué pensé, por un momento, que me lo pondrías

fácil?

El radiante sol de la mañana se alzaba por encima de los tejados de los edificios de la ciudad. Sin embargo, no era un panorama suficientemente hermoso como para deleitarse en él. Su cabeza y corazón se aferraban a otra imagen mucho más conmovedora: Phillipa.

Phillipa sonriendo, concentrada en sus tareas, frunciendo el ceño. Phillipa desperezándose o con los ojos nublados de deseo. Phillipa bromeando, enfadándose o enfrentándose a quien fuera. Phillipa con miedo, aferrada a sus convicciones, cerrándole la puerta a su vida.

La amaba por cada detalle, aunque algunos supusieran su alejamiento.

Llamaron a la puerta con discreción.

Lo esperaba.

Se levantó de una de las dos únicas sillas de su apartamento con la misma ropa del día anterior. Tampoco había dormido nada. Habría sido incapaz.

—¿El señor Field? —preguntó un joven anodino. A Hansberg le gustaban así, que no llamaran la atención.

—El mismo. —Aceptó un pequeño sobre y cerró la puerta después de darle unas monedas a cambio.

Lo abrió y leyó el contenido. Allí se le informaba de su nuevo trabajo. No era muy lejos. Había esperado que lo fuera.

Miró la pequeña bolsa encima de la cama. Contenía unas escasas pertenencias que llevaría consigo. Solo tenía que pedir un coche de alquiler y listo; se alejaría de la tentación que Phillipa representaba. No valía la pena despedirse. Hacerlo supondría más dolor y tal vez una escena que no deseaba. Mejor un corte limpio.

Por supuesto, lo suyo era una medida desesperada. Por muy lejos que estuviera, ella seguiría residiendo muy adentro, en un lugar del que ni él

podría arrancarla. Tampoco quería. Olvidarla no era una opción y se negaba a tener esperanza; se lo había dejado demasiado claro. Quizá el tiempo menguara el dolor y trajera aceptación. Él poco más podía hacer excepto adentrarse en su rutina.

Volvieron a llamar cuando Sebastian se aseaba antes de salir por la puerta en pos de la nueva misión. Con las mangas de la camisa a medio subir, se restregó la toalla por la cara y se la colgó sobre el hombro.

Su sorpresa fue mayúscula cuando abrió de nuevo. Al otro lado se hallaba el mismísimo duque de Dunham.

Hansberg no había perdido el tiempo.

—¿Puedo pasar? —preguntó tras unos segundos de silencio en los cuales ninguno de los dos dijo nada. Solo se midieron con la mirada.

—Adelante, Excelencia. —A pesar de su propia corpulencia, la presencia del hombre empequeñecía aún más el habitáculo—. Estaba a punto de marcharme —anunció Sebastian. —El Duque echó un vistazo superficial por las cuatro paredes y reparó en la bolsa encima de la cama. No dijo nada—. Si tiene la amabilidad de tomar asiento...

—Permaneceré de pie, si no le parece mal.

No le importaba, pero él hizo otro tanto. Si alguien había de dominar, que fuera él con su físico.

—Como prefiera. —Se apoyó en la pared fingiendo desenfado. Si el hombre quería pelea, no sería él quien se la negase.

—Supongo que ya se imaginará el motivo de mi visita —comenzó el Duque.

—Me hago una cierta idea.

—Me han sacado de la cama hace poco más de dos horas para darme unas noticias que no han sido de mi agrado. He venido para pedirle explicaciones.

—Imagino que sí, pero no tengo por qué dárselas, Excelencia. Esto es entre Phillipa y yo.

—No me gusta que la tutee. Es la señora Baker.

—Ella me dio el permiso para hacerlo, así que, con su permiso o sin él, seguiré llamándola Phillipa.

Si la conversación seguía ese rumbo, Sebastian supo que no tardarían en llegar a las manos.

El hombre se enderezó y entrecerró los ojos.

—Ya veo. —Hizo una pausa—. Si no recuerdo mal, en cierta ocasión le dije que quería lo mejor para ella.

—Así es. No lo he olvidado.

—Y usted sigue siendo el mejor.

A Sebastian no le cupo duda de la intencionalidad. Lo mejor para ella era tenerle a su lado, aunque solo desempeñando un trabajo.

—Lo soy. Pero las circunstancias han cambiado.

—Tenga la bondad de aclarármelas, porque hasta donde yo lo veo, mi sobrina sigue ejerciendo de enfermera en un ambiente hostil.

—No se la dejará sola. Hansberg pondrá a dos hombres intachables a su disposición. De otro modo...

—De otro modo, señor Field —lo cortó—, usted haría lo mismo: dejarla abandonada a su suerte mientras huye.

Sebastian se separó de la pared al instante. Por muy duque que fuera, no iba a dejar que lo insultase.

—No huyo, Excelencia. Hago lo que tengo que hacer. Y no solo por mí, sino por ella también. Dada nuestra última conversación, cualquiera pensaría que estaría radiante de felicidad por verme lejos.

Él lo miró con acritud.

—Usted no sabe nada de nada. No pretenda decirme cómo me siento o dejaría de sentirme.

—Pues entonces no haga suposiciones infundadas respecto a mí o a mis intenciones.

Cada uno en un lado del apartamento, se midieron como rivales.

—En ese caso, poco más puedo decirle —aseveró el duque—. Espero que

recuerde, sin embargo, que no me sería difícil encontrarle en caso de que haya consecuencias.

Primero, Sebastian frunció el ceño, pero empezó a enrojecer en cuanto se percató de a qué se refería. Que estuviera tan acertado lo irritó. Las suposiciones no se alejaban de la verdad y comprendió el afán de ese hombre por tratar de protegerla. Y, aunque aborrecía tener que hacerlo, dijo lo único que detendría las reclamaciones de ese hombre.

—No tendría que venir usted, puesto que yo no tardaría en regresar. No obstante, quizá fuera Phillipa quien no estuviera tan feliz de tenerme de vuelta. Así que, si tanta curiosidad tiene, le ruego que le pregunte a ella. Y ahora, si me disculpa, debo terminar de asearme antes de que vengan a recogerme.

Phillipa abandonó el St. George y se detuvo en la acera, indiferente al bullicio familiar de la calle, donde personas de todo tipo aprovechaban el inesperado día de sol tras otro de lluvia intensa; dos días que se habían hecho eco de su estado de ánimo y la habían acompañado cual mortaja.

Y ahora, por segunda vez en su vida, había mentido para poder dejar el trabajo. Se había excusado ante el resto alegando un fuerte dolor de cabeza que le impedía concentrarse y hacer bien su labor. El aspecto ojeroso que lucía había reforzado el engaño, por lo que nadie dudaba de su veracidad. Si hasta le habían recomendado reposo.

Por ello, su jornada laboral casi había terminado antes de empezar.

Echó a andar hacia su derecha hasta que una voz que no quería escuchar la llamó.

—Señora Baker, señora Baker. Debería tomar un carruaje. —Ella le ignoró y siguió andando—. Señora Baker, por favor, tenga la amabilidad de esperarnos o, al menos, decírnos a dónde se dirige.

Phillipa miró el brazo que la había detenido y a continuación los ojos azules de ese hombre. No eran del mismo color que ella deseaba ver. Tampoco su altura, aunque sí su envergadura. Desplazó la vista al otro. Una decepción más. Dos hombres en lugar de uno en concreto. Pelos oscuros en lugar de dorado, y sin el flequillo a los lados como debería ser. No eran él. No eran Sebastian.

Por un momento pensó que ellos no tenían la culpa de nada y la cordura regresó.

—No lo sé. La verdad es que no lo sé.

Ignoró el cruce de miradas masculinas mientras calibraba el alcance de sus palabras. Si ni siquiera le apetecía trabajar, ¿qué le quedaba?

«¿Qué has hecho conmigo, Sebastian?».

Necesitaba algo a lo que aferrarse al tiempo que notaba que iba a la deriva. Jamás se había sentido así, tan indefensa. En lugar de una mujer segura de sí misma y de la vida que llevaba, se identificaba más con una niña huérfana que recién ha perdido a sus padres.

Se planteó regresar a casa y dormir, dormir mucho. Quizá cuando despertara habría recobrado el juicio y todo estaría en su lugar. Sin embargo, la soledad de su hogar le suponía un encierro que le impedía respirar. Además, allí se le representaban las imágenes de lo que tuvo y no consiguió retener. Su habitación era la peor. En cada rincón veía todos los buenos momentos compartidos con él, pero también los malos. O al menos el último y definitivo.

¿A dónde ir? ¿Qué hacer para quitarse esa pesadumbre?

La palabra surgió de repente: la familia.

Sí, la familia. Las personas que mejor la conocían y que tanto la querían. Ellos le darían cobijo si se lo pedía. Quizá mostrarían extrañeza, pero si les rogaba discreción, no se mostrarían demasiado entrometidos.

A excepción de tía Odethe.

Pero incluso eso lo soportaría. Aguantaría cualquier cosa con tal de no

sentirse así. Con sus risas y sus charlas menguaría el volumen de la insidiosa conciencia, que le exigía, sin tregua, una reflexión madura y sincera.

—Detengan un carruaje, por favor —les pidió.

Se subieron con ella, sabiendo que en cuanto ella se apeara, ellos continuarían hacia su destino. Sebastian había creado un precedente que no había tenido ánimo de batallar. Atrás quedaba el proceder de Frank, uno en el que solo la acompañaba hasta que ella estuviera bien acomodada en un vehículo dispuesto a llevarla a casa.

Atenta al balanceo y fingiendo que miraba por la ventana, rememoró el momento exacto en el que ambos hicieron su aparición en la puerta de su casa. Obtusa como era, tuvieron que explicárselo varias veces: Sebastian había renunciado a ser su protector. No iba a volver. Ellos le sustituirían.

Sintió arder su corazón como en aquel momento. La punzada de dolor que calcinaba todo a su paso. Se había sentido traicionada, humillada, herida, desdichada; todo a la vez. Ni siquiera había tenido el valor de decírselo. Una carta habría bastado.

«No, sabes que no es cierto».

Bien, no lo era. Pero ¿acaso no darle lo que él quería lo obligaba a tratarla con tanta frialdad? Él le había dicho que solo obtendría protección, pero había resultado una mentira. Si lo hubiera hablado con ella habrían encontrado una solución que no supusiera un paso tan drástico para ambos.

«Recuerda cómo fue el día después».

¡No! Se negaba a recordarlo. No solo era culpa suya.

Además, le había dicho que lo quería. ¿No le bastaba?

—¿Está bien, señora Baker?

La pregunta hizo que apartara la vista de la calle, sobresaltada. ¿Por qué le había preguntado eso?

Se tocó el rostro y descubrió un rastro de lágrimas que la avergonzó. Ni tan quiera se había percatado de ello.

—No demasiado, señor Egges.

No tardaron en llegar. El señor Warton descendió para ayudarla a bajar.

—Procure descansar —le dijo antes de volver a subir y cerrar la puerta.

Recuperó la compostura antes de traspasar la puerta de entrada de los Gibson. En el vestíbulo coincidió con su tía Odethe y sus primas, que apenas tardaron unos segundos en reparar en su mal aspecto. Las tranquilizó como pudo y desestimó su intento por cancelar su salida a cabalgar por Hyde Park.

—Encontrarás a Edith en la sala de música con su profesor. Lleva meses tratando de aprender a tocar el piano y dudo que, a estas alturas, lo consiga. Jeremy está encerrado en su despacho desde bien temprano —informó Odethe.

A solas de nuevo, Phillipa se resistió a molestar las clases de Edith, por lo que se decidió por el solárium. Allí esperaba a que alguien dejara de tener algo que hacer y fuera a ofrecerle compañía.

Tuvo que soportar casi una hora de angustiosa soledad, hasta que Jeremy, interrumpido por el mayordomo, fue alertado de su presencia.

—¡Phillipa! —la saludó. Su aspecto desmejorado y ojeroso lo preocupó, pero todavía más el inesperado abrazo del que fue objeto. Phillipa siempre había sido muy cariñosa, pero fue el modo casi desesperado con el que se había aferrado a él lo que terminó inquietándolo—. ¿Cómo estás?

—Bien.

Su valiente sonrisa no lo engañó y se preguntó si no debiera haber ido a visitarla con cualquier pretexto tras la marcha de Field. Parecía mucho más afectada de lo que él suponía.

—Pues acompáñame al despacho. Tengo una tonelada de trabajo acumulado.

—No quisiera molestar.

—Tú nunca molestas. ¿Hoy no trabajas? —le preguntó mientras le cedía el paso ante la puerta.

—Eh, no me encuentro muy bien.

Y como excusa que era, Jeremy se preocupó de verdad.

—¿Tiene que ver con Field? —preguntó sin ambages.

Y para su completo asombro, Phillipa se desmoronó: un llanto desgarrador inundó las estanterías y los rincones de su lugar privado. Viéndola, solo cabía pensar en las similitudes de su propia historia de amor, por lo que comprendió al instante su dolor y se sintió un estúpido al haber querido interponerse.

La abrazó y la dejó desahogarse. Cuando se calmara, podría hablar con ella.

—Debo de estar horrible —afirmó Phillipa tiempo después—. O un poco más que lo habitual.

Jeremy no rio. Ella le pareció adorable.

—Explícamelo, Phillipa. Déjame ver cómo puedo ayudarte.

—No puedes —se lamentó.

—Phillipa...

—Sebastian se ha marchado —barbotó.

—Lo sé.

—¿Cómo...?

Su mirada bastó para que ella comprendiera.

—Por supuesto. Ni siquiera se me ocurrió. ¿Qué esgrimíó para conseguirlo?

—Solo que no podía seguir, que era lo mejor para ambos. Que las verdaderas razones solo os incumbían a ambos.

Phillipa suspiró y asintió. Se levantó para hacerlo en el sofá, ante la chimenea, y Jeremy la imitó, acercándole, de paso, un pañuelo de seda con el distintivo ducal bordado en él.

—Me duele su ausencia —confesó, por fin, queda.

Jeremy se sintió muy identificado. El pasado se repetía. Por suerte, él tuvo un final feliz. Tenía que lograr lo mismo para ella.

—¿Qué sucedió?

—Supongo que le aterrorizó verse atado a mí sin obtener lo que más deseaba.

Una repentina furia lo invadió y se irguió.

—¿Acaso insinúas que ha actuado de forma deshonrosa?

—¡No, no! Me he expresado mal. Lo que quiero decir es que le debía ser imposible seguir en calidad de protector cuando yo había rechazado su amor y su proposición matrimonial.

Jeremy enmudeció. Eso era más de lo que se había atrevido a esperar. Su mente comenzó a dar vueltas cuando Phillipa le contó su historia. Él, que hubiera apostado a que el canalla era Field, ahora debía desdecirse. El hombre estaba sin duda enamorado, pero Phillipa también, aunque se lo negara. Debía abrirle los ojos.

—Phillipa, estás rodeada de amor. Tu tía y yo, Camile y Garrett, Deirdre con Liam o Leonor con Jonathan. Deberías reconocerlo. Tómanos como ejemplo.

—Pero es distinto.

—No, no lo es. Recuerda nuestras historias. Las has oído cientos de veces. Cada uno de nosotros ha cometido errores. Aprende de ellos.

—No es tan fácil —protestó.

—A mí me lo vas a decir. Mi ceguera estuvo a punto de costarme el amor de Edith. Aquí eres tú la ciega. ¡Reacciona!

—Pero es que...

—¡Nada de peros! Límitate a recordar cómo te sentías antes de que todo se derrumbara.

Capítulo 25

Y Phillipa lo recordó. Lo recordó todo: la complicidad, las risas, la felicidad, la plenitud.

Dejó que esos sentimientos la inundaran de nuevo, tal como su tío le aconsejaba. Así empezó a sentirse más entera, más ella misma; mejor, incluso.

—A pesar de lo fuerte que eres y lo claras que tienes las ideas, has dejado que los miedos te dominen —afirmó Jeremy.

—Pero ser enfermera es mi vida.

—No, no lo es; solo es un trabajo, una parte de ti. Quizá antes lo pensabas, pero pregúntate esto: ¿qué será de tu pasión por ella si no tienes a Sebastian para compartir lo malo, pero también lo bueno?

—Si he podido ejercer de enfermera hasta que él apareció, puedo seguir haciéndolo —protestó al ver hacia dónde se dirigían sus palabras.

—No lo dudo. La cuestión es si lo harás con la misma intensidad o si te faltará algo. Por favor, Phillipa, remítete a los hechos: ¿tenerlo protegiéndote y cooperando contigo ha supuesto alguna diferencia? Si es un no, dilo ya.

El silencio inundó el despacho mientras Phillipa pensaba. Quería ser sincera.

—Aunque al principio fue a peor, después no hizo sino mejorar. Me animó, comprendía lo que hacía sin coartarme, salvo cuando mi seguridad estaba expuesta.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó ufano.

—Pero ¿y después? Si acepto casarme con él, ¿qué sucederá?

Su tío la observó con tristeza.

—No lo sé. Nadie puede asegurarlo; ni siquiera yo. —Esbozó una mueca, como burlándose de sí mismo, que a Phillipa le enterneció—. Y entiendo lo

que quieres decir. Las mujeres no lo tenéis nada fácil, sobre todo las que os salís de los patrones sociales establecidos. Sin embargo, creo que tanto tú como yo sabemos que eso no es lo verdaderamente importante, sino tu miedo a que ese amor no esté a la altura de lo que siempre soñaste. Y como en todo, hay un riesgo que se debe correr. —Tomó su mano y se la estrechó. Phillipa se sintió reconfortada—. Sé sincera. ¿Lo amas?

—Yo... —De nuevo, notó una conocida presión en la boca del estómago.

—Probemos de nuevo. ¿Qué ves en él y qué sentimientos despierta en ti?

—Me confunde.

Vio alzar las cejas masculinas.

—Eso no tiene por qué ser malo. ¿Qué más?

—Es apuesto. Y sé que hay otros que lo son mucho más, pero a mí me deja sin habla cada vez que lo tengo delante.

Phillipa se acordó de cada detalle, de cómo la vivificaba tenerlo junto a ella cuando trabajaba o cuando se asombraba de su sinceridad al adularla.

Estaba segura de que veía su verdadero ser y que sabía apreciar virtudes en donde la propia Phillipa solo veía rasgos corrientes. La protegía incluso de sí misma, y solo cuando era necesario. Era extraño, pero le gustaba esa responsabilidad que al principio aborrecía.

«Tampoco coarta mi libertad», pensó de repente. Le había venido así, sin presiones y sin que nadie lo dijera por ella. Abrió los ojos como platos.

—¿Puedes creer, tío, que, además, me adora tanto en el aspecto físico como en el intelectual? —Enrojeció un tanto cuando su tío carraspeó.

—Por supuesto. En caso contrario sería un necio.

—Es absurda esta necesidad que tengo de estar con él la mayor parte del tiempo. Lo añoro tanto cuando no está... Como ahora. Lo quiero tanto. pasmada

Al instante abrió la boca, asombrada, y vio a Jeremy sonreír con complicidad.

—Eso es, pequeña. Dilo, dilo bien alto.

—Lo amo —murmuró—. Lo amo. —Esta vez un poco más alto—. ¡Lo amo! —exclamó entre asombrada y extasiada.

—Y si te pidiera en matrimonio... —tanteó el duque de Dunham.

—Yo... ¡Oh! —Se llevó las manos a la boca—. Lo rechacé.

—Sí, es cierto, pero ahora la respuesta no sería la misma, ¿verdad?

—¿Y si no me perdona? —preguntó aterrada. Se daba cuenta de cuánto lo había herido.

—¿Lo perdonarías tú?

Por supuesto, no fue necesario contestar. La respuesta estaba escrita en su rostro.

—Ahora debo hacerle volver. Dudo que el marqués de Hansberg me facilite con docilidad la información que necesito.

—Ah, querida, con docilidad o sin ella, yo lo averiguaría para ti.

Phillipa le sonrió, feliz.

—Nunca lo he dudado. Ahora solo debo idear cómo hacer que todo acabe bien.

—Algo se te ocurrirá. No desfallezcas.

Los días que siguieron, su vida se convirtió en un caos infernal en el que Phillipa entró en pánico más de una vez.

La primera tarea fue escribir una nota a Sebastian que lo hiciera regresar. Como bien sospechaban ella y su tío, el marqués de Hansberg se negó a proporcionarles ningún tipo de indicación sobre su paradero —de hecho, la consideraba persona *non grata*—. Gracias a las dotes de persuasión del Duque, consiguieron, al menos, una pequeña venia: podía escribir una carta y él se la haría llegar. Nada más.

Al final, solo se le ocurrió una brevísima nota que esperaba que fuera

bastante convincente.

La espera posterior y la incertidumbre eran lo más costoso de asumir. Phillipa no conseguía ser productiva en el trabajo y, en la soledad de su hogar, no hacía más que gastar suela de zapatos y alfombra paseando de aquí para allá y viceversa. Por primera vez en su vida se había mordido las uñas de la mano y estaba consternada.

¿Y si no entendía el ruego? Y lo que era mucho peor: ¿y si decidía que no valía la pena?

«No, Sebastian me ama».

Esa era la constante que se repetía una y otra vez para no sucumbir al desaliento y la desesperación. Él no era tan mezquino como para mantenerla en la miseria solo por el simple placer de saberla sufriendo. Sin embargo, la duda la corroía. Le había hecho daño y era algo que no podía cambiar aunque quisiese. Solo podía tratar de repararlo.

Así pues, solo le cabía esperar. Un hecho que se le daba francamente mal.

Su tío la había ayudado de mil formas distintas. Una de ellas había sido contratar hombres cuya misión era específica: detectar la llegada de Sebastian e informar de ello de inmediato. Según le había informado, había varias decenas de ellos apostados en las posadas de las inmediaciones de Londres. Deducía que, viniera de donde viniera y viajara como viajara Sebastian, este debería hacer alguna parada; aunque solo fuera para cambiar de vehículo, refrescarse o vaciar la vejiga.

Acertado como siempre, a varias decenas de millas de la ciudad, Sebastian saltaba del caballo para cambiarlo por otro de refresco.

Un hombre cualquiera que fumaba como al descuido sentado al sol, lo reconoció por la descripción que habían hecho de él. Sin perder un segundo, cogió su propia montura y cabalgó hacia Londres.

Cuando Phillipa le abrió la puerta, solo fueron necesarias unas pocas palabras para que sus nervios se tensaran un poco más; mezcla de alivio y ansiedad.

—Llegará a Londres en una hora —anunció el hombre.

Y ella supo que todo estaba a punto de decidirse.

«Te necesito».

Phillipa solo precisó de dos palabras y cinco días para hacer reaccionar a Sebastian. Su urgencia lo decía todo. Ella no hubiera necesitado de nada más.

Escondida tras el amparo de la cortina de su habitación y con el corazón encogido, lo vio descender con rapidez de un carruaje de alquiler para alcanzar la puerta de su casa con aún más celeridad.

Le temblaban las rodillas, pero se obligó a mantener la calma y a esperar en lugar de correr escaleras abajo para lanzarse a sus brazos suplicando perdón. Los sirvientes tenían las órdenes claras: cuando se presentase, debían llevarlo a su habitación, por muy extraño que pareciese.

El informante había estado en lo cierto: Sebastian apenas había tardado una hora en pisar Londres. Con ese tiempo había volado para tenerlo todo listo.

Se atusó el recogido y se miró al espejo de pie de perfil. Por el bien de ambos, esperaba que eso funcionara. Él había venido, ¿no?

El discreto golpe en la puerta la sobresaltó. Miró la puerta con ansiedad.

—Adelante. —La voz le salió más ronca de lo que pretendía, pero no podía evitarlo.

—El señor Field está aquí, señora Baker —anunció la sirvienta.

Phillipa no tuvo ojos más que para la imponente figura que permanecía detrás de la joven doncella, que salió tan pronto vio que su presencia ya no era necesaria.

Con un nudo en la garganta, Phillipa miró al hombre silencioso que seguía inmóvil en la puerta. Bebió de su imagen y se le antojó más delgado.

Quiso decir algo que aliviara la súbita tensión, aunque él se le adelantó.

—¿Qué sucede, Phillipa? ¿Por qué me has hecho venir? No puedes pretender que vaya a aparecer siempre que me lo pidas. Mi trabajo también es importante.

Phillipa asintió sin saber qué decir a continuación. Todas las palabras se atascaban en su garganta. Había ideado mil formas de abordarlo, si bien en el momento de la verdad, se veía incapacitada para hacerlo.

—Pero has venido de todas formas —dijo, al fin.

—¿Y piensas aprovecharte de ello?

Ella negó, maldiciendo su falta de locuacidad. ¡Era capaz de echarlo a perder! ¡No iba a tener muchas más oportunidades!

—Qu-quería pedirte perdón. Estoy muy arrepentida por cómo te traté.

La mirada dura y silenciosa que le lanzó la puso más nerviosa aún.

—Una carta de disculpa habría bastado, Phillipa. No era necesario hacerme venir como si la vida te fuera en ello. —La ceja alzada preguntaba si estaba equivocado.

—No solo se trata de eso. Sé que te defraudé aquel día.

Sebastian apartó la vista y Phillipa supo que recordaba cada palabra dicha entre esas cuatro paredes.

—Eso es agua pasada.

—Espero que no —se le escapó.

—¿Qué tratas de decir, Phillipa?

Ella respiró hondó, insuflándose valor, y preguntó lo que tanto temía:

—¿Es demasiado tarde?

—¿Tarde para qué?

Que dejara su estudiada pose para prestarle completa atención le dio esperanzas. Ahora captaba toda esa rigidez que tan bien conocía.

—Para el perdón —espetó. Pero supo que no era lo que él deseaba.

—¿Eso es lo que necesitas? —preguntó aludiendo a la misiva que había recibido de ella.

—No. Te necesito a ti. Quiero que me dejes enmendar lo que hice; mis

errores y mi ceguera.

—Phillipa...

—Quiero una nueva oportunidad para redimirme ante tus ojos. Para que sepas lo mucho que te he echado de menos. He comprendido tantas cosas. Oh. —Se frustró—. No soy muy buena en esto. La elocuencia no es mi aliada.

Sebastian se acercó con una mirada intensa que Phillipa sintió que la encendía.

—No te la estoy pidiendo. De ti, solo espero una sola cosa.

—¿Que te ame? —aventuró

—Que no tengas miedo. —Hizo una mueca—. Aunque sí, que me amaras no estaría nada mal. ¿Crees que puede lograrse?

A Phillipa se le escapó una solitaria lágrima.

—Me sigue pareciendo asombroso que mantengas esa infinita esperanza puesta en mí.

Él se acercó más y recogió la lágrima con el pulgar.

—Infinita no, Phillipa —rebatió con suavidad—. Pero por ti, me niego a perderla, aunque parezca lo contrario. Me has hecho sufrir mucho.

—Lo sé. Si te consuela, yo también. ¿Puedo abrazarte?

Que fuera ella quien se lo preguntara debió de parecerle gracioso, porque sonrió.

—Hagámoslo juntos.

Y se lanzaron uno en pos del otro mientras los labios se buscaban y trataban de abarcar el rostro contrario en un intento de recuperar el tiempo perdido, demasiado precioso. La risa se mezclaba con el llanto, al igual que el alivio y la expectación. Mientras, ellos dos solo pensaban en amarse.

Sin embargo, en medio de todo ese frenesí, Sebastian redujo la presión y la miró.

—¿No olvidas un pequeño detalle, Phillipa?

Ella alzó la vista y vio en los ojos masculinos unos sentimientos parejos a

los suyos. Por una vez, no le importó la interrupción. Sonrió. Sebastian no merecía menos.

—Te amo, Sebastian. Ya lo quiero todo. Todo.

Sebastian, satisfecho por la veracidad de sus palabras, retomó con nuevo entusiasmo lo que había dejado a medias.

Y el resto del día, las puertas de esa habitación quedaron cerradas. Todo lo demás vendría más tarde.

Epílogo

Stanbury Manor, Surrey. Dos años después.

Olivia lo miraba con ojos grandes y brillantes al tiempo que lo tentaba con su media sonrisa perezosa. No podía sentirse más enamorado. De hecho, era el ser femenino más hermoso de la faz del planeta; uno que lo llenaba de dicha y plenitud.

Alzó la vista desde las puertas francesas que daban acceso a los suntuosos jardines de Stanbury Manor y vio a su otro amor. Este, a diferencia del bebé que llevaba en brazos —y del que parecía no poder despegarse—, era de un calibre diferente. Su esposa no era agraciada, pero eso era un pequeñísimo detalle comparado con todas sus otras virtudes. Lo colmaba de felicidad de mil formas distintas y lo complementaba de un modo que parecía imposible incluso cuando se supo enamorado. El tiempo pasado a su lado había ido mejorando al mismo ritmo que su amor por ella.

Phillipa, su amor, su otra mitad.

—¿Piensas acapararla mucho tiempo más, Sebastian?

El duque de Dunham se posicionó a su lado y lo miró con cara de pocos amigos.

Sebastian tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para no sonreír. Jeremy Gibson también había caído preso de los encantos de la pequeña Olivia. Edith no dejaba de hacerle bromas al respecto. Decía que era una suerte que ya fuera mayor. De lo contrario, Jeremy sería capaz de repetir en la paternidad con tal de conseguir una hija como aquella.

—Todo el que sea posible. Ha sido un milagro que haya podido arrancarla de los brazos de esas mujeres.

Por mujeres se refería a un nutrido grupo que en ese mismo instante descansaba bajo la sombra de una carpa junto a Phillipa y que charlaban sin

detenerse un solo segundo a respirar. No muy lejos, la niñera se aburría sin nada que hacer. Todos se peleaban por tener a Olivia en brazos y llenarla de mimos y besos. Al fin y al cabo, hoy era la protagonista, pues se celebraba su bautizo por todo lo alto.

—Son peor que una plaga —gruñó el Duque, que había ofrecido su casa de campo a todos los amigos y familiares invitados al evento. Ahora parecía arrepentirse.

—Pero las queremos igual.

—¿A quién queremos? —preguntó Jonathan, aproximándose, con Liam a su lado.

—A nuestras esposas —respondió Sebastian mientras le hacía carantoñas a su hija.

—Sí —confirmó Liam—, las queremos.

—Son únicas.

—Irreemplazables.

—Perfectas —sentenció el bostoniano.

Garrett y Hansberg abandonaron los negocios y se acercaron también.

—Corrillo para hablar de ellas, supongo —adivinó el Marqués.

—¿Qué otro motivo habría? —Jeremy suspiró melodramático—. Son el engranaje de nuestra existencia.

—Sin ellas, nada habría sido igual. —Garrett contempló al objeto de su comentario.

—Feas o hermosas, el hecho es que nos han proporcionado una vida magnífica. —Jonathan parecía feliz de corroborarlo.

Todos asintieron, mirándolas.

—Supongo y espero que la mía sea igual —deseó Sebastian.

—Seguro que sí, muchacho. Solo hay que saber amarlas —sonrió Hansberg, conocedor de un secreto que compartía con los demás.

—Eso es fácil. —Mirando a su hija, no le cabía duda—. Todo lo demás se ha establecido por sí solo.

—Es como tiene que ser —decretó Jonathan.

Todos permanecieron en silencio unos segundos, valorando sus vidas y pensando en el futuro que estaba por venir.

—¿Creéis que están hablando de nosotros? —preguntó Sebastian cuando percibió que todas les lanzaban miradas.

Los hombres lanzaron risotadas y algunos le dieron palmadas en la espalda.

—Siempre, muchacho, siempre.

—¿Están hablando de nosotras, verdad? —Phillipa miró a Sebastian con su hija en brazos y, como siempre le sucedía, se enterneció.

—¿Acaso lo dudas? —Deirdre parecía satisfecha—. Quieren hacernos creer que se pasan el día hablando de trabajo, pero las mujeres sabemos la verdad.

—Los maridos son un tema muy interesante —acotó Deirdre—. Digno de estudio.

—Son exasperantes.

—Tercos.

—Autoritarios.

—Pero adorables, chicas, reconocedlo. —Leonor, siempre tan razonable, sonrió.

—Por supuesto —aceptó Helen, marquesa de Hansberg—. Qué vida más aburrida llevaríamos sin ellos a nuestro lado.

—El aburrimiento está sobrevalorado, querida Helen —intervino Edith—. Sin embargo, no puedo negar que, sin ellos a nuestro lado, nada sería lo mismo.

Todas asintieron y sonrieron a los maridos que se acercaban con paso

resuelto.

—Señoras, espero que no les moleste que les robe a mi esposa durante un ratito.

Sebastian no esperó respuesta y tiró de Phillipa con la mano libre. No se resistió. Colgada de su brazo, fueron dando un paseo tranquilo. Después de dos días de fiesta, agradecía tener a su marido e hija para ella sola.

Suspiró y él la miró de reojo.

—¿Cansada?

—No. Bueno, tal vez un poco —confesó—. Los quiero mucho, pero bien sabes cuánto aprecio mi rutina.

—Sí. Lo sé.

—No obstante, debo parecerle una desconsiderada. Todo el año lamentándome de lo poco que los veo y ahora me quejo.

—La junta anual fue intensa. —Más que una pregunta era la constatación de un hecho.

—Sí. Pero, por fin, la dirección de ambos hospitales está solucionada. Aunque la posibilidad de dirigirlos era tentadora, lo comprendieron cuando les expliqué que prefería seguir siendo enfermera en el St. George Women's Charity. Lo que deseo es seguir con el contacto con la gente y las mujeres en particular. Así que dejamos a personas de confianza al cargo del St. Catherine's. —Se soltó cuando Olivia se removió en los brazos paternos y Phillipa la cogió—. Parece mentira que hayamos tenido que aprovechar la junta anual para celebrar el bautizo.

—Era el único modo de tenerlos contigo.

—En efecto.

Decidió que no estaba en su mano pedir más. Ya tenía mucho —quizá

demasiado— por lo que dar las gracias. Su familia y amigos se mantenían intactos. También su trabajo como enfermera, tan importante y necesario. Seguía saliendo a la calle, aunque algo menos. Aun así, cuando lo hacía, siempre contaba con la presencia de un protector. Su protector. Su marido, que ahora gozaba de otros privilegios. Hansberg lo había ascendido. Sebastian estaba al cargo de los recién llegados. Su trabajo consistía en introducirlos en esa labor en particular. Él era paciente, flexible y tolerante, por lo que ella le correspondía obedeciendo en cuestiones de seguridad o cuando le recordaba que se excedía en sus turnos.

Lo miró a los ojos y él lo hizo a su vez. Ese brillo le confirmó, una vez más, que no se había equivocado en sus decisiones. Sebastian y Olivia eran su otra pasión, la otra mitad que cerraba un círculo perfecto. Lo tenía todo a su alcance. No se podía estar más plena y feliz.

—¿Me amas? —le preguntó de forma inesperada.

—¿Acaso lo dudas?

Sebastian se detuvo y le dio un suave beso en la frente para pasar después a los labios, donde fue de todo menos dulce.

—No —respondió Phillipa largos minutos después con la voz algo ronca—, pero me gusta oírtelo decir de vez en cuando. —Su hija se inquietó, quizá consciente de la emoción que la embargaba—. Quizá podríamos dejarla unas horas con esa familia que tanto la quiere y desaparecer.

Sebastian le sonrió de ese modo tan suyo que lograba agarrarle el estómago.

—¿Contigo? —le dijo—. Siempre.

Agradecimientos.

A Carla, por haber compartido un ratito de sus miércoles por la tarde y muchas cosas más. Ha sido fantástico.

A Noemí, a la que no le ha importado resolvernó unas cuantas dudas sobre medicina.

Y también a vosotras, lectoras, porque las feas —y por ende, Phillipa— no serían nada sin vosotras. Gracias una vez más por demostrarnos que las feas también OS enamoran.

Si te ha gustado

Phillipa

te recomendamos comenzar a leer

La prima flor

de Betina Shabliko

Selección RNR

BETINA SHABLIKO

*La prima
flor*



Romance Actual

Fabiola y Mercedes

Pocos individuos, no llegan ni a miles, pertenecen a esa categoría humana a la que no se le antoja jamás desoír los latidos de su corazón una vez que ya los ha decodificado. Son esos que no se opondrían nunca a las preferencias que delatan su esencia, y que suelen ser los mejores amigos de su propia vida, ya que de ningún modo se mimetizan con sus circunstancias, al no permitir que estas los definan en absoluto, ni como ganadores ni como perdedores, sino como ellos mismos.

Son aquellos que, a pesar de las convenciones de toda índole, respetan sus propios husos horarios, su tiempo subjetivo, casi siempre en pugna con su contrincante, el tiempo objetivo, ese de los otros. Ellos solo se rigen por el tiempo interno, el único que camina al paso preciso para reunirse puntual con el destino que los espera desde siempre.

Y solo ellos son los que llegan a comprender que el destino jamás rodea, ni sorprende ni enfrenta a las personas. Esa es tarea de la fatalidad.

El destino siempre espera paciente, mientras crece apaciguado dentro de sus mismos artífices, hasta que el reloj de la existencia le marque el segundo exacto y lo exhorte a manifestarse.

En eso, el bambú y el destino se parecen.

Después de sembradas sus semillas, el mágico y sorpresivo desarrollo del bambú se da en solo catorce días, pero solo después de largos y silenciosos siete años, durante los que la tierra negra y húmeda no dio ni una señal de vida; se la creería infértil.

Pero no es culpa de la tierra, ni el bambú estaba dormido.

Él estuvo creciendo por dentro, desarrollando sus raíces sin hacer ruido. Y de pronto, ¿Se podría afirmar que en solo catorce días? Los brotes se manifiestan, emergen de las entrañas de la tierra como emerge nuestro destino desde nuestras profundidades.

El destino de Fabiola también estaba esperando dentro de ella, y se lo podía intuir con solo verla, incluso sin conocerla.

Ni tan linda ni perfecta, Fabiola resultaba bella.

Se supone que la belleza siempre es justificada a través de las formas, pero

pocos niegan que tenga un componente metafísico y otro subjetivo, y esto lo ratifica el refrán italiano: «*Non é bello quello bello, é bello quello che ti piace*», dado que tanto la falta de belleza como su presencia no se explican siempre en base a conceptos plásticos, sino a un «no sé qué». Y ahí está el toque metafísico.

Fabiola era una persona etérea. Ese tipo de persona que primero se la siente, y luego se la ve. Algo similar a lo que nos sucede también con el peligro, aun sin la ventaja de la clarividencia.

En el caso de Fabiola, primero se sentía su belleza, que enseguida era justificada por su aspecto armonioso, y así quedaban conformes los sentidos y la racionalidad. Entonces sí, se tomaban en cuenta sus ojos grises, su cabello ceniciento, su nariz única y su boca expresiva y fresca. Tenía un cuerpo delgado pero curvilíneo, y lucía frágil, hasta angelical, pero no por parecer alguien inocente, o carente de defectos, ni mucho menos sumisa, sino por el hecho de percibírsela como alguien desligado de la mezquindad.

Era ese tipo de mujer que, a pesar de su apariencia sencilla, y sin ser llamativamente linda, estaba envuelta por un halo luminoso que le confería carisma. Y era eso lo que la elevaba a la categoría de belleza. Ese mismo carisma, la hacía poseedora de un atractivo sexual, que dada su apariencia un tanto *naif*, para las otras mujeres resultaba casi inexplicable. Sin estridencias, en ella todo era intenso.

No obstante, más allá de ese halo de luz, podía implicar todo un esfuerzo tener que lidiar tanto con su perfeccionismo como con sus contradicciones y su ansiedad, además de sus temores aparentemente infundados. Tampoco en lo cotidiano se hacía llevadero, ni siquiera para ella misma, su elevado nivel de idealismo. Pero sobre todo, era penoso verla soportar el peso de convivir con algo que resultaba lo menos práctico en el mundo actual: su marcado sentido de la dignidad.

Asimismo, cualquiera podía llegar a sorprenderse hasta quedar pasmado, al comprobar cómo esa calma y esa languidez se desvanecían sin dejar rastros ante algún tipo de injusticia, pero principalmente, ante el maltrato propinado

a un ser indefenso, que tanto podía ser un niño como un animal, este último más indefenso aún, carente de voz y con la eterna inocencia de un bebé.

En esos casos, la mujer etérea de apariencia distraída se corría, para dar paso a lo más parecido a una valquiria de lo más vehemente, que sin medir sus propias fuerzas y sin perder ni un ápice de su femineidad, demostraba no temer a nada ni a nadie.

Ya desde bebé, todos en la vieja casona la concibieron como una afortunada, la depositaria del más esplendoroso de los destinos. Pero, a pesar de eso, Fabiola tenía una mirada melancólica, y a los extraños podía hasta parecerles distante. Sin embargo, al tratarla, enseguida se la percibía como una persona amorosa con un don especial para captar el alma y el potencial de las personas, en vez de ver solo su realidad. Por esa razón, era natural verla hablar con alguien muy importante o con el más humilde, sin la más mínima variación, ni invertir más o menos atención según la categoría de la persona que tuviera enfrente. Solo había algo que ella reverenciaba de manera incondicional, y como único signo de superioridad, la bondad.

Fabiola vivía con su madre y dos tías maternas, una soltera, y una viuda que era madre de un hijo que vivía en Canadá, y que raramente bajaba a las tierras del sur.

Eran mujeres atemporales, a las que resultaba difícil calcularles la edad.

Las cuatro convivían en total armonía en una gran casona con un mirador –desde donde se podía divisar el Río de la Plata–, que estaba rodeada por un parque extensísimo e interminable –más parecido a un bosque que a un jardín–, el cual, después de recorrerlo en compañía de largos canteros de hortensias que vallaban jazmineros, naranjos y lavandas, al llegar a su centro, nos abría su corazón.

Ese era señalado por una gran fuente con agua siempre cristalina. En su centro, de inmediato llamaba la atención, una escultura dorada que representaba a una joven mujer sentada con sus manos cruzadas sobre su falda, con una expresión triste y pensativa, y con su mirada perdida en el tiempo, en una inconfundible actitud de resignación ante una espera que, se

adivinaba, sería para siempre.

Esa escultura intrigaba a todos los que visitaban la casa. Pero a Fabiola, en especial, siempre la había fascinado.

Contaban sus tías que, de bebé, Fabiola se quedaba mirándola fijamente, como hipnotizada, por lo que la evitaron hasta que ella fue un poco mayor.

Ya en edad escolar, no había un día en el que al regresar de la escuela no se internara en el parque para ir a saludar a «su amiga», como ella la llamaba.

A todos les divertía, menos a la madre de Fabiola, quien era conocida por su intuición y sus dotes casi mediúmnicas, en apariencia no desarrolladas, y mucho menos explotadas. A ella no le hacía gracia que su hija pasara horas jugando y hablando con su apática compañera.

Esto también preocupaba y entristecía a sus tías, quienes no dejaban de culpar al padre ausente de Fabiola, que vivía en La Rochelle con su segunda esposa.

Pero su madre no lo atribuía al padre lejano. Ella podía percibir en Fabiola una sensación de no pertenencia y, en consecuencia, una condena a una gran soledad, a pesar del afecto que muchos le demostraban.

Para Mercedes en cambio, la vida, el mundo, y en especial el futuro, lucían muy diferentes. Mercedes, o Mecha, era la prima opaca.

Era la hija de Inés, la media hermana de la madre de Fabiola. Mecha era una chica flacucha, de ojos renegridos y chiquitos, solo evidenciados por una mirada huidiza, y puestos en una cara pálida y gripal.

No era que fuera fea, pero una vez más, el concepto metafísico de la belleza: su esencia era huidiza y opaca, no su mirada; estaba como ausente de sí misma.

Mecha sentía hacia Fabiola una mezcla incómoda de admiración, celos y un miedo angustiante que le provocaba el convencimiento oscuro y latente de que su vida sería solo el negativo de la vida luminosa y trascendente de su prima segunda.

Y sin embargo, no podía evitar sentir orgullo y sincero afecto por esa hada bondadosa que parecía ser la única persona que no se percataba de su insignificancia, ni de su "metafísica" fealdad.

Además, Mecha tampoco podía dejar de percibir esas comparaciones sutiles, sin mala intención, por parte de sus tías cuando hablaban entre ellas sin percatarse de su presencia. Esas comparaciones jamás las escuchó de boca de su tía Celina, la madre de Fabiola, quien todo lo comprendía, y tenía el don de empatizar con distintas clases de personas. Mecha se sentía denigrada cuando oía sin querer, ese tipo de comparaciones antipáticas que hacen los adultos como al pasar, convencidos de que hablan un idioma indescifrable para los más chicos. Y esos comentarios son los que siembran envidias, complejos y futuros antagonismos entre primos y hermanos, malogrando para siempre esas relaciones fuertes y genuinas que nacen en la infancia y crecen con nosotros.

Desde que ambas eran bebés, sus tías habían decretado, aunque de manera tácita, que el destino de Mercedes sería como el de cualquiera, mientras que el de Fabiola se auguraba trascendente y dichoso.

Esa visión angustiaba a la madre de Fabiola, ya que ella entendía no solo la fuerza de los designios, sino la fuerza de lo que se opone a esos designios. Solo con aquellas personas que aman lo luminoso se puede brillar, pero a veces el destino nos ata a ese tipo de gente con la que es prudente bajar la intensidad de nuestro brillo. En una oportunidad, la madre de Fabiola le citó a su hija un aforismo chino que dice: «En ocasiones, el hombre sabio muestra su inteligencia ocultándola».

Ambas infancias transcurrieron, al menos durante épocas de vacaciones y fines de semana, dentro de los confines de lo que para Mercedes era el castillo de Fabiola. Pasaban días enteros, solo interrumpidos por las comidas, teatralizando historias y cuentos que sus tías les habían leído, en las que había reinas, duendes y enemigos. Y en sus dramatizaciones, la escultura dorada era siempre la reina buena, y ellas, dos princesas bellas y felices, y sobre

todo, unidas...

En la adolescencia, dejaron de lado ese espacio mágico, y cada una comenzó a vivir su propia y diferente realidad.

Fabiola asistió a muy buenos colegios y tenía una aparente gran vida social. Aparente, porque ella se sentía ajena a ese ambiente, no en el aspecto social, sino en lo espiritual. Ella vibraba en otra frecuencia. Pero como su madre le había enseñado, supo disimular su sensibilidad y su extraordinaria intuición.

Durante las vacaciones de verano, después de pasar la Navidad y el Año Nuevo junto a su madre y sus queridas tías, viajaba a La Rochelle a visitar a su padre. Cuando regresaba de La Rochelle, le quedaba por disfrutar muy poco del verano porteño, pero el suficiente como para viajar a la casa que tenía en Uruguay una de sus tías, Eugenia, la madre del emigrante que vivía en Canadá.

La tía Eugenia alternaba su residencia entre Uruguay y la casa de Fabiola. En cambio, una vez que el padre de Fabiola abandonara su hogar de manera definitiva, la tía Lucy, la otra hermana de la madre de Fabiola, se había instalado en la casa de su hermana Celina de manera permanente.

Al regresar, Fabiola siempre preguntaba por Mercedes y la llamaba por teléfono para reunirse, pero Mercedes nunca podía.

Con el tiempo se resignó y dejó de llamarla. Aunque nunca dejó de recordarla, quererla y necesitarla.

Mercedes, en cambio, vivía en un barrio de casas bajas, casi fabril, en una casa sin ningún mirador que diera al río, y a la que se accedía por un corredor largo y oscuro. Si algo odiaba Mercedes de ese lugar no era la ausencia de un mirador o la falta de belleza, sino la oscuridad, el gris del cemento y la falta de olor a césped recién cortado.

Siempre estaba planeando mudarse, pero las cosas no le resultaban tan fáciles.

Cada tanto tenían noticias una de la otra, pero quizá porque ya no eran dos princesas, Mercedes evitaba ver a Fabiola. Aunque a Mercedes le dolía la distancia que ella misma ponía, más le dolía el motivo por el cual lo hacía.